

CRIMEN Y MISTERIO

Serie Petra Delicado

ALICIA GIMÉNEZ BARTLETT

Ritos de muerte



ePUB

La inspectora de policía Petra Delicado trabaja en el Servicio de Documentación de una comisaría de Barcelona. Un día, el inspector jefe la llama, le presenta al que será su subordinado, Fermín Garzón —un subinspector recién llegado de Salamanca—, y encomienda a ambos un caso de violación. Nada parece indicar que vaya a ser un caso complicado, aunque la única pista de que disponen es una marca que el violador ha impreso en el brazo de la víctima con algo así como una pequeña corona de pinchos, la cuál produce una herida cuya forma recuerda una flor...

Ésta es la primera novela con la que Alicia Giménez Bartlett inicia el ciclo de la inspectora Petra Delicado y el subinspector Garzón.

OceanofPDF.com



eBooks con estilo

Alicia Giménez Bartlett

Ritos de muerte

Petra Delicado - 1

ePUB v1.1

RufusFire 15.02.12

más libros en epubgratis.me

OceanofPDF.com

1

Algún tiempo después de mi segunda separación me empeñé en encontrar una casita con jardín en la ciudad. Un objetivo difícil, pero lo logré. Era algo más que un capricho, quise pensar. Demasiados años de apartamentos con muebles funcionales y gran congelador. Se me presentaba la oportunidad de vivir sola en un lugar tranquilo, lo cual debía ser considerado como otra ocasión de cambiar. La casa estaba en un barrio, Poblenu, no muy apartado del centro. Alrededor había otras casas tan antiguas y decrépitas como la que compré, flanqueadas por un montón de naves industriales, de empresas de transportes y cocheras de autobuses. Un paisaje bastante desolado, por mucho que se hubiera intentado renovar el barrio. Sin embargo, en domingo los portones de las empresas cerraban, los camiones desaparecían y se respiraba una inusitada tranquilidad.

Supongo que la filosofía del asunto residía en intentar organizarse mejor, tener plantas en el jardín trasero y comer caliente alguna vez. Aunque pulsiones más profundas palpitaban en el interior de aquella decisión. Poseer una casa de planta era como echar una soga hacia un poste, amarrarse a la tierra, enraizar. Una premisa que condicionaba todo lo demás, como lo condiciona ser rubio, ser feo o haber nacido en Japón. Para todo proyecto de altura no hay más que concebir previamente un decorado; el resto suele ser una serie ininterrumpida de consecuencias hacia el final feliz.

Los albañiles se pasaron seis meses reformando interiores y, para cuando acabaron, mis escasos ahorros se vieron dilapidados en cosas tan aparentemente absurdas como marcos de ventana y conducciones de gas. La policía no gana mucho dinero, de modo que volver a reunir alguna cantidad era algo lejano e imposible, una mera ilusión. Estaba satisfecha, sin embargo, porque en conjunto todo había quedado bastante bien. El día antes de mudarme estuve examinando el resultado; tenía un aspecto sólido y cotidiano: alegres puertas pintadas de blanco, buena luz... En la cocina destacaban los armarios hechos a medida y un primoroso fogón antiguo, respetado entre los detalles de la remodelación. Junto a él, mandé instalar una encimera de placas vitrocerámicas que era el último grito tecnológico. Allí cocinaría recetas complicadas, guisos que impacientarían hasta a las abuelas, ollas podridas y potajes de los que necesitan un día entero de cocción. Diría adiós en lo posible a la comida precocinada, la pizza telefónica, el *hot-dog*, los tacos mexicanos y el *chop-suey* envasado en tarrina plástica individual. Dejaría de salir a cenar a restaurantes a la mínima ocasión. Un cambio es un cambio y, contra lo que se cree, debe empezar por las minucias, caldo cultivador de todo fondo existencial profundo.

Pepe me ayudó con la mudanza; era inevitable, me ayudó. Sabía que no hubiera debido dejarlo acercarse a mi nueva casa, pero pensé que temer a aquellas alturas su presencia era infantil, así que me ayudó. De cualquier modo, nos habíamos separado en unos términos tan amistosos que no aceptar su ofrecimiento hubiera sido una incorrección, casi una vulgaridad. Se presentó vestido como siempre: tejanos raídos, un jersey, las gafas resbalándole sobre el puente de la nariz. Noté un estremecimiento al ver su pinta sencilla propia de su extrema juventud. ¿Cómo pude haberme casado con aquel hombre tan joven, tan desvalido, casi un muchacho? y, sobre todo, ¿cómo podía haberlo hecho siendo ése mi segundo matrimonio y proviniendo de un primero turbio, difícil, que acabó en divorcio sangriento y doloroso? Los especialistas policiales del departamento psicológico hubieran tenido mucho que decir. Sólo que estaban demasiado ocupados resolviendo casos como para opinar sobre temas privados. Tampoco se me

hubiera ocurrido consultarles. Si había acabado haciéndome policía era para luchar contra la reflexión que solía inundarme frente a todo. Acción. Sólo pensamientos prácticos en horas de trabajo, inducción, deducción, pero siempre al servicio de la materia delictiva, nunca más ensimismadas meditaciones íntimas en la barra de un bar.

Pepe puso las cajas de libros en el salón. Se quedó mirando por la ventana, embobado, cubierto de sudor y polvo. Probablemente se habría olvidado de comer.

—¿Has comido algo? —pregunté.

Se encogió de hombros con melancolía y sonrió, como si eso de comer fuera un lujo destinado a otro tipo de seres humanos. Frené en seco mi impulso de prepararle un bocado. Había hecho demasiado tiempo de madre y ya no procedía.

—¿Quién se ha quedado en el bar?

—Hamed —contestó.

—¿Sigue funcionando bien?

—Sí.

No perdía su aire de perro extraviado, pero la sociedad de damas protectoras había dejado de contarme entre sus filas.

Coloqué los tomos de Derecho y Criminología junto al paraván y fui hasta la cocina a servir unas bebidas, cerveza negra para Pepe y chinchón dulce para mí. No más acciones benéficas por mi parte, no más voluntariado ni pasión: trabajo, comida, veladas de música y lectura, atención al nivel básico, la vida a secas en su estrato más elemental.

Pepe tomó un sorbo de su vaso y se manchó de espuma la nariz. Dio varios pasos por la estancia llena de cajas en desorden, bostezó:

—¿Hay algo más que traer?

—Las macetas, Pepe, están en el rellano de la entrada, ¿no te importa meterlas?

Aquel invierno nevó. Un motivo para recordarlo, en Barcelona es raro que ocurra. Sin embargo, fue tal la avalancha de acontecimientos de aquel

invierno que por cualquiera de ellos lo hubiera retenido en la mente sin necesidad de ver cubierto de blanco mi recién plantado jardín. Un año lleno de acontecimientos. Estrené la nueva casa, una vida independiente y las circunstancias, más que el destino, hicieron que me fuera encomendado mi primer caso y que, consecuentemente, entre nieves y bienes, conociera al subinspector Garzón. Por supuesto, la impresión idílica inicial que experimenté con la vivienda pronto se vio desvanecida. Las cañerías se helaron y comprobé que tener un hábitat aislado no es siempre el colmo del placer. El pequeño patio que había logrado sacar a flote no se libró de una zozobra total. Los geranios se secaron y la tierra presentaba un aspecto apelmazado y duro, su superficie cubierta de escarcha. Imágenes tristes. Me sentaba tiritando frente a la insuficiente chimenea e intentaba concentrarme en un volumen sobre *Nueva tecnología policial*. Acababan de traducirlo al español desde un lejano inglés de Chicago. La mayoría de los ejemplos a los que el texto aludía no tenía parangón en nuestra sufrida policía nacional, tan ajena al FBI. De memoria sabía que aquellos complejos artefactos tecnológicos tardarían siglos en llegar a aplicarse en España. Pero el saber no ocupa lugar, si bien tampoco consigue que nadie se haga un lugar gracias a él. De hecho, pese a mi brillante formación como abogada y mis estudios policiales en la Academia, nunca se me habían encargado casos de relumbrón. Estaba considerada «una intelectual»; además era mujer y sólo me faltaba la etnia negra o gitana para completar el cuadro de marginalidad. Desde el principio fui destinada al Departamento de Documentación, donde me ocupé de temas generales; archivos, publicaciones y biblioteca, lo cual acabó por fijarme un estatus meramente teórico en la consideración de los compañeros. Reclamé participar en el servicio activo alguna vez y se me concedió. Intervine en algunos casos de robos aislados para los que ni siquiera hizo falta investigar. No había entrado en la policía inspirada por las películas de acción ni por las novelas del género negro: persecuciones, peleas, mucho whisky, ademanes resabiados... Sin embargo, mantenerme siempre en los estadios especulativos y librescos me producía un sentimiento inevitable de frustración. Era como un entomólogo encerrado en un laboratorio sin cuaderno de campo, condenado a observar siempre los

insectos bajo el microscopio, eternamente muertos. Tampoco ese desengaño me había abandonado durante mis salidas al exterior: cajeros automáticos violentados, redacción de informes sobre «tirones». Una vez tuve que interrogar a unos jóvenes rateros que se cachondeaban de mí y me llamaban «muñeca», cuando cualquier acercamiento primario al género indica que hubiera tenido que ser justo al revés. A pesar de todo, no me desesperaba ni acudía ante mis superiores a implorar. Pensaba que, pasase lo que pasase, alguna vez se producirían al mismo tiempo mi entrada en el servicio activo y mi prestigio, por un destino inevitable. De cualquier manera, también creía que una mujer no puede dedicarse a lloriquear en su puesto de trabajo sin provocar una reacción fatal. Esperaba en silencio mi ocasión, y cuando otro inspector se cruzaba conmigo en el pasillo y preguntaba: «¿Cómo está nuestra intelectual?», yo por dentro siempre pensaba: «*Algún día se verá quién soy*», y por fuera le daba un par de masticaciones irónicas al chicle en señal de saludo y me limitaba a sonreír.

Cuando una cañería se hiela la única solución consiste en cruzar los dedos y pedir al cielo que no suceda lo peor. Lo peor es que se resquebraje y haya que cambiarla. Acababa de llegar a casa después de una dura jornada de trabajo, y pretendía tomar una ducha cuando lo advertí. El ruido al abrir los grifos era como una amenazadora llamada del Más Allá. Presentí que la cosa no tenía remedio inmediato y, envuelta en un albornoz, me senté. Había sido un día caótico: cuando nieva en Barcelona la gente sale a la calle aligerada de tensiones y prisas, pero en coche. Conducir se hace imposible y hay que esperar con cívica paciencia a que se disuelvan los atascos que existen por doquier. Al principio menudean las sonrisas, y las dependientas salen corriendo de las tiendas con las manos extendidas hacia los copos. Después, si la cosa dura, va cundiendo el mal humor, hay bocinazos, citas que se atrasan, y los peatones descubren que su calzado no es el indicado para soportar la humedad. No había nada que se pudiera hacer. Me serví un chinchón y puse un compacto de música clásica. Había sido de Hugo, pero la discoteca me la llevé yo. Dejé sin embargo intacta la de Pepe, heavy-metal y canciones étnicas africanas, demasiado para mi gusto deformado, lo más racial que soportaba era el folclore irlandés. Después de luchar un rato

para encender la chimenea me senté a leer. La habitación estaba llena de humo, los geranios muertos y las cañerías a punto de reventar, pero al fin y al cabo ¿no había escogido aquella casa para disfrutar de momentos así? Un buen libro de ciencia policial, el piano de Chopin, la soledad, el silencio de la noche... De repente llamaron por teléfono, como siempre sucede cuando se encuentra cierta paz. Era el comisario. Su voz me sorprendió, nunca me llamaba a casa. Pero todavía me sorprendió mucho más comprobar que hacía uso del lenguaje oficial para hablar conmigo.

—Sería necesario que se personara en comisaría, Petra, se la reclama para una gestión.

Preguntar: «¿*Ha pasado algo malo?*» me parecía una inapropiada gilipollez, pero lo cierto era que no estaba acostumbrada a requerimientos imprevistos y no sabía qué demonio decir. El comisario advirtió por el hilo mi desconcierto y exclamó:

—Ya sé que son más de las diez.

—Eso no es ningún problema, voy para allá.

Seguramente el pobre pensaba que estaba descomponiendo algún cuadro familiar: yo sentada junto a mi esposo viendo la televisión, o ayudando con las matemáticas a mi hijo pequeño, o perpetrando los últimos preparativos de un *soufflé*... Nadie en mi trabajo sabía nada de mi vida privada. Me parecía una condición indispensable para no perder el respeto general. Había visto a algunas compañeras dar consejos a sus niñeras por teléfono en presencia de todos. «*Échale en la papilla un puñadito de arroz, tiene el vientre algo flojo.*» Pensaba que no podía ser de esa manera, por mucho que después fueran capaces de resolver el enigma de los diez negritos; aquellas mujeres olvidaban que existía aún un largo camino de formas por recorrer. Nunca había descubierto a ningún inspector macho llamando a su casa preocupado por la gastronomía infantil. Y las cosas no habían llegado al punto neutro en el que se puede mostrar sin consecuencias cierta debilidad.

—Tardaré lo que el tráfico permita, descuide usted.

Quizá todos aquellos años mis superiores habían creído estar haciéndome un favor. Metida en un servicio que no requería «salir a la

calle», con horario fijo y preservada de los delitos y su fealdad. Buen puesto para una mujer. Pero yo no tenía asuntos domésticos que atender ni bebés que alimentar, con ninguno de mis dos maridos había pasado veladas frente al televisor y, aunque no había renunciado del todo a los *soufflés*, era ésa una práctica que podía ser simultaneada con una dosis moderada de acción.

Me vestí de nuevo y me enfundé en una gabardina con forro de piel. El suelo estaba encharcado y sucio, con feas rodadas de coche junto a los bordillos. Ahora ya caía más agua que nieve, y sólo en los dos o tres árboles de la calle se amontonaba blanca y brillante, mágica, como si aquella noche sucediera en un bosque noruego, lejos de las cocheras de Poblenu. Una noche para oír a Chopin.

Cuando llegué, la comisaría estaba tranquila, sin trazos de asalto o hecatombe. Me pregunté una vez más por qué me habrían llamado.

—El inspector González ha tenido un accidente esquiando. Quiero que, mientras él esté de baja, usted ocupe su puesto.

Aquello explicaba la llamada, no la negligencia de encargar un cambio a horas intempestivas. Pero ni se me ocurrió indagar.

—Muy bien —contesté.

—Si se espera aquí un momento le presentaré al subinspector Garzón que va a ser su compañero; quiero decir que estará bajo su mando.

Eso era lo que quería decir el comisario e hizo bien en precisarlo, porque si yo era inspectora se debía a los méritos de mi graduación, jamás había tenido a nadie bajo mis órdenes desde que empecé.

—El subinspector Garzón acaba de llegar destinado de Salamanca. Un hombre muy agradable.

Asentí. Pensé que, por lógica, el tal Garzón debía de ser un barbilampiño al que pretendían desasnar. No me hacía muchas más ilusiones sobre «la tropa» que pudieran poner a mi disposición. Y de todos modos las cosas seguían sin aclararse: ¿para qué me habían hecho ir hasta allí? ¿Para realizar urgentemente una presentación de credenciales al estilo imperial? Quizá sí, el comisario tenía fama de retórico y majestuoso.

—Es un hombre bragado que la secundará bien. Tiene mucha experiencia de servicio en la calle.

La teoría del novato barbilampiño cayó. El comisario se levantó de la silla y abrió la puerta del despacho. Cambiando completamente de registro dio un bramido descomunal:

—¡López, avise a Garzón que venga!

En el pasillo nadie contestaba, el comisario se impacientó:

—Pero ¿dónde coño...? ¡¡López!!

Mientras yo pensaba qué pronto puede echarse por tierra una reputación de diplomacia, apareció un policía nacional con cara de asustado haciendo el saludo militar. El comisario desistió de averiguaciones y repitió su orden con cierto mal talante. Luego sonrió de nuevo y se volvió hacia mí:

—Está siendo una noche difícil, aunque no lo parezca.

Por fin entró Garzón. Enseguida pensé que, más que un individuo bragado, era un tipo necesitado de braguero o cualquier otro adminículo ortopédico debido a su edad. Casi sesentón, cincuenta y siete como mínimo. Me había equivocado en cuestión de años, pero la idea de no hacerme ilusiones servía igual. Estaba a punto de jubilarse, entrecano, tirando a paleta, barrigón. Me dio la mano remiso, como si nos hubiéramos peleado infantilmente y estuviéramos obligados a hacer las paces otra vez.

—Le presento a Petra Delicado, nuestra joya intelectual. Desde que ella entró en documentación todo está perfectamente fechado y organizado. Ha hecho gestiones y ahora recibimos revistas extranjeras y libros editados por la ONU, la UNESCO, la INTERPOL y el FBI.

—Mmmm... —musitó Garzón.

—Y éste es Fermín Garzón, un hombre experimentado que trabaja de firme. Se entenderán.

Dije «Mmmm...» yo también. Aunque la apariencia permitiera esperar lo contrario, su mano no estaba húmeda y flácida como la de un polizone de provincias, sino tibia, seca y fuerte. Ambos nos quedamos callados.

—Ya se imaginan que no les he sacado a estas horas de casa para esto nada más —descubrió sus cartas el comisario—. Lo cierto es que quiero que se hagan cargo de un caso de violación. La víctima ya ha prestado las pertinentes declaraciones y habría que interrogarla de nuevo antes de dejarla marchar.

Como dos autómatas sincronizados Garzón y yo asentimos a la vez.

—El subinspector Garzón ya ha tenido ocasión de revisar el expediente y la informará de los hechos. Luego, les sugiero que tomen una cerveza juntos para empezar a conocerse.

Aquello era nuevo. El comisario Coronas se permitía ir un poco más allá en su estricto cometido profesional ocupándose de las cervezas de nuestro tiempo libre. No me gustó. Juraría que a Garzón tampoco le gustó. Lanzó hacia mí una mirada de reojo e hizo una mueca sonriente que era como el corcho viejo en una botella, difícil de extraer.

No tenía gran cosa que decirle a mi nuevo compañero cuando salimos al pasillo. Afortunadamente fue él quien empezó a hablar.

—Bueno, el caso no requiere muchas explicaciones. Una chica de diecisiete años ha sido víctima de una violación. Iba a recoger a su madre que es cocinera en un asilo de ancianos. Cuando estaba esperando en la calle, un hombre joven la abordó. Le puso la punta de una navaja en el cuello y la obligó a entrar en un portal.

—¿La maltrató?

—En cierto modo, aunque sólo tiene una herida en el brazo, ya lo verá.

—¿Fue una violación normal?

—Sólo penetración.

—¿Reconocería la chica a ese joven?

—¿Por qué no entramos a interrogarla?

Era poco comunicativo, o le incomodaba dar detalles cuando no existía necesidad acuciante. Eso resultaba, en principio, un dato esperanzador. Detesto la tendencia laboral de hablar sin ser sustancioso, la costumbre de repetir cien veces las mismas ideas con distintas capotas sinonímicas. No empezábamos mal.

En un despacho frío nos esperaban la víctima y su madre, una mujer bastante miserable con grasa maloliente impregnada en la ropa, que se enjugaba los ojos todo el tiempo. La chica era blanca y desvalida como un ratón de laboratorio. Se sentaba con los hombros desinflados y miraba al suelo. Formaban un conjunto extraño las dos, como si entre ellas no existiera la más mínima relación. Coronas, un hombre de edad media con

ínfulas innovadoras, había logrado una dotación económica para cambiar los aspectos decorativos de la comisaría. Unos meses antes había aparecido ante nuestros ojos atónitos un camión de mudanzas. Se llevaron los antiguos y sombríos muebles de oficina, todos menos los archivos que, como no hubo dinero suficiente, se quedaron allí. Trajeron sillas geométricas y mesas de diseño barato, con patas de metal y mucho plástico coloreado. El resultado fue ambiguo y no logró borrar la sordidez, si bien el ambiente fúnebre de cualquier comisaría se vio hermanado con un cierto aire de consultorio de la Seguridad Social. Testigos del pasado quedaron los panzudos archivadores de madera con quemaduras de cigarrillo ancestrales y agujeros taladrados por generaciones de carcoma.

—Mi hija no ha hecho nada —fue lo primero que dijo aquella mujer al verme entrar—. Ella no lo provocó.

—Siéntese, por favor.

Hojeé de nuevo frente a ellas el expediente, miré a la chica y pregunté:

—¿Le has visto la cara?

—No.

—¿La llevaba tapada?

—Con un pasamontañas, sólo se le veían los ojos.

—¿Y cómo los tenía?

—No sé. Era delgado y alto, no sé nada más.

—¿Te habló?

—Dijo que si no me estaba quieta me mataría.

—¿Tenía algún acento, algo especial?

—No lo sé, el pasamontañas le tapaba la boca y hablaba en voz baja.

—¿Esperas a tu madre siempre en el mismo sitio?

Intervino la madre:

—No viene todos los días. Yo no quiero que vaya sola a esas horas, pero ella se empeña.

Ni siquiera la miré. Seguí dirigiéndome a la víctima.

—¿Le habías dicho a alguien que esa noche ibas a ir?

La madre volvió a inmiscuirse.

—¿Por qué iba ella a contar nada a nadie? Es una chica formal, lo que ocurre es que yo tengo que trabajar porque mi marido ya murió, ¿comprende?, pero ella no provocó a ese cerdo ni anda a esas horas por la calle.

Me puse de pie y subí ligeramente la voz.

—Si no deja de interrumpir tendré que echarla, señora.

Apretó la boca y dijo algo que no pude entender. Entonces me oí decir:

—Márchese y espere fuera.

Yo misma estaba sorprendida por mi arranque, pero no hubiera sido capaz de seguir soportando a aquella Gorgona empeñada en dejar bien clara su autoexculpación. Observé que mi nuevo compañero permanecía estático y boquiabierto, parado junto a mí. La madre hizo un gesto soberbio con la cara y, al salir, tocó imperceptiblemente a su hija en el brazo. Me fijé entonces en que lo llevaba vendado un poco más arriba de la muñeca.

—¿Es eso lo que te hizo el violador?

—Sí —dijo.

—¿Un navajazo?

—No. Cuando ya se marchaba y creí que no iba a hacerme daño acercó su brazo al mío, apretó fuerte y noté un dolor muy agudo.

—¿Podemos ver la herida?

Hubo un momento de estupefacción. El médico acababa de atenderla y la cura estaba terminada. El subinspector Garzón habló por primera vez.

—Hay un informe del forense y fotografías. Para verla ahora tendríamos que desvendarla.

—Da igual, prefiero verla con mis propios ojos, después puede volver al dispensario.

No esperé a que nadie me diera su consentimiento, se suponía que quien mandaba era yo. Fui deshaciendo el vendaje despacio, en medio de un silencio absoluto.

—Es interesante —exclamé.

Se trataba de algo muy extraño, una herida superficial con una forma curiosa, nada parecido a un rasguño o navajazo. Era en realidad un círculo perfecto hecho por minúsculos alfilerazos, unos junto a otros.

—¿Ha visto, Garzón?

Se acercó y miró por encima de mi hombro. Noté el roce y calorcillo de su potente barriga.

—Nunca me había encontrado con nada parecido —dijo.

—¿Te fijaste en cómo te lo hizo o si llevaba algo en la mano?

—Sólo sé que se me acercó, pero no vi nada.

—¿Qué movimientos hizo?

—Sólo presionó.

—¿Te habló, te dijo algo?

—Casi nada.

—¿Hablaban en voz baja?

—Como si gritara en voz baja.

—¿Dirías que la intentaba distorsionar para que no la reconocieras?

—No lo sé.

Recapacité. La cara impasible de la muchacha no me animaba a seguir ningún camino concreto.

—¿Tuviste en algún momento la sensación de que lo conocías?

—Ya le he dicho que no lo vi.

—Lo sé, pero pudo haber un gesto, su forma de andar...

—No.

—¿Ningún detalle que te resultara familiar, ni siquiera una remota sospecha?

—No.

Suspiré.

—¿Siempre esperas a tu madre en el mismo sitio?

—Sí.

—¿Y a la misma hora?

—Sí.

—¿Pasa mucha gente a esa hora?

—Muy poca.

—¿Habías visto días antes a algún hombre sospechoso, a alguien que te mirara o que se cruzara contigo repetidamente?

—No.

—¿Eres despistada? Quiero decir, ¿podía haber pasado un tipo cada día y tú no darte cuenta?

—A lo mejor.

—¿Estaba nervioso ese hombre cuando te atacó?

—No lo parecía.

—¿Tuviste miedo, la sensación de que podría matarte?

—Sí. Parecía muy seguro, no iba de farol.

La miré a los ojos.

—¿Lo pasó bien cuando te violó? Entiendes lo que quiero saber. Quiero saber si estaba excitado, suspiraba, o si parecía sólo una obligación.

Me miró con asco. Quizá pensaba que todo aquello me divertía, que sentía simple curiosidad malsana.

—Ya le he dicho que era frío y tranquilo.

Ella también era fría. Contestaba sin emocionarse, sin alteraciones. Resultaba muy evidente su pensamiento: mis preguntas no servirían para nada, era un interrogatorio inútil. Lo único que de verdad deseaba era marcharse.

—Está bien. Vuelve al médico, te pondrá la venda de nuevo.

Se levantó despacio, sujetándose un brazo con el otro, arrastrando un trozo de gasa por el suelo. Iba encorvada y estaba pálida. Cuando pasaba a su lado, Garzón le lanzó una sonrisa desmañada y dijo:

—No te preocupes, cogeremos a ese cabrón.

—Me da igual —respondió la chica, y sus ojos inexpresivos y lánguidos se fijaron en el cenicero vacío, que siempre estaría vacío porque en aquel despacho estaba prohibido fumar.

Salimos al pasillo. La madre de la víctima se levantó al vernos y preguntó ostentosamente a Garzón:

—¿Podemos irnos ya?

—Sí, señora, un coche celular va a acompañarlas.

Pasó por delante de mí, a pocos centímetros de mi cara, y me lanzó una furibunda mirada llena de desprecio y odio. Creí que, de un momento a otro me escupiría, pero se controló.

—¡Vaya, parece que no le he caído bien!— le dije a mi compañero.

—Bueno, una violación es algo bastante grave y se trata de su hija, ¿comprende usted?

—¿Cree que mi actuación ha sido demasiado dura?

Fue como si un nido de avispas se hubiera precipitado sobre él azuzándolo a dar la réplica prevista.

—¿Si yo creo...? ¡Líbreme Dios de opinar!, quien manda, manda y en paz.

¡Vaya, tenía que ser!, probablemente el subinspector Garzón se sentía vejado por estar bajo órdenes femeninas. Hugo, mi primer marido, un hombre de inteligencia escéptica, siempre decía: *«Espera lo esperable, lo más tópico, lo más vulgar, eso es lo que va a suceder, lo que sea habitual, lo que sea sólido: el inglés estirado y el francés llevando la baguette debajo del brazo, ése es el guión de la realidad»*. Y parecía exacto.

—¿Tomamos ya la cerveza? —preguntó Garzón.

Era palmario que, aunque no le apeteciera, pensaba seguir al pie de la letra las indicaciones del comisario. Cruzamos la calle y fuimos al bar La jarra de oro, auténtica sucursal de la comisaría que no cerraba nunca antes de las tres.

—¿Cerveza usted también?

—Sí —murmuré—. ¿Por dónde vamos a empezar?

—Mañana peinaré todo el barrio. Voy a ver a los chorizos más notables, a los que estén en libertad provisional, a los que tienen antecedentes sexuales. Por la tarde nos reunimos y le digo si hay algún sospechoso.

—En ese barrio de la Trinitat está el centro de detención de menores.

—También habrá que ir.

La dueña del bar lavaba vasos canturreando. Se le escapaban algunas mechas del moño medio deshecho. Tenía ojeras y un aspecto cansado. Pensé que, a la mañana siguiente, se levantaría temprano para volver a empezar y me pregunté de dónde sacaría los heroicos ánimos. No se me ocurría ninguna conversación, pero estábamos allí para entablar conocimiento. Por fin solté lo más estúpido.

—¿Qué tal le va por Barcelona?

—Bien —contestó. Pareció que la incursión en la cordialidad iba a acabar ahí, pero tras una pausa añadió:

—Lástima que tanta gente hable catalán.

—¿No entiende usted nada?

—No.

—Quizá debería hacer algún cursillo.

—A mi edad ya no estoy para aprendizajes. Es una edad mala y buena al mismo tiempo, en la que te das cuenta de que sabes muy pocas cosas, y también de que no te apetece nada aprender nuevas.

Quizá después de todo mi nuevo compañero no era tan convencional. Quizá tenía un *faible* por la filosofía.

—Todas las edades son malas —aventuré incidiendo en lo existencial.

—¿Ha visto a ese empresario italiano que fabrica coches? —dijo de pronto.

—¿Agnelli?

—Sí, pues a ese tipo ser viejo o joven le da lo mismo, lleva camisas de seda, está moreno, saludable, supongo que también le dará lo mismo aprender o no aprender.

—Pero tendrá sus problemas.

Me miró admirado por la magnitud de mi estupidez, la amplitud de mi vulgaridad.

—Ya. Perdona pero tengo que marcharme. La veré mañana. Dudo mucho que tenga los datos que le he dicho antes de las siete de la tarde. Ayudo también a la Guardia Civil en un caso de alijo.

—¿Drogas?

—Tabaco rubio. Ahora esas cosas vuelven a ocurrir.

Salió del bar con la americana haciéndole pico tras el cogote. No había consentido que yo pagara la cerveza. Las camisas de Agnelli. Era un poco desconcertante, tendría que esperar aún para formarme una idea aproximada de aquel hombre. Me costó arrancar el coche. Me enfadé. Al día siguiente debía madrugar, dejar ordenadas las cosas y las tareas preparadas para que hubiera continuidad durante mi ausencia en el servicio de documentación. Era tarde y hacía frío. Pero así era la vida arrastrada de un auténtico policía,

largas noches en bares miserables, temperaturas extremas, violencia, desagrado y el intempestivo madrugón con la boca amarga de cigarrillos y café, mitología completa.

Había dejado de caer agua o nieve. El aire estaba inmóvil, como si el frío hubiera helado la vida entera. Salí al jardín trasero de mi casa, escarchado como un dulce. Una ducha caliente hubiera sido lo indicado, o escuchar a Chopin. Pero decidí acostarme enseguida. Difícilmente hubiera disfrutado de aquella refinada música después de haber visto los ojos vacíos de la chica violada cuando dijo: «*Me da igual*», la terrible marca en su brazo.

OceanofPDF.com

2

Me sorprendió que Hugo llamara y, superado el primer momento de desconfianza, hasta me alegré. Nos habíamos telefoneado cada vez menos desde nuestra separación. Cierto es que hubo épocas de mayor intercambio, pero siempre se debieron a razones prácticas o de índole legal: los trámites de divorcio y la progresiva liquidación del patrimonio común. Todas aquellas comunicaciones fueron violentas, o irónicas, o frías. Hugo siempre se consideró a sí mismo un marido abandonado, y a mí una inconsciente y una loca que había alterado sin pensarlo dos veces los términos prósperos de mi vida privada y profesional. Aquella vez me sorprendió también su tono cortés y hasta risueño. Quería vender la última propiedad que aún teníamos en común, una plaza de aparcamiento en Ganduxer, y para ello necesitaba mi firma y mi conformidad. Pensé que una entrada imprevista de dinero sería fantástica, y le dije que podía obrar como quisiera. Entonces, contra todo pronóstico, propuso que, para hablar del tema, tomáramos una taza de té. Increíble, jamás había consentido en hacer algo así aunque yo lo intenté en muchas ocasiones. Envidiaba a aquellas parejas de tipo civilizado capaces de visitarse tras su ruptura y charlar sin problemas. Pero para él, reunirse frente a dos tazas tenía demasiados visos de reconciliación, las bebidas calientes eran todo un símbolo. Como consecuencia, nos habíamos visto siempre en despachos de abogados, antecámaras judiciales y otros lugares parecidos que para nada invitaban a la conversación. Esta vez sería diferente, y me preguntaba por qué.

—Me viene bien el dinero —le dije.
—Supongo que un policía gana lo justo para vivir.
—Me apaño.
—Antes, como abogada, seguramente te apañabas mejor.
—Acabo de comprarme una casa y por eso digo que me viene bien.
—Lo imagino.

Presuponía con aquel par de monosílabos que mi inversión debía haber sido muy torpe. Si la cita iba a estar salpicada por semejantes proyectiles de ingenio, hubiera sido mejor reunirse en el despacho de un notario y, una vez efectuada la transacción, huir. Pero algo me impedía siempre enfrentarme con él, quizá la culpabilidad, quizás el convencimiento de que, en el fondo, él llevaba razón cuando opinaba sobre mi reincidente inconsciencia. En nuestros tiempos habíamos tenido peleas sonadas en las que hacíamos uso frenético de la voz. Tras la separación, mi ira desapareció y la suya amainó hasta ser sustituida por una ironía demasiado lastrada de odio como para ser eficaz. Tomar la decisión de abandonar el edificio ruinoso de nuestro matrimonio me había desposeído para siempre de la razón. Nunca hay que ser el primero, mejor no moverse, basta con ir reconstruyendo a golpes de voluntad lo que luego se destruye en los momentos sinceros.

Hugo tenía un aspecto distinguido y cansado, como si acabara de salir de una enfermedad tomando las aguas en un balneario. El paso del tiempo le favorecía, las sienes grises, su cuidado en el vestir. Caducados los plazos florecientes de la Naturaleza, la experiencia y el dinero hacían lo suyo. Las camisas de Agnelli, como decía Garzón. Le había citado en La jarra de oro, donde su próspero aspecto destacaba frente a la sencillez del proletariado bebedor. Elevó los ojos al cielo como siempre hacía antes de una representación. Los visos histriónicos de su personalidad no debían de haber cambiado a estas alturas de la vida. Bien, escucharía todo lo que tuviera que decir, como siempre con humildad, con recato, sin exhibir las cosas buenas que mi vida actual pudiera tener. Ni en broma debía hacerlo partícipe de mis nuevas decisiones de existencia hogareña y geranios en el jardín. Para él era una desgraciada y me comportaría como tal.

En cuanto nos sentamos miró a las esquinas del techo como si allí se hallara concentrada toda la miseria moral del bar La jarra de oro. También miró con desprecio al camarero, que exhibía en el delantal su mapamundi de manchas cotidiano.

—Tráiganos dos té.

Había escogido por mí, sin darse cuenta seguramente.

—Ahora sólo tomo té —me confesó—. El café casi acaba conmigo. Ya sabes que después de marcharte tuve una úlcera gravísima que tardó mucho en curar. Aunque estoy restablecido, prefiero ser cuidadoso.

La úlcera salía siempre, aun por teléfono. El momento de nuestra separación, que él denominaba invariablemente como «tu marcha», contaba ya con siete años de antigüedad, pero aquella úlcera se comportaba como los clavos de Cristo, dejaba una huella indeleble que iba haciéndose digna de adoración con el tiempo. Y yo era el soldado romano con la maza levantada sobre la cruz, dispuesta a remachar, yo y nadie más que yo había causado su sufrimiento. Armada con lanza puntiaguda había hurgado directamente en sus tripas hasta hacerlas sangrar. Sacó un montón de papeles y no se atrevió a dejarlos sobre la mesa manchada. Me los pasó:

—En ese documento verde que tienes en la mano están las condiciones de venta, espero que te parezcan interesantes. Sólo en el verde, los otros contienen detalles financieros de los que yo me ocuparé.

Aquella complacencia en la obviedad del papel verde iba dirigida a dejar bien patente mi incapacidad para manejarme en cuestiones prácticas y organizativas. Su conversación resultaba tan peligrosa como un campo minado, pero yo hacía mucho tiempo que utilizaba detector.

—No veo ningún inconveniente. El precio me parece justo, todo está bien.

—Debes firmarme una autorización. Luego, el día en que se realice formalmente la venta, tendrás que comparecer ante el notario.

Llegó el camarero con los té. Hugo comprobó la marca escrita en la etiqueta que colgaba de su bolsita.

—¿Es aquí donde desayunas cada día?

Había censura y escrúpulos en su voz.

—Desayunar... aquí me encuentro con los compañeros, tomamos cervezas, café. Es como una dependencia más de la comisaría. Miró alrededor.

—Así que debemos estar rodeados de bofia por todas partes.

Me encogí un poco bajo la piel.

—No sé, quizá.

Si ahora empezaba a arremeter contra el envilecimiento que supone vivir en ambientes policiales, podría decirse que el esquema de nuestros escasos encuentros seguía idéntico: la úlcera, el dinero y la degeneración de haber acabado siendo poli. Procuré parapetarme contra la idea de que Hugo siempre llevaba razón. Intenté atajar y ganar tiempo hasta que acabáramos las bebidas.

—¿Has sabido algo de los Gálvez? —improvisé.

Me observó como si estuviera loca.

—¿De los Gálvez? Pues no. Las cosas no siguen igual que cuando estábamos juntos, Petra, creí que serías consciente de eso. Mis amigos son otros, mi vida es otra... no creo que te importe demasiado saberlo, pero lo cierto es que vuelvo a casarme el mes próximo.

Ahí sí me había cogido por sorpresa. Levanté ambas manos en un ademán poco natural.

—¡Vaya! Me alegro muchísimo, Hugo, te lo aseguro.

—Hace siete años que nos separamos, no creo que esta noticia pueda ser ya motivo de tristeza o alegría para ti.

La sonrisa que tenía dibujada en el rostro se estiró. Me bebí el té quemándome la lengua.

—De cualquier modo te deseo mucha felicidad.

—Es abogada.

—Creí que esta vez cambiarías de profesión.

—Ella no se hará policía, te lo aseguro.

Sonreí. Hugo me hacía culpable no sólo de haberlo abandonado, sino también de dejar mi puesto en nuestro sólido gabinete de abogados. Una locura. Según él, aquello había acabado de destrozar mi ya menguada capacidad para llevar una vida equilibrada. Variar, quemar... «*Algunas*

personas tienen el don de cargarse todo cuanto de auténtico valor poseen.»
Sus frases permanecían mucho tiempo dentro de mí, atormentándome. Deseé desaparecer inmediatamente.

—Creo que voy a tener que marcharme.

—Un poco tarde para que te preocupes por mi felicidad.

Volví a sonreír como una imbécil. Ahora podía ponerse a pasar revista a mi vida, una decisión desacertada tras otra, hasta llegar al caos final: un trabajo respetable volatilizado, una relación conveniente rota, un segundo absurdo matrimonio con un hombre mucho más joven, que también acabó en separación... Hugo, con su sola presencia, ponía ante mis ojos las nefastas secuelas de mi inconsciencia haciendo que parecieran un montón informe de errores. Sin duda lo eran.

—Tengo que marcharme, de verdad.

Apuré su té. Cuando nos acercamos a la barra vi al subinspector Garzón. Me pregunté desde cuando estaba allí. No tuve más remedio que hacer las presentaciones.

—El subinspector Garzón trabaja conmigo.

—En un caso —puntualizó él.

Hugo le alargó una mano sin fuerza. Me miró con conmisericordia. Allá me las compusiera. Había cambiado la solidez de un hogar verdadero por la compañía de oscuros polizontes con camisa de rayas marcadas y panzón. Había tenido el coraje de romper una pareja de brillantes abogados envidiables para venir a hojar a un bar de mala muerte como La jarra de oro. Allá yo con mi conciencia. Se marchó con la cabeza levantada en un gesto supino de desprecio y yo me quedé, encogida y minimizada, junto a Garzón. Me propuso tomar otro té. Intenté reinsertarme en mi papel profesional.

—¿Ha encontrado algo?

—Nada importante. He paseado por el barrio, pregunté... Nadie ha visto nada, no hay ni el más pequeño testimonio.

—¿Habló con la colonia de delincuentes?

—Para no sacar gran cosa. Al menos creo que no es uno de los habituales.

—Entonces tendremos que hacer una visita al Tutelar para ver si es un interno.

—Bueno, por mí...

—¿Le parece que no debemos seguir esa pista?

—Ya le digo que por mí...

Si el subinspector seguía demostrando aquella resistencia pasiva frente a mis proposiciones, tendría que acabar llamándole la atención. Claro que existía la posibilidad de ganármelo por las buenas. Lo intenté faltando a una de mis reglas de oro sobre trabajo y vida privada:

—¿Sabe quién es ése caballero que acabo de presentarle?

Noté en sus ojos una fugaz mirada de sorpresa que enseguida reprimió. Volvió a su escepticismo elegante.

—No, si usted no me lo dice...

—Es mi primer ex marido. Y no piense que estoy equivocándome al denominarlo. Tengo dos ex maridos y éste es el primero.

Solté una carcajadilla presuntamente pícara y simpática. Había conseguido darle en la línea de flotación. Su mandíbula se desencajó un poco y en las pupilas se le dibujó un chispazo de curiosidad.

—Ya —comentó sin inmutarse—. Pues yo soy viudo, gracias a Dios.

—¿Gracias a Dios?

Dio un respingo infantil.

—Quiero decir que afortunadamente nunca tuve que divorciarme de mi esposa, permanecemos juntos hasta que ella murió.

Parecía que había una seria censura en su modo de hablar. Me cabreé. Di por terminado mi afán contemporizador. ¿Acaso debía aguantar a todos los que me hacían reproches? ¿Era como Segismundo, ya condenada antes de nacer? Tragué el té de un golpe y lo miré con perversidad.

—Hablando de otra cosa, Garzón, ¿tiene alguna idea de por qué nos han encargado este caso precisamente a usted y a mí?

Quedó por completo desmarcado. Me apresté a darle el puntillazo sin compasión.

—Pues ya que no lo sabe se lo diré: nos lo han encargado porque no tenían a nadie más, así de sencillo. Me he enterado esta mañana. El resto de

compañeros está realizando una operación muy complicada, algo de drogas. Una de esas historias con fotos finales en el periódico y mucho material incautado. —Parecía haber recibido el proyectil pero remoloneó—. Como de costumbre no quieren gente de otra comisaría, y de no haber sido por la falta de personal, nos hubieran dejado donde estábamos a *fulltime*, yo en mi archivo y usted con su alijo. No creo que tuvieran confianza en nosotros para un trabajo de tanta responsabilidad. Al fin y al cabo usted es casi un jubilado y yo sólo soy una mujer.

Mi maldad hizo que su rostro se pareciera al de un muerto.

—Aún me falta tiempo para jubilarme, pero de todos modos, yo siempre cumplo lo que me ordenan sin preguntar nada.

—Eso es perfecto para mí puesto que ahora yo soy su jefa. De manera que empecemos de inmediato a hacer algo provechoso; vaya a buscar el coche para desplazarnos al Tutelar, supongo que el director accederá a recibirnos.

Estaba encantada con mi propio estilo castrense. Se acabaron las treguas. Si Garzón era un pingüino que no permitía roturas de hielo a su alrededor, tendría toda la dureza que una mujer es capaz de prodigar en sus cometidos. A mí no me pagaban por llevar guantes blancos. Sin duda había estado muy preservada de prejuicios en el servicio de documentación donde las secretarías siempre te sonreían al pasarte un libro. Pero aquello ya no era un remanso tranquilo, aquí estábamos en la vida exterior, en la brega salvaje, policías tradicionales, delincuentes, violadores... había que dar varias vueltas al látigo por encima de la cabeza cuando a alguien se le ocurriera acercarse para dar los buenos días.

El tráfico estaba denso y torpe como de costumbre; esperábamos en los semáforos, aguantábamos oleadas de claxonazos, pero Garzón iba imperturbable al volante, como un chófer de carroza fúnebre. El director del Tutelar era una mujer, de unos cincuenta años, elegantemente embutida en un sastre de cheviot, joyas discretas... Cuando le expuse el motivo de nuestra visita se sonrió al estilo sardónico.

—Por supuesto que tengo chicos acogidos con algún cargo de tipo sexual, parece obvio. No querrán entrevistarse con todos...

—Pensábamos que sería suficiente con seleccionar a los que están con libertad provisional, algún permiso...

—Oiga, inspectora, si quiere que sea sincera le diré que estoy un poco harta de la dinámica que siguen ustedes en la policía. En cuanto una joven aparece violada en esta ciudad, el primer sitio a donde se les ocurre venir es aquí.

—¿Y no le parece normal?

—Esto es un centro de reinserción, se supone que devolvemos a esos chicos a la sociedad, pero si ustedes se empeñan en perseguirlos...

No estaba preparada para aquella reacción intempestiva. Definitivamente aquello no era el servicio de documentación. Habría que lucir coraza y armas ofensivas si no quería perder el respeto de mi subordinado.

—Entiendo lo que quiere decir, pero tampoco está usted al frente de la Ciudad de los Muchachos, aquí hay delincuentes y me permito recordarle que, esta vez, la violación se ha producido en este mismo barrio.

Garzón asistía silencioso al inesperado cruce de réplicas violentas que se había generado. La directora puso cara de odio infinito, levantó las manos a ambos lados de la cabeza y dijo aparentando paciencia:

—Está bien, no se me ponga en plan oficial. Iré a ver si puedo hacer algunas averiguaciones. ¿Cuál me dijo que era la fecha?

Cuando salió, tensa y con la cara ligeramente coloreada, susurré por lo bajo:

—Deben ser unos santos, sus chicos.

Mi compañero seguía imperturbable poniendo cara de recogimiento conventual. En su caletre estaría pensando que las mujeres tendíamos de modo innato a la histeria y al enfrentamiento fratricida. Era cuestión de ir acostumbrándome a ser fiera. Garzón defendía lo suyo, fuera lo que fuese lo suyo, al igual que la directora defendía a sus acogidos con auténtico espíritu de equipo. En aquel mundo nuevo para mí debía buscarme algo que defender, y empezar por mi autoridad no estaba mal.

—Ángeles benditos, deben ser todos —murmuré de nuevo aparentando mal humor.

De pronto, Garzón respondió:

—Quizá tampoco sean todos diablos. A alguno reinsertarán.

—Usted sabe que la escoria se deshace en cuanto intentas tocarla.

Lo que hasta aquel momento había sido sólo prevención contra mí, empezaba a convertirse en inquina cerval. Garzón me detestaba. Volvió la directora suspirando.

—Vamos a ver... —Papeleó entre listas y folios.

—Con cargos sexuales sólo salió uno ese día, Jorge Valls. Pero dudo que tenga nada que ver. Es un chico que se porta espléndidamente. Lleva un año con nosotros siempre demostrando buena conducta. Ha aprendido informática en este tiempo, también ayuda cada día a limpiar la cocina. Ni una desobediencia, ni una trifulca... desde hace tres meses le dejamos salir algún fin de semana. Sinceramente no creo que...

—¿Por qué lo ingresaron?

—Un caso curioso, según los psicólogos, impropio de su edad. Se dedicaba a esperar a niñas a la salida de los colegios y les enseñaba material pornográfico, grupos en plena orgía, desnudos...

—¿Eso es impropio de su edad? —preguntó Garzón.

La directora le dirigió una mirada afable:

—Se considera una perversión más adecuada a personas mayores, incluso viejos me atrevería a decir. Suplen sus incapacidades físicas por medio de esas prácticas indirectas. Los jóvenes suelen pasar a la acción, algunos se masturban o se exhiben, pero éste... —Volvió a mirar entre sus papeles—. No, Jorge tampoco se exhibió.

—Es curioso, ¿a qué lo atribuye?

La directora parecía contenta de haber encontrado en Garzón un interlocutor civilizado y sensible. Él estaba obviamente a punto de demostrarme cómo es posible tratar a la gente sin agredirla.

—Verá, no sabemos a qué atribuirlo con exactitud, los psicólogos son cuidadosos en sus interrogatorios, a veces las cosas tardan muchos años en salir. Pero él proviene de un cuadro familiar desastroso. El padre es un alcohólico desempleado, la madre desaparece durante meses sin dar

ninguna explicación. En fin, un horror. Ese chico ha vivido en un ambiente de derrumbe moral.

—De modo que ha habido culpa de la sociedad —dijo Garzón como un progre de antaño.

La directora contestó sin pensarlo dos veces:

—Siempre la hay. —Y ambos se miraron con satisfacción comprensión y posaron después sus ojos sobre mí como si fuera una pobre apestada.

Apreté los dientes y pregunté:

—¿A qué hora salió ese día?

—De cinco a once.

—Tengo que hablar con él.

—Lo siento, pero pronto servirán la cena.

—Será sólo un momento.

Admitió la exigencia, que profundizó algo más su animadversión hacia mi persona.

La sala de visitas era tan lóbrega como el resto del lugar. De la pared pendían cuadros y fotografías que, evidentemente habían sido realizadas por los internos como trabajos manuales: paisajes bucólicos, pájaros. En un rincón se veía una piña seca, con una pequeña perla artificial pegada a cada gajo leñoso. Un esfuerzo inútil, sin rastro de belleza. Se respiraba el vacío polvoriento. Al cabo de muy poco llegó Jorge Valls, un muchacho de ojillos penetrantes, vestido con absoluta vulgaridad. Me presenté. Parecía acobardado y cruzó las piernas, conservando una mano en el bolsillo.

—Te han dicho lo que buscamos, ¿verdad?

Asintió.

—Entonces quizá puedas decirnos dónde estabas a la hora y el día que nos interesa.

—Sí, estaba en casa, con mi madre.

—Por lo visto te portas muy bien. Has aprendido a manejar ordenadores y no buscas peleas, haces lo que debes hacer. Por lo menos aquí dentro.

—Fuera también.

—Claro que a veces debes estar cansado de ser siempre un santo.

Se puso colorado, estiró el cuello, incómodo.

—Estaba con mi madre, viendo la televisión.

—Una madre es una madre, a lo mejor a ella no le costaría mentir.

—También había vecinas, y me vieron.

—¡Vaya, te acuerdas perfectamente!

—Las vecinas pasan todas las tardes a visitar a mi madre por si pueden ayudarla en algo.

—Buena gente.

—Pues sí. —Empezó a envalentonarse un poco ante la persistencia de mi ironía—. Además, cualquiera se daría cuenta de que no ando violando a chicas por ahí, nunca lo haría.

—De eso estoy convencida.

Me miró sin comprender, Garzón también.

—No andas violando chicas porque no puedes.

—Pero ¿qué dice?

—Que no se te levanta o la tienes minúscula, algo así.

El chico se volvió implorante hacia Garzón como si de repente lo erigiera en juez del asunto.

—Oiga, dígame que deje de faltar, yo a ella no la he insultado.

Garzón titubeó sin saber qué hacer, por fin dijo:

—En fin, eso de tu madre y las vecinas se puede comprobar.

Hice como si no hubiera oído a ninguno de los dos.

—Llevas un año dándoles la lata a los psicólogos y lo único que pasa es que no se te levanta.

Se puso de pie, empezó a gritar.

—¡Quiero irme, no tengo obligación de estar aquí ni de contestarles, eso lo sé muy bien!

Hizo ademán de salir, lo atajé.

—Lo comprobaremos, y te juro que si eso de las vecinas no es verdad, voy a venir por ti para cerciorarme personalmente de si puedes o no puedes violar.

Se fue de la sala desencajado. Garzón tenía los ojos fuera de las órbitas, como si hubiera estado presenciando un accidente múltiple en la autopista.

Nos invadió un silencio que llegaba de lejos. Flotaba el olor típico de la verdura hervida, canallesco y familiar.

—¿Nos vamos, subinspector?

Se puso a caminar junto a mí, algo aturdido. Intenté provocarlo, quizás ahora sí iba a responder.

—¿Cree que me he excedido?

Emitió un gorgoteo indefinible.

—¿Piensa que la intensidad de trato fue correcta?

Bufó:

—¿Por qué le dijo esas cosas?

—Para ponerlo nervioso.

—¿Para qué?

—Siempre es mejor que estén nerviosos, ¿o no? De cualquier modo, ese tipo está aquí por andar intentando pervertir a colegialas, no creo que merezca un trato especial. ¿No le parece?

—No sé, inspectora. Si usted me lo permite prefiero no dar ninguna opinión.

Se encapsuló de nuevo en su actitud de «órdenes son órdenes». Seguimos deambulando hacia la salida por los tétricos pasillos del edificio gris. Ramos de flores sintéticas, ceniceros de suelo, un limbo despersonalizado y hueco por el que la gente se paseaba con la única esperanza de salir alguna vez. No se dejaba engañar aquel jodido subinspector, resistía en su respetuoso desprecio. Serían necesarias más representaciones sangrientas para convencerlo de lo que era capaz.

Al llegar a casa me serví una copa de chinchón. Tumbada en el sofá, empecé a preguntarme quién era en realidad mi nuevo compañero. Un polizonte total, uno de esos cincuentones que se han pasado la vida tomando cafés con leche en la esquina esperando órdenes de un superior. Y, por supuesto, brutal con detenidos y sospechosos, a mí no iba a pegármela. Sólo que le resultaba intolerable que esos mismos métodos los empleara yo. Se espera otra cosa de una mujer. Comprensiva con los débiles, solidaria

con su sexo, recatada en la expresión, lamentando que en el mundo exista tanta maldad. Pobre Garzón, iba a encontrarse con un bocado difícil de roer, y ni siquiera conocería a Shakespeare, ni a Don Juan Manuel, con lo que la doma de la bravía no le serviría de guía espiritual. Horizontes limitados, vida lineal, nada que ver con las profundas simas y súbitos remotes de la mía. Y bien, ahora tenía un caso, algo que había deseado desde siempre, era imprescindible crearme mi papel, instalarme en los tiempos en los que pensé que ser policía convertiría mis días en algo interesante, cercano al meollo de las cosas. Pero quizás el caso llegaba demasiado tarde, como toda ilusión que se cumple. Me cogía a contrapelo, en época de cimentación, una casa con patio trasero, el propósito de resistir los embites de la pasión amorosa, algo así como presentarse en el banquete de la vida convencida de que te sentaba mal comer. Pero es difícil retraerse ante la pujanza de la acción; la piedra siempre salpica al caer sobre el lago tranquilo. De cualquier modo, era inútil pensar, ese caso nos sería quitado de las manos tarde o temprano, lo esperaba y para cuando llegara el momento estaba segura de que me daría igual. No sería lo mismo para Garzón, por mucho que él dijera que estaba de vuelta de todo, recién trasladado además, y le interesaría poner un buen colofón a su carrera impecable y gris. Aunque quizá sólo deseaba que lo licenciaran de una vez, poder volver a su casa donde le esperaba una sopa caliente, y disfrutar de las reuniones de jubilados para jugar al billar. Un plan razonable, tranquilidad para los dos. Pero yo no podía decirle: *«Venga subinspector, dejémonos de coñas, cumplamos el expediente y a otra cosa»*. No, debía permanecer allí batallando por mi deber, demostrando que era una mala bestia capaz de llevar las riendas de una investigación; una mujer no puede permitirse el lujo de cejar, sobre todo si es paracaidista, policía o conductora de autobús. Y en cuanto a Garzón, él debería aguantar las órdenes de una niñata como yo después de haberse arrastrado por todos los callejones del país deteniendo a borrachos y encarcelando a putas. Demasiado para ambos, ojalá nos quitaran pronto el caso.

Me encontraba de pésimo humor. Según los nuevos planes de mi vida no era el momento de pedir una pizza por teléfono sino de ponerme a

cocinar. Unos guisantes congelados serían suficiente. Dejé abierta la puerta para oír la música desde el salón. Un montaje perfecto que acabaría por funcionar bien. Sin vecinos arriba ni abajo, sin testigos infamantes de la mediocridad. Pero a las nueve llamaron a la puerta. Era Pepe.

—Se me ha muerto la gata —exclamó en cuanto abrí.

Le dejé pasar con un gesto casi feroz. Iba a ofrecerle una bebida como estaba mandado, pero me di cuenta de que aquello no podía continuar.

—Pepe, no puedes venir aquí cada vez que se te muera un gato.

—Pero si no tengo más.

—Sabes perfectamente a qué me refiero. Antes era casi normal, yo seguía viviendo en el apartamento que había sido común, pero ahora tengo una casa y quiero disfrutarla. Estamos separados ¿recuerdas?

—No creí que iba a fastidiarte. Somos amigos, y yo a mis amigos suelo hacerles visitas.

—¿Y si llego a estar acompañada?

—Me hubiera marchado enseguida.

Era importante que no se quedara para la cena, eso hubiera desbaratado mi primera jornada de normalidad, mucho más de lo que podía permitirme consentir. Éramos buenos amigos, él tenía razón, y yo siempre tendría la sensación de haberlo llevado y traído según las marejadas de mi criterio personal, de haberlo dejado después tirado sobre la playa, solo y mojado. Aunque no era verdad, ¿cómo puede dejarse solo y tirado a un hombre con sólo veintiocho años y toda la vida por vivir? Él dijo que vendría de vez en cuando, que haría arreglos en los enchufes, que tomaría una cerveza, y eso no estaba mal. Pero se había presentado dos días seguidos. Demasiado peligroso, demasiado absurdo también.

—Creo que la atropelló un coche. Estaba en la trastienda del bar, entraba y salía cuando le daba la gana, ya sabes que era una gata muy independiente. Me la encontré tirada con unos hilos de sangre en la boca y no podía respirar. La llevé al veterinario pero ya no hubo nada que hacer.

Nunca había compartido su misticismo por los gatos. Cuando estábamos casados me fastidiaba ver a su ronroneante animal subido en cualquier parte, sobre la cama o acurrucado entre mis zapatos de tacón.

—Lo siento muchísimo. Tómate una cerveza y después te vas, mañana me levanto a una hora indecente.

Se sentó observando mi pequeño salón. Junto a la pared estaban las cajas de la mudanza, aún sin desembalar.

—Si quieres puedo ayudarte mañana con eso.

—No, gracias, mañana no. Me han asignado un caso y tendré un día muy cargado.

—Eso es lo que tú querías.

—Se trata de algo temporal, no tenían a nadie más que lo resolviera, pero estoy segura de que van a quitármelo en cuanto haya otro inspector disponible.

—¿Es un asesinato demasiado complicado para tu experiencia?

—No es un asesinato, es una violación.

Ninguno de mis maridos había atinado jamás con los pormenores del trabajo policial. Para Hugo, todo lo que hacía no era más que monótona labor de biblioteca, sólo que en un ambiente sórdido, impropio de mí. En cambio Pepe parecía convencido de que el único cometido de un policía era bregar con asesinos enigmáticos. En ambos casos: demasiada televisión.

—¿Una violación ritual?

—Déjalo, Pepe, es un poco tarde para hablar de eso.

Cuando le conocí me divirtió mucho su capacidad para sacar las cosas de quicio. Me pareció un muchacho atractivo y dulce, un relajo para cualquier empacho de realidad. Vivía en el mundo a distinto nivel. Yo podía subir o bajar por su escalera según me lo dictara el humor.

—Creo que no voy a comprarme otro gato.

—Me parece bien.

—Estoy harto de perder las cosas que quiero. Cuantas menos ataduras de cariño, mejor.

—Sabes que siempre ha sido ésa mi filosofía.

—Sí, ya lo sé.

En su día yo había intentado que no nos casáramos, con vivir juntos bastaba. Pero él insistió en el matrimonio. Su madre se había quedado viuda, una mujer muy tradicional, negarme a pasar por el juzgado equivalía

a un sonado follón. ¿Qué más me daba al fin? Luego, al cabo de unos meses, su madre tradicional se lió con un taxista y se largó a Madrid. No le dijo a su hijo ni adiós. Contó conmigo para deshacerse de sus responsabilidades maternas y lo abandonó. Más tarde lo abandoné yo, y ahora se le moría la maldita gata. Pero a pesar de todo, no se quedaría a cenar.

—Me he enterado de un sistema para regenerar las plantas que se han helado. A lo mejor funciona con tus geranios.

Aquello me interesó y le escuché atentamente.

—Pero no es cosa que se explique en cinco minutos, si quieres vengo un día de éstos y lo pruebo.

Un nuevo cable echado. Nunca me libraría de él.

—Vienes y me lo enseñas, prefiero aprender.

—¿Vas a aprender también a arreglar los enchufes?

—Supongo que sí. En comisaría organizan unos cursillos de chapuzas para agentes, creo que me apuntaré.

Era una mentira tan ridícula que hubiera debido ofenderse, pero seguro que me creyó, seguro que en aquella hermosa cabeza de arcángel cabía esa posibilidad, los polizontes atareados desatrancando desagües entre asesinato sangriento y violación ritual. Se quedó sin cerveza y sin teas para seguir conversando, así que se levantó y anduvo directo hacia un armario.

—La salida está allí —le indiqué.

Torció su equivocada ruta con parsimonia, se puso el anorak y salió.

—Siento mucho lo de tu gata.

—Sí, yo también, era una gata muy comprensiva, acompañaba mis horas de soledad.

Hasta la propia Teresa de Calcuta, acostumbrada ya e inerte frente a las más atroces miserias humanas, se hubiera compadecido de él, lo hubiera sentado a su mesa y servido un buen plato de arroz. Pero yo no, incluso lo maldije porque los guisantes habían hervido demasiado y estaban pasados. Pero no había por qué desesperar, mañana sería otro día; mañana, con un poco de suerte, saldrían enteros.

OceanofPDF.com

3

Estaba en el servicio de documentación, dejando en orden unos papeles, cuando el propio Garzón se puso en comunicación conmigo. No solía recibir muchas llamadas allí, de modo que me sorprendió un poco. Reconocí enseguida su cascada voz de fumador añoso.

—¿Petra? Siento molestarla pero era imprescindible que la llamara. Lamento comunicarle que han violado a otra chica. El asunto es cosa nuestra porque también llevaba la flor.

—¿La flor?

—Ya sabe, esa marca extraña en el brazo.

La flor. Así que, después de todo, el subinspector no sólo era misericordioso sino que, además, tenía una vena poética. Sería interesante saber qué otros alientos espirituales podían esconderse tras su barrigón. Salí inmediatamente hacia el grupo de homicidios.

La cosa iba a ponerse fea. Como dicen en las malas películas: nos enfrentábamos a un violador. Un violador en la tradición pura, incluidos ritos sacrificiales y toda la pesca; quizá Pepe no había resultado un fantaseador al ciento por ciento. Esta vez el ataque no se había producido en el barrio de la Trinitat sino en la Verneda; nos evitaríamos una nueva visita a la odiosa directora del Tutelar. Tampoco en esta ocasión hubo violencia manifiesta, aparte de la flor. El agresor, un hombre alto y aparentemente joven, enmascarado, había abordado a la víctima cuando ésta entraba en su casa después de trabajar. Amenazándola con un cuchillo la llevó hasta un

solar cercano precariamente vallado. La hizo subir a un cajón de cerveza que sin duda tenía preparado, y saltar al interior. Una vez dentro del descampado, la violó.

—La chica ha declarado que existieron tocamientos superiores previos —dijo Garzón.

—¿Y eso qué es?

—Succiones mamarias y cosas por el estilo.

—¿Quiere decir que estuvo magreándole las tetas? ¿Eso quiere decir?

Me miró con antipatía.

—Sí, eso quiero decir.

¿De dónde había salido aquel polizone, Dios, de algún seminario? ¿Por qué me cayó en suerte justamente él? Ya había muchas mujeres trabajando en la policía, y más de una vez debía haberse cruzado con alguna, hablado con ella. ¿Por qué coño decía succiones mamarias? ¿Nunca soltaba un taco ante una mujer? ¿Exclamaba ¡testículos! en vez de ¡cojones! en los momentos de tensión?

—¿Y se corrió el violador? Quiero decir si excretó su semen en el cuerpo de la mujer —interrogué de mal talante.

—Parece que no. La chica acaba de salir del dispensario, está con una asistente social. Dentro de una hora nos dejarán interrogarla de nuevo.

—¿De nuevo?, ¿lo ha hecho alguien ya?

—El comisario.

—Primer aviso, ya verá qué pronto volvemos a nuestra rutina habitual.

No contestó. Había que pasar una hora haciendo pasillo, estuve a punto de largarme y dejarlo allí. Intenté sin embargo recuperar la tranquilidad. Fuimos hasta la máquina de café.

—¿Lo toma con leche?

—Sí.

Nos sentamos en un banco del corredor como un par de alumnos expulsados de clase.

—Oiga, Garzón, seamos sinceros, a usted no le son muy simpáticas las mujeres, ¿verdad?

Me miró con cara de auténtico pánico. Sentí la necesidad de especificar enseguida:

—Me refiero a que preferiría tener un compañero varón en el trabajo, un jefe varón.

Pareció como si le hubiera dado la oportunidad de exteriorizar algo largamente pensado. Se volvió hacia mí con los labios manchados de café:

—Mire, inspectora, para ser claros como usted me pide le diré lo que pienso de verdad. Yo no soy machista, eso que vaya por delante, creo que es lícito que las mujeres trabajen, es normal, lo acepto, está muy bien. Pero luego, a la hora de la práctica, tener compañeras mujeres en ciertos trabajos dificulta mucho la situación.

—¿Por qué?

—¿Recuerda en la RENFE? Según las nuevas normativas, una mujer puede ser mozo de carga, maquinista, engrasador... pero ¿qué ha ocurrido después en la realidad? Pues que las mujeres no tenían fuerza física para realizar ciertos trabajos y había que ayudarlas, necesitaban cabinas separadas para cambiarse de ropa... en fin, un follón.

—No le entiendo, ¿y qué tiene eso que ver con nuestro caso? Para este trabajo no hay fuerza que valga, ni nos cambiamos de ropa ni...

—Era un ejemplo, en lo nuestro existen otros problemas.

—¿Tener que decir succión en vez de mamada, es eso lo que le fastidia?

—Me violenta un poco, sí.

—Pues por mí no se prive, subinspector, yo también digo coño, cojones y joder.

Tragó saliva visiblemente.

—Oírsele a usted también es violento, compréndalo, debe tratarse de una cuestión educacional.

—Y ¿qué demonios quiere que haga, hablar por señas? El resultado puede ser más chocante aún.

Hizo gestos de paciencia contrariada.

—No me lo ponga difícil, justamente tratamos un caso de violación y las alusiones son continuas. Además, no es sólo eso, con un hombre se sabe de qué hablar, aunque sea de fútbol, en cambio con usted... En fin, no había

muchas mujeres en la comisaría de Salamanca, sólo las funcionarias del carné de identidad.

De pronto me compadecí de él, sus esfuerzos por convertir los prejuicios en argumentos racionales, su hostilidad defensiva hacia mí. Lo comprendía. Sólo que es muy peligroso comprender primero compadecer después. Y me había propuesto no hacerlo nunca más.

—Puede marcharse a casa, subinspector. Creo que para interrogar a la chica me basto por mí misma.

No entendía ni una palabra. Estaba boquiabierto como si le hubieran ordenado tirarse de cabeza al mar. Yo tampoco entendía gran cosa sobre mi reacción, pero sabía que era imprescindible ponerse en guardia cuando aparecen los primeros síntomas de la piedad. Dostoievski pensaba que es la única salvación para el ser humano, pero obviamente no hablaba específicamente sobre la mujer.

—Como usted mande —dijo el subinspector.

Estaba ofendido, se levantó alejándose por el pasillo rodeado de un halo de injusticia que se advertía desde cien metros. Yo, por mi parte, me sentí bastante mal. No había hecho lo indicado, lo indicado era haberle pegado unas voces: *«¡Oiga, Garzón, no me venga con hostias de la RENFE; yo soy su jefa, así que déjese de zarandajas y compórtese con naturalidad!»*.

La gente acepta mucho mejor las broncas que la frialdad educada. Pero me había prohibido el arrepentimiento tanto como la lástima, así que corté en seco mis pensamientos y fui a buscar otro café. Observé en la máquina cómo se iban produciendo las pequeñas maravillas de la mecanización, adelantos bastante inútiles, ya que el personal en pleno prefería seguir cruzando la calle hasta el bar, donde aparte de la excitación de la cafeína, contaban con otros alicientes como la conversación y el ruido estrepitoso.

Aún corría por el ambiente el viento fiero que había producido la ira callada de Garzón al pasar. Me llamó una funcionaria, la víctima estaba lista para declarar. Tiré a la papelera el vasito de plástico y me apresuré. Toda aquella enojosa historia feminista con el subinspector estaba impidiendo que me concentrara en el caso. O quizá se trataba de la seguridad que tenía de que iban a relevarme. Si aquel caso se convertía en el de un violador

reincidente a gran escala, adquiriría enseguida notoriedad y me lo quitarían de las manos, a mí y, por supuesto, a mi beligerante compañero. ¿Qué debería hacer entonces? ¿Protestar? Tampoco me funcionaban tan mal las cosas en documentación, allí volvería.

Ante la segunda víctima se repitió la impresión que me había causado la primera: un pequeño e indefenso ratón asustado dispuesto huir. No estaba acompañada, los padres ya se habían ido. Según me contó, uno de sus hermanos la recogería en cuanto le permitiéramos marcharse. Tenía el pelo crespo y teñido de rubio, estropeado por el mal trato de lacas y permanentes. Apenas diecisiete años. Como la primera, no parecía muy deseosa de hablar. Trabajaba en una peluquería del barrio.

—Lavo cabezas y ayudo a limpiar el salón. Por las noches, cierro.

Después de ese último deber la sorprendió el violador. Por lo que había estado consultando en expedientes anteriores, un buen número de violaciones se producía durante el fin de semana, a la salida de bares y discotecas. Aquello daba pie para encauzar las investigaciones con más facilidad. Se peinaba a los asistentes en lugares de diversión cercanos, al círculo de amigos, a algún muchacho que se hubiera significado con su comportamiento a lo largo de la velada, a algún matón. Tal camino quedaba bloqueado en esta ocasión. Sin embargo, el tema de las amistades y relaciones de la muchacha no podía quedar aparcado, en especial ahora que había dos víctimas presuntamente del mismo violador. La marca se convertía en un evidente vínculo entre ambas chicas aunque éstas no se conocían en absoluto.

Corroboró que no le había visto la cara, pero la complexión y estatura coincidían con las descritas por la primera víctima, así como la misteriosa manera de marcarle el brazo.

—Fue con algo que me acercó, hizo presión y noté que me dolía mucho.

—¿Lo llevaba en la mano, ese objeto con el que te hizo la marca, lo empuñaba o algo así?

—No sabría decirle.

—¿Era algo prendido en su muñeca, una pulsera tal vez?

—No lo sé. De repente sentí el dolor, un pinchazo muy fuerte. Empecé a marearme.

Su cara pequeña y poco atractiva estaba desvaída, a punto de borrarse por completo. Era tan frágil que temí que de un momento a otro se replegara sobre sí misma como un simple paraguas o una cajita de resorte.

—Tendrás que darme una lista con los nombres de todos tus amigos. Seguro que tienes muchos amigos, y probablemente algún novio también.

—Mi novio no ha sido. Ni mis amigos tampoco.

—Sólo les haremos algunas preguntas. —Se echó a llorar—. No estoy acusándolos de nada.

De pronto, me di cuenta claramente.

—No quieres que se enteren, ¿es eso?

Siguió llorando sin contestar. Por supuesto que sí, sobre ella recaía la deshonra pasiva, la vergüenza, la mancha; presentarse frente a su enamorado ya nunca sería igual.

—Óyeme bien, tú no tienes ninguna culpa de lo que ha sucedido, no debes avergonzarte.

Asintió impaciente:

—Ya sé, ya me lo han dicho, lo sé.

La asistente social había hecho su labor. Me sentí bastante estúpida intentando descubrir ante aquella chica las reivindicaciones elementales de la mujer. Observé su carita de ratón, uno de esos ratones que hemos cazado en la trampa y podemos contemplar largamente, el pelaje suave, los ojos como dos minúsculos botones. Horas y horas de lavar cabezas hablando sobre lo que se hizo el sábado, sobre los horóscopos, el peinado, la moda, las revistas ilustradas. Probablemente no, no había sido su novio ni ninguno de sus amigos, ratones atrapados como ella, la cola larga y desagradable siguiéndolos a cualquier parte donde van. ¿Y bien, qué habíamos hecho la primera vez? Rastrear una pista circunstancial, demasiado ligera. El muchacho del Tutelar no estaba mintiendo, se comprobó su coartada y era exacta. Esta vez había que profundizar, centrar el tiro.

Puse al corriente por teléfono a Garzón. Contestaba con monosílabos. «*Bien. Bien.*» Él se encargaría de buscar las direcciones de aquellos chicos,

de localizarlos e interrogarlos.

—Es necesario hacer lo mismo con los amigos de la hija de la cocinera. ¿Me comprende?

—Lo haré.

Escueto y eficiente como el mecanismo de un reloj. Quizás así, bajo los parámetros de la simple autoridad y el dictado estricto del deber, nuestra relación mejorara. Era evidente, había que aligerar la carga emocional. Por culpa de la jodida carga emocional los deportistas pierden competiciones decisivas, los hombres de negocios dan pasos en falso y un policía puede pifiar una investigación. Frialdad.

Al salir de comisaría me dirigí a mi gimnasio. Siempre lo hacía así. Un policía debe mantener una buena forma física, eso me habían enseñado en la Academia, aunque para estar sentada en el servicio de documentación nunca me hizo falta. Asistía a una concurrida clase de ritmo y musculación. Yo era la alumna más vieja pero, uniformada con mallas y sudando, pronto se borraban las fronteras de la edad. En los vestuarios todas aquellas jovencitas decían las mismas tonterías que hubieran dicho de no estar yo presente. Me preguntaban mi opinión acerca de problemas tan ligeros como plumas, se probaban riendo nuevos maillots. Era una experiencia agradable, lograba olvidar todo en aquel ambiente de frivolidad. Pero aquel día, con una pesa de dos kilos en cada mano, las cosas no se me presentaban igual. Difícilmente podía ver a mis compañeras de esfuerzo fuera de un contexto brutal y trágico. Cualquiera de ellas podía ser violada a la salida de clase, marcada con una flor. Todas me parecían susceptibles de ser empujadas a una pesadilla que destrozaría sus mentes y quizá también sus vidas. En cualquier momento, sin una auténtica razón. Pasé la mirada por ellas, las piernas describiendo círculos en el aire, los cuellos erguidos. Comprendí que disfrutar de la vida se me ponía desde entonces un poco difícil. Las muchachas más frágiles parecían las víctimas ideales de aquel hijo de puta. Ése era hasta el momento su único punto en común.

—Y la clase social —dijo Garzón varios días después—. Las dos eran chicas trabajadoras, de escasos recursos familiares, sin cualificación profesional.

—Es verdad. ¿No cree que estamos precipitándonos demasiado considerando los casos como una necesaria correlación?

—Estoy seguro de que las dos violaciones las cometió el mismo tipo. Nadie anda marcando chicas por ahí.

De repente se dio cuenta de que se había mostrado demasiado espontáneo e informal, recordó que estaba enfadado.

—En fin, sólo se trata de mi humilde opinión.

Las pesquisas entre los amigos de las víctimas no habían aportado la más mínima luz. Sin embargo, fueron personalmente reveladoras para mí. Nunca se me hubiera ocurrido pensar en la gran cohorte de jóvenes desheredados que andaba deambulando por la ciudad. No se trataba de marginados, ni de delincuentes; en realidad todos estaban más o menos integrados en la rueda social. Sin embargo, por lo que pude ir comprobando, la rueda parecía pasarles por encima y aplastarlos sin consideración. Si no estaban en paro, desempeñaban empleos salidos del subsuelo laboral. Mensajeros que repartían pequeños paquetes durante horas, montados en frágiles motos, respirando el aire contaminado de las calles. Cajeras de supermercado, siempre de pie, fijadas a sus máquinas registradoras como un apéndice mecánico más. Tomaban autobuses desde barrios extremos hasta el centro, volvían por las noches a sus casas con el tiempo justo para la cena. Los pocos a quienes yo interrogué tenían los ojos cansados, descoloridos, a duras penas reivindicaban su juventud vistiendo descuidadamente o llevando el pelo cortado según la última moda hortera. Aprendices de mecánico, dependientas, mozos de café, todo un lumpen en flor. No sabían nada de las violaciones, no albergaban intuiciones ni sospechas. Tampoco se mostraban indignados por lo que había sucedido, contestaban sin más. Alguien había violado a sus amigas, una putada, sí. Pero sobre sus espaldas plebeyas podían ser cargados montones de cosas sin sentido. Estaban acostumbrados a llevar el peso, a verlas caer sobre ellos sin mucha sorpresa.

—¿Qué haces los domingos?

—Por ahí.

—¿Por ahí?

—Jugar a las máquinas, un rato a la discoteca.

—¿Qué hacía Salomé?

—¿Salomé? Pues lo mismo. Algunos domingos la veía, otros no.

Las familias no estaban en una situación mucho más airosa. Los padres eran obreros, o estaban desempleados y casi la totalidad de las madres realizaban alguna tarea de subsistencia secundaria: fregaban escaleras, limpiaban los cristales en un banco, cosían dobladillos para una fábrica de confección.

—Bonito panorama. Esos chicos no ven la vida color de rosa. ¿No es cierto?

El subinspector Garzón no sabía de qué estaba hablándole.

—¿Y quién la ve?

Ahora me diría que cuando era pequeño tuvo que tirar de un carro lleno de sacos o alguna que otra atrocidad. Pero no, se calló. ¿Quien veía la vida en rosa era yo, una niña pija caída en la policía por casualidad?, ¿una «auténtica intelectual», tal y como dijo el inspector jefe? Me veía obligada a mantener mi desabrimiento en guardia porque en cuanto la bajaba, allí tenía, observándome, los ojos caninos de Garzón.

—Parece claro que las conversaciones con todos estos chicos no nos han llevado a ninguna parte. ¿Sugiere usted otra vía de investigación?

Me miró enarcando sus cejas de médico rural.

—Y no me diga que hará lo que yo le mande, eso ya lo sé.

Se puso ligeramente colorado, cabeceó:

—Yo miraría en los bares de la Verneda. El tipo podría ser cliente habitual de alguno. Quizás estuvo bebiendo mucho esa noche para darse ánimos.

—Muy bien, adelante, no perdamos tiempo, podemos ir ahora mismo.

Tomó una expresión de ironía contenida, como si estuviera burlándose de mí.

—Inspectora, el tipo de bares a que me refiero abre sólo por la noche, como usted debe saber.

Hice como que no advertía la impertinencia.

—De acuerdo, pues nos veremos esta noche. Dígame dónde y a qué hora.

La iniciativa nocturna me hacía polvo. Había pensado pasar una velada tranquila en mi nuevo hogar. No encontraba el momento oportuno para disfrutarlo, integrarme en él, empezar a imprimirle mi sello. ¿Había sido una quimera plantearse una vida semejante? Me negaba a admitir un tópico de tal magnitud. El asunto de las violaciones era sólo una coyuntura pasajera, después todo volvería a su cauce diario. Y ese cauce me proponía controlarlo yo, así como el caudal. Nada de desbordamientos imprevistos, deshielos o sequías, un flujo regular y moderado.

Volví a casa con la intención de descansar un poco, ducharme, cenar. Debía preparar mi paciencia ante la perspectiva enloquecedora de salir de noche con el seductor Garzón. Ojalá no encontrara a Hugo por la calle, hubiera sido insoportable tenerlo por testigo de aquella desairada actividad profesional. Encendí la calefacción y miré los geranios congelados. Quizás había venido Pepe con su invento para resucitarlos y no me había encontrado. Fui a la cocina y escogí un sobre de sopa preparada. «*Las sopas que crean hogar*» rezaba un letrero coloreado. Debajo estaba la fotografía de una atractiva mujer que sujetaba con ambas manos una sopera humeante. Ella y su sopera formaban el hogar, ¿para qué más?, ni siquiera me hacían falta los geranios.

Después de cenar me metí en la bañera en cuya agua había disuelto sales de fresa. Se estaba bien, como formando parte de una macedonia sensual. Cerré los ojos. ¿Cuánto tiempo tardarían en quitarnos el caso? ¿Nos darían siquiera la mínima opción a resolverlo? Muy liadas debían estar las cosas en comisaría para que lo tuviéramos aún. Lo cierto era que a aquellas alturas de mi carrera ya me había resignado a no participar en el servicio activo. Sin embargo, pensar en perder ese caso ahora, me producía

una ligera rebelión interior. ¿Qué ocurría? ¿Estaba tomándole gusto al Grupo de Homicidios? No parecía presentar muchas ventajas: horarios irregulares, ambientes deprimentes, mayor responsabilidad. Y todo lejos de la brillante Teoría del Mal que podía construirse con libros y archivos en el servicio de documentación.

Sonó el teléfono. Enseguida pensé que era el subinspector, pero era Hugo. Necesitaba más datos míos para redactar los documentos de venta. ¿De verdad no recordaba el número de mi carné de identidad? Sin duda figuraba en alguno de nuestros papeles de divorcio, así que o no había querido tomarse la molestia de buscarlo o deseaba hablar conmigo por alguna razón. Estaba amable e incluso relajado, el tema de su inminente matrimonio volvió a salir. Se encontraba muy ocupado con los preparativos. Pasarían la luna de miel en París y los asuntos del despacho debían seguir funcionando durante su ausencia.

—Elvira es muy clásica, no quiere viajar a un país exótico, le parece una vulgaridad. Desea pasearse por la orilla del Sena, cenar en los restaurantes del Quartier Latin.

Era la primera vez que citaba su nombre, sonaba bien. Cuando estuve casada con él intentó convencerme varias veces de que cambiara mi nombre de forma legal. Petra le parecía poco distinguido; que mi abuela se llamara así era un accidente que no debía ser determinante de por vida. Le gustaba más Celia. Estuve a punto de hacerle caso, pero felizmente me negué. Sin embargo, desde entonces no era capaz de decirle a alguien mi nombre por primera vez sin sentir un ramalazo de culpabilidad. Petra era en verdad horrible, quizá no hubiera sido mala idea sustituirlo.

—A mí me da igual donde vayamos. Nos queda nuestra vida por delante y tendremos muchas ocasiones de visitar el mundo. ¿No te parece?

—Por supuesto que sí.

Misteriosa situación. ¿Por qué estaba contándome todo aquello? La tragedia del hombre moderno americano se resume en los contactos telefónicos con la ex esposa, un acoso difícil de aguantar: peticiones de aumento de pensión, reproches imprevistos de hace mil años, desasosegadores momentos de ternura que afloran de nuevo. Quizás en el

caso hispano fuera al revés y nos tocara a las ex esposas aguantar los envites del pasado. Pensar en Hugo llamándome para hablar conmigo cada vez que se peleara con Elvira me ponía los pelos de punta. Algo inverosímil durante todos aquellos años en los que su honor herido había sido el único soporte de nuestra silenciosa relación. Aunque quizá lo único que ocurría era que Hugo, antes de casarse, quería cerciorarse de que esa circunstancia novedosa no iba a propiciar que dejara de sentirme culpable. Yo me fui, y en los anales del mundo civilizado la mujer nunca se va.

—Sí, Hugo, te queda todo el tiempo para visitar lugares.

¿Qué otra cosa podía decir? Y después de decirlo me sentí de nuevo culpable, como siempre.

Garzón me esperaba en un pub, un sitio cutre con pinta de almacén. Ya había empezado a interrogar al dueño, una especie de gigante con la oreja derecha horadada por un pendiente de latón. Estaba tan cabreado que se le notaba a simple vista, la bofia haciendo preguntas en su bar era mala recomendación ante la clientela, cuanto antes nos largáramos mejor. Sin embargo, la clientela no parecía preocuparse demasiado por nuestra presencia. Abundaban los cabezas rapadas y las chicas con mallas negras y cazadoras de plástico. La música rebotaba contra las paredes desnudas y volvía al centro de la sala con un eco amenazador que estaba entre el fondo de una tormenta y el ruido de un trasatlántico en alta mar. Tuve ganas de salir zumbando de allí y, por primera vez, admiré la profesionalidad de Garzón. Estaba impertérrito, inmune al estrépito y la hostilidad, dirigiendo preguntas al oído del dueño, enseñándole fotos de las chicas violadas, comprobando horarios sin inmutarse, como si toda su vida hubiera discurrido por tugurios juveniles como aquel. Al cabo de un rato me hizo un gesto con la cabeza y salimos. Yo no había abierto la boca ni estado atenta a su conversación.

—No sabe nada, pero si lo hubiera sabido tampoco creo que hubiera abierto el pico. Tiene toda la pinta de ser un... mal bicho.

Comprendí que, tras aquella dubitación, hubiera debido restallar la palabra «*cabrón*», pero el subinspector seguía haciendo concesiones a mi feminidad. Fuimos al segundo bar de su lista que tampoco resultó un salón de té. Hasta entonces no me había dado cuenta del dominio que mi compañero tenía sobre lo que se denomina «la calle» en lenguaje policial. El tono que empleaba en los interrogatorios era neutro pero firme, y gastaba una amabilidad correosa que se convertía en amenaza velada al menor descuido de su interlocutor. No resultaba chulo, ni demasiado cínico, ni excesivamente cortés. Había pateado muchos bares en su vida, de eso no me cabía duda. Aquí el dueño era un tipo bastante anodino que insistió en invitarnos a una cerveza pero no habló. No sabía nada ni conocía a nadie que pudiera servirnos.

Al quinto antro pensé que me iba a dar un ataque de desesperación. Teóricamente, un «peinado de bares» hubiera podido ser algo atractivo, un compendio entre sociología y baño neocultural. Pero las teorías pivotan sobre lo cualitativo y olvidan por completo la reiteración. Estaba harta de ver muros despintados, barras gélidas, de las preguntas siempre parecidas del subinspector. Estaba hasta las narices de música estridente y de cerveza. Era casi la una de la madrugada y había empezado a preguntarme si todo aquel tiempo contaría como horas extraordinarias o si se pagaría como jornada normal, aunque lo más probable fuera que no se pagara de ningún modo, considerándose un gaje inherente a la profesión. No podía permitirme la confianza de pedirle ese dato a mi compañero, no estaba para tales bollos nuestro horno interpersonal. Así que seguimos trasegando cerveza entre jóvenes de distintas tribus urbanas que habían perdido por completo la memoria ante nuestras preguntas.

—¿Cree que así vamos a alguna parte, Garzón? —dije por fin.

Me miró como si aquello le pareciera una cuestión innecesaria de explicar. Se armó de paciencia, suspiró.

—Verá, cuando se trata de violaciones el contacto con la gente no tiende a dar buenos resultados. Nadie suele saber nada. Además, todos consideran el tema grave y se paralizan de miedo, no divagan, no dan indicios que no tengan muy bien comprobados. Es lógico por otra parte que no tengan

datos, son cosas que suceden muy privadamente. En casos de robos o contrabando es otro cantar, entonces la solución de los confidentes funciona bien. De cualquier modo esto es algo que obligatoriamente tenemos que hacer, hay que ir descartando posibilidades.

Lo observé curiosamente, bastante anonadada por su sabiduría.

—¿Ha tratado alguna vez con confidentes? —pregunté.

—Es mi especialidad, les inspiro confianza. Sigo haciéndolo en estos momentos con el tema del alijo de tabaco.

—¡Ah, sí!, ¿Cómo lo lleva?

—Voy tirando.

Me dolían los pies. Tres horas desperdiciadas en la obligatoria tarea del descarte. Tres horas pateando bares de juventud que, en cierto modo, ya no representaban una novedad para mí. Era un paño que conocía, no en balde mi flamante segundo ex esposo era dueño de un local ecologista, pacifista, anarcoide, donde junto al combinado alcohólico tradicional, servían bolas de gluten de trigo para picar. Yo lo compré para él y constituyó la solución de su vida. Pepe había acabado los estudios de Sociología, pero, lógicamente, jamás se le ocurrió siquiera intentar buscar un empleo en ese campo. Lo conocí en el atestado bar de los juzgados, donde trabajaba de camarero. Nos caímos bien, pensé que sería un antídoto ideal contra la seriedad de mi vida anterior. Tiempo después, cuando decidimos casarnos, le propuse emplear una parte del dinero generado por la venta de mi piso común con Hugo para poner el bar que tanto anhelaba. Se asoció con un magrebí amigo suyo llamado Hamed, y montaron el Efemérides, un lugar en el que imperaban su filosofía y su manera de hacer. Se sintió feliz, allí podía convivir con gente de su misma edad y cuerda: neonaturalistas enemigos de la Ciencia, objetores de conciencia, partidarios de los partidos verdes, estoicos modernizados, antinucleares y aficionados a las más increíbles actividades. Una cofradía un tanto astrosa pero de firme fraternidad. No habíamos probado esa noche con aquel tipo de tribu, aunque era bastante impensable que del Efemérides hubiera salido algún amigo de las chicas violadas. Del Efemérides y de cualquier otro sitio de los que llevábamos visitados, porque en realidad aquellas chicas no tenían pinta de

haberse acercado nunca a ninguna tendencia urbana, eran demasiado anodinas, grises, como arrastradas por el torrente de la ciudad, sin ninguna plataforma a la que asirse.

Habíamos terminado. En la lista de Garzón ya no quedaban más nombres. Me encontraba tan deprimida, helada y exhausta que le pedí al subinspector que entráramos en un último bar, esta vez sin intereses policiales, sólo para tomar una copa corta y fuerte que matara el efecto efervescente de tanta cerveza.

—Mañana hay que madrugar —argumentó.

—De acuerdo, si usted no quiere venir, iré yo sola.

Entré en un alicaído bar musical, uno de esos tristes espacios concebidos para que la gente madura y solitaria pueda ligar sin compromiso posterior. Había mujeres entradas en carnes y años, llamativas y acicaladas, y cincuentones semicalvos con trajes de alpaca y grueso Rolex de imitación.

—Un coñac —pedí.

De reojo vi que Garzón me había seguido. Se acodó en la barra junto a mí y pidió lo mismo que yo. No nos dirigimos la palabra. No había gran cosa que comentar. En la música de ambiente sonaba uno de esos boleros cocidos y pastosos. «*Dime por qué nos separamos. Dime por qué el tiempo jugó con nuestro amor.*» Un tipo pulcramente repugnante jugueteaba con el camafeo prendido del cuello carnoso de una mujer. Lo levantaba en el aire, lo dejaba caer después sobre sus ostentosas pechugas veladas sólo por una fina blusa de seda artificial. Miré a Garzón, que se encontraba ensimismado en su propio ser, bebiendo a sorbitos cortos la desdicha que le rezumaba por los ojos, vidriosos y sin luz. Deduje que el bolero estaba removiéndole el solaje interior.

—Buena música, ¿verdad? —dijo para disimular su súbita sorpresa al ver que lo observaba.

Chisté. Volvió su cara completamente en mi dirección, asombrado una vez más por mi estupidez.

—Los boleros siempre cuentan la auténtica realidad del amor. Si usted se fija en la letra verá que todo está ahí.

Ahora la asombrada era yo. No juzgué correcto decirle que me parecía una música grotesca y ramplona.

—No lo había pensado.

—Pues piénselo.

«Nadie sabrá jamás cómo te he amado, nadie sabrá jamás hasta dónde ha llegado mi pasión.»

—Yo solía bailarlos con mi mujer. En celebraciones y fiestas familiares, ya sabe.

Sus ojos se pusieron aún más opacos.

—¿Quería usted mucho a su mujer?

Pegó un trago muy largo y se animó de pronto:

—Usted se ha formado un concepto equivocado de mí, inspectora.

La cosa tomaba derroteros imprevistos. Protesté sólo para darle una adecuada entrada coloquial.

—No, si yo...

—Sí, sé muy bien lo que digo, una imagen falsa, eso es lo que usted tiene de mí. Me ha tomado por un machista sin sentimientos, por un hombre de poca sensibilidad, y le aseguro que no es nada de eso. Yo a la mujer la tengo considerada en lo más alto, literalmente la subo a un pedestal. Creo que es un ser maravilloso, lleno de espiritualidad, bello y perfecto como una flor.

La capacidad de comparación del subinspector era claramente limitada, la señal del violador era como una flor, la mujer era como una flor... Me sonrió, creo que por primera vez. Cualquiera se atrevía a decirle entonces que, en el fondo, las flores no son más que material fungible, que de los pedestales puede caerse uno con facilidad y que los espíritus se caracterizan por ser etéreos y, por lo tanto, ni cuentan ni ocupan lugar.

—Pero si yo le entiendo, Garzón, aunque debe usted darse cuenta de que todas esas virtudes femeninas a la hora del trabajo entorpecen más que otra cosa, traban nuestras relaciones. A mí lo que me gustaría es que me considerara usted como un compañero.

Garzón apuró su copa, sorbió un poco el aire a modo de moquillo y sentenció:

—Para mí una mujer siempre es una mujer. ¿Manda usted algo más?

—Sí, que me lleve a casa, por favor.

Mientras cruzábamos el bar hacia la salida una de aquellas flores ajadas, espíritu andrajoso sobre pedestal tambaleante, prorrumpió en un estallido de risa coqueta e hysteriforme dirigido hacia su peripuesto galán. Me estremecí. Hicimos el trayecto callados. Había sido un intento de acercamiento infructuoso, sellado por aquel «¿*manda usted algo más?*» que acababa con cualquier posibilidad de acuerdo pacífico. Con toda seguridad el subinspector, amarrado al duro banco del volante, estaba a estas alturas dándose a todos los demonios por haber consentido que aquel bolero arrabalero hubiera disparado su emotividad innecesariamente.

—Quiero que mañana empiece a hacer averiguaciones sobre las familias de las chicas.

—¿Las familias? —preguntó extrañado.

—Recuerde que pueden existir primos, tíos, hombres cercanos que hubieran podido obsesionarse con ellas.

—¿Y cómo explicar entonces la marca? Las chicas no tenían nada que ver entre sí, no hay familia en común.

—Es igual, una cosa pudo llevar a otra por caminos desconocidos para nosotros. En cualquier caso, estamos tan faltos de pistas que necesitamos cualquier hilo del que tirar.

—A la orden, inspectora, así lo haré.

Oí el coche a mi espalda, alejándose en el frío de la noche. Bajo mi puerta alguien había deslizado un sobre. Intrigada, lo abrí, quizás era un indicio sobre el caso, la confesión de un testigo que no quería ser reconocido. Pero no, la intriga desapareció al ver una foto de *Milena* desperezándose en el sofá. Había una nota de Pepe: «*He pensado que te gustaría conservar un recuerdo de la pobre gata. Volveré por si quieres más copias. Hasta pronto*».

Aquello era el colmo, Pepe sabía que nunca había podido soportar a aquel animal perezoso y zalamero. Era una excusa tan peregrina para presentarse en mi casa que hubiera debido hacerme sonreír. Contactos con los ex esposos, curiosa historia. El matrimonio era una sustancia grasienta

de la que siempre quedaban residuos en la piel, por mucho que la froteras con jabón. Ya había conjeturado sobre los motivos que llevaban a Hugo a reaparecer, los de Pepe eran mucho más inmediatos, en realidad, desde nuestro divorcio nunca había dejado de regresar. Rompí la foto de la maldita gata difunta. Luego me arrepentí, por el gesto gratuito de mal humor. Me encontraba previamente cabreada por haber tenido que aguantar los deleznales tópicos de mi compañero de trabajo, por el frío que había pasado, por los bares horribles, los pedestales, los espíritus puros y la flor, sobre todo por la flor. Es fácil ser ecuánime y ponderado cuando la inteligencia y la comodidad te rodean, en eso justamente consisten las mieles de la civilidad.

OceanofPDF.com

4

Al cabo de pocos días hubo una tercera violación con idéntica marca en el brazo y el asunto pasó a ser pasto de toda la prensa nacional. Comenzó el chaparrón. Los periodistas querían conocer detalles, y los tuvieron: la víctima tenía dieciocho años, estudiaba un nocturno de confección y diseño, vivía en el barrio de Gracia y tampoco había podido ver la cara del violador. Sin embargo, la talla, la complexión, el método y sobre todo la odiosa marca en el brazo parecían indicar que se trataba del mismo hombre joven, provisto de un arma extraña que dibujaba aquel círculo de alfilerazos profundos en la piel. Tales datos, vertidos en la totalidad de secciones de sucesos, constituían la información oficial. Pero, como siempre en estos casos y sin que nadie supiera el sistema, pronto se presentó la filtración. Un titular casi atinaba: *«La investigación de estas violaciones en serie está a cargo de dos inspectores que curiosamente no pertenecen al grupo de homicidios sino al de documentación»*. *«No parece darse progreso alguno en las pesquisas. En medios policiales existe una desorientación total»*, decía otro en tono apenas velado de reproche. La veda estaba abierta.

Esta vez había sido difícil sacar cosas en claro hablando con la chica: estaba muy afectada, al cuidado de psicólogos que la habían sedado hasta dejarla KO. Además nos las veíamos con una familia de tipo pasional. El padre, un obrero metalúrgico, perdía los estribos cada dos por tres, juraba vengarse, renegaba de la justicia, de la policía, de cualquier institución que tuviera la más mínima responsabilidad a su cargo. La madre lloraba todo el

tiempo y también le administraron sedantes. Al parecer, la chica había opuesto resistencia, con lo cual, no sólo obtuvo la marca en el brazo sino que recibió un puñetazo en la nariz. El violador, como de costumbre, casi no había dicho una sola palabra, limitándose a actuar, con mucha cautela, amparado en la oscuridad y la soledad de la calle.

Cuando el comisario me llamó no tuve inconveniente en recurrir al maquillaje de la situación.

—Ahora ya tenemos muchos datos —le solté—. Debe ser un individuo con trastornos de personalidad. Ya sabe, resentido con las mujeres y todo eso. Prefiere chicas con aspecto claramente desvalido, delgadas, bajitas, frágiles. No es un tipo que actúe movido por el arrebató de la pasión. Es frío y muy cuidadoso. Escoge a las chicas, las sigue unos días hasta conseguir un horario de sus movimientos y, con toda prudencia, decide el momento ideal. Es astuto, no habla, se cubre siempre la cara, cambia de barrio. Siente orgullo al cometer sus fechorías, de no ser así no llevaría a cabo el macabro rito de marcar la flor. Algo debe haber desencadenado en él la fiebre del delito, o quizá tras una carga paulatina ha llegado a una explosión, por eso las violaciones se producen tan seguidas. No se trata, sin embargo, de un individuo especialmente cruel o morboso. No hay otros abusos ni violencia, tampoco parece que goce demasiado en el momento de la violación, acaba sin eyacular, las marca y se va.

El comisario me miró con cierta sorpresa cuando acabé la exposición. La verdad es que yo me sentía sorprendida a mi vez por toda la serie de deducciones que había podido hilvanar. Daba la impresión de que habíamos avanzado en las investigaciones, pero en realidad no era así. Nos encontrábamos en el punto de inicio, despistados, irresolutos, sin saber por dónde tirar. Todos los pasos que habíamos dado desembocaban en un camino de frustración y no teníamos ideas nuevas sobre las que seguir. Garzón seguía peinando bares como un experimentado *coiffeur* y yo, dado que el caso se había convertido en un delito seriado, empecé a entrevistarme con los psicólogos de la policía para intentar determinar un retrato robot. Pero lo cierto es que la psicología no deja de parecer una ciencia mezcla de intuición y fantasía, es decir, lo menos cercano a una ciencia. Cada vez que

hablaba con el joven equipo a quienes había expuesto el tema, cada vez que comenzaban una frase con aquel sempiterno: « ...*puede ser que...* », sufría una punzada de desánimo. Lo que seguía después era tan obvio que parecía sacado de un manual: «*Complejos infantiles, madres dominadoras, edipos no resueltos, probable impotencia intermitente, imposibilidad de establecer relaciones afectivas normales...*».

Un día me descaré con el psicólogo jefe:

—Oiga, y todo eso ¿no le parece demasiado simplista?

Era un muchacho de poco más de veinticinco años al que se consideraba en comisaría un prodigio de brillantez. Había hecho tesis y masters complicados y se tenía fe ciega en sus dictámenes. Me miró con ojos acostumbrados a la incredulidad.

—¿Y qué esperaba, inspectora? El comportamiento humano es variadísimo, imprevisible, lleno de recovecos y meandros, pero se genera siempre en los mismos puntos invariables, las cosas más normales: amor, celos, envidia, resentimiento, dominio. Por eso las obras de Shakespeare resultan aún actuales.

—No mezcle la literatura, que es peor.

Se echó a reír.

—De todas formas haremos lo que se hace siempre en estos casos. Le daré los historiales de individuos que cuadran psicológicamente con su violador y que estén ya en la calle después de haber cumplido una pena, o que se encuentren en régimen abierto o libertad provisional. Es lo máximo en lo que puedo ayudarla.

Tenía unas bonitas pestañas color avellana, el pelo largo anudado en una coleta tras la cabeza. Imaginé lo que opinaría de mí: tan cazurra como todos los polizontes, incapaz de elaborar abstracciones o teorizar. Y llevaría razón, pero es que me encontraba como nunca en mi vida con la necesidad acuciante del dato concreto, la pista, un terreno sólido para el arranque. ¿Cómo podían ponerse en práctica las teorías? ¿de qué modo debía tomar forma la especulación? Articular hipótesis estaba muy bien, pero después, bajando unos peldaños, se hallaba la realidad disforme. ¿Qué lugares había que patearse? ¿a quién interrogar? Era algo con lo que no me había

enfrentado en mi mundo de texto impreso sobre papel. Cogí los dossiers que el psicólogo me ofrecía y los revisé en casa. La mayoría eran historias vulgares, en eso el muchacho brillante llevaba razón. Tipos que aparecían en la fotografía de la primera página con cara de asco, o asustados, o haciendo ligeras muecas que nada daban a entender. Antecedentes familiares a veces normales, otras rozando la marginación. Jóvenes que tenían cuentas pendientes con las mujeres, hijos de madres que se habían desentendido de ellos, o demasiado posesivas, o en exceso malcriadoras. Una cuadrilla de madres variadas pero coincidentes en ser generadoras de delito. Por fortuna me había librado de fabricar uno de aquellos monstruos privándome conscientemente de los placeres de la maternidad. Un par de ellos debían su desequilibrio a desengaños amorosos o disturbios sexuales adultos, pero en general las madres se llevaban la parte del león. Tenía que comentarle al subinspector todo aquello, estudiar juntos este nuevo material. Desde hacía dos días trabajábamos cada uno por nuestro lado, lo cual debía haber supuesto un alivio para él. Pero ahora era preciso que nos reuniéramos de inmediato. Llamé a comisaría, donde no estaba, pero después de identificarme me dieron su número personal. Se puso una señora, lo cual me sorprendió, y al citar su nombre dijo desabridamente: «¡Ah, el policía!». Luego se marchó para avisarle y a través del aparato me llegaron los ruidos de ambiente: platos entrechocando, una radio a bastante volumen, golpes de llamada en una puerta... Deduje que se alojaba en una pensión. Garzón me contestó con alarma contenida y no pareció alegrarse mucho al reconocermelo.

—¿Quiere que vaya a comisaría?

—Mire, subinspector, no sé si abuso de su amabilidad, pero hace tanto frío y ya es tan tarde... ¿qué le parece si nos reunimos informalmente en mi casa? Incluso puede que trabajemos mejor. Si le parece bien le doy mi dirección.

—Dígamela y enseguida voy.

Si mi petición le resultaba inconveniente había decidido transigir, sin embargo, al llamar a la puerta, su timbrado tenía claros ecos de misión

oficial. Entró visiblemente violento, pero al cabo de un instante se calmó. Miró los paquetes de libros que permanecían junto a la puerta del jardín.

—Es que me he mudado hace poco. ¿Le gusta mi casa?

—Está muy bien.

Pocas veces lo había visto sonreír. Su bigotazo mexicano, entreverado de gruesas canas, no se había movido más que para beber o hablar. Se había peinado cuidadosamente y olía a agua de colonia como cuando nos encontrábamos en el despacho por la mañana.

—¿Puedo ofrecerle una copa?

Dudó. Negarse debía ser lo correcto según su anticuado protocolo.

—También tengo café.

Seguía sin decidirse a contestar.

—Traeré las dos cosas, supongo que eso logrará mantenernos despiertos.

Lo dejé solo, sentado en una butaca con la espalda tiesa, más incómodo que si lo hubieran amarrado a la silla eléctrica en trance fatal. Me hice cargo de que no debía sentirse muy bien, lo había sacado de su habitación y traído por los pelos a mi casa donde se producía una mayor sensación de intimidad. Era preciso recordar que hasta el momento nuestro trato no había sido ni remotamente amistoso. Estaba en mi territorio y le costaba comportarse con naturalidad. Pensé que lo ideal era pasar rápidamente al trabajo.

—Acérquese. Esto es lo que quiero que vea.

Nos acercamos a la mesa camilla y los expedientes centraron toda nuestra atención. Fuimos leyéndolos uno a uno. Él tomaba notas aparte, estudiaba cada informe, volvía atrás, comparaba.

—Hay que descartar todos los que no se atengan en estatura y peso a la descripción del violador que tenemos —dijo.

—¿Y después, cuál cree que es el orden a seguir?

—Habrá que ver primero en qué barrios viven, por dónde se mueven, interrogar y acto seguido comprobar coartadas.

Vi ante mí una tarea ingente, reiterativa, como volver a empezar cien veces desde cero. Me invadió un chorro de pereza, una vaharada que

atenazaba mi cerebro. ¿Cuántas más cosas rutinarias tendríamos que hacer moviéndonos en la ignorancia? Me di cuenta de que no me hallaba de verdad inmersa en aquel caso, de que me haría el ánimo de dejarlo en cuanto me lo pidieran, que sería pronto. Por eso sentía indolencia, era como preparar el terreno más abrupto para que otros transitaran por la carretera allanada. Y sobre todo ahora, cuando el caso había ganado importancia por medio de la prensa. Teníamos los días contados y quizás estaba deseando que fuera así, para jugar a los policías ya había resultado suficiente. Alguna vez creí que resistir el ambiente sórdido de una investigación policial sería muy duro, pero empezaba a ser consciente de que la mayor dureza consistía en la terrible monotonía, en el aburrimiento, en la sensación continua de vuelta atrás. Garzón estaba ante mí tan campante, haciendo lo mismo que había hecho toda su vida sin asomo de que le incomodara. Una mujer rata de biblioteca y un prejubilado recién llegado de Salamanca. Lo raro era que ambos siguiéramos en el caso aún. Probablemente el inspector jefe no nos había depuesto para no dar carnaza a los periodistas, que le hubieran crucificado clavándolo al madero especulación tras especulación.

—¿Qué opina de todos estos materiales, subinspector?

Cabeceó, barajando los expedientes frente a él.

—Es un caso complicado, la verdad.

—Eso mismo opino yo. Un psicópata violador en serie es mucho más de lo que esperaba para estrenarme. Pensé que esas cosas sólo pasaban en las películas.

—Pues ya ve, yo tampoco me había encontrado muchos psicópatas en Salamanca. Aunque si quiere que le sea sincero creo que ese tío no es un loco. Se me da que es más bien un señorito harto de lo que tiene, incapaz de encontrar satisfacción. Entonces va a barrios obreros, escoge una chica de escala social inferior a la suya, varía y se divierte.

—¡Vaya, es usted un marxista, Garzón!

Me miró con sus inexpresivos ojos de pescado frito. Era lo último que le faltaba por oír.

—Jamás, en toda mi vida, me he metido en política de ningún tipo, jamás. Siempre he cumplido estrictamente con las órdenes de mis

superiores y con mi obligación.

Estaba en verdad enfadado. A aquellas alturas se preguntaba ya abiertamente por qué, de entre todos los policías del cuerpo, había ido a tocarle yo.

—No me malinterprete, sólo he querido decir que, para usted, la explicación social de los hechos resulta decisiva.

—Lo que ocurre es que no me gusta engañarme. Es cierto que hay por ahí un montón de tíos zumbados, locos de remate, pero a los pobres no les da por ir haciendo filigranas como tatuar flores en el cuerpo de las chicas. Suelen ir más al grano.

—No crea, cada uno hace lo que puede con su imaginación, para eso no hay clases. Existe un punto común en las chicas que me inclina a pensar en un desequilibrado. Las tres son frágiles como figuritas de cristal, ese hombre no se atreve a encararse con una mujer corpulenta, Garzón.

—Puede ser.

Vi que tenía vacía su copa de coñac. Le puse un poco más sin preguntarle. Hizo como si no se percatara. Amontonó los expedientes sobre la mesa.

—Bueno, esto ya está clasificado, mañana podemos empezar. Si encontramos alguno que cuadre sería conveniente organizar una sesión de reconocimiento.

—Pero si llevaba la cara tapada...

—Se la taparíamos a todos; quizá por la complexión... Por cierto, inspectora, hay una periodista de televisión que anda rondándome, la directora de uno de esos programas de sucesos.

—¿Le ha dicho usted algo?

—Sí, que esto no son los Estados Unidos, que aquí los policías sólo se dedican a investigar.

—Bien hecho.

—Pero volverá.

—Quizás entonces nosotros ya no tengamos el caso.

—¿Aún sigue con eso? Mire, a mí me da igual lo que hagan con nosotros, yo estoy ahora en esto porque es mi deber, pero si me dicen que

me vaya a otra parte lo haré sin rechistar.

—¿El jefe siempre tiene razón?

Estaba al borde de mandarme al carajo cuando sonó el timbre de la puerta. Garzón se sobresaltó, pero yo enseguida imaginé quién podía ser a aquellas horas. Hice pasar a Pepe, que se embarrancaba calmosamente en su propio paso. Los presenté por el nombre sin dar más explicaciones.

—He venido para salvar los geranios —soltó.

—¿Era necesario que fuera un salvamento nocturno? —le pregunté.

—No, eso da igual, pero como de día nunca estás en casa...

Garzón no hacía ademán de irse. Me encontraba atrapada y tuve que ofrecerle a Pepe un café. Aceptó encantado. Al internarme en la cocina para prepararlo dejándolos solos pensé que podía pasar cualquier cosa. Para mi sorpresa, al volver, un aire helado se había apoderado del vacío salón entrando por la puerta del jardín, completamente abierta. Allí fuera los encontré, inclinados sobre los presuntos cadáveres de geranio, intercambiando alegremente impresiones como si se tratara de un *dejeuner sur l'herbe*. Garzón decía algo que no pude oír y frotaba tierra húmeda sobre los tallos dándoles una especie de masaje. No entendía nada de lo que estaba sucediendo, pero me daba cuenta de que aquella era una de las situaciones más ridículas que había vivido y no estaba dispuesta a tolerarla. Pepe debía marcharse, y solo, no me fiaba de lo que pudiera contarle a Garzón si salían juntos. Me serví más café, subí la calefacción. Seguían fuera, intercambiando consejos agrícolas y toqueteando las plantas que eran el emblema de mi nuevo hogar. Esperé con paciencia franciscana y sólo al cabo de veinte minutos se decidieron a volver. Entraron limpiándose las manos alegremente. Garzón se reenganchó al café.

—Tu compañero dice que no hace falta que los riegues con agua caliente como pensaba aconsejarte, que sólo masajeando tierra por el tallo suelen reaccionar. —Se dirigió a Garzón—. ¿Dónde has aprendido tanta jardinería?

—Mis padres eran agricultores, en un pueblo cerca de Salamanca.

—Yo sólo soy aficionado. Esto de revivir los geranios me lo contó un tipo que viene por mi bar, uno de esos que realiza cultivos sin fertilizantes

artificiales.

—¿Tienes un bar?

—Así me gano la vida. ¿Sabrías también cómo podar un ficus enano?

—Creo que sí.

—Me han regalado uno y no sé por dónde meterle las tijeras.

—¡Las tijeras no! El ficus enano tiene una savia muy líquida y el tajo limpio del metal podría hacerle sufrir una hemorragia. Debes cortarlo con los dedos y restañar la herida con un algodón.

—¡Vaya, parece increíble!

No me atrevía siquiera a interrumpirlos. Por lo visto había surgido entre ellos una incontenible simpatía común. Me quedé contemplando la función, inusual, que mostraba a un Garzón sonriente, casi feliz. Su cara no era desagradable bajo aquella nueva luz. Los ojos adquirían una expresión viva y el bigote se le arremangaba perdiendo parte de su fiereza de vaca marina. Era evidente que se trataba de un hombre cordial y que su único problema lo constituía yo. Yo hacía salir de él los peores humores que su cuerpo abultado podía segregar, lo preñaba de negros presagios poniéndolo literalmente a parir. No recordaba haberle caído peor a nadie en mi vida. Pero había intentado ser simpática, neutra, cortés. Inútilmente. A partir de este momento renunciaba a cualquier estratagema más, comprendía que nuestro desencuentro era inevitable y no pensaba recibir cursos acelerados de jardinería para complacerle. De cualquier modo, tanto si nos quitaban el caso como si conseguíamos resolverlo, cuando todo acabara no volvería a ver nunca más a Fermín Garzón, quizá sólo de pasada.

—¿Y un esqueje de rododendro, crees que podrías aclimatarlo?

Me vi obligada a interrumpir la exposición botánica que iba a continuación.

—Señores, yo lamento muchísimo molestarlos pero se está haciendo tan tarde...

Pepe se levantó.

—Me voy, también tengo que madrugar.

Nos dimos un par de besos amistosos y se despidió del subinspector con estrépito. Lo acompañé hasta la puerta y, de vuelta, comprobé que éste se

disponía también a marcharse.

—He seleccionado algunos tipos de la lista que me parecen interesantes. Si le parece bien puedo tenerlo todo dispuesto para que los interroque a las nueve.

—Eso le supondrá levantarse muy temprano.

—Estoy acostumbrado a dormir poco. Es muy simpático su hermano —añadió con malignidad.

—Es mi segundo ex marido, no llega a la categoría de hermano.

Sonrió irónico. Me sentí indignada interiormente. Una cosa era que quisiera mantener nuestra relación profesional en un plano gélido, y otra que pretendiera atacar. Miré por entre las cortinas de la ventana cómo su cochecillo se negaba a ponerse en marcha. Decidí hacerme la sorda si llamaba pidiéndome ayuda. Pero por fin arrancó y se perdió calle abajo soltando nubéculas vaporosas por el gastado tubo de escape. Suspiré, sobre la mesa camilla reposaban las fotos de aquellos desconocidos. En el aire flotaban aún los efluvios del perfume barato de Garzón y el olorcillo a incienso que siempre despedían los jerseys de Pepe. Me inquieté, un montón de presencias extrañas, demasiadas para el *sancta sanctorum* de Poblenou. Recogí las colillas y el servicio de café con verdadero mal talante. Iba a poner un poco de música antes de dormir pero pensé que, después de aquella prosaica reunión de trabajo, sonaría banal y mancillada, algo parecido a celebrar una boda en un burdel. El jardín parecía un agujero amenazante a través del cristal. Allí estaban los geranios, desolados como Lázaro, esperando que aquel par de cristos de pacotilla logaran hacerlos revivir.

Para ganar tiempo simultaneamos la labor. Garzón interrogaría a algunos de aquellos hombres seleccionados en la sala de juntas y yo a otros en el despacho. Cuando alguien está en libertad provisional y lo llaman para declarar como posible sospechoso suele tomárselo bastante a pecho. Aprendí ese axioma tan fácil aquella mañana de enero, después de haber recibido más miradas de odio en un rato de las que me habían dirigido jamás. Advertí el cansancio inmenso que experimentaban aquellos individuos, cómo eran conscientes de que nadie esperaba verlos

reformados. Estaban marcados de por vida, se habían convertido en carne de cañón y les era extraordinariamente arduo demostrar su inocencia de forma natural. Titubeaban, volvían la cara y hurtaban los ojos como algunos honrados ciudadanos que no pueden enfrentarse a un aduanero sin sentir culpabilidad. Me di cuenta de que, por mi parte, era cuestión de tener mucha paciencia, hablar despacio, insistir: «¿A qué hora entraste? ¿A qué hora saliste? ¿Qué fuiste a hacer allí?». Cualquier cosa que dijeran quedaba registrada en la grabadora. Horas y horas de voces gangosas, acentos achulados, de locuacidades que desataba el nerviosismo, de dudas y tartajeos. Y mi propia voz, que yo escuchaba presa de un cierto estupor, tono inquisitivo más de maestra de escuela que de policía, inmutabilidad, pausas que a mí me parecían significativas, una comedia un tanto patética.

En medio de uno de aquellos extenuantes tira y afloja la cara de Garzón se coló por la puerta.

—¿Da usted su permiso? —cantó, y aquella fórmula me pareció tan extemporánea que no supe qué decir.

—Que si da usted su permiso.

—¡Pase, Garzón, por Dios!

Rumió las palabras bajo su bigote, a un milímetro de mi oído y en voz muy baja:

—Un tipo acaba de confesar.

Lo miré con sorpresa, su cara estaba inexpresiva. Mandé a un guardia que se llevara al hombre que estaba conmigo y salimos al pasillo.

—¿De verdad ha confesado?

—Es un chalado con muy mala gaita, y agresivo. Supongo que está harto de que lo llamen para interrogatorios y ha decidido jugar un rato con nosotros.

—¿Y por qué me llama a mí?

—Él ha confesado y la jefa es usted, usted dirá qué hacemos.

Bien por Garzón, me echaba con toda consciencia a los leones. La jefa era yo, ahí le dolía, y ahí seguiría doliéndole por siempre.

—De acuerdo, vamos allá.

Me temblaban las piernas, un trastornado agresivo con antecedentes por delito sexual y en plan borde quizás era demasiado para mí. Cuando entramos un par de guardias lo hicieron ponerse en pie. Les ordené que salieran. Garzón me presentó:

—La inspectora Delicado, que va a interrogarte.

Me miró directamente a los ojos y pude verlo con total claridad. Era alto y bien parecido, desafiante.

—Siéntate.

Se sentó y puso las manos sobre las rodillas. Sonreía irónicamente.

—Así que lo hiciste tú.

—Sí, ya se lo he contado a este poli.

—Pues ahora cuéntamelo a mí.

—¡Vaya, otra vez!

El desprecio era en su boca como la saliva, una secreción natural.

—Empieza por decir qué hiciste en las fechas que nos interesan. Puso los ojos en blanco:

—¡Oiga, ya está bien! Todas esas historias ya las he contado, están grabadas ahí, ¿por qué no las escucha y me deja en paz?

—¡Háblale con respeto a la inspectora!

—Déjelo, Garzón, déjelo.

Me senté. Desabroché los botones de mi americana.

—¿Con qué las marcaste?

En silencio se arrancó una pielecilla de los dedos con total dedicación.

—Contéstame, por favor. Me lanzó una mirada burlona.

—No me acuerdo.

Garzón dejó de contenerse y se dirigió hacia él.

—Oye tú...

Lo atajé con suavidad.

—Por favor, subinspector, siéntese a mi lado, venga aquí. Dirigiéndome al detenido, pregunté:

—Haz un esfuerzo de memoria.

Concentró sus ojillos de acero y dijo:

—Con un reloj.

Mi mente empezó a acelerarse, reflexioné.

—Explícate mejor.

—Pues con un reloj. ¿O es que no sabe lo que es un reloj?

—¿Las marcaste con un reloj especialmente preparado, es eso lo que quieres decir?

—¡Pues claro, no iba a ser con un reloj normal!

—¿Puedes describir cómo era ese reloj?

—Sí, con dos manecillas, una esfera y una rueda para darle cuerda.

—Ya veo.

Desde donde estaba podía oír crujir las mandíbulas de Garzón.

—¿Y en qué sitio te lo prepararon?

Dejó de sonreír. Cogió el respaldo de su silla con ambas manos y dio un giro forzado de medio cuerpo. Elevó la voz.

—Mire, ya estoy hasta los cojones de tanta historia. Le diré lo que hice. Lo que hice fue clavarles la polla primero y el reloj después. Las tías nunca tenían bastante y pedían más, así que les abrí los asquerosos coños y se la metí, eso es lo que hice. Y se corrieron todas de gusto, no crea que lloraban.

Garzón se levantó, fue hacia él y empezó a zarandearlo. Le retuve por el brazo, le hice volver, sentarse de nuevo.

—Nada de violencia, por favor.

Carraspeé. Pregunté en un tono muy suave.

—¿Cómo te llamas de nombre?

—Tomás —contestó.

Encendí un cigarrillo procurando que no me temblara la mano.

—Estupendo, Tomás, ya no te haré más preguntas. Ahora lo que vas a hacer es desnudarte.

Se quedó estupefacto, sonrió.

—¿Está de cachondeo?

—No. Tenemos unas comprobaciones que hacer. Desnúdate.

—Ni hablar, usted no tiene derecho...

—Desnúdate.

Garzón cogió un cigarrillo de mi paquete y lo mantuvo dándole vueltas en la mano sin encenderlo.

—Desnúdate, por favor.

—¡Que no, coño, que no me desnudo, hay una ley, ustedes no pueden...

Me levanté, fui hasta la puerta, pasé el pestillo. El chico me miraba nervioso. Me acerqué a él y con una furia ralentizada que me hacía tener mucha fuerza lo cogí por la solapa de la camisa y tiré hacia mí.

—Si no te desnudas ahora mismo te juro por Dios que te hinchamos a hostias. Ésa es la ley.

Cedió. Empezó a quitarse la ropa sin decir palabra. De Garzón emergía el mismo calorcillo ardiente y estático que sale de la plancha de un bar. Se quedó en ropa interior.

—Los calzoncillos también, y ponte de pie.

Se quedó desnudo. Su carne joven y morena contrastaba con los ficheros y las paredes, la foto del Rey. Tenía un sexo hermoso, una bolsa escrotal plena y ubérrima como la vid. No sabía en qué postura ponerse ni donde mirar.

—Bien, empecemos otra vez. Dices que las marcabas con un reloj.

—¿Puedo sentarme?

—No. Las violabas y las marcabas con un reloj.

Puso las manos tapando su sexo.

—Las manos, detrás. Sigue hablando, te escuchamos.

Todo lo que había que hacer ahora era esperar. Se oía el reloj de la pared. Descargó el peso de su cuerpo sobre una pierna, luego sobre la otra.

—Oiga ¿esto va a durar mucho?

—Cállate.

El subinspector encendió el cigarrillo por fin, lanzó las señales de humo de su nerviosismo, tosió. Yo no levantaba la vista del hombre, miraba directamente hacia su sexo con total desfachatez. Encogió los hombros. A cada minuto que pasaba retraía su cuerpo un poco más.

—Esto no es legal —dijo.

—Tampoco lo es violar chicas y marcarlas con un reloj.

Titubeó.

—Yo no lo hice —soltó por fin.

—No decías eso hace un rato.

Echó mano de sus pantalones.

—Sólo lo leí en el periódico, luego ustedes me llamaron y pensé...

Lo interrumpí:

—Quieto, deja los pantalones, lo que tengas que decir dilo tal como estás.

Rebulló, su voz adoptó un tono nervioso e implorante.

—Yo no lo hice, ¿es que no lo ve? Pero ustedes me molestan continuamente desde que tengo la provisional.

—¿Querías darnos una lección?

—Sólo quería que se dieran cuenta de que estaban perdiendo el tiempo conmigo. Me he reformado, no soy un delincuente. Trabajo de repartidor en una empresa, ahí tengo el teléfono, pueden llamar para comprobarlo.

Garzón se levantó. Le lancé una mirada e hice una negación con la cabeza.

—No vamos a comprobar nada. Lo único que vamos a hacer es seguir así. ¿Por qué te condenaron, qué hiciste?

Bajó la cabeza.

—Metí mano a una niña que salía del colegio —hablaba muy flojo.

—¿Cómo?, no te oigo bien.

—¡Déjeme ponerme la ropa!

—No.

—¡Por favor!

—Sigue donde estás.

Garzón se puso en pie y pidió permiso para salir. Se lo concedí y volví a cerrar la puerta con cerrojo. El tipo estaba tan nervioso y desencajado que creí que iba a llorar. Pero no lo hizo, aguantó con los ojos desorbitados y las orejas encarnadas de humillación. Me forcé a aguantar veinte minutos más en la misma postura, sin dejar de mirarlo. Luego me levanté.

—Vístete, desgraciado. La violación no es algo para andar bromeando. Lárgate y no digas ni una palabra de esto o te emplumaré.

Antes de salir volví a preguntar:

—¿Lo hiciste tú?

Y él, desmadejado, respondió:

—Le juro que no, se lo juro.

En el pasillo me esperaba Garzón. Le sonreí como si nada hubiera ocurrido.

—Si le parece descansamos un rato y tomamos café.

Me siguió por el corredor, andando dos pasos por detrás de mí. Cruzamos la calle y entramos en el bar. Había estado muy silencioso pero, en cuanto hubo bebido el primer sorbo no pudo evitar decir con una sonrisita crispada.

—¡Vaya, inspectora, ha conseguido sorprenderme! La había visto en plan duro, pero este método de hoy no ha sido muy habitual.

Pasé por alto el comentario como si no lo hubiera oído.

—¿Qué le parece lo del reloj, Garzón? Yo creo que es una interesante posibilidad. Ese es un objeto que no se empuña, pero puede llevarse puesto y acercarlo a la piel, justo como sucedió. Quizás exista algún reloj en el mercado que esté orlado de púas, para la práctica de algún deporte, o de la caza, ¡qué sé yo! Deberíamos seguir por ahí, quizás ese mamarracho nos haya servido de algo.

—Usted sabe que si llega a entrar alguien cuando estábamos interrogándolo hubiéramos podido cargárnosla.

—¡Vamos, subinspector!, estaba usted tan alterado que ni siquiera se dio cuenta de que cerré la puerta con pestillo.

—¿Alterado yo?

—Creo que sí.

Nos mirábamos a la cara. Él tenía aún puesta aquella vibrante sonrisilla de metal.

—Bueno, la verdad Petra, puede que lleve razón, estaba algo alterado. Cada uno hace lo que le da la gana con su manera de interrogar, pero si he de serle sincero creo que esta vez ha ido demasiado lejos.

—¿Por qué?

—Qué quiere que le diga, inspectora, un hombre expuesto desnudo de esa manera... va contra los derechos del detenido.

—¿Y darle un mamporro, no?

—Por lo menos no se atenta contra su dignidad.

—No le hacía tan cuidadoso con la dignidad.

—Pues lo soy.

—¿Y no será que se siente usted solidariamente herido en su orgullo de varón?

La sonrisilla se le borró.

—No, seguro que no. Pero ahora que lo enfoca por ese lado pienso que lo que usted ha hecho allí dentro es aprovecharse de ser mujer.

Una nube de ira me nubló. Solté una carcajada teatral, elevé la voz:

—¡Vaya por Dios, ahora sí que me ha jodido, Garzón! De modo que toda la vida aguantando las afrentas históricas y ahora resulta que me aprovecho de ser mujer.

—No sé de qué me habla.

—Pues yo sí lo sé. ¿Le habría parecido más correcto de ser una chica la interrogada? ¿Cuántas veces ha visto poner en entredicho la dignidad sexual de las detenidas, cuántas? ¿Y cuántas ha oído dirigirles frases burlonas, de doble sentido, gestos y malicias? Más de una. ¿Cree que me trago que la policía es un club de campo donde todo el mundo se preocupa por la dignidad? Usted ha visto o incluso hecho muchas veces esas cosas, subinspector, estoy segura, sólo que le pareció tan normal que ni siquiera se fijó. ¿Sabe lo que le digo? Que si existe alguna posibilidad de aprovecharme de mi sexo voy a emplearla a fondo, de verdad.

Había tanto ruido en el bar que, afortunadamente, nadie estaba mirándonos. Garzón susurró una disculpa breve y se fue. Estaba rojo de indignación, tan enfadado que no pagó la cuenta como insistía siempre en hacer. Cuando iba a traspasar el umbral de la puerta le grité:

—¡Investigue lo de los relojes!

«A la orden» creo que masculló. Bien, ya estaban cometidos todos los errores que cabían y la batalla de los sexos se encontraba en pleno fragor. ¿Es inevitable todo lo que sucede? Y si hay que evitar algunas cosas ¿era necesariamente yo quien debía hacerlo? Seguramente sí, al fin y al cabo yo era su superior. Por otra parte no podía consentir que se me subordinara ni una sola vez. Lo que pasaría a continuación era bastante previsible; Garzón visitaría al comisario y le pediría que pusiera a otro en su lugar. Lo cual le

vendría de perlas a nuestro jefe para largarnos a los dos de una vez. Era lamentable, sobre todo por Garzón que, en el fondo, me caía bastante simpático. Un tipo original, contradictorio, con todas aquellas coñas de revivir geranios y ser partidario del contrato social.

De repente entró un guardia y se dirigió hacia mí.

—Inspectora, hay un hombre en comisaría que pregunta por usted.

—¿Sabe qué quiere?

—Es sobre las violaciones.

—Enseguida voy. ¿Le apetece tomar un café?, le invito.

Sonrió con simpatía:

—No, gracias, ya tomé un refrigerio al incorporarme al deber.

Me entusiasmaba el lenguaje oficial de los guardias, tan rígido y rebuscado como sacado de una instancia antigua, «*interfectos que pernoctan en sus domicilios*», «*inspección ocular*», como un legajo cargado de firmas y sellos.

—La aguarda en la sala de entrada.

Otra más perspicaz o con más experiencia hubiera sabido enseguida que se trataba de un periodista, yo tuve que verle para empezar a sospechar. Trabajaba en un programa de tema policial, en televisión. No le hacían ascos a ninguna especialidad: desapariciones, homicidios, robos... pero la joya de la corona eran las violaciones, algo capaz de conmover al espectador. Su jefa, directora y presentadora del engendro, era una tipeja de mi edad, aparentemente bella, que había visto alguna vez. Por descontado pensaban montar una gran serie de programas con nuestras violaciones y me pedían información, colaboración. El enviado se sorprendió mucho cuando le dije que no pensaba ayudarles.

—Es el programa de Ana Lozano. Estamos en el número uno de audiencia.

—Lo siento.

—Nuestras emisiones influyen en la opinión pública.

—Me lo imagino.

—La policía suele ayudarnos siempre.

—Mire, éste es un caso complicado, delicado también. No podemos estar pasándoles datos ni andar preocupados con las informaciones que ustedes puedan dar.

—Le advierto que la serie de reportajes se hará igual con o sin su participación. Es más, si no nos dan datos de primera mano es posible que algo se nos pase, o que se refleje erróneamente.

—Si dicen algo inconveniente les demandaré.

Se encogió de hombros, sonrió. No estaba ofendido en absoluto, aquello era su rutina profesional.

—Bueno, pues me voy. Por cierto ¿saben ya alguna cosa del violador?

Le sonreí:

—Tómese algo a mi salud.

Lo dejé allí, apurando tan fresco mi réplica descarada que resumaba por todos lados omnipotencia y chulería. Quizás estaba tomándole gusto a aquella historia del mando. Mandar estaba bien, creaba cierta adicción, podían decirse cosas que en otro contexto hubieran parecido una estupidez. Era como añadirle al jugueteo del destino un aliciente más. ¿Llevaba razón el subinspector? ¿había sido demasiado brutal haciendo que aquel tipo se desnudara? No sentía ningún remordimiento, al fin y al cabo no estaba usando la fuerza, sino la sutileza de invertir los términos de una situación. Garzón había dado un buen diagnóstico: me aprovechaba de ser mujer. El marco ya estaba creado: prejuicios, convencionalismos... para darle la vuelta a la escena sólo se necesitaba un poco de poder. Y ésa solía ser la parte que fallaba, la pizca de poder en manos femeninas. Pero yo ahora lo tenía, y si bien hasta el momento no había sido más que un instrumento que no sabía tocar, a partir de aquel día empecé a interesarme por descifrar la partitura e incluso me planteé la posibilidad de sacarle registros desconocidos al arpa, que tañida con sabiduría, podía llegar a emitir sonidos fastuosos.

5

Tal y como era de esperar, en el mercado no existían relojes que tuvieran cuchillas o punzones alrededor de la esfera. Nadie había oído hablar jamás de una cosa semejante. Siguiendo nuestra intuición deducíamos que quizás algún reloj diseñado para escaladores de alta montaña o para buzos..., pero no. En principio parecía otro fracaso, pero pensándolo bien era mejor así. Si se hubiera tratado de un reloj fabricado en serie cualquiera hubiera podido poseerlo. De este modo el arma conservaba todas las posibilidades brindadas por su singularidad. Y yo no quería apartarme de la hipótesis del reloj, me parecía demasiado verosímil como para dejarla de lado. Sin embargo, el camino estaba otra vez bloqueado y de nuevo no sabía por dónde tirar. Le propuse a Garzón que lleváramos a cabo un careo entre las tres chicas. Unas a otras podían provocarse la afloración de recuerdos enterrados, contrastar gestos, puntualizar, por fuerza tenía que ser esclarecedor. A Garzón, que misteriosamente no había pedido el relevo, le pareció bien y me ayudó a preparar la asamblea.

Localizó a las víctimas y procuró hacer coincidir sus horarios. Cada vez que las reclamábamos para algo había que prever negativas tajantes o bien excusas para no colaborar. Sin duda no era plato de su gusto volver sobre el pasado, revivir sensaciones. Supuse que ninguna de ellas tenía la más mínima fe en que nuestras pesquisas acabaran en una rápida resolución. Tampoco, y esto era llamativo, sentían deseos de vengarse, ver al culpable metido entre rejas no les provocaba reacciones positivas. Motivarlas por vía

de la solidaridad: «*Encerrémoslo para que no ataque a nadie más*», era difícil también. Habían sufrido lo indecible, se las había sometido a una profunda vejación, y para ser solidario hace falta conservar intacta la dignidad. La humillación individualiza hasta límites insospechados, es la base del conflicto interior y el aislamiento. Como de los prolegómenos se ocupaba Garzón, evité enfrentarme a las primeras malas caras. Creía sinceramente que reunir a las chicas sería de cierta utilidad, de lo contrario no lo hubiera hecho, ya que me deprimía la simple idea de verlas juntas allí, añadiendo vergüenza pública a su situación indefensa.

Pasé por el gimnasio antes de acudir a comisaría. Necesitaba rebajar tensiones y sudar. Un atillo de demonios maniatados se había ocultado en mi interior y había que darle suelta. Pensando en el interrogatorio que me esperaba, las mancuernas me resultaban más ligeras que nunca. Empleé los músculos a fondo, me cansé. Al salir de la ducha reparadora una de aquellas jóvenes gimnastas se acercó. Vi que un grupito estaba mirándome con curiosidad.

—¿Eres policía? —preguntó sin preámbulos.

Me quedé helada. Nunca había comentado nada con ellas sobre mi profesión. Decir que eres policía suele ser suficiente para que se forme a tu alrededor un halo de desconfianza. Eres peor si especificas que te ocupas sólo de documentación, imaginan entonces que no quieres confesar la verdad, que formas parte de la secreta y te mueves en medio de ocultas misiones innombrables.

—¿Cómo lo has sabido?

—Tu nombre está en este periódico y como Petra Delicado no hay muchas...

—¿Puedo verlo?

Tenía el periódico doblado por la página justa. Deduje que había habido un montón de comentarios previos a su pregunta. El resto de las chicas permanecía expectante, con los gestos del aseo suspendidos, pendientes de mí.

«La inspectora Petra Delicado pertenece al servicio de documentación, del que nunca se ha movido desde su ingreso en la policía. El subinspector

Garzón es una especie de ficha movable entre cuerpos e incluso entre comisarías. Cabría preguntarse si alguno de los dos tiene la experiencia que el caso requiere. Cabría sospechar si no están a punto de ser relevados de una misión que les viene obviamente grande. El caso del «violador de la flor» se ha complicado extraordinariamente y tiene un fuerte componente de alarma social. Muchos padres empiezan a preguntarse: *«¿no estarán nuestras hijas en constante peligro por el simple hecho de salir a la calle?»*.

¿Quién firmaba aquello? Daba igual, el brazo de la prensa es mucho más amplio y largo que el brazo de la ley. La red que forman los periodistas es tan densa que ni el plancton podría colarse. Mi visitante del otro día me había dejado un mensaje claro que yo no supe descifrar: *«Si colaboras es posible que salgas jodida, pero si no colaboras puedes estar segura de que todos iremos a por ti»*. El comisario se sentiría contento al leer aquello, porque lo leería, naturalmente, era cuestión de minutos que llegara a sus manos si es que no había llegado ya. Levanté la vista y allí estaban mis otrora alegres compañeras mirándome con ojos asustados. Yo era policía, inexperta además, me dedicaba a cosas horribles, transitaba por el lado oscuro de la vida. Ya nunca volverían a mirarme como antes, a canturrear junto a mí mostrándose en pelotas con camaradería. Las hubiera espantado como a lechuzas halladas en un desván.

—¿Tú crees que daréis con el culpable? —preguntó una.

—Por supuesto que sí.

De su cara joven, coloreada por el esfuerzo de la gimnasia, brotó una oleada de furia imprevista.

—Contra violación, castración —dijo por las buenas y fue a reunirse con el grupo.

—No os preocupéis, no sólo lo castraré sino que os enviaré sus cojones envueltos en celofán.

Se quedaron mosqueadas, sin saber cómo tomárselo. Yo recogí mis cosas de pésimo humor y me largué. ¡Estúpidas niñas felices en su simplicidad! Bien, había perdido un buen lugar en el que confundirme con el magma exterior. Tendría que cambiarme de gimnasio, suponiendo que, a

partir de aquel momento, hubiera alguno en el que Petra Delicado pudiera seguir siendo una ciudadana anónima y normal.

Cuando entré en comisaría estaba tan cabreada que pasé por delante de Garzón sin verlo. Él me llamó.

—¿Ha leído lo del periódico? —le espeté.

—No.

—Nos ponen a parir.

—Ya.

—¿Se lo imaginaba?

—Desde que me contó su entrevista con aquel periodista pensé que pasaría algo por el estilo.

—Sinceramente, Garzón, no comprendo cómo se las apaña usted para ser tan insensible. Ni siente ni padece. Está acostumbrado a todo, ¿verdad?

—No. No había muchos periodistas en Salamanca.

—¿Y entonces?

—¿Por qué se enfada tanto? A la gente le gustan los escándalos.

—Hasta ahora he hecho mi trabajo en el total anonimato. Me horrorizo sólo al pensar que haya alguien metiendo las narices en mis cosas, hostigándome, queriendo saber.

—Es normal.

Llevaba un armado traje gris con rayitas muy finas, pero hubiera podido lucir la toga de los estoicos. ¡Dichoso él!, parecía impermeabilizado contra cualquier chaparrón. Nada lo frenaba o aceleraba a no ser los arrebatos de malquerencia que tenía contra mí. El resto del tiempo estaba en un gozoso punto muerto, por encima de la desdicha o la felicidad, por encima incluso de la opinión.

—Para ser un buen policía hay que evitar las pasiones —soltó.

—¿Y usted es un buen policía?

—He aguantado treinta años.

—¿Sabe lo que le digo, Garzón? Estoy hasta las pelotas de todo este asunto. Si ahora nos relevaran no estaría mal. Andamos metidos en plena

oscuridad, sin pistas, sin intuiciones, sin un maldito rayo de luz. Y, encima, sólo nos faltaban los periodistas.

Puso cara inexpresiva. Volví a arrancar.

—Sí, ya sé, no me lo diga. Usted hará lo que le manden.

—Eso es lo que haré.

Aquellas muestras de impaciencia no hacían más que predisponer en mayor medida al subinspector en mi contra. Tendía a olvidarme de que no era mi aliado. Ni siquiera nosotros estábamos en el mismo saco, yo era su jefa y una maldita mujer. Estaba sola en aquella jodida investigación.

—¿Han venido todas las chicas?

—Están en la sala de reuniones, las tres.

—Pues vamos a ver si sacamos alguna puñetera idea para seguir adelante.

Mi impresión de que no había sido ninguna tontería reunir a las víctimas se confirmó. En primer lugar pude constatar ya muy claramente que su aspecto físico era de un tipo similar. Si bien no resultaban parecidas en absoluto nadie podía negar que producían idéntica sensación: una absoluta fragilidad. Delgadas, quebradizas, con ojos de perro lazarillo, atentos pero sin interés, era como si cayera sobre ellas una perpetua lluvia fina mojándolas a conciencia. Quedaba patente que nunca harían un gesto de autodefensa. Su total desamparo estaba impreso en sus cuerpos y les impedía reaccionar abriendo un paraguas o emigrando hacia tierras más secas.

Las saludé al entrar. En paradoja con la vida que les había tocado en suerte, todas habían recibido nombres hermosos, resonantes de lujo y seducciones. La hija de la cocinera se llamaba Salomé, Patricia la peluquera y Sonia la estudiante de confección y diseño. Estaban sentadas cada una por su lado, evitando cualquier grupo homogéneo. No se miraban a la cara, hurtaban el frente a frente. Nada que ver con otros afectados por desgracias comunes, víctimas de incendios o inundaciones. No iba a ser pan comido hacer que hablaran.

—Quizá no es necesario que repitéis vuestra declaración. Sin embargo, hay varios puntos sobre los que quiero preguntaros, estando las tres juntas

podremos afinar más.

Ninguna respuesta.

—¿Me habéis entendido?

Seguían sin responder.

—¿No habla nadie?

Patricia elevó mínimamente la voz:

—Ya lo hemos contado muchas veces.

Busqué un tono maternal.

—No se trata de recordar las cosas malas porque sí. Estamos intentando cazar a ese tipo y cualquier detalle nos ayudaría.

¿Detalles?, pero si no habían podido ofrecer prácticamente ninguno. Miré de reojo a Garzón que fumaba como un cosaco. Esperaba que al menos apreciara mi cambio de tercio hacia la suavidad en los interrogatorios.

—Veréis lo que haremos. Yo iré resumiendo algunas cosas y si queréis rectificar o ampliar lo que digo, me paráis.

Tenía la impresión de estar dando una conferencia a coreanos sin disponer de servicio de traducción simultánea. Empecé.

—Era siempre de noche. Había poca luz. Llevaba la cara tapada por un pasamontañas. Casi no habló, y cuando lo hizo fue por medio de susurros. ¿Todo va bien?

Miraban cada una en una dirección distinta.

—Aunque no pudisteis verle la cara ni oír su voz con claridad, todas os disteis cuenta de que era un hombre joven, atlético, sin defectos físicos. ¿Es así?

Reinaba el silencio. Me armé de paciencia para continuar.

—No utilizó violencia.

Patricia dijo muy bajito:

—A mí me zarandeó.

Animada por aquella primera intervención Sonia dijo:

—A mí me dio un empujón y me tiró de la manga.

Levanté las manos:

—Queréis decir que, aunque no os diera ningún golpe, os trató con brusquedad.

Las dos cabezas tomaron ímpetu para decir sí.

—Bien, ahora quiero que penséis muy bien las tres...

Desviaron la vista de nuevo. «Las tres» era un colectivo que les costaba asumir.

—... cuando os clavó esos pinchos de la marca, ¿qué movimientos hizo?

Las invadió una parálisis momentánea. Patricia señaló tímidamente a Garzón.

—¿Puede salir él?

Aunque me había guardado de mencionar el hecho exacto de la agresión sexual, la dichosa marca funcionaba como un símbolo, quizás incluso más infamante que la propia violación. Las unificaba, las convertía en una especie de ganado listo para el sacrificio. Garzón rebufó imperceptiblemente de bigote para adentro. Pasó su abundante gravidez de un pie a otro, y esperó.

—¿No le importaría salir fuera un momento, subinspector?

Quizá no hubiera debido trasmitirle la orden, era consciente de que sumaba en mi contra un agravio más. Yo, que me había comportado en todos los interrogatorios con una rudeza inhabitual, me plegaba ahora ante los melindres de una niña que no tenía en realidad motivos para una exigencia semejante.

—Por supuesto —masculló.

Nada cambió después de su salida, la misma renuencia a hablar, la misma vergüenza culpable.

—¿Y bien?

La peluquera se levantó.

—Fue así como lo hizo.

Titubeó un momento para escoger a alguien que le sirviera de maniquí. Salomé se replegó sobre sí misma, fue Sonia quien le brindó su brazo. Patricia lo cogió con la mano derecha, lo inmovilizó con fuerza y le acercó el dorso de la mano izquierda, presionándolo.

—Ahora hazlo tú como lo recuerdes, Sonia.

Sonia intercambió posiciones con su compañera y escenificó una maniobra casi exactamente igual.

—Bien. ¿Quieres hacerlo tú, Salomé?

La hija de la cocinera estaba tan inquieta como si en realidad fuera a sufrir un segundo ataque. Incluyó la cabeza de modo que me resultaba difícil entenderla.

—A mí me hizo lo mismo —susurró.

—Es importante que lo escenifiquen.

Se levantó, lastrada por un peso muerto. Llevaba una camiseta demasiado larga sobre su tejano gastado. En vez de dirigirse hacia las otras muchachas vino hasta donde estaba yo. Me tomó uno de los brazos, aproximó el suyo y apretó con fuerza sorprendente. Entonces levantó la cara y me clavó sus ojos con fiereza. Noté manar el odio de su cuerpo. El brazo me escocía freudianamente. Me aparté.

—Está bien.

Intenté serenarme antes de hablar.

—De modo que llevaba algo en el brazo y tenía que apretarlo con mucha fuerza para que se clavara.

Asintieron.

—Escuchadme con atención. ¿Podría decirse que lo que llevaba era un reloj, un reloj en su muñeca?

Se quedaron pensando.

—No lo sé —dijo Patricia.

Intervino Sonia.

—Es posible, pero también podía ser una pulsera, o una cosa atada con cuerdas.

Salomé seguía muda.

—¿Qué piensas tú? —le pregunté.

—Sólo sé que dolía mucho —respondió.

—Por último, y no es ninguna tontería, ¿diríais que a las tres os atacó el mismo tipo?

Respondieron afirmativamente a la vez. Logré esbozar una sonrisa.

—Eso es todo, podéis marcharos.

Lo hicieron con cierto atropello, locas por largarse, no me dijeron adiós ni yo lo hice tampoco.

Garzón entró, precedido de un trompeteo de venganza. Sin embargo, descarté pedirle disculpas.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Nada espectacular, pero ahora podemos estar convencidos de que se trata del mismo hombre.

Era su turno de tocarme las narices.

—Creí que eso lo dábamos por sentado.

—Pues no, podía tratarse de una banda, un grupo de indeseables.

Puso cara de que un profundo respeto por las jerarquías le impedía reírse. Su bigote chicano se esponjó de desprecio.

—Además, ahora sé cómo se llevó a cabo exactamente la maniobra de marcarlas.

—Bien, dígame por dónde seguimos.

—¿Sabe si la asistente social está en comisaría?

Aquellas preguntas a destiempo conseguían remitirlo a su rol oficial.

—Iré a ver.

—Quiero estar segura de que lo sabemos todo sobre el acto de agresión.

Pobre Garzón, salió después de haberse cuadrado ligeramente. Predominaba en él el sentido del deber. Veía claramente que yo estaba estancada en un pantano haciendo inútiles esfuerzos por nadar, pero a pesar de ello cumplía mis órdenes como si fueran las del Papa. Volvió al cabo de un instante con la asistente.

Era muy directa.

—¿Qué quiere saber? —preguntó.

—Dígame algo de las chicas, ¿cómo son?

Se sentó y cruzó las piernas. Sus taconazos robustos hacían ruido hasta cuando no caminaba.

—¿Las chicas? Bueno, ya se lo imagina, del tipo lumpen. Poco dinero, poco cerebro, poca educación. Trabajan las horas que les toca y luego se pasan el tiempo en los bares.

—¿Cree que alguien de su entorno podría haberlo hecho?

—¡Qué le voy a decir!, en esos ambientes no se puede asegurar nada. Es como si todo el mundo estuviera siempre al borde de delinquir. Juegan a las máquinas, al billar, a lo mejor les ofrecen droga, a lo mejor no. Si no se enganchan a nada suelen casarse con un mecánico o fregar escaleras... ya sabe.

—¿Alguna de ellas frecuenta ambientes de drogadicción?

—No, no lo parece.

—Usted fue la primera que habló con ellas después de los hechos. ¿Le llamó algo la atención en sus reacciones?

Echó mano de una carpetilla que había traído consigo.

—A ver... la tal Sonia estaba muy preocupada por su novio, un chaval que trabaja de lavacoches, como encima ese cabrón las marcó... Patricia era la más furiosa, decía que le hubiera gustado matarlo, se recompuso enseguida sin embargo. La otra, Salomé... es una chica rara, habla poco, parece que todo se lo traga. Supongo que era virgen.

—¿Las otras no?

—No creo. Oiga, estas chicas saben bastante de la vida, no piense en ellas como niñas que van a sufrir un trauma. Sus condiciones son muy duras, esto no es más que otro golpe.

Observé con estupor aquel rostro que reflejaba insensibilidad.

—¿Quiere decir que en el fondo da igual que las hayan violado?

Dio un respingo evidente. Miró al subinspector como testigo de la provocación.

—Yo no he dicho nada parecido. ¿Qué insinúa?

—Puede marcharse, es todo lo que quería saber.

Frunció los labios como si se retuviera para no escupirme. Saludó estentóreamente y salió dando un portazo. Me volví hacia Garzón.

—¿Ha visto eso? Se supone que trabaja aquí para brindar soporte a las víctimas.

Garzón estaba inexpresivo, un inglés a la hora del té. No se le veía dispuesto a darme la razón o escandalizarse conmigo.

—¿Cómo puede hacer algo por ellas si sólo las considera putillas de barrio?

—Cada uno tiene una manera de cumplir con su obligación.

¡Maléfico Garzón!, siempre preparado a devolverme la pelota, a colar una indirecta, siempre manteniendo la barrera entre los dos bien levantada.

—Me voy a casa, subinspector. Llámeme si hay novedades.

Ni Chopin conseguiría devolverme a mis casillas. Me senté en un sillón y puse los pies en alto, pero estaba incómoda y opté por salir al jardín. Los geranios se veían tan yertos como siempre, sólo que ahora presentaban una pátina de tierra que les daba un aspecto horroroso. Decidí prepararme algo para comer; dicen que guisar relaja, y quizá sea cierto porque la visión de mi nueva cocina me tranquilizó. Había quedado muy bien, amplia, pertrechada con armarios sencillos, un gran ventanal. Descorrí con amor las cortinas que yo misma había escogido. Allí fuera quedaba el mundo exterior, lleno de prejuicios y de estupidez, de asistentes sociales, de subinspectores... quizá debía dimitir. Presentarme ante el jefe y decirle: «*Lo siento pero no aguanto más*». Ser sincera, reconocer que estaba en un lío sin salida aparente. Casqué un par de huevos y me puse a batirlos sin saber qué haría con ellos. Sonó el teléfono. Era Hugo.

—A las cuatro nos espera el notario para la firma. Podríamos comer juntos.

—Lo siento pero estoy haciendo un *soufflé*.

—¿Un *soufflé*? ¿Has vuelto a casarte?

—No, pero me cuido mucho, practico gimnasia, tomo baños con sales, hago ensaladas de fruta.

—Y *soufflés*.

—Exacto, y *soufflés*.

—Entonces bastará con que nos encontremos un rato antes en una cafetería, hay cosas que quiero comentarte.

Asentí como si fuera imbécil y nos dimos una cita. Había vuelto a hacerlo de nuevo: temer su opinión, demostrarle sin ninguna necesidad que era respetable, cuidadosa, razonable, convencional. No lograría nunca sacudirme el encogimiento que me atenazaba frente a él. Hugo era la medida de todas las cosas y no sería fácil apartar su figura bíblica de mi

vida, mostrarme como era, dejar de pensar que, en el fondo, siempre tenía la razón.

A la hora fijada llegué a la cafetería. Estuve a punto de hacer de verdad un *soufflé* por no presentarme a sus ojos habiendo mentido. Por fortuna me contuve, limitándome a una simple tortilla. Hugo lucía su pinta más atildada, de caballero en plenitud. No podía evitar cierta crispación en el rostro cuando me tenía delante: sobre su europeísmo civilizado volaba aún alguna pluma de Calderón.

—Lamento haberte hecho venir, pero quiero que esté arreglado todo el asunto antes de casarme. No sería decoroso tener propiedades con dos mujeres a la vez. Lo entiendes ¿verdad?

—Sí. ¿Qué es lo que debo firmar?

—El contrato privado de venta. La escritura vendrá poco después. Entonces te daré en un cheque tu parte correspondiente.

—De acuerdo.

—Dijiste que el dinero no te viene mal.

—No.

—¿Tienes dificultades financieras?

—Ninguna dificultad. Pero ya sabes que el sueldo de policía no es muy elevado.

—Si no hubieras abandonado el bufete...

Intenté ser muy suave:

—Hugo, por favor.

—Era un bienestar ya conseguido.

—Lo sé.

—Y un trabajo bastante más digno para una mujer.

Justo el momento idóneo para mandarlo al carajo, pero me resultaba imposible hacerlo, de modo que lo dejé pasar.

—He leído los periódicos.

—Ya.

—Deprimente. Te van a crucificar. ¿Sabes dónde te has metido? Un caso de violación múltiple, no vas a salir de ahí sin buscarte un follón. La prensa va a perseguirte por todos lados.

—No puedo escoger los casos, me los dan.

—Tonterías, Petra, es algo en lo que nadie quiere pringarse y te lo han endosado. ¿Era eso lo que querías al ingresar en el cuerpo?

—Mira yo...

—Andar todo el día junto a un policía gordo, entrando y saliendo de bares de mala muerte y puticlubs. Te estás jugando tu dignidad. Ya saben que eres del grupo de documentación, los periodistas investigarán en tu vida, se meterán a fondo, ahora ha salido tu inexperiencia, más tarde saldrá cualquier otra cosa.

Como por ejemplo que había estado casada con él. ¡Dios!, veía clara su jugada, pero aquel peso extraño de la culpa ancestral me impedía contestarle. El temía su implicación en mi vida desastrosa, su nombre junto al mío. Hubiera sido el colmo, verse salpicado por mis estúpidas decisiones que siempre había condenado. Cornudo y apaleado. Abandonado y escarnecido.

—Acompañada permanentemente por ese subcomisario o lo que sea, con su pinta de cantante de tangos. No es un trabajo para ti.

—Se trata de algo transitorio.

—Suficiente como para desprestigiarte por completo. Mira, yo tengo amigos, creo que podría encontrarte algo en algún bufete. El mío queda descartado, por supuesto, pero hay otros en los que podrías encajar, volver a la abogacía, enderezar de nuevo tu vida. ¿No ha quedado bastante saciada con estos años tu sed de cambios y aventuras? Has intentado un segundo matrimonio insensato, fallido, que tu profesión se venga abajo es más de lo que puedes permitirte.

—No sé, yo...

—Pues al menos pide que te releven del caso, di que no te encuentras capacitada, vuelve al servicio de documentación. Dudo que te lo nieguen, es lo razonable.

—Lo pensaré. Te prometo que lo pensaré.

Me escudriñó procurando advertir si me había convencido o se trataba de una excusa. Debió pensar que por el momento era un buen inicio, ya tendría tiempo de rematar la faena cuando volviera a verme y me entregara el maldito cheque. Se levantó con prestancia de marqués, me dio la mano y se marchó sin haber esbozado una sonrisa.

Al entrar en casa cerré la puerta dando un golpe tremebundo que resonó en la soledad. No encendí la luz. ¿Era éste el destino de una mujer? ¿Permanecen siempre presentes los maridos, amigos, amantes que alguna vez pasaron por su vida? No había conseguido librarme de Pepe tras año y medio de separación, ahora aparecía Hugo como un trasgo sepulcral. ¿Eran ésas las etapas de la existencia de una mujer: primer marido, segundo marido... no se sucedían como las de los demás mortales: nacimiento, dentición, pubertad...? Empantanada siempre en el pasado. Hugo pensaría lo mismo con respecto a él: «¿*Qué locuras pueden ocurrírsele aún que comprometan mi nombre?*». Y sin embargo llevaba razón, yo no estaba capacitada para la envergadura que había tomado aquel caso, me encontraba sin saber qué hacer, ni siquiera el cantante de tangos me apoyaba. Lo razonable hubiera sido dimitir. Hugo aconsejaba siempre lo razonable. Me daba la oportunidad de volver a empezar. Sólo que yo no quería empezar de nuevo, sino pararme, dejar mi biografía pendiente de un hilo, sin hitos ni efemérides, arremansada en un socavón. Dejaba los hechos para quienes aún tenían ímpetus, yo me conformaba con el excipiente del brebaje vital: paseos, libros, la decoración de mi nueva casa, películas, tazas de té...

El teléfono sonó en la oscuridad, lo busqué a tientas con dificultad, ni siquiera me había desembarazado del abrigo.

—Dígame.

—Siento mucho molestarla Petra pero es que...

—No se preocupe Garzón, ¿qué ocurre?

—Se trata del violador.

—¿Y bien?

—Ha vuelto a violar.

—¿Qué?

—Ya lo ha oído.

—¿Cómo ha pasado?

—Por teléfono, no. Será mejor que se pase por comisaría, yo ya estoy aquí.

¡Jodido Garzón!, ¿qué hacía siempre en comisaría, vivía allí? ¿Y por qué no podía hablar por teléfono? ¿Pensaba en los periodistas o había confundido el género de espías con el policial? Me restregué la cara intentando una reacción pero no conseguía despertarme, aquello era un mal sueño, una historia terrible. ¿Qué especie de hijoputa podía seguir aquel ritmo frenético de violaciones y marcas de flor? ¿Quería hacerse notar, tener a su alrededor a todos los medios informativos, poner en jaque a la policía? Era un loco sin duda alguna. Salí dejando la casa oscura, ni siquiera había podido mirarla un instante.

La nueva hazaña del violador desbarataba las conjeturas sociales que había hecho Garzón. En esta ocasión se trataba de una niña bien. El hecho se había producido al atardecer en la parte alta de la ciudad, en un barrio elegante. Se cumplían uno por uno los requisitos de las otras historias: penetración, ninguna pista accidental, cara tapada, hombre joven y atlético y nada de agresiones violentas a no ser la marca del brazo, idéntica a las anteriores. La chica volvía de su clase de tenis, la sorprendió, la atenazó junto a la puerta de un garaje y la forzó. Sin testigos. No pudimos interrogarla, había sufrido un ataque de nervios y estaba en el hospital. Hasta que no consiguieran sedarla y sacarla del *shock*, no tendríamos oportunidad de estar con ella. Quería verla, comprobar si su tipo físico coincidía con el de las demás víctimas. Estaba casi convencida de que se trataba de un móvil psicológico, pensar en otros motivos empezaba a ser absurdo con aquel ritmo de ataques.

El padre de la chica sí estaba allí. Era un importante arquitecto, un tipo que apenas rebasaba los cuarenta años y parecía dotado de una extraordinaria energía. En cuanto entré en el despacho y lo vi comprendí

que culpaba a la policía de todas sus desgracias personales. Su talante era el de alguien que presenta una reclamación. Estaba por completo fuera de sí, caminaba de arriba a abajo mientras parloteaba atropelladamente. Según me dijo Garzón había pedido entrevistarse con el comisario. Al descubrirme echó chispas sin mediar más trámite.

—Mire, inspectora, ustedes hasta el momento han ido tranquilamente a su marcha. Bueno, pues a partir de ahora eso se acabó. Quiero que investiguen las veinticuatro horas, que pongan equipos especiales. Voy a tener una reunión con todos sus jefes y les advierto que pienso llegar hasta el ministerio del Interior.

Lo miré sin ninguna ironía, pensando por dónde iba a entrarle.

—Y, por supuesto, lo primero que voy a pedir es que los releven del caso a los dos.

Garzón estaba callado e impenetrable.

—¿Puedo preguntar por qué?

—¿Usted cree que no leo los periódicos? ¿Me toma por imbécil? Sé que no están cualificados, que es una vergüenza la manera inepta en la que están llevando la investigación.

—¿Da crédito a todo lo que lee? ¿Acaso piensa usted facilitar datos a la prensa?

—Si publican mi nombre o el más mínimo detalle sobre la violación de mi hija los demandaré.

—Entonces, ya que los periodistas le parecen poco fiables, ¿por qué hace caso de lo que han dicho sobre nosotros?

—No están las cosas para juegos ingeniosos. Por la calle anda suelto un violador, eso a lo mejor a ustedes les parece normal, pero da la casualidad de que ese hijo de puta ha atacado a mi hija y va a tener que pagarlo, ¡ahora! ¿comprenden? ¡Ahora, inmediatamente, ya!

Garzón extendió un brazo hacia él.

—Le ruego que se tranquilice.

—¡No me diga lo que tengo que hacer! En realidad no sería necesario leer lo que dicen los periódicos, basta con mirarlos a ustedes, una mujer y un viejo, ¿es eso todo lo que puede ofrecer la policía al ciudadano?

Vi cómo se le contraía la mandíbula a Garzón. Por fortuna entró un guardia en ese momento.

—Inspectora Delicado, dice el comisario que recibirá ahora al señor Masderius, que si puede interrumpir la sesión.

—Ya está interrumpida —soltó Masderius.

Salió hecho un basilisco, mirándonos a Garzón y a mí como si fuéramos dos caracoles en la lechuga, listos para ser expulsados de la ensalada de una maldita vez.

Garzón se rascó el bigote.

—Está muy nervioso —dijo.

—¿Lo disculpa? —pregunté.

—Si hubieran violado a una hija mía, quizás...

—El honor, ¿verdad, Garzón?, no hay mayor afrenta para un hombre.

—Prefiero no juzgar.

—Lo jodido es que lo reciba el comisario. ¿Se ha fijado? nunca suele recibir a nadie, mucho menos familiares.

—Veremos.

—¿En qué hospital está la chica?

—En la Sagrada Familia.

—Pues vamos a verla.

—No nos dejarán hacerle preguntas.

—Lo intentaremos.

En el coche, a Garzón se le veía preocupado. Cuatro víctimas del mismo violador era ya una marca para hacer reflexionar a cualquiera. Y no contábamos con la más mínima pista, ni un indicio. A ninguno de los dos se nos escapaba que estábamos sentados en un polvorín. Lo miré con atención, en realidad no tenía pinta de cantante de tangos, Hugo había fallado, era más bien como un domador de osos, un húngaro paseándose por la ciudad dispuesto a organizar su espectáculo en plena calle.

—Queda descartado el móvil de la diferencia social, subinspector.

—No dé nada por seguro.

—Quiero que veamos a esa chica, fíjese bien. Estoy convencida de que tendrá aspecto desvalido, esqueleto pequeño, poco peso.

—¿Cree que el violador es un hombre sin fuerza física pese a su envergadura?

—No se trata de eso. Yo pensaría en algo psicológico, un tipo apocado que sólo se atreve con mujeres pequeñas, o que las ve de modo especial. El aspecto frágil es el único punto común entre las víctimas. Algo cruje cuando se aprieta por ahí.

—Eso no va a ayudarnos mucho.

—Saber qué buscamos siempre ayuda, y luego explicará.

—¿Luego?

—Cuando detengamos al violador.

—Creí que sólo estaba esperando que nos relevaran del caso.

No le respondí.

En el pasillo del hospital, de pie frente a la habitación de su hija, estaba la señora Masderius. Llevaba un chándal blanco bajo el abrigo de zorro, zapatillas deportivas. El pelo rubio desordenado en hermosas ondas y cara de consternación. En cuanto nos vio su rostro se angustió.

—No pueden molestarla —dijo.

—¿Cuándo cree que estará en condiciones de hablar?

—Mi hija hablará lo imprescindible cuando se lo mande un juez. Y si es posible evitarlo, no hablará con nadie, ni con periodistas ni con policías.

—Señora, se trata de un trámite obligado, debemos tomarle declaración.

Se pasó la mano por los ojos, inquieta, y volvió a recitar la lección que había aprendido.

—Queremos que la dejen tranquila.

—Señora Masderius, usted sabe que hay una investigación en curso. Aunque sólo sea ver a su hija un instante nos ayudará. Ese tipo ya ha violado a otras chicas, tenemos que atraparlo lo antes posible.

Se amilanó. Parecía que el sentido común se debatía atrapado en su interior.

—Déjenos entrar un segundo. No le hablaremos, tiene mi palabra, después de verla nos iremos.

—Mi marido... —se interrumpió. Le afloraron lágrimas a los ojos, se aflojó la contracción de sus rasgos—. Pueden pasar —dijo, y fue a sentarse de nuevo en el banco. Dejó caer el peso de su cuerpo, se quedó mirando el aire, las manos abandonadas sin vida en el regazo.

La habitación se hallaba en la penumbra algodonsa de los hospitales. La chica yacía en la cama, probablemente bajo el efecto de somníferos. Su cuerpo era apenas una línea horizontal tapada por la sábana. La cara, con un rictus de angustia enquistado en el sueño, era de rasgos menudos, desvaídos. El mismo pelo rubio de su madre formaba una aureola sobre la almohada.

—Parece que esté muerta —susurró Garzón.

—¿Ha visto?, tal y como esperaba es muy delgada.

Llevaba el antebrazo vendado. Pensé que debajo palpitaba, aún doliente, la patética flor.

—La han hinchado a tranquilizantes.

—Sí —dije—. Pero cuando se despierte volverá a recordarlo todo y sólo tendrá la esperanza de que haya sido un mal sueño.

Garzón se revolvió, nervioso.

—Le aseguro, Petra, que estoy hasta los cojones de este tío. Cuando le echemos el guante lo primero que voy a hacer es darle una hostia.

Por primera vez lo veía afectado, dejándose vencer por sus sentimientos.

—Tranquilícese, subinspector, no debemos perder la frialdad.

Alguien abrió la puerta a nuestra espalda y nos sobresaltó. Era un médico joven, con gafas enormes y pelo en punta.

—Me han dicho que estaban aquí.

—Somos los inspectores a cargo del caso.

—Lo sé, pero a la chica le hemos dado sedantes y ya ven que no puede decir nada.

—¿Cuándo calcula que podrá hablar?

—Pues no sé, dentro de un rato. De cualquier manera en cuanto se despierte vamos a trasladarla a cirugía.

—¿A cirugía?

—Le quitaremos la marca del brazo por medio de estética.

—¿Tan pronto?

—Los padres lo quieren así, quizás hubiera sido preferible que estuviera más entera psicológicamente, pero ellos opinan que cuanto antes, mejor.

—Hay que borrar lo que no gusta, ¿verdad?, como si nunca hubiera pasado.

Se encogió de hombros, me miró con actitud filosófica.

—Verán, se trata de una intervención sin mucha importancia, de modo que da igual hacerla ahora o después, desde el punto de vista técnico, quiero decir.

Los tres nos volvimos hacia la cama. La durmiente no se había movido, no nos oía. Los demás determinaban su vida, ella sólo era un débil cuerpo entregado a la química de la tranquilidad. El médico se volvió hacia mí.

—Tengo algo para ustedes, iba a enviarlo a comisaría, pero ya que están aquí... ¿Por qué no me esperan en mi despacho? Iré en cuanto haya terminado las visitas. La enfermera de planta los acompañará.

La señora Masderius permanecía en el pasillo, ni siquiera levantó la vista cuando pasamos. Su expresión me asustó, era como la de alguien perdido en un laberinto sin puertas ni ventanas, incapaz de salir. Ya en el despacho se lo dije a Garzón.

—¿Se ha fijado en la cara de la madre? Yo diría que necesita asistencia psiquiátrica.

—Siempre pasa igual, las clases populares resisten mejor los contratiempos. Me lo comentaba el forense de Salamanca una vez. Si en una familia acomodada nace un hijo subnormal la cosa se convierte en un drama, una tragedia, un motivo de ocultación. Pero si se trata de una casa sencilla de trabajadores, entonces el niño enseguida es aceptado, lo llevan limpio, lo cuidan, se lo enseñan a todo el mundo para que vean que es cariñoso y hasta guapo.

¡Coño con Garzón!, era lo más largo que me había dicho desde el día en que nos conocimos. El tema de la lucha de clases parecía el único capaz de desatar su pasión y locuacidad.

Por fin llegó el médico. Debía de tener uno o dos años más que Pepe, todo el mundo era joven en los puestos importantes.

—¿Les he hecho esperar demasiado?

—Yo en ambientes médicos me encuentro feliz —dijo Garzón.

—Eso es porque tiene usted buena salud.

Ambos rieron. ¡Vaya!, mi compañero no sólo había empezado a salir de su mutismo sino que sabía incluso mostrarse cordial.

—Les he llamado porque tengo algo que enseñarles. Vamos a ver... —buscó en un cajón—... lo sacamos del brazo de Cristina al practicarle las primeras curas... aquí está.

Abrió una cajita de plástico transparente rellena de algodón. Cogió unas pinzas, manipuló y puso frente a nuestros ojos un pequeñísimo objeto al que tuvimos que acercarnos.

—¿Lo distinguen con claridad? Es algo así como una diminuta púa de peine plateada. Se encontraba alojada en la herida, muy metida en uno de los orificios. Parece evidente que se rompió y que cuando las otras púas fueron retiradas, ésta permaneció en su lugar. A su alrededor se había formado un círculo tumefacto, pero los tejidos no la expulsaron.

Estábamos extasiados frente a aquello, con los ojos redondos como platos. Yo no podía moverme, tenía la sensación de que sólo con respirar fuerte la única cosa palpable con la que contábamos iba a desintegrarse.

—¿Creen que puede servirles?

—¿Lo pregunta en serio? ¡Por supuesto que sí!, es la primera prueba que tenemos. ¿La ha tocado alguien?

—No, la saqué con las pinzas y la metí en esta caja. Yo no entiendo casi nada de Medicina Legal, pero tengo la impresión de que va a ser difícil encontrar huellas o restos en un objeto tan pequeño, sobre todo después de haber estado enterrado en un cuerpo humano. Supongo que predominarán siempre la sangre o los humores orgánicos de Cristina. No me hagan mucho caso.

—Mandaremos que la analicen.

—Ojalá que sirva para algo, ese tipo está yendo demasiado lejos.

—Lo sabemos.

Hizo que firmáramos en un registro conforme nos hacía donación de una prueba médica. Se despidió con el mismo estilo ecléctico con que nos había atendido. Yo llevaba la cajita metida en el bolsillo, la apretaba fuertemente, era como un talismán que fuera a abrirnos siniestras compuertas hasta llegar a la cámara del ogro.

—¿Quiere que tomemos una copa, Garzón? Así celebramos el hallazgo de la prueba.

—No, gracias, si me da esa púa, yo me encargaré de llevarla inmediatamente al instituto anatómico forense.

—¿Y después, no le apetecerá una copa después?

—No, gracias, después me iré a dormir. La veré mañana, inspectora.

Depositó la caja mágica en su mano carnosa. Sin sonreír ni una sola vez, se marchó. Maldito, maniático, mamarracho, pensé, pero luego me di cuenta de que yo también estaba rendida, desgredada y deseosa de una ducha y puse rumbo a la soledad.

OceanofPDF.com

6

Pepe llegó a las ocho de la mañana. Yo acababa de levantarme y llevaba puesto un albornoz. Pensé que si era inevitable que me honrara con sus visitas, podía al menos avisar; el teléfono constituía un invento moderno, pero Pepe actuaba al margen de las costumbres vulgares. Me saludó como si nos hubiéramos encontrado en el autobús. Sin embargo, yo no andaba preparada aún para ningún contacto social. Mi piel exhalaba el aroma del sueño y él ya no tenía derechos sobre mí, de modo que hubiera debido montarle un buen número y echarlo, pero no lo hice. Todo lo contrario, lo invité a pasar. Él no notó la turbación que me ocasionaba su presencia, ni se inmutó al verme en *deshabillé*, todo lo que hizo fue fijarse en mis pies desnudos sobre las losetas del suelo y exclamar: «*Pescarás un catarro si no te calzas*».

—¿Preparo el desayuno mientras te vistes? —añadió.

Lo que Pepe consideraba «el desayuno» no era más que un poco de café solo, que preparó como pudo en una cocina desconocida para él; así que hice tostadas, busqué galletas por el armario, calenté leche y saqué mantequilla y mermelada. Pepe se puso a tragar con despreocupación, concentrado en lo que estaba haciendo, sin levantar la vista del plato. Calculé que no desayunaba adecuadamente desde hacía meses.

—Tienes hambre, ¿verdad?

—Un poco, pero no he venido sólo a comer. Tengo algo que contarte.

Esperaba que no fuera una de sus extrañas deducciones detectivescas o una proposición de ayuda para mi nuevo hogar.

—Ayer por la noche estuvo en el bar una mujer, más o menos de tu edad. Quería saber cosas sobre ti.

—¿Cosas?

—Cosas en general. Si era verdad que habíamos estado casados, desde cuándo eras policía, qué habías estudiado, cosas...

—¡Vaya, la periodista te localizó!

—Luego, entre comentarios tontos preguntó si teníais alguna pista, algún indicio sobre el caso.

—Espero que no le dijeras nada.

—Pero si no sé nada.

Acabé de desayunar de un humor pésimo. Resultaba evidente que eludir los contactos con la prensa no era garantía alguna de poder vivir tranquila. Pepe mordió un trozo de tostada untada con mermelada de grosellas.

—¿Y tenéis pistas o no?

—¡Bah, nada sustancial!

—Yo creo que se trata de una secta, una de esas sectas extrañas que actúan haciendo sacrificios y liturgias sangrientas. Nadie se interesa por ello, pero sectas hay un montón, abundan los tíos pirados, en serio, se lo digo siempre a Fermín.

—¿Quién es Fermín?

—¿Cómo que quién es Fermín?, tu compañero, el subinspector Garzón. Tuve que retener mis ojos en sus cuencas.

—¿Garzón? ¿y cuándo has visto tú a Garzón?

—Muchas veces. Viene por el bar. Se toma una copa, o cena. Le encanta el cuscús de Hamed.

—Pero bueno, ¡esto es inaudito!

—¿Por qué?

—No me ha dicho ni media palabra.

—¿Y qué te iba a decir? Es un cliente del bar, eso es todo.

Me callé.

—Pepe, gracias por los informes. Ahora es mejor que te vayas.

—¿Ya?, ¿no puedo fumarme un cigarro?

—No. Tengo que marcharme enseguida.

—Creí que habías venido a esta casa para gozar de tranquilidad.

—Eso a ti no te importa. Si vuelve esa periodista le dices que...

—Si pide un café será una clienta y tendré que tratarla bien.

—De acuerdo, Pepe, haz lo que te venga en gana.

—Es mi deber.

Fui empujándolo hasta la puerta y cerré tras de mí con un golpe.

Subimos cada uno a nuestro coche. Lo vi meterse en su desvencijado Diane. Era su vehículo perfecto: lento, desfasado, lleno de espacio interior para transportar a sus gatos. Había estado completamente loca casándome con un hombre capaz de conducir algo así. Notaba mi cara congestionada, el pulso acelerado. Las revelaciones de los periodistas yendo tras mis huellas y de Garzón en franca camaradería con Pepe eran demasiado para un día que no hacía más que comenzar.

En cuanto llegué a comisaría hice lo posible por encontrar al subinspector. Estaba en la sala de juntas, hierático e imponente como una estatua caldea.

—¿Y a usted cuándo coño van a darle un sitio fijo para sentarse, Garzón?

Se quedó atónito ante mi *demarrage*.

—Supongo que estaré itinerante mientras siga colaborando con la Guardia Civil —dijo, sin saber a qué atenerse.

—¿Aún con lo del alijo?

—Sí.

—Siempre en pos del confidente, ¿no?

Cada vez estaba más mosqueado.

—Ya ve.

—Es raro que acabado de llegar a Barcelona conozca usted ya a tantos confidentes.

—No los conozco, me dan una lista y entablo trato con ellos, creo que se lo expliqué.

—Sí, puede que sí. De todas maneras usted tiene facilidad para conectar con la gente.

—Es posible.

No pude aguantarme más.

—Oiga Garzón, dirá que me meto en su vida privada, pero lo cierto es que hay algo que me intriga y quiero preguntárselo.

Su mirada bailoteó inquieta por mi rostro.

—Adelante.

—¿Es verdad que va a menudo al bar de Pepe?

—¿Al Efemérides? Pues sí, me gusta la comida y el ambiente. ¿Por qué?

—Bueno, usted no me ha comentado nunca que lo hiciera.

—No me pareció necesario.

—¡Por supuesto que no! Si saco este tema a colación es porque una periodista ha estado allí, haciéndole preguntas a Pepe sobre nuestro caso. Él cree que lograron localizar el Efemérides siguiéndole a usted.

Los rasgos de su cara demostraron un ligerísimo gesto de dolor bien reprimido. Encendió un cigarrillo aparentando una total naturalidad.

—Ya se sabe, los periodistas no van a dejarnos en paz. Quizá nos sigan a todas partes... en cualquier caso no podemos estar mediatizados por sus movimientos. Quizá sería más prudente ir ofreciéndoles algunas migajas de información, a lo mejor estaríamos más tranquilos.

—No, ni hablar.

—Mi experiencia me dice...

—No mientras yo dirija esta investigación. Esos reportajes atentan contra la dignidad humana. Le prohíbo que les facilite ni un solo dato. Espero no tener que repetírselo.

Tragó una abultada nuez. Sus ojos eran demasiado mansos como para expresar odio, pero yo sabía que había hecho lo peor, recordarle mi autoridad.

Entró un guardia:

—Inspectora, la requieren al teléfono.

Un buen momento para deshacer aquella situación violenta. Me excusé. Era el experto del laboratorio de analítica.

—Ya hemos estudiado la púa, inspectora Delicado. Voy a mandarle el informe ahora mismo.

—Adelánteme algo.

Carraspeó.

—En fin, externamente esa púa no nos transmite datos de interés. No hay huellas, ni marcas, ni rastros. Pero puedo hablarle de su constitución. Es de plata pura, sin aleaciones y ha sido recubierta con un baño de rodio.

—¿Rodio?

—Es un material que da brillo a la plata, se usa en joyería según tengo entendido. No hay nada más, ¿cree que puede ayudarles?

—Supongo que sí. Antes no teníamos nada y ahora tenemos algo, aunque sólo sea por eso...

No sabía si creía en mis propias palabras, un material que se usa en joyería no es una de esas pistas espectaculares que te ponen en el buen camino. Sin embargo, ¿quién podía saberlo? Quizás aquel material tenía unas características especiales que conducían inequívocamente en una dirección, era propio de un gremio de artesanos o se utilizaba específicamente en algún lugar. Era, por fin, un punto desde el que partir. Tenía su gracia la técnica de investigación, era como una ciencia empírica, primero fluía la intuición y más tarde las pruebas se encargaban de apuntalar o destruir una teoría. Sentí un fuerte deseo de saber.

Garzón me esperaba a la salida misma del despacho. Pensé que había llegado el momento de la declaración abierta de hostilidades. Esperé la frase deflagratoria, pero no, no era para mandarme al infierno para lo que aguardaba allí. Aunque estaba aún acelerado como un vehículo mal puesto a punto, se limitó a anunciarme:

—El comisario quiere vernos a los dos.

Me había equivocado, estaba esperando una escaramuza táctica con los aliados y el enemigo en pleno me declaraba la guerra nuclear.

—¿Sabe qué quiere?

—No.

—Pues ya puede maliciárselo.

—Yo no me malicio nada, inspectora. Acudo donde me dicen, cumplo las órdenes que me dan y no hago preguntas, ya lo sabe usted.

Con el mosquetón en la mano, dispuesto a dispararme. Ahora, en el despacho del jefe, aprovecharía aquella oportunidad de oro para lanzarse en mi contra.

Las miradas de huida lateral que lanzaba el comisario, su tardanza en empezar a hablarnos y su abierta sonrisa al hacerlo me convencieron por completo del motivo por el que estábamos allí. Debió pensar que andarse por las ramas era inútil, porque inmediatamente soltó:

—Les he llamado para decirles que ambos pueden volver ya a sus destinos habituales.

A pesar de su estilo expeditivo Garzón no le entendió bien:

—¿A Salamanca? —preguntó.

Con aquel despiste momentáneo le dio al jefe la oportunidad de aligerar la tensión. Levantó las manos soltando una carcajada:

—¡No, subinspector, válgame Dios! Aquí entre nosotros está usted muy bien. Lo que quiero decir es que hacen falta de nuevo cada uno en su puesto, la inspectora Delicado en documentación, y usted...

—Perdone, no lo había captado.

Se reía sin ningún motivo.

—¿Ya no hacemos falta en el caso de las violaciones? —pregunté.

—Bueno, se ha considerado que ya han cumplido con su cometido, ahora son ustedes mucho más útiles en sus destinos.

—¿Y el caso? —insistí.

—Otros inspectores lo continuarán.

—¿Los que hasta ahora han estado ocupándose de cosas más importantes?

Dejó de sonreír, pero ejercía el mando de modo tolerante:

—Verán, desde una perspectiva más elevada se advierte mucho mejor cuál es el funcionamiento de la máquina. Unas veces las personas son necesarias aquí, otras allí... pero lo verdaderamente importante es que la máquina entera siga funcionando. Creo que es fácil de entender.

—¿Y no es más cierto que ha habido presiones?

—No la comprendo.

—Señor, usted sabe que los periodistas han estado armando lío, han intentado poner a la opinión pública en nuestra contra. Además, el padre de la última muchacha violada juró que movería sus influencias, ¿tenemos que pensar que lo ha hecho?

—La decisión de relevarles del caso ha sido del comisario jefe, eso para empezar, además, han estado ustedes lo suficientemente torpes en esta investigación como para que no sea necesario pensar en ninguna justificación al quitárselo.

—¿Cuáles han sido nuestros fallos? —insistí.

El comisario estaba ya moviéndose nervioso en su sitio.

—No puedo decirles nada en concreto pero ¿acaso esa historia presenta visos de resolución?

—¡No me diga eso, señor!, usted sabe que en España se resuelve un pequeño tanto por ciento de todas las violaciones denunciadas, ¿cómo a nosotros puede exigírsenos nada más al comienzo?...

—¡Inspectora Delicado, por favor! No debo permitirme el lujo de estar discutiendo con usted, es absolutamente irregular. Si tiene alguna queja oficial preséntela, de lo contrario, retírese.

—Pues sí, señor, considere todo lo que voy a decir como una queja oficial y quiero hacer constar que hablo sólo por mí y no en nombre del subinspector Garzón. Debo declarar que me considero víctima de un ejercicio frívolo del poder. No se puede encargar un caso a un profesional para que cubra un hueco momentáneo queriendo evitar sólo intromisiones de otras comisarías. Asimismo, no se puede quitar un caso a un profesional sólo porque exista una campaña periodística de desprestigio, o porque un implicado directo en el caso decida ponerse histérico. Con todos los respetos hacia mis superiores quiero señalar que estoy convencida de que este trato injusto se me dispensa por el simple hecho de ser mujer, un colectivo sin relevancia dentro del cuerpo, al que minimizar o vejar resulta sencillo y sin consecuencias. Protesto por esta decisión, creo que se sienta un precedente peligroso, que la independencia policial ante los avatares

sociales queda seriamente dañada en su credibilidad. Protesto respetuosamente, señor.

—Está usted en su derecho. Ponga todo eso por escrito, y ahora márchese.

Lo hice con toda la delicadeza de gestos de la que fui capaz, quería que nada de aquello fuera considerado como una rabieta. Dentro del despacho quedó, silencioso, Garzón. No pude saber qué cara tenía porque en ningún momento lo miré.

Puse rumbo al bar. Hay que joderse, pensé, llevo varias semanas deseando inconscientemente quitarme todo este sucio asunto de encima y ahora me da por reivindicarlo en plan digno. Apoyé los codos en la barra. Una pataleta infantil, un arrebató, una gilipollez que sin duda pagaría. Pedí un vino blanco. Los camareros estaban distraídos viendo la televisión. ¿Por qué había actuado de aquella manera? Era fácil deducirlo, por vanidad. Aquel cabrón de violador podría haber estado atacando a chicas durante meses frente a mis propias narices ¿y qué habría hecho yo? Nada, verlas pasar colocadas en infamantes filas, vestales guardando cola frente al ara sacrificial. Aspirar a una pista, realizar una pequeña comprobación, ningún ímpetu por atrapar al culpable, y todo ello sazonado por la burlesca cotidianeidad: paradita para comer, bronca con el subinspector... Pero ahora alguien pretendía menoscabar mi sacrosanto ego y entonces saltaba como un gato, me consideraba arrancada de una investigación en puertas de descubrimientos imprescindibles. ¡Bah! Muy pocas motivaciones complejas mueven al ser humano: autoestima, hambre, sed, sueño, frío... una comunión demasiado estrecha con los animales. De repente me percaté de que justo a mi lado, acodado en la barra, se había sentado Garzón. Lo saludé con un gesto impreciso y seguí bebiendo. Ahora se había convertido en un testigo incómodo de mi estupidez. Me llegaron sus efluvios de Varón Dandy, un perfume denso y pesado como sopa de abuela.

—Me he solidarizado con usted —dijo por las buenas.

Permanecí en silencio.

—Cuando salió le dije al comisario que me solidarizaba con usted.

—¿Quiere repetir eso?

—Me ha entendido perfectamente, no voy a repetirlo.

—Ha hecho una tontería.

—A lo mejor.

Di un sorbo concienzudo a mi copa.

—Mire, subinspector, no estoy nada segura de haber obrado correctamente.

—A mí me gustó, sobre todo cuando dijo aquello del ejercicio frívolo del poder. Era justo lo que había que decir. Estuvo usted muy bien.

—Fue un arranque que no ha servido para nada, quizás hasta me casquen una sanción.

—Ésa es otra historia, pero el caso es que estuvo usted muy bien, contenida, cargada de razones, florida, francamente huevuda si me permite la libertad.

No debía estar diciendo nada que no sintiera porque ni se atrevía a mirarme, conservando la lateralidad como una pintura egipcia.

—Sigo pensando que se aprovecha con descaro de ser mujer, pero ¡quién sabe!, quizá no es malo recurrir a las armas que se tienen.

Quedamos callados un momento, luego prosiguió:

—¡Si viera la cara que puso el comisario cuando usted se fue!, había pasado un mal rato.

Sonreí:

—¿Qué le había comentado sobre mí, que soy una niña bien metida a policía?

—Algo por el estilo.

—Me lo figuraba.

—A lo mejor, después de oírla, ha cambiado de opinión.

—¡Y una leche habrá cambiado de opinión! Y aunque lo hubiera hecho, nos han quitado el caso y eso no tiene remedio.

—Le fastidia, ¿verdad?

—Me gusta acabar lo que empiezo.

—A mí también.

—Pues démonos por jodidos.

Quedaba poca gente en el bar. Garzón apuró su orujo.

—Petra, tengo la sensación de que nunca he sido muy agradable con usted.

—¡Bah, olvídelo!

—¿Qué le parece si tomamos otra copa fuera de aquí?

—No se sienta en deuda conmigo.

—Se trata de despedir nuestra colaboración de modo civilizado.

—Está bien, vámonos.

Paseamos por las Ramblas. Hacía un frío del demonio, pero mi particular Hércules Poirot parecía no darse cuenta. Llevaba la gabardina arrugada debajo del brazo y lucía su pinta más juncal. Estaba contento. ¿A qué se debía su metamorfosis? ¿Habría sido aquella la primera vez que veía replicar una orden? Probablemente sí. En su larga carrera habría asistido a algunas rebeliones de tipos esquinados, a alguna mala contestación, quizás incluso a alguna reacción violenta del subordinado contra el superior, pero era obvio que mis reivindicaciones tan sensatas y retóricas le resultaban nuevas, llenas de lustre formal. Mejor, guardaría un buen recuerdo de mí después de todas nuestras pendencias, la lucha feminista podía apuntarse un tanto a mi salud. Cincuenta y tantos años firmes y a la orden debían producir un siniestro dolor de riñones, pero Garzón los había aguantado bien. Sin embargo, los replanteamientos vitales al final del camino producen un efecto mucho más letal que todos los cigarrillos fumados, que la grasa de cerdo y el café. De eso muere la gente en realidad, del sofocón de preguntarse un día si su postura de toda la vida valía la pena o no. Esperaba que ese no fuera el caso del subinspector, que su solidaridad conmigo se tratara tan sólo de una anécdota, una travesura, un pequeño rizo sin importancia.

—¿Sabe que ya estábamos sobre una pista?

No podía entenderme. Le conté mi conversación telefónica con el analista sobre la púa de plata recubierta de aquel raro material.

—Siempre pasa lo mismo —exclamó—. Cuando uno cree estar encaminado, el final se precipita.

—¿Qué quiere decir?

—Estaba filosofando.

—Ya.

—Le parece extraño que este gordo subinspector filosofe, ¿verdad?

—¡En absoluto!

—Pues así es. Te dices a ti mismo: bueno, ahora las cosas están bastante bien encarriladas, voy a quedarme quieto donde estoy, y de repente, las circunstancias pegan un bandazo, todo se desmorona y hay que volver a empezar.

—En mi caso no sucede de esa manera.

—¿No?

Nos encontrábamos frente al Café de la Ópera.

—¿Quiere que entremos aquí?

Buscamos una mesa entre grupos de jóvenes pseudo bohemios y algún turista ocasional. Garzón se quedó mirando los artesonados llenos de mugre, las lámparas marchitas, los espejos que alguna vez lucieron su brillo.

—¿Le gusta? Es como un resto del pasado, pero no se engañe, muy poco auténtico, en realidad no tiene nada de anticonvencional, la clientela es de aluvión.

Garzón se rascó el bigote.

—A mí este lujo del siglo pasado me parece estupendo. En cuanto llegué a Barcelona me planté en la puerta del Liceo sólo para mirar. Los lujos modernos son distintos, no están tan pendientes del detalle, son más cómodos, no tan inútiles.

Me quedé mirándolo con curiosidad. Era el tipo más contradictorio que había conocido. Hasta el momento parecía preocupado por problemas sociales y ahora se descolgaba alabando el espíritu burgués.

—¡No sabe lo que daría por presenciar una ópera ahí!, pongamos *Madame Butterfly*. Esa hermosa japonesa desesperada desmelenándose, los puentecitos de los jardines orientales...

Me eché a reír. Un hombre excéntrico de verdad. ¿Sólo el altercado heroico con el comisario había propiciado aquella variación? Quería pensar

que no. Sin duda yo, desde un principio, le caía bien. Debía estar harto de hacerse el digno conmigo, de actuar como representante oficial del sexo dominante. Estaba resultando divertido aquel resurgir, cuando las compuertas férreas de su camisa rayada se abrían, aparecía un hombre sensible y soñador. Pero, como él había dicho, las circunstancias daban tajos a la vida y había que volver a empezar. Por muchos tesoros que guardara en su modo de ser aquel curioso polizonte, ya no estaban destinados a mí, en cuanto abandonáramos el caso era más que probable que no volviéramos a encontrarnos.

—Y en su caso, ¿cómo es?

—¿Qué?

—Iba a decírmelo en la calle, el funcionamiento de su vida, ¿recuerda?

Sonreí. Hacía tiempo que nadie se interesaba por mi manera de pensar, eso era propio de otros tiempos, la juventud, la fiebre de la conversación. Garzón esperaba mis palabras. Parecía un senador romano de una provincia del sur. Podía ver su incipiente calva occipital reflejada en un espejo.

—Pues verá... usted ha dicho que en su vida todo funciona bien y, de repente hay un cambio inesperado que supone una destrucción. Para mí es todo lo contrario, mi vida nunca está bien. En cuanto llego a un punto estático en el que las cosas se repiten, quiero cambiar. Pero no de un modo consciente y meditado, sino por medio de un gran arrebato pasional. Entonces cambio de profesión, de marido, de casa... no sé, es como una permanente intranquilidad, he de dar un buen topetazo al edificio, un revolcón, una decisión inesperada, romper.

Un grupo de estudiantes que teníamos al lado estalló en carcajadas, pero Garzón no los oyó, estaba absorto, hipnotizado.

—Entonces eso quiere decir... que controla usted su propia vida.

—¡No, no, ojalá! Eso quiere decir que me encuentro siempre sumida en amplios marasmos de insatisfacción, que me cargo lo bueno que tengo, que no domino los elementos profundos de mi personalidad.

—No corra tanto, inspectora, yo no tengo la misma cultura que usted, me he perdido.

—No diga bobadas, lo que quiero decir es que cuando tengo algo firme, consolidado, valioso, hay un impulso en mí no controlado que me hace variar, saltar a campos desconocidos, peligrosos. Eso me llevó un día a dejar mi carrera de abogada y hacerme policía, a divorciarme, a casarme de nuevo...

—Y a divorciarse otra vez.

—Exactamente. Eso yo no lo llamaría autocontrol.

—Pero hace usted lo que le viene en gana.

Por las Ramblas seguía paseando gente extraña. Estuvimos un buen rato callados. A Garzón le salía humo de la cabeza de tanto pensar, estaba en un punto culminante de meditación. Agitó la cabeza tristemente.

—¡Qué cosas!, ¿eh, inspectora?

—Ya ve.

Yo tenía el estómago devorado por tanto alcohol a palo seco y le propuse cenar. Su contrapropuesta me sorprendió, quería que fuéramos al Efemérides. Sabía que iba a ser demasiado para mí, pero acepté.

Pepe no se inmutó al recibirnos. Su local estaba bastante animado, lleno de jóvenes que bebían cerveza con despreocupación. Alguien había colgado un cartel en la pared que decía: «*Yo también me libré de la primera piedra*». Hamed nos obsequió su mejor sonrisa.

—¿Qué tenéis hoy en el menú? —preguntó Garzón como un verdadero habitual.

—Un guiso de habas con yogur.

—¿Le apetece, inspectora?

—¿Por qué no?

Pepe abría botellas y servía habas sin perder el gesto tranquilo. Había que reconocer que todo allí estaba bien organizado. Hamed nos puso delante dos platos que humeaban. Me volví hacia mi compañero de investigaciones.

—¿Por qué le gusta venir a este sitio?

Zampaba como si varios perros de ciego le disputaran el bocado.

—No sé, es alegre, nadie te mira, hay juventud. Con Pepe tenemos conversaciones interesantes. Su punto de vista es muy especial.

—Lo conozco, no tiene que explicarme.

—Además he descubierto la cocina árabe, ésa es otra razón.

Pidió repetir, y nos mantuvimos en franca armonía comiendo y bebiendo vino, como si no hubiéramos hecho otra cosa en toda la vida, y como si hacer aquello fuera el colmo de la felicidad. Cuando todas las cenas estuvieron servidas Pepe y Hamed se acercaron a charlar con nosotros.

—¿Habéis dado ya con el culpable? —preguntaron.

—Me temo que no.

Pepe tomó la palabra.

—Cada vez estoy más convencido de que se trata de un plan iniciático. Sin duda un individuo que ha hecho toda la vida el bien y ahora se ha decantado por probar el mal. No creo que haya nada privado en sus motivaciones, actúa por convicciones mentales, por experimentación.

—¡Eso es ridículo! —comenté.

Garzón rió.

Las teorías de Pepe, siempre fuera del mundo, por encima de la realidad. ¡Cuántas veces durante nuestro matrimonio me había sacado de quicio con sus salidas imposibles! Todo lo que, al conocerle, me pareció original estaba después teñido de un halo fantástico que no soportaba.

—No somos más que animales trascendentes, nunca existirá un universo limpio de maldad —dijo Hamed.

—Es mejor que no os lancéis a la especulación —dije—. Acaban de quitarnos el caso.

—¡Vaya!, ¿por qué?

—Porque Petra es una mujer —dijo Garzón, y oí tintinear el cascabel de la ironía en el interior de su frase.

—No me parece suficiente.

—Pero tampoco te parece mal —repliqué.

—En el fondo, desde que te encargaron el caso siempre he pensado que poner a una mujer a investigar violaciones es como pedir a un negro que juzgue el *apartheid*. Demasiada implicación.

Estaban esperando que saltara, de modo que tuve que saltar.

—Naturalmente Pepe, llevas razón, hay que coger al violador en plena faena y antes de ponerle las esposas preguntar: ¿acaso es buena su intención?

Se rieron. Garzón más. Debía sentirse aliviado de no ser por una vez el centro de mis invectivas feministas. Pepe me dio una palmadita en la cabeza.

—¿A que es una mujer muy pasional?

Como un padre orgulloso de su chica. Habíamos jugado otras veces ese juego, yo aniñada bajo su tutela, él firme y equilibrado. Intentábamos subvertir la ecuación de nuestra edad a base de roles. Pero tampoco esa añagaza amorosa resultó. Garzón intervino.

—Aparte de que no hubiéramos logrado averiguar nada, cosa que es cierta, todo parece indicar que nos hubieran quitado el caso de cualquier manera. Mucho más cuando éste empezó a tener publicidad en los periódicos. Pero Petra ha presentado una protesta verbal y ahora hará una por escrito que yo también firmaré.

—No sé si vale la pena. ¡Me da tanta pereza!

Pepe nos sirvió café y una pasta llena de jalea.

—Si esto fuera una película americana, ahora os pondría a investigar por vuestra cuenta hasta dar con ese tipo.

—Odio las películas americanas —dijo Hamed—. Siempre son racistas. Además, la acción es demasiado rápida para mí, no me entero bien.

Pensé que podían quedarse toda la noche así, charlando, riendo, diciendo bobadas. Ahora ya sabía por qué Garzón iba allí, lo que hacía. Básicamente nada, vegetar en un ambiente amistoso, participar en razonamientos ilógicos, bromear.

A las dos de la mañana y, tras varias copas cortesía de la casa, me despedí. Garzón se quedó, diciéndome adiós con la mano desde su asiento. Había una especie de niebla, nubes bajas. Puse en marcha mi coche. Ya no transitaba casi nadie a aquella hora. Bien, y aquello era todo, se acabó. Nos habían quitado de las manos un caso sin resolver. Habíamos pasado un corto tiempo de nuestras vidas encarados a una terrible realidad, y no habíamos podido hacer nada al respecto. Éramos ridículos, inútiles,

patéticos: el gordo subinspector y la cuarentona que reivindicaba los derechos de la mujer. ¡Un cuadro bufonesco!

Durante la semana siguiente me reintegré a mi trabajo habitual en el departamento de documentación. Había sido como comer un poco de maná, ahora todo me parecía insípido si me ponía a hacer comparaciones. Había un componente enormemente excitante en el trabajo de investigar, hubiera sido tonto haberlo negado. Era como viajar sentado en un tren, aunque tu cuerpo permaneciera tranquilo, las cosas avanzaban a tu alrededor, todos los implicados seguían actuando. Tú te quedabas allí, pensando, ordenando los hechos, con los ojos bien abiertos para no pasarte de estación. También era emocionante aquel contacto a tumba abierta con la realidad, ser testigo de la miseria moral, la podredumbre, el horror. En ningún momento anterior de mi vida me hubiera creído capaz de soportarlo, pero era condenadamente fácil, no juzgabas, no te mezclabas, embotabas tu sensibilidad y acababas por creer que te había puesto allí la Providencia para deshacer entuertos y luchar por la justicia. Aunque no era en absoluto así, incluso si lograbas atrapar al culpable sólo podías aspirar a reenviar a cada uno a su mierda: la víctima a sus traumas y el malhechor a la cárcel. Sin embargo, el cóctel de lucha por el bien y el poder funcionaba como un auténtico estupefaciente que ya no probaría más.

Al cabo de unos días había progresado en alcanzar la paz que alguna vez proyecté. Volvía temprano a casa, preparaba la cena, tomaba café con algún amigo y me ocupé de que nadie me dijera a quién habían encargado la investigación: era mejor no saberlo. Un viernes por la noche, guiada por el deseo de ser perfecta, incluso empecé a colocar mis libros en las estanterías. Como toda tarea largamente pospuesta me pareció insoportable e hice una pausa para tomar té.

Me senté con la taza en la mano, encendí un cigarrillo, aspiré, miré alrededor. Los geranios embadurnados de tierra permanecían dormidos. De pronto sonó el teléfono. Era Garzón.

—Ponga la televisión inmediatamente, cadena tres.

No dijo ni una palabra más, colgó. Al principio no pensé nada, pero cuando me acercaba hacia el aparato me asaltó la idea de que estaban dando la primicia sobre la detención del violador. No era así, en la pantalla reconocí enseguida los rasgos de Patricia. Hablaba mirando a la cámara sin ningún embarazo, como una consumada actriz profesional.

—Fue una cosa terrible —decía.

Después el plano se abrió y vi que, a su lado, sentadas en silloncitos idénticos, estaban Sonia y Salomé. Frente a ellas, mostrando nada más que el cuidado perfil, se encontraba la periodista con la que yo hubiera debido hablar.

—¿Le guardáis rencor? —preguntó.

—No —contestó Sonia.

—¿Qué le deseáis?

—Sólo deseamos que lo atrapen para que un montón de chicas como nosotras que van por la calle puedan estar tranquilas.

Así que habían confeccionado para ellas un cuidadoso guión, ni una palabra fuera de contexto, ni una que se situara al margen del drama candente. Sonó el teléfono de nuevo. Era Pepe.

—En televisión...

—Sí, lo sé, canal tres.

Colgué.

—¿Ha sido buena vuestra relación con la policía?

—La jefa era una mujer —dijo Patricia con cara de ángel.

—Entonces habrá sido muy comprensiva con vosotras.

—¡No, qué va!, a mi madre le gritó.

—¿Le gritó?, ¿por qué motivo?

Aquella maldita cazanoticias estaba dispuesta a cargar las tintas.

—Porque lloraba.

—¡Vaya!

—Sí, y nos torturaba psicológicamente.

Tragué saliva dos veces.

—¿Cómo fue eso? Explícate mejor.

—Nos reunía y nos preguntaba lo mismo a todas juntas. Sentíamos vergüenza y recordábamos lo sucedido.

Entonces la periodista cortó el diálogo en seco y se volvió por completo hacia la cámara. Las muchachas quedaron en un segundo plano, grises. Sólo Salomé había permanecido silenciosa, pude comprobar que estaba hosca y ceñuda.

—Ya lo ven ustedes. Hay que hacer patente que estos policías a los que las chicas hacen referencia han sido relevados ya del caso. De cualquier modo, ellas siguen esperando que...

Me levanté de un brinco y apagué el televisor. Cogí una hoja de papel y empecé a escribir:

Al Excelentísimo Señor Comisario jefe de la Jefatura Superior de Barcelona.

Respetado Señor: Habiendo visto mi honor en entredicho y recayendo sobre mí dudas infundadas en mi proceder profesional, debo poner en su conocimiento que se cierne una pública amenaza sobre el colectivo femenino de la policía que, menguado pero importante, dirige usted. Conociendo su sentido de la justicia me atrevo a rogar...

Llamó por segunda vez Garzón.

—¿Ha visto, Petra?

—Sí.

—Es la hostia, ¿verdad?

—Olvídese subinspector, déjelo.

—Estoy seguro que les han pagado por prestarse a esa comedia repugnante. ¿Cree que lo habrá visto el culpable?

—Es posible, y me pregunto qué consecuencias puede tener.

—Se supone que eso a nosotros ya no nos incumbe.

—Lo veremos.

—¿Qué quiere decir?

—No quiero decir nada. Estoy muy cansada, discúlpeme, creo que voy a irme a la cama.

—Dichosa usted que podrá dormir.

—¿Usted no?

—No estoy seguro.

—Inténtelo.

... que sea reconsiderada la decisión de nuestros superiores en cuanto a relevarnos del caso. Eso demostraría hasta qué punto la policía puede dejarse influir por las informaciones que los periodistas han divulgado, sentando un precedente peligroso que...

Sonó un nuevo timbrazo. De nuevo Pepe, inoportuno como siempre.

—¿Has visto qué cosa tan horrible?

—Lo he visto, sí.

—Supongo que debes estar...

—Mira Pepe, muerta de sueño es lo que estoy, así que dejemos un tema tan desagradable para otro día, ¿vale?

No le di tiempo ni a contestar. Pobre Pepe, al final siempre le tocaba bregar con mi peor parte.

OceanofPDF.com

7

Cuarenta y ocho horas después de haber mandado aquella carta nos habían devuelto el caso. Fue una orden directa del comisario jefe. El de comisario jefe es un cargo ejecutivo que toma decisiones de altura pero no entra en detalles. Por eso me tocó negociar después con el comisario. Yo quería que todo continuara igual, estar al frente de la investigación y que mi único equipo lo constituyera el subinspector Garzón. Así fue. Sería una puerilidad creer que todo el mérito de esta nueva situación correspondía a mi escrito. En realidad debían haber existido muchas polémicas internas después de nuestra destitución. La imagen que ofrecía el aparato policial plegándose a las presiones de la prensa era intranquilizadora. Por ello tampoco debió ser ajena al cambio oficial la aparición de las tres víctimas en televisión y la insidiosa entrevista de la que fueron objeto. Continuar adelante con la destitución hubiera equivalido a reconocer que nuestros mandos habían sido frívolos al escogernos a Garzón y a mí en un principio. Luego estaba la cuestión femenina, con mucho morbo añadido por tratarse de un caso de violación. ¿Era la organización policial machista?, ¿se disponía en la Jefatura Superior de las mujeres para trabajos intrascendentes aunque se hallaran cualificadas? Demasiado como para admitirlo aunque fuera verdad, o justamente porque lo era.

Garzón se puso muy contento al enterarse de la rehabilitación. Cuando le conté lo de la carta se quedó boquiabierto.

—¿Por qué no me lo había dicho?

—Bueno, si no llego a conseguir nada usted no se hubiera enterado.

—¡Qué talentazo! —exclamó.

Luego se perdió en una serie de disquisiciones complejas sobre el modo de actuar de las mujeres, nunca directo pero siempre eficaz, embarullándose hasta tal punto en sus razonamientos que tuve que cortarle para que lo que había comenzado como un halago no fuera a desembocar en una afrenta. Al final de su perorata tarareó con ímpetu *Begin the beguin*. Parecía que nos disponíamos a ir a una fiesta en vez de estar preparándonos para atrapar a un violador. Me resigné a su felicidad, nunca lo había visto tan eufórico.

De momento, debíamos retomar el caso donde lo hubieran dejado nuestros efímeros sustitutos. Para mi sorpresa (en el fondo siempre creí que los demás serían mejores), la cosa no había avanzado ni un pelo. Se habían pasado toda la semana haciéndose cargo de la situación. Bien, entonces había que comenzar en el mismo punto en el que acabamos: la púa de plata. Ése era el hilo que debía ser tirado. Le pedí a Garzón que se enterara del nombre de algún joyero que sirviera normalmente de informador, de enlace o que al menos contara con la confianza policial. Mientras él llevaba a cabo aquella gestión, yo me dediqué a averiguar qué incidencias habían sucedido durante nuestra ausencia. Nada sustancial, todo eran circunstancias adyacentes: un cierto hostigamiento por parte del padre de la última víctima, algo que yo ya esperaba, y un dato succulento: las muchachas habían cobrado cien mil pesetas por aparecer en televisión. Cada una, naturalmente. Eso debía equivaler en sus economías a muchas horas de trabajo; de modo que volverían a ponerse frente a las cámaras en cuanto se lo solicitasen de nuevo. Había que lograr que el juez declarara el secreto de sumario. Estaba convencida de que si las violaciones eran obra de un tipo solitario que actuaba impelido por la notoriedad, aquellas actuaciones estelares de las chicas no harían más que alabar su ego y empeorar la situación. Sin embargo, conseguir el secreto de la investigación era difícil: no existían inculpados ni sospechosos, no había persona física sobre la que elaborar un sumario. Se suponía, además, que las víctimas podían hacer lo que quisieran con su vida. Mientras no se apagaran los ecos escandalosos del caso, cualquier águila carroñera se lanzaría con placer sobre el más

mínimo resto de podredumbre. En un intento desesperado de atajar el proceso degenerativo que las declaraciones de las chicas pudieran desencadenar, decidí visitarlas y convencerlas de que dejaran de conceder entrevistas. No se me ocurrió hacer ninguna apreciación moral sobre el hecho de prestarse a un acto periodístico de aquella índole. No me sentía con derecho a censurarlas, su comportamiento era comprensible, quizá por primera vez en sus cortas e insulsas vidas habían sacado algún provecho de lo malo. Resultaba hipócrita ponerse a juzgar. La única táctica que creía válida para hacerlas cortar la venta de sus desgracias era meterles miedo, algo no muy honesto pero esperaba que efectivo. Lo apunté en mi nueva agenda especial para el caso, que demostraba mi renovada energía investigadora.

A las siete de la tarde de aquel día lluvioso Garzón entró en la oficina. Ya había cumplido su cometido, media hora más tarde teníamos cita con un joyero. Sólo podía recibimos al final de su horario de atención al público. Era un importante joyero de Barcelona, proveedor de la alta burguesía, y no tenía el más mínimo interés en que sus distinguidos clientes supieran que de vez en cuando colaboraba con los polis. Pero lo hacía, y lo cobraba bien. Habitualmente estudiaba piezas procedentes de robos. El hecho de cambiar hacia un caso más «cruento» parecía no hacerle demasiada gracia, no nos recibió con simpatía. Llegamos a su tienda bajo un mismo paraguas. Era un lugar elegante, lujoso, casi inconscientemente me mire a mí misma y vi mis zapatos que chorreaban, no muy nuevos. Luego observé de reojo a Garzón, que llevaba gabardina clara y una corbata granate, pensé que sólo le faltaba un cartel en la espalda que pusiera: BOFIA. El joyero sintió primero desagrado, después curiosidad y por fin sus ojos traslucieron cierta sorna. Como cada quisque, debía seguir las informaciones por televisión y nos identificó como los dos inútiles policías de los que tanto se hablaba. Le mostramos la púa. Estuvo mirándola con una lupa.

—No sé qué puedo decirles, es una púa de plata bañada con rodio.

—Háblenos de ese material.

—¿El rodio? No hay mucho que hablar. Hace unos años se utilizaba bastante en las joyas de plata; brilla mucho, realza el color mortecino de la

plata, el efecto es muy vistoso. Luego empezó a descubrirse que había muchas mujeres a las que provocaba alergias cutáneas, es curioso. Entonces, poco a poco, dejó de usarse.

—Aparte del brillo, ¿qué otras propiedades tiene?

—Ninguna que yo sepa.

—¿Podría afirmarse que refuerza la dureza de la plata?

—Bueno, cualquier baño de cualquier material lo haría.

Garzón estaba atento como un colegial. Proseguí:

—Ha dicho que ya casi no se usa.

—Así es.

—¿Podríamos saber si hay algún profesional que siga haciéndolo?

Resopló:

—¡Cualquiera podría seguir haciéndolo, o nadie, no sé!

—Al ser un material anticuado, fuera del servicio normal, ¿no cree que podría haber algún pequeño o viejo taller, alguien un poco apartado de las novedades, que siguiera empleándolo?

—Es posible.

—¿Se le ocurre a usted quién?

—¡Dios Santo!, ¿sabe lo que está preguntándome? hay un montón de pequeños talleres anticuados en Barcelona.

—No pido que me conteste ahora. Tómese su tiempo. Quizá pueda elaborar una lista sobre la que pudiéramos trabajar.

—Sería una larga lista.

—¡Hágala, por favor!

—Está bien, la haré, pero no estoy seguro de que tal cosa vaya a llevarlos a ninguna parte. Hay pequeños talleres diseminados por toda la ciudad. Hay incluso profesionales que trabajan en una habitación de su casa sin licencia. Hacen chapuzas, arreglos de parientes o conocidos; ya pueden imaginarse que es imposible tener ningún censo de ellos.

—Tenemos razones para pensar que el hombre que buscamos no habrá recurrido a nadie que lo conozca. Es más probable pensar que desearía el anonimato de un lugar público.

—Esa lista requiere un trabajo tremendo por mi parte y sigo creyendo que puede no servir para nada.

—Eso ya es cosa nuestra —dijo el subinspector.

Me pareció bien, era justo lo que había que decir. Garzón conocía las fórmulas, las muletillas idóneas y el momento justo de soltarlas. Además, su presencia de búho ensimismado daba a los interrogatorios una índole verosímil que yo hubiera sido incapaz de imprimirles. Salimos de nuevo a la noche húmeda.

—Vaya tipo, ¿eh?

—Todo el que colabora con la policía es un poco mamón.

—¿Cómo es posible que diga eso, Fermín?

—¿Cómo me ha llamado?

—Fermín es su nombre, ¿o no?

—Pues es la primera vez que me llama por mi nombre.

—Creí que le daba igual.

—Y me da igual, sólo que de vez en cuando viene bien una cierta personalización, le quita hierro a eso del trabajo.

—¿Quiere que nos hablemos de tú?

—No, eso jamás, usted es inspectora y yo subinspector. No sería correcto.

Me reí. Aquel subinspector estaba como una chota o se hallaba en un proceso irónico de desestimación de lo trascendental. Ya se parecía menos a aquel individuo correoso del principio que parecía llevar guardadas en el chaleco las tablas de la ley.

—¿Quiere que vayamos a tomar una copa?

—Hoy no, estoy cansada.

—¿Se va a dormir tan pronto?

—Leeré un rato.

—Pues yo pasaré por el Efemérides.

—¿Qué le dan allí?

Se subió las solapas de la gabardina. No sabía si contestar. Por fin se sinceró.

—Quizá no se haya fijado, pero la mayor parte de la gente habla siempre de lo mismo y de la misma manera, hasta con las mismas palabras. Tengo cincuenta y siete años y eso significa muchas horas de conversación. Estoy hasta los cojones ¡qué le voy a decir! Con esos muchachos nunca se sabe qué tema van a proponer. Hablamos de agricultura, de tribus abisinias, de la Biblia. ¿Sabía que Hamed conoce muy bien la Biblia? Es una especie de renegado, dice que le resulta mucho más entretenida que el Corán.

Me miró de pronto:

—¿Sabe a qué me refiero?

—Creo que sí —contesté.

—Por eso es por lo que voy.

Asentí sonriendo. Él se despidió. Estuve mirándolo mientras se alejaba. Su pinta de tonelillo de whisky le procuraba una aureola cordial. A lo mejor cualquier día de aquellos uno de sus traficantes de tabaco le pegaba un tiro y lo mataba. Entonces nada variaría, y probablemente nadie se acordaría de él. Pero quizás algún cliente del Efemérides le dedicara una necrológica extraña, una frase lapidaria o un versículo bíblico. Eso debía darle ánimos para seguir.

A la mañana siguiente me desperté pronto porque había muchas cosas pendientes. Fui a visitar a todos los médicos que habían atendido a las chicas curándoles la marca de la flor. En ninguna de las heridas se habían presentado síntomas de alergia. Era consciente de lo poco que aclaraban aquellas visitas, de que me encontraba metida en un pajar y ni siquiera era seguro que la aguja estuviera dentro. En la última clínica encontré al señor Masderius.

—¿Qué está haciendo aquí? —me espetó.

—Aún no hemos podido interrogar a su hija.

—No hay prisa, está reponiéndose.

Me odiaba como si la violadora fuese yo.

—Oiga señor Masderius, si nos encontramos es porque estoy investigando y supongo que eso debería parecerle bien.

—Investigue lo que quiera pero lejos de mi hija.

—Sabe que eso es imposible, que su hija tiene que comparecer oficialmente.

—Lo haré. Mientras tanto no quiero que se acerquen a ella, que tenga tratos que puedan recordarle lo que le ha sucedido.

—No es tan fácil borrar las cosas.

—¿Le he pedido su opinión? Usted ya tiene su jodido caso otra vez, puede divertirse, salir en los periódicos, dedicarse a su maldita profesión o colgarse de un pino, me da igual.

—La semana que viene llamarán a su hija para que preste declaración.

—Está convaleciente de una operación de estética.

—Debería usted haber pedido permiso a la policía para realizar esa operación, ha hecho desaparecer pruebas del caso.

Se puso encarnado. Estábamos cerca de recepción y la recepcionista nos miraba con alarma. Él levantó la voz aún más:

—¡No tiene el menor derecho sobre el cuerpo de mi hija!

—¡Tampoco usted!

Se acercó la chica disimulando su espanto:

—Señor Masderius, por favor, ya tengo preparadas las facturas para que pueda pagarlas, ¿por qué no me acompaña?

Se contuvo. Yo debía estar congestionada también, tenía un maldito calor que me subía desde el pecho.

—Ha sido un placer —dijo Masderius y me clavó en el cuello las garras invisibles de su odio.

Llegué al aparcamiento con la respiración alterada. A aquel tipo de trifulcas me iba a costar acostumbrarme. Una cosa es fingir que se está enfadado, baladronar dominando la situación, y otra muy distinta dejarse arrebatar por la ira. Algo estaba demostrándose ante mí diáfananamente: un policía no es Papá Noel. Nadie parece quererlo, ni las víctimas, ni los testigos, ni sus superiores, ni los periodistas, ni la sociedad... Todo policía haría bien en comprarse un perro con tal de asegurarse un mínimo amor.

En comisaría me esperaba Garzón con Sonia y Patricia. A Salomé su madre no había querido dejarla venir, si queríamos hablar con ella teníamos que desplazarnos hasta su casa. Yo aún no estaba recuperada de la escena con Masderius, así que procuré no cabrearme y sonreí a las chicas.

—Dais muy bien en televisión —empecé acelerando.

Ambas se miraron con desconfianza. La experiencia pública debía haber despertado entre ellas cierta amistad. Hundieron sus ojos en mí con desprecio. También les había enseñado que nosotros éramos sus enemigos. No tenía más remedio que entrar en picado y olvidarme del intento amistoso.

—No tengo nada en contra de que hagáis declaraciones a los periodistas. Comprendo que vuestro caso presenta componentes humanos que conviene denunciar. Sin embargo, me gustaría que os dierais cuenta de que todo este follón informativo puede excitar al violador, tentarlo de nuevo a atacar a otra chica.

No me miraban. Sonia daba pataditas en el aire con la pierna cruzada.

—Incluso por vuestra propia conveniencia sería mejor que no volvierais a salir en ese programa. Ahora la gente os trata como a heroínas, pero después se cansarán, se olvidarán de vosotras y no habréis servido más que de comidilla, será peor para reemprender con normalidad vuestras vidas.

Patricia se atrevió a hablar.

—Usted no quiere que salgamos en el programa para que no se sepa que hace mal la investigación.

—¿Eso es lo que os ha dicho la periodista?

—Además... —dijo Sonia— ... ¿Cuánto nos pagó la policía por declarar?

—¡Dios!

Me estrujé las manos y hubiera querido mesarme los pelos. ¡Maravilloso! ¿Cuánto nos pagan por decir la verdad, por ser solidarios, cuánto por nuestro voto? Todo era una sencilla transacción, ponga usted un precio y ya veremos después. Estaba cercana a desesperarme. Garzón me hizo un gesto con la cabeza para que le dejara intervenir.

—También pudiera ser que al violador se le hinchen las narices y decida volver a ajustaras las cuentas a cualquiera de las tres.

Lo miraron como si estuviera loco. Era inútil, toda tentativa estaba destinada al fracaso, iban pertrechadas como el mejor espía inglés para una misión en Moscú. Las habían alertado sobre cualquier táctica que pudiéramos emplear para convencerlas, incluido el temor. Aquella periodista trabajaba a conciencia. Además, tenían sus treinta monedas, y si Judas se entrega a sí mismo ¿puede hablarse de traición? Las dejamos marchar.

Fuimos a casa de Salomé y la cosa resultó aún más explosiva. Su madre estaba delante, y cuando supo que queríamos interrogarla pidió permiso en su trabajo para estar presente. Nos interrumpía cada dos por tres, estaba furiosa. La participación en aquel programa era una denuncia y un bien social, eso dijo. Salomé no abría la boca. En aquellos momentos odiaba tanto a su madre como podía odiarme a mí, o al violador. La concentración de odio en sus ojos era tan intensa que me asusté. Comprendí que iría a televisión cuantas veces le indicaran, adormecida como una zombi en su voluntad, sólo con aquel testimonio de vida en los ojos, odio puro, aplacado a ratos, otros en plena erupción.

Salimos a la calle. El barrio estaba animado a aquella hora. Cerraban los talleres, las tiendas permanecían abiertas un rato más. Pequeños bares miserables, estrechos, con dos o tres parroquianos sentados en la barra, hablando todos a la vez. Niños con chándal. Mujeres con prisa.

—¿Le apetece una cerveza?

Entramos en una tasca gallega. Me senté sobre un taburete como si se tratara del más cómodo sillón, desanimada, cercana al derrumbe moral. Todo me parecía evidente ahora, una violación era un caso que debía ser olvidado o al que podía sacársele alguna rentabilidad. No obtendríamos la más mínima cooperación por parte de las víctimas. Aquel sería siempre un asunto de familia y la violada era su punto más débil, aquel por el que podía extenderse la mancha en el nombre. Había pues que neutralizarla, impedir que hablara o hacerle recitar un guión gracias al cual era aún posible cierto provecho de tipo material. Todo iba a ser más duro de lo que imaginé, las

implicaciones se pegaban a los dedos como telarañas recientes. ¿A quién le interesaba realmente atrapar al violador? Mi compañero sorbía Ribeiro, ajeno a mi marasmo. Le pregunté:

—¿Cree de verdad que a alguna de esas chicas pueden volver a atacarlas?

—No es probable.

—¿Ha visto cómo los padres asumen el protagonismo?

Volvió la cara hacia mí. Estaba haciendo demasiadas preguntas de respuesta cantada.

—Está impresionada negativamente por esto, ¿verdad, Petra?

—Es repugnante, la familia es un invento repugnante, Garzón. Uno quiere borrar toda evidencia de lo ocurrido como único remedio, los otros exhiben a las chicas en plan monstruos de feria. Me pregunto si su culpa no es igual a la de ese desgraciado que viola.

—Y sin embargo, aparte de esas malditas familias, nadie más se preocupará.

Di un soplo cansado.

—Puede que lleve razón.

—De todos modos me alegro de verla deprimida, así ya tiene el ánimo hecho para lo que debo decirle.

Me asusté. Garzón me apaciguó con gestos indolentes de sus manazas:

—Tranquila, solo es la lista de joyeros y talleres de orfebrería.

—¿Cuántos hay?

—Unos cien.

—¿Cien profesionales que trabajan con odio, no dijo aquel tipo que era un material en desuso?

—El cabrón ha incluido cualquier posibilidad.

—¡Dios!

—No se preocupe, las peinaremos todas.

—Ni siquiera sabemos lo que andamos buscando.

—¡Más niebla soportaba Sherlock Holmes!

—A usted no le arredra nada, ¿verdad?, ¿y si el violador vuelve a las andadas?

—No, ahora está entretenido viendo la televisión, leyendo los periódicos, contempla sin duda el resultado de sus hazañas. Tengo la seguridad de que durante un tiempo se estará quieto.

—Ojalá.

—Por cierto, ¿tiene hambre? Le propongo que cenemos juntos.

—No sé si estoy de humor.

—Mejor, así si el humor es malo se le pasará.

Fuimos al Egipto, cargado de gente joven y parejas alegres. Yo no tenía hambre, pero Garzón estaba, como siempre, dispuesto a embarcarse en cualquier degustación con tal de que fuera abundante. En fin, tampoco había pedido que nos devolvieran el caso para caer en una profunda zozobra, intenté estar contenta y sonreír. El problema residía en que yo era portadora de lo que los franceses llaman *un coeur simple*. Quería que las cosas fueran monocromas, que se manifestaran con claridad, inundadas por el mismo rayo de luz. Los culpables: malvados; las víctimas: inocentes; la sociedad: expectante y justiciera frente al mal; la policía: arropada como garantía moral contra el caos. No estaba preparada para aquella hostilidad general que venía rebotada desde todos lados como una pelota en un frontón.

—¿A que están buenas estas lentejas?

A Garzón, sin embargo, todo aquello no le venía de nuevas, estaba acostumbrado a tratar con víctimas y verdugos, sabía que el delito es una sustancia viscosa de la que uno sale pringado con sólo rozarla.

—Quizá con un poquillo de picante estarían mejor.

Ahora sí habíamos entrado en materia vital: padres negadores, madres avasalladoras, víctimas vulgares, el poder del dinero... Claro que seguramente Robin Hood tenía que vérselas de vez en cuando con algún leñador patán. Nuestro cometido no era hacer el bien, sino cumplir con el deber y el deber venía especificado en gélidas ordenanzas. Me entraron ganas de renunciar al caso en aquel instante, pero luego pensé que quizás esta decisión no hubiera sido contemplada con buenos ojos por la superioridad. Garzón daba por finalizadas las lentejas rebañando los restos.

Sacaba parte de su fortaleza existencial de la comida, no había más que verlo.

—Estoy confundida, no sé qué actitud tomar.

—Póngase farruca como hacía antes.

—Creí que no le parecía bien.

—Supongo que en algún interrogatorio se pasó.

—Ser contundente es necesario en una mujer, de lo contrario no consigues que nadie te tome en serio.

—¡No empiece con el aprovechamiento de sus técnicas de mujer!

—Mire, Fermín, me fastidiaría que me tomara por una pedante intelectual, pero dígame ¿conoce usted la teoría darviniana?

—Sí.

—¿Y está de acuerdo con ella?

—Parece ser que no admite discusión.

—Digamos que la Naturaleza, con el tiempo, dota a los bichos de las armas que precisan para sobrevivir. Entonces, ¿por qué iba a yo a renunciar a mis antenas sensibles o a mi pata femenina de más?

Le parecía divertido, se reía haciendo vibrar su panza de Buda urbano. Luego estuvimos un rato callados porque se extasió frente a una chuleta de ternera. Supuse que en la pensión donde vivía las cenas resultarían insufribles. Cuando logró dejar de comer, se limpió el bigote mil veces con la servilleta y de repente me soltó:

—¿Por qué se divorcio usted?

Me había cogido por sorpresa, en ningún momento pensé que fuera a decantarse por el lado personal. Propiné unos cuantos papirotazos a las migas de pan que había sobre el mantel.

—Cuando, ¿la primera o la segunda vez?

—Las dos.

Me eché a reír con declarada falsedad. Esperaba que me diera la opción cortés de no responderle, pero seguía mirándome en espera de razones con el desparpajo que sólo un hombre que ha comido opíparamente puede tener.

—Pregúnteme más bien por qué me casé, es menos complicado.

—De acuerdo, ¿por qué se casó?

¡Condenado Garzón, estaba intrigado de verdad! Me aferré al cigarrillo como lo hace un opositor en el umbral del aula de examen.

—Bueno, la primera vez... ya sabe usted por qué se casa la gente la primera vez.

—No entiendo lo que quiere decir.

—Bien... ambos éramos jóvenes, brillantes en los estudios, no mal parecidos... Nos conocimos en la Facultad y acabamos la carrera al mismo tiempo. Decidimos montar un bufete de abogados con dos socios más que, contra todo pronóstico, funcionó muy bien. Luego, poco a poco, Hugo fue tomando el papel principal y yo me quedé como una mera pasante. Trabajo seguro pero sin protagonismo y con el marido de jefe. Ya ve, las cosas estaban cantadas, ¿o no?

—Supongo que sí. Y ¿qué pasó después?

—¿Después? ¡Estuvimos casados catorce años, Fermín! ¿Cómo puedo contárselo ahora?

—¿Qué más falló?

—Catorce años no están mal, romper no puede considerarse un fallo después de tanto tiempo.

—El matrimonio es para toda la vida.

—Sí, lo sé.

—¿Su marido le fue infiel?

—¿Hugo?, ¡no! En realidad las cosas no suceden por las buenas. Para que un cañón dispare primero hay que cargarlo con un proyectil. Trabajábamos mucho, Hugo es lo que llaman un hombre cabal, moderado, discreto. Tenía una gran influencia sobre mí, digamos que yo veía el mundo bajo su prisma personal y profesionalmente. Tanto que al final pensé que estaba anulada, harta de hacer siempre lo razonable y lo virtuoso, de ser la segunda de a bordo. Así que un buen día me escapé. Decidí dejarlos al Derecho y a él. Pero fíjese bien: me escapé, nunca fui capaz de enfrentarme con mi marido y decirle lo que pensaba ni en el despacho ni en casa, quizá porque sabía que era él quien llevaba razón. Ni siquiera ahora he superado ese trauma. Cuando estoy en su presencia jamás le llevo la contraria.

—En fin —dijo mi confidente como todo comentario.

Sin embargo, no estaba en absoluto desinteresado, sino que me escuchaba con auténtica unción.

—Y con Pepe, ¿qué pasó?

—¿Quiere saberlo todo sobre mí?

—Discúlpeme, suelo ser más discreto, pero como nunca me he divorciado siento curiosidad.

—No se preocupe, hace bien en preguntar. Además, lo de Pepe fue mucho más sencillo. Lo conocí por casualidad y ¡era tan encantador! La prudencia parecía serle indiferente, y los convencionalismos. Le daba igual desfilar en una parada militar que en una procesión. Pensé que esta vez sería yo quien llevaría las riendas. Además no teníamos vínculos de trabajo.

—Y se equivocó.

—No me equivoqué. Nos casamos y, en efecto, era yo quien llevaba las riendas; pero pasé de tener un padre marido a un marido hijo. Sentía ternura y piedad por él, lo veía indefenso y dependiente, organizaba su vida, reía sus gracias, conocía a sus amigos. Ciertamente no había conflicto, pero me di cuenta de que, en el fondo no me apetecía ser madre de un chico tan crecido que sólo busca cobijo.

—Pues él la quería mucho.

—¿Eso le ha comentado? Puede que sea verdad, pero mire, yo no necesitaba un hermoso cachorro con lazo azul que me demostrara su cariño, sino un auténtico esposo.

—¡Coño, Petra, ha pensado usted mucho sobre sus matrimonios!

—¡Muy típico de mi generación, buscar siempre razones al pasado! Usted no cree en la psicología, ¿verdad?

—Yo... no sé, no hasta el punto de pensar que sirve para todo.

—¡Como usted ha sido feliz con su esposa!

Expulsé el humo del cigarrillo hacia el techo. Garzón se bebía el café a sorbitos pensativos.

—Supongo que sí.

—¿Supone?

—La verdad es que nunca me había detenido a pensarlo tanto como usted. Quizá porque tuvimos un hijo y entre eso y el trabajo no contaba con

mucho tiempo.

—¿Tiene un hijo, Garzón? ¡Y yo aquí perdiendo el rato con mis tonterías!, quizás incluso tenga nietos.

—No, nietos no.

—Cuéntemelo todo.

—No hay mucho que decir. Tengo un hijo de treinta años que es médico y vive en Nueva York. Trabaja como subdirector de un hospital oncológico, así que no solemos vernos a menudo.

—¿Ha ido usted a visitarlo alguna vez?

—Sí, una. Lo pasé muy bien, aunque todo el mundo me tomaba por suramericano y tenía que andar explicando que era español.

—¡Pero eso es magnífico!

—Parece ser que es un chico muy brillante en su profesión y que llegará aún más lejos.

Le sonreí con simpatía. Ahora ya éramos amigos en gracia del Señor, nos habíamos contado las cosas que realmente importan a todo el mundo: matrimonio, hijos, errores, todo ello vaporizado por una cena succulenta y efluvios de café. Ahora yo sabía que, pese a la primera impresión, Garzón era humano, un padre. Imaginarlo de chicano en la Quinta Avenida me resultaba muy fácil. Debía sentirse feliz con su vida: una esposa amada, un hijo talentado y la sensación del deber cumplido en el trabajo, siempre el mismo. El subinspector tenía tomada la medida que permite vivir: cumplir órdenes, no analizar el amor ni la felicidad y criar hijos notables para mayor gloria de América. Seguramente no existía otro método para llegar entero al final.

Cuando nos despedimos tenía la certeza de que se encaminaría al Efemérides. Haber sido sumiso durante su existencia no lo había librado de la soledad de una pensión. Pero sin duda eso le daba igual, iba en busca de charla y compañía y allí la encontraba. No andaba autocompadeciéndose ni se había marcado una meta mundana. Para seguir su camino no le hacía falta sublimar lo cotidiano, ni creía en las propiedades miríficas de comprarse una casa con jardín.

Aquella noche no conseguí dormir bien. Los sueños agitados se sucedían. Mis jóvenes compañeras de gimnasio lograban milagrosamente atrapar al violador. Lo castraban en el vestuario, de manera violenta, frente a mí que no podía reaccionar. Luego me pedían que hiciera desaparecer sus órganos sanguinolentos. Yo los metía en una bolsa de deporte y me paseaba por la ciudad sin saber qué hacer con ellos. Por fin tenía la idea genial de enterrarlos en el jardín y los sometía a un triturado con máquina en la cocina. Cuando no eran más que una inmunda hamburguesa vergonzante, salía al patio y abonaba los inánimes geranios que, de pronto, empezaban a crecer.

A las diez me esperaba una buena papeleta que afrontar, un trago amargo. El señor Masderius no había tenido más remedio que autorizar a su hija para que prestara declaración. Ambos se presentarían en comisaría donde los recibiría yo sola. Garzón estaba ocupado con los talleres de joyeros, de los que ya había visitado cuarenta y dos sin ningún resultado. Aquello de la flor recubierta de rodio parecía haber sido obra del diablo, pero la perseverancia era el único camino. Me imaginaba perfectamente lo que iba a ocurrir: un señor Masderius tenso y vigilante como un cancerbero con un marcaje continuo sobre su hija. Y así fue. El aspecto de la chica me impresionó, estaba aún más desmejorada que en el hospital. Bajo sus ojos se dibujaban dos marcas negras que podían ser consecuencia de la operación. Sin embargo, había algo en su mirada que excedía cualquier estado físico de malestar, un brillo desbocado, una inquietud, quizá miedo. Era el modelo prototípico de víctima para aquel violador: rasgos finos, pequeños, manos largas y traslúcidas de virgen renacentista. ¿Por qué? ¿Quizá siempre apabullado por mujeres corpulentas?, ¿sólo un cobarde que se atrevía con muchachas débiles aparentemente incapaces de devolver la agresión?

Cristina apenas levantaba los ojos, su sensación de vergüenza era enorme, mayor que la de las otras chicas. Cuando hablaba miraba de reojo a

su padre, paralizada. Con gusto la hubiera zarandeado para que reaccionara, hubiera sido preferible a verla en aquel estado de terror intenso. Se refirió a la serie de hechos que yo conocía de memoria: ni idea de la cara, ni idea de la voz, la herida en el brazo... Entonces interrumpí:

—¿Con qué?

—No lo sé.

—¿Con algo que él llevaba en la muñeca?

—Quizá.

—¿No pudiste distinguir qué era?

Quedó un momento callada.

—No.

Desesperante. Un fantasma que violaba, o un tipo absolutamente prudente y cuidadoso. Una historia siempre idéntica. Se apoderó de mí un arrebató de impotencia. ¿Por qué aquel cabrón jamás introducía ningún cambio en sus fechorías? ¿Y el aspecto circunstancial?, ¿era posible que nunca hubiera testigos, que no dejara una huella? ¿Por qué en ninguna ocasión había sentido el impulso de dejarse ver? Se trataba en efecto de un individuo metódico, frío, poco pasional, metido en sus obsesiones con fuerza terrible.

En cuanto Cristina hubo contestado a la última pregunta, su padre hizo ademán de salir.

—Un momento, señor Masderius, quizás a su hija se le ocurra añadir algo o tenga un recuerdo de pronto. Sería conveniente que volviéramos a vernos.

No me dejó terminar:

—¡Ni lo sueñe!, Cristina se va un año a los Estados Unidos, a un curso intensivo de inglés. Así que si no hay mandamiento judicial no podrá volver a interrogarla. Es su turno, cumplan con su deber, persigan a ese cerdo, no a mi hija.

—Pero es que...

Se volvió hacia la chica:

—¿Tienes algo más que decir, alguna idea nueva, detalles que te hayas dejado?

Ella negaba con los ojos de par en par. Nunca había visto a nadie en semejante estado de estupor.

—Buenos días.

Salieron por la puerta como viento de otoño. Me quedé planchada en mi asiento. Luego reaccioné, fui hasta la calle y los vi coger su coche. Tome el mío y los seguí. Tal y como imaginaba dejó a la chica en la puerta de su casa asegurándose de que entraba y se marchó. Si existía aún alguna posibilidad de hablar con Cristina era en aquel momento. Aparqué y subí al piso de los Masderius. Llamé al timbre y, al cabo de un rato, apareció la madre. No me reconoció, cuando me presenté, su rostro se cubrió de sufrimiento.

—Mi marido ya ha hablado con usted, y también ha estado mi hija.

—Lo sé, señora Masderius, pero con su esposo delante, Cristina y yo apenas hemos podido comunicarnos.

—Ella ha contado todo lo que sabe.

—Por supuesto, pero tengo la sensación de que ha contestado sin libertad. Déjeme hablar con ella, se lo ruego.

—¿Es que no se da cuenta? Todo esto es como una pesadilla, algo ajeno a nosotros.

—Pero desgraciadamente no es ajeno a ustedes en absoluto. Su hija ha sido violada y eso ya no puede cambiarse.

—Váyase, por favor.

—Señora Masderius, ese tipo anda suelto y tenemos que cogerlo, no es un mal sueño, existe de verdad y ustedes tampoco son ajenos a eso. Todo ha sucedido realmente, abra los ojos, los hechos pueden remediarse pero nunca ser borrados. Déjeme entrar.

Se echó un poco atrás y entré. Cerré la puerta tras de mí. Ella miraba al suelo. Se quedó donde estaba, quieta, las manos cayendo sin fuerza a ambos lados del cuerpo. Opté por no perder tiempo y le pregunté dónde estaba la habitación de su hija. Me encontraba ya dentro pero podía arrepentirse, yo no tenía ningún mandamiento judicial que exhibir. Subimos en silencio las escaleras del gran dúplex. La madre me franqueó la puerta sin aviso y pude descubrir la cara apenas sorprendida de Cristina, su mirada cansada. Estaba

sentada frente a un escritorio, sobre la cama reposaban dos maletas abiertas, cargadas de ropa. Las paredes se hallaban cubiertas de pósters con la imagen desaliñada de Bruce Springsteen. Me pregunté qué hacía aquel rudo camionero en un cuarto que era como un pequeño apartamento de lujo a escala.

—Así que es verdad que te vas.

—Sí.

—¿Y tus amigos?

Me miró sin comprender.

—Quiero decir que será duro dejarlos.

—Es sólo un año.

Había aprendido muy bien la lección que justificaba quitarla un año de en medio. A la vuelta nadie recordaría.

—Bueno, Cristina, sé que acabamos de hablar; pero cuando estábamos en comisaría he tenido la sensación de que no podías expresarte libremente.

—Estaba nerviosa.

—Todos estábamos nerviosos, tu padre también, pero ahora estamos tranquilas tú y yo, y de lo que me digas no va a enterarse nadie. ¿Hay alguna cosa que allí no haya salido?

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

Me senté a los pies de la cama.

—Cristina, escúchame, tu padre seguro que quiere para ti lo mejor. Está bien que no te veas mezclada en estos asuntos tan oscuros, pero tienes que decirme todo lo que pasó. El tipo que te violó es un hijo de la gran puta y vamos a cogerlo, sin duda. Pero no va a caer en la trampa solo, alguien tendrá que darnos algún detalle, la más mínima indicación, porque te aseguro que andamos despistados. Ese mínimo detalle será como pegarle un gran empujón hacia nuestras manos. Tu madre lo ha comprendido y me ha dejado pasar.

Me miró con los ojos borrosos de lágrimas.

—Yo estaba tan tranquila y ahora tengo que irme a Nueva York. No conozco a nadie allí.

Perdía mi tiempo. Aquella niña se hallaba extraviada en el fondo de un laberinto en el que se habían difuminado las motivaciones, el sentido de la realidad. Tenía que irme enseguida porque, de lo contrario, acabaría cediendo a la tentación de decirle a Cristina que su padre me parecía tan pernicioso para ella como su propio atacante.

—Está bien, Cristina, voy a marcharme. No te preocupes por Nueva York, seguro que habrá muchos jóvenes contigo. Te deseo que tengas suerte.

Le toqué amistosamente el hombro y cuando ya iba a salir oí a mis espaldas:

—Vi la cosa con la que me marcó.

Me quedé un momento en suspenso, sin volverme, esperando que aquella frase no se desvaneciera en la nada. Por fin regresé.

—¿La viste?

—Sí.

—¿Y qué era?

—Un reloj.

—¿Un reloj?

—Sí, vi cómo la esfera reflectante brillaba en la oscuridad, y vi las manecillas verdes señalando la hora. Luego lo cerró.

—¿Lo cerró?

—Oí como el chasquido de una tapadera y deje de verlo.

—¿Era uno de esos relojes antiguos de bolsillo que tienen tapa?

—No sé, no sé cómo era, no había luz, quizá lo que oí fue otra cosa, no puedo saberlo.

—Está bien, de acuerdo, eso ya es mucho. Ahora sí vamos a cazarlo.

—Me gustaría.

No dijo más, pero era al menos un deseo expresado en voz alta, quizás incluso pudiera librarse del plan de salvación que su padre había urdido para ella.

El subinspector se puso muy contento cuando le conté mis progresos. Bueno, la primera y absurda hipótesis era cierta, ahora ya sabíamos lo que estábamos buscando: un reloj. Las brumas ganaban un poco de concreción. Él, por su parte, había llegado a la joyería número cincuenta, lo cual era ya una meta y daba opción a celebrarlo. Nos fuimos al bar. El siguiente paso implicaba un retroceso, había que volver al joyero colaborador y pedirle que centrara más el tiro. De todos los talleres susceptibles de trabajar con rodio ¿cuántos se dedicaban más a relojes que a joyas en general? La respuesta no descartaría los restantes, cualquier orfebre pudo colocar las púas alrededor de un reloj sin ser su especialidad, pero quizá por el método de preferencias lográramos pasar algunos nombres a la cabeza de la lista y ganar tiempo.

—Esto va chutando —dijo Garzón.

—Tiene usted mucha fe.

Pero yo, aun sin tenerla, había variado mi actitud. Me había metido completamente en la investigación, ya no era algo externo y opinable, sino nuestro caso, un caso que, aunque nos costara la vida, íbamos a resolver.

El frío amainó. La noche era clara. Dejé el coche aparcado en la calle y cuando iba a entrar en casa, alguien surgió de la sombra y me llamó. Estaba junto a la pared y no podía ver nada pero, tras un instante, una mujer se acercó a la luz del farol.

—Inspectora Delicado, concédame un momento.

—¿Quién es usted?

—Ana Lozano, ¿me recuerda?

—No. —Mentí.

—Soy la directora del programa *La vida complicada*. ¿Puedo pasar?

Hubiera debido imaginar que el ave carroñera lo intentaría de nuevo. Un atavismo educacional me hizo invitarla a entrar en mi casa. Se quitó el abrigo tan campante y, sin que yo se lo indicara, buscó acomodo en uno de los sillones. Se demoró hurgando en su gran bolso. De pronto comprendí que yo era policía y que en ningún caso resultaba prudente franquearle el

paso a una extraña. Pero ya era un poco tarde para extremar la prudencia, sólo podía procurar que se largara pronto. Me ofreció tabaco mientras miraba los paquetes de libros.

—¿Acaba de mudarse?

—Sí.

—Una casa muy mona.

Me invadió un mal humor repentino.

—Usted dirá en qué puedo ayudarla.

Sonrió displicentemente, investida de una autoridad moral de la que estaba convencida.

—Usted cumple su obligación, ¿verdad, Petra? El de policía es un oficio sagrado para la sociedad. Pero me gustaría que comprendiera que el de periodista también lo es. Gracias a nosotros suceden las cosas para la gente, hasta que nosotros no abrimos las compuertas al público, los hechos no existen para la mayoría. En nuestras manos se forja no sólo la opinión sino incluso la realidad.

—Son ustedes como Dios.

—Algo así.

Se quedó mirándome como si yo fuera una indígena de tierras vírgenes y tuviera que convencerme de la existencia de inventos tan obvios como la luz eléctrica.

—Tomaría una copa.

Ése hubiera sido el momento de hacer estallar la dignidad y convertir aquella escena de comedia en un drama español. Pero, siguiendo en mi inercia civilizada, le serví un whisky con agua.

—Mire, Petra, tampoco es para tanto. Usted no está hecha de mejor pasta que los demás. Todos los policías colaboran con nosotros: inspectores, subordinados, incluso sus propios superiores. Es el signo de los tiempos. Es más, si usted lo quiere, podría no trascender la fuente informativa.

Yo sonreía como una imbécil, sin saber dónde iban a desembocar sus proposiciones.

—Oiga Ana, no se trata de una cuestión estrictamente moral, lo que ocurre es que no me gusta su programa.

—¿Porque la hemos tratado con dureza?

—No, porque es un conglomerado de basura.

En ningún caso iba a darse por ofendida.

—Lo comprendo, si se observa con una mentalidad estética puede dar esa impresión, pero debe comprender que se trata de un servicio a la comunidad y la comunidad es mayoritariamente como es. No está en nuestra mano cambiarla. Además, tampoco parece necesario que nos revele secretos de Estado, bastaría con adelantarnos un poco cuál es en cada momento la línea de la investigación, a veces confirmar o negar algún extremo... Por ejemplo, la casa que ha visitado hoy era la de la última víctima, ¿no?

Me rozó un cable de alta tensión:

—¿Ha estado siguiéndome?

Puso cara de aburrimiento:

—¡Vamos, no sea teatral!, lo dice como si eso fuera algo delictivo, pero no lo es, nosotros también estamos realizando nuestras pesquisas y si usted no colabora...

—¿Está segura de que eso es legal?

—¡Por supuesto que es legal! Y si llegamos a un acuerdo incluso podemos compensarla económicamente por las molestias.

—¿El soborno también es legal?

—Para un periodista todo es legal.

—Márchese, por favor, y no cuenten conmigo para nada.

Se levantó de pésimo humor.

—¡Está bien!, gracias por el whisky. Lo dije en cuanto vi a quién le habían encargado este caso; «Tendremos problemas», pensé. Siempre ocurre eso cuando no se trata de auténticos profesionales sino de aficionados y advenedizos.

Metió los cigarrillos de un golpe en su bolso y salió sin decirme ni adiós. Le había hecho perder su tiempo, fastuosamente bien pagado con toda probabilidad. Me invadió un nivel desbocado de indignación a medida que iba cargándome de razones. Aquello era el desiderátum, el no va más. Es comprensible que un policía deba enfrentarse al hampa, al delito, al

desequilibrio mental, a los ambientes más marginales. Incluso parece aceptable que en su labor se tope con roces entre grupos operativos, enfrentamientos con los superiores o el poder judicial, pero ¡Dios! ¿los periodistas también?, ¿era aquella la nueva conciencia de la sociedad? Parecía una cacería del zorro inglés: trompas, casacas coloreadas y cuatrocientos perros aullando a tu alrededor.

Me ardía la cara. Movida por un impulso infantil quité el polvo del sillón donde aquella rapaz había estado sentada. Miré mi casa. Continuaba siendo extraña para mí. Nada que ver con mi vida. Todo aquel asunto me había explotado en las manos como un maldito petardo y, si me descuidaba, se me escaparía de ellas dejando en el aire una estela brillante.

Llené la bañera hasta los topes y me dejé caer en su interior. Esparcí por el agua sales de baño que la tiñeron de verde. En el envase decía: *«Estas sales han sido elaboradas con las hierbas más exóticas y naturales, sacadas de lugares paradisíacos en los que la vegetación sigue su curso milenario sin ser alterada por ningún agente externo de la vida civilizada. Constituyen un elemento insustituible cuando la relajación se convierte en una necesidad»*. Me sumergí.

OceanofPDF.com

8

Estuve hablando con el comisario, un informe general. Tanteé su disposición hacia nosotros. Tranquilidad absoluta. Una vez que un caso estaba definitivamente adjudicado, desaparecían los resquemores, eso creía, y no solía haber premura ni reproches. Las cosas iban por donde tenían que ir. Una vez el convoy instalado en las vías, hubiera hecho falta un buen choque para provocar el descarrilamiento. Algo cercano a la desidia, en realidad. Pero no cuestionas nunca un sistema que te beneficia, es una regla palmaria para obtener el éxito en la vida. El comisario me trataba con mayor respeto que en la primera parte de la investigación. Lo atribuí a mi andanada feminista, en ningún caso a los progresos que hubiéramos podido hacer. Resultaba evidente que, para dar cualquier paso, hay que tener una boca bien entrenada para el mordisco. Pensaba comentárselo a Garzón, decirle que, según la teoría darviniana, la mujer también debería haber desarrollado grandes mandíbulas, ladrido gutural. Estaba convencida de que le gustaría oírlo, de que eso provocaría ciertas reacciones en él. Resultaba difícil inmutarlo, después de toda una vida de aburrimiento, el hastío ante las novedades era su estado básico. Cuando le conté mi violenta entrevista con Ana Lozano, su intento de soborno y mi resistencia numantina frente a la indignidad se quedó bastante fresco, no le pareció nada extraordinario. Frustrante para mí, que necesitaba testigos animosos de mi primera heroicidad en el ejercicio del deber.

Cuando salía del despacho del jefe, un guardia me abordó.

—Inspectora Delicado, tiene un telefonema.

—¿Un qué?

—El subinspector Garzón ha manifestado su deseo urgente de que se persone a la mayor brevedad posible en la calle Avinyó número 36. No ha añadido pormenores.

Aislé el sentido de esta comunicación de entre el florido estilo oficial. Probablemente se trataba de algo importante, Garzón era poco aficionado a la mensajería interpuesta y el recado.

Cogí el metro para llegar antes al centro. Desde lejos advertí que el número correspondía a un pequeño taller, uno de esos establecimientos típicos del casco antiguo que se ha resistido a la modernización. En el minúsculo escaparate se veían varios relojes colgando de un alambre. Entré y, mucho antes de que pudiera hacerme una idea de la escena, me asaltó la mirada deslumbrante de mi compañero. Comprendí.

—Petra, este caballero dice que hace un tiempo realizó el trabajo en el que estamos interesados.

Junto a él se hallaba un vejete sacado de Dickens o Balzac. Me miró con sorpresa:

—¡Una mujer!

—Pues sí —contesté sonriendo.

Tenía la calva frágil y traslúcida de un recién nacido, llevaba un raído chaleco gris.

—Antes en la policía no había ninguna mujer. Supongo que aunque se lo hubieran ofrecido, todas hubieran dicho que no a un trabajo de esa clase.

—Eran otros tiempos.

Garzón me miró con sorna. Decidí centrar el asunto porque los aledaños resultaban peligrosos.

—¿Puede explicarnos cómo era el trabajo que hizo?

—Puse una corona de púas de plata rodiada a un reloj de caballero.

—¿Cómo era el reloj?

—No sé, corriente, un reloj barato que puede comprarse en cualquier sitio, con correa de piel.

—¿Digital o de agujas?

—De agujas.

—¿Le colocó alguna tapa, algún cierre?

—No, sólo puse las púas y las bañé con rodio porque él quería que brillaran y fueran bien fuertes.

Saqué la cajita con la prueba.

—¿Podría ser ésta una de las púas que colocó?

Se cambió de gafas, encajándose un par astroso y desarticulado.

—Sí, podría ser.

—¿Recuerda quién le hizo el encargo?

—Sí, un chico joven y alto, como de veintitantos.

—¿Tiene su nombre y su dirección?

—No, sólo me quedo con un teléfono de contacto.

—¿Habló con él en ese teléfono?

—No llegué a llamarle, vino antes.

—¿No le dijo para qué quería ese arreglo en un reloj?

—No.

—¿Y a usted no le extrañó?

—Por aquí vienen todo tipo de pirados, te piden que grabes nombres o frases en joyas, corazoncitos. He hecho placas de oro para collares de perro, ¡qué le voy a decir!

—De acuerdo, ¿puede darnos ese número de teléfono?

—No lo tengo aquí. Está en mi casa que es donde guardo las libretas atrasadas. Oigan, ¿qué andan buscando?

—¿Por qué no vamos a su casa?

—¿Ahora? ¡Imposible!, no hay nadie para quedarse en la tienda. Si viene algún cliente y encuentra cerrado ¿quién me paga las pérdidas?

Era increíble pensar que perdiera algún cliente en un rato de ausencia, incluso que alguna vez un cliente se hubiera aventurado a entrar en un lugar tan destartado como aquel.

—Dentro de una hora y media acaba el horario comercial, si quieren pueden esperarse. Ahí al lado hay un bar.

En la pared de aquella tasca inmunda habían colgado una cabeza de toro que tenía calada una gorra del Barça. Deprimente. Me quejé amargamente a Garzón.

—¿Usted cree que esto es normal? Estamos sobre una pista importantísima y tenemos que esperar a ese viejo cascarrabias. ¡Vaya cutrez!

—Calma Petra, las cosas son como son, no podemos obligarlo. ¿Le parece sospechoso?

—¿El viejo?, no. Aunque supongo que el teléfono que tiene no corresponderá al de ese tipo.

—¿Cree que el violador hila tan fino?

—¡Por supuesto, ¿quién va a dar su propio teléfono en una situación así!

—Me gustaría coger inmediatamente a ese criminal y reventarle los cojones.

—¡Inspectora!, se supone que es usted una profesional fría.

—Huelo sangre, Garzón. ¿Ha visto qué huevos tiene el tío, hacer construir con toda premeditación un artilugio para marcar a sus víctimas? Debe ser un monstruo, un auténtico loco.

El subinspector se encogió de hombros con la parsimonia de un prior franciscano.

—¡Me está poniendo usted negra con su tranquilidad, cualquiera diría que en Salamanca tenía que enfrentarse todas las noches con Jack el Destripador!

—He visto mis cosas.

Pedí otro café. Si no lograba permanecer serena, la investigación podía desmandarse en cualquier momento. Era mejor frenar, mantener la máquina controlada. Me sorprendió comprobar cómo hacía años que no sentía semejante nerviosismo.

—¡Estúpido viejo!

Hice un gesto de desprecio. Si ahora le daba por no encontrar el teléfono en sus libretas, la solución del caso, que teníamos al alcance de la

mano, se hundiría quizá para siempre en un pantano cenagoso. Estaba enferma de inquietud. Por fin apareció el maldito vejestorio en el umbral del bar. Completaban su retrato de cuerpo entero unas piernas torcidas enfundadas en pantalones manchados como pared de letrina. Nos hizo una seña y lo seguimos. Mientras íbamos tras él hacia su casa, notaba como cada uno de sus cansinos pasos provocaba en mí una punzada de ansiedad. Subimos la escalera de un ruinoso inmueble sin ascensor. El viejo se paraba, resoplaba, volvía a ascender. Con gusto le hubiera empujado. No comprendía la paciencia de mi compañero, lo aguardaba, le ayudaba, escuchaba sus quejas sobre la falta de luz en algunos tramos, sobre las flaquezas de la edad. Llegamos por fin, pero las esperas no habían acabado. Hubo que quedarse allí hasta que encontrara la llave entre un abultado manojo de sereno y hasta que por fin saliera la libreta de entre un montón de legajos arqueológicos. Iba pasando uno por uno cuadernos zarrapastrosos, hojeaba, descartaba. La casa olía a humedad y a cucarachas.

—Me parece que es éste —leyó un número de teléfono.

—¿Tiene alguna fecha, algún nombre, alguna indicación?

—No. Sólo «corona de púas rodiadas para reloj».

—¿Se negó a darle sus datos personales?

—No se los pregunté.

Me quedé mirando sus ojos insulsos.

—Ahora voy a pedirle que nos describa al chico. Es muy importante, concéntrese.

Tuvo un patente arrebató de mal genio:

—¡Y qué sé yo cómo era el chico! Tengo ochenta años, trabajo diez horas, sin nadie que me ayude, ¿cree que puedo acordarme de todos los que entran en mi tienda?

Aquello me cabreó:

—¡Oiga, tiene usted obligación de contestarnos! ¡Esto no es ningún cachondeo, estamos buscando a un violador, así que antes de decir algo, piénselo bien!

No se mostró acobardado.

—¿Un violador?

—¡Contésteme!

Intervino Garzón sacando el tarro de crema:

—Verá, la inspectora sólo quiere que haga usted un pequeño esfuerzo mental. Comprendemos las dificultades, pero cualquier detalle puede servir.

—Yo no sé nada, no me acuerdo de nada. Lo vi un minuto la primera vez que vino y otro cuando recogió el reloj. No tienen derecho a presentarse por las buenas en casa de un pobre viejo y presionarme de esta manera.

Comprendí que estaba poniéndose histérico y me callé. Garzón tomó el testigo:

—Está bien, está bien, tranquilícese. Le dejaremos el teléfono de comisaría y nuestro nombre, si se acuerda de algo puede llamarnos.

Me dio un suave empujón hacia la puerta. En la escalera me reconvino con delicadeza:

—Ha vuelto usted a ser demasiado brusca. Resulta contraproducente.

—Tengo la impresión de que sabe algo, además, es un tipo desagradable.

—No sea infantil.

—Y usted no me venga con coñas.

Me miró con desesperanza, hizo después un gesto de avenencia.

—¿Cual es el siguiente paso, inspectora?

—Llevemos el número a comisaría. Nos dirán quién es el abonado.

Aquel teléfono correspondía a un bar. Hubiera sido demasiada felicidad que perteneciera al violador. Al menos no se trataba de un número inventado. El Café del Picador estaba situado en el barrio del Clot. En el coche, mientras nos dirigíamos hacia allí, ninguno de los dos se hacía demasiadas ilusiones. No era probable que el propietario estuviera implicado. De un bar entran y salen muchas personas, de modo que resultaba ridículo pensar en interrogatorios. Además, ¿cuál hubiera debido ser la pregunta? «¿Ha visto usted a un individuo con un reloj así?» Por muy estúpido que fuera el violador, hipótesis ya descartada, nunca hubiera mostrado en público su reloj de púas. Imaginar que esa posibilidad se cumpliera, era como creer en que los milagros caen del cielo siempre del lado del Bien.

El Café del Picador tenía una pinta típica e inmundada. Cristales ahumados por la suciedad, barra de azulejos y máquinas de juego infernales que de vez en cuando se arrancan con una melodía de carrusel. Garzón no me dejó bajar del coche.

—Es mejor que se quede. Si hay que volver de incógnito alguien debe reservarse sin que sepan que es policía.

—Tiene usted razón, ni siquiera se me había ocurrido.

Se sintió visiblemente halagado. Lo vi dirigirse hacia allí con la gabardina desabrochada y aquel morrocotudamente feo traje marrón. Si a un niño en la escuela le hubieran hecho pintar a un polizone, ése hubiera sido el retrato de mi compañero. Encendí un cigarrillo y suspiré preguntándome si mi aspecto no sería igualmente arquetípico. Al cabo de un rato salió con el paso elástico de una apisonadora.

—El bar pertenece a un matrimonio sin hijos. Es un bar normal, los currantes del barrio desayunan y comen, por la noche está cerrado.

—¿Nada sospechoso?

—No. No han dado el teléfono a nadie ni les han pasado recado de recoger llamadas.

—¿No tienen sobrinos, no vienen pandillas de jóvenes?

—Habrá que controlarlos. ¿Qué le parece si lo hacemos durante una semana?

—Bien —me mordí los labios—. Esto es desesperante, estamos cerca de algo que no podemos tocar. ¿Recuerda el suplicio de Tántalo?

—Ya sabe que yo no tengo tanta cultura como usted.

—¿Otra vez con eso? ¡No me joda, Garzón! Ya me dirá para qué sirve la cultura en este puto trabajo que hacemos. Aquí sólo cuentan los hechos, las cosas inmediatas y palpables, insignificantes: un individuo que entró, otro que salió, un tercero que vio. Me siento como si dependiéramos de un montón de chorradas para llegar a saber algo. ¡Cultura!

Se quedó mirándome, taciturno.

—Dice usted cosas interesantes, Petra, pero ¡es tan extraña!, desprecia los valores que tiene, los que le han enseñado.

—Me la sudan los valores, Fermín.

Se rió por lo bajo y sacudió la cabeza. Discutiendo filosofías vitales con un policía frente al Café del Picador, en un coche que olía a tabaco. Buñuel no lo hubiera ideado diferente, aunque quizás en vez de un policía hubiera puesto un cardenal.

Fuimos dos días seguidos para espiar en aquel bar condenado. ¿Qué espiábamos? No lo sabíamos a ciencia cierta. No había movimientos ni tipos sospechosos. Acudíamos allí, estacionábamos el coche cerca, oíamos la radio. De vez en cuando Garzón se quedaba dentro y yo iba hasta el bar y tomaba un café. Al cabo de unas horas la única sospechosa era yo. ¿Qué pintaba allí? Los dueños y los clientes me miraban con desconfianza. ¿Qué podía querer? Observaba a los hombres jóvenes y altos, intentando advertir si llevaban reloj. Por supuesto todos llevaban relojes. Estábamos perdiendo el tiempo de un modo miserable.

El segundo día, al entrar en mi casa por la noche, me sorprendí. Todo me resultaba distante y me daba igual. No intenté poner música ni prepararme cena caliente. Estaba embebida por la investigación, se había convertido en una recurrencia obsesiva y me importaba un pito la casa, mi vida, la privacidad. Incluso los geranios me traían sin cuidado, podían seguir durmiendo su congelación durante los siglos venideros. Me metí en la cama helada y me arropé. Un cabrón, quizás un desquiciado, se paseaba cerca de nosotros con una máquina de marcar chicas. Caí en un sueño ligero. Entreví un campo lleno de flores con las corolas bordeadas de púas sanguinolentas. El viento las mecía de un lado para otro con un vaivén enloquecedor. No podían dejar de moverse ni de gotear sangre. Eran frágiles, expuestas, pero estaban fuertemente hincadas en la tierra y les era imposible huir. Tardé bastante en recomponer y reconocer el sonido del teléfono, que oía como desde lejos. Después de haber cogido el auricular tardé también en entender lo que Garzón estaba diciéndome.

—Repítamelo, subinspector, estoy dormida.

—El viejo, acaba de llamarme, por fin se acordó.

—¿Tiene el nombre?

—No, pero ha recordado una seña de identidad muy importante.

—¿Cuál?

—Un diente oscuro, casi negro, en medio de la boca, un incisivo superior.

—¡Bien! Ahora sí tenemos algo por lo que preguntar.

—Vamos a intentarlo. A la seis de la mañana la recogeré. Debemos hablar con los dueños del bar antes de que comience el desayuno de la gente.

—Estaré lista.

Por supuesto no pude dormir. En la cara vacía de nuestro hombre aparecía un rasgo inquietante. El fantasma abría la boca. Pero ¿estábamos seguros de que quien llevó el reloj y quien violaba era el mismo hombre? ¿No podía tratarse de un amigo, de un intermediario? En cualquier caso nos hallábamos ante una pista fiable.

Salí de casa a las seis en punto. Como medida preventiva contra el cansancio había ingerido dosis masivas de café. Vi a Garzón sentado en el coche, esperando. Con las gafas de sol puestas entre la neblina del amanecer era la quintaesencia de lo inusual. Me hizo un gesto de entendimiento. Parecía contento.

—Al final se acordó, ¿eh, inspectora?

—¿No cree que lo supo desde el principio y decidió callar hasta que la conciencia le remordió?

—Eso pienso yo también. Se le notaba algo asustado cuando llamó. Debía haber estado mucho tiempo pensando sobre la conveniencia de facilitarnos el dato.

—¿Eso lo hace sospechoso?

—Supongo que no, ya sabe cómo se comporta la gente con la policía, cuanto menos les digan, mejor. Tienen un miedo brutal a quedar involucrados en algo, a ser llamados a declarar por un juez. Al tratarse de una persona mayor la cosa se hace más patente, ¿para qué necesita meterse en líos a su edad? Pero, como usted dice, luego la conciencia le remordió.

—Pues la tenía dura de roer.

—No lo crea, hubiera podido tardar mucho más en llamarnos.

Aparcó delante del bar que aún estaba cerrado. Esperamos a que llegaran los dueños. Garzón se puso a fumar. Tarareaba. Yo, que había estado deseando que la noche pasara deprisa para poder lanzarme a la acción, era ahora presa de un sueño intolerable. Cabeceé. Noté que al rato Garzón me daba un codazo exento de fuerza.

—Mire, ya están ahí.

El matrimonio bajaba de una furgoneta. Se disponían a abrir su local. Dejamos que levantaran la puerta metálica. Entraron. Garzón se ajustó los faldones de la gabardina en torno al cuerpo.

—Vamos.

Al vernos juntos la mujer puso cara inequívoca de estar pensando: «*ya decía yo...*». El subinspector me había informado con tino sobre las reacciones de la gente frente a la policía. Nuestra mera presencia los había atemorizado. En sus ojos se veía el deseo de que nos fuéramos aún antes de saber qué podíamos querer de ellos.

—Soy el subinspector Garzón y estuve aquí el otro día, ¿me recuerdan? Ella es la inspectora Delicado. Estamos buscando a un cliente suyo, o por lo menos a alguien que es posible que haya venido varias veces por su bar.

—Ya le dijimos que...

—Lo sé. Pero hay un detalle que no les mencioné y en el que quizás ustedes se hayan fijado. El hombre a quien buscamos, joven y alto, tiene un diente oscuro, casi negro, en el centro de la boca, aquí.

Garzón se llevó el índice a la dentadura y frunció el gesto como una grotesca máscara china. Quedaron callados. La mujer inició un titubeo:

—Bueno... yo no sé... por aquí viene un chico que tiene un diente así. — Se volvió hacia su marido—. Quiero decir Juan.

—Pero Juan no es un cliente.

—Es un chico que trabaja en el reparto de las cervezas. Pero no me parece de los que hacen nada malo.

—Sólo queremos charlar con él. ¿Es alto y fuerte?

—Sí. ¿Qué ha hecho?

—Nada, de verdad. ¿Sabe dónde está el sitio en que trabaja?

—Sí, es un almacén de bebidas. Está dos calles más abajo.

—¿Él tenía el teléfono de su bar?

—Claro, llamaba todas las semanas para saber qué pedido teníamos que hacerle.

—Dígame exactamente dónde está ese almacén.

El hombre se lo indicó a Garzón. Éste se volvió hacia mí.

—Quédese aquí, voy a echar una ojeada.

Me quedé sentada en la barra. El marido se quitó el delantal y fue a trajar en la cocina. La mujer me miraba con mucha curiosidad. Limpió el mostrador con un trapo.

—¿Quiere un café? Enchufé la máquina al llegar y ya está caliente.

Asentí. Mientras me lo servía empezó a parlotear dirigiendo su cháchara hacia la cuestión que le interesaba.

—Este chico, Juan, nos trae siempre las cajas de cerveza. Alguna vez también pasa por aquí a tomar algo, como trabaja al lado. Tampoco viene mucho, no crea.

—¿Viene solo?

—Sí. La verdad es que parece un buen chaval, por lo poco que yo lo he tratado. Pero ¿qué le voy a contar a usted?, a veces la juventud, que si drogas, que si...

—¿Toma drogas?

Se parapetó tras los brazos extendidos, con los ojos muy abiertos, francamente alarmada.

—No, si yo estaba hablando por hablar. No sé absolutamente nada de él, ni siquiera sé cómo se llama de apellido.

A partir de ese momento se calló. Me lanzaba miradas temerosas mientras abría panecillos por la mitad. Le pregunté:

—¿No se ha fijado si lleva en la muñeca algún reloj raro, un reloj con pinchos, con alguna tapa que impida ver la esfera, o algo por el estilo?

Se encogió de hombros, negó con la cabeza. Luego, de pronto sus ojos arrojaron una incisiva luminosidad. Desencajó la mandíbula y dijo:

—¡Buscan al violador de la flor, al que marca a las chicas en el brazo!
¿A que sí?

—Señora, deje de decir cosas raras. Serénese usted.

La opinión pública. Aquello era lo que obtenían los malditos periodistas manteniendo informada a la opinión pública: entorpecer el trabajo y tocar las narices. Había sido una imprudencia por mi parte mencionar el reloj. Bajé del taburete donde estaba y me dirigí hacia la puerta de cristal, así evitaría las preguntas de aquella mujer que probablemente se tragaba sin falta *La vida complicada*. En la calle empezaba a haber cierta animación, pero el bar estaba aún vacío de clientes. En cuanto pensé eso, un joven quiso traspasar el umbral que yo obstaculizaba. Se frotaba las manos por el frío. Me aparté de la puerta y entró. Continué mirando hacia fuera. Entonces oí un grito semicontenido a mis espaldas y como la mujer decía con voz aterrada:

—¡Es él!

Me volví. En mitad del espacio que separaba la barra de la entrada, el joven se paró. Dio media vuelta de pronto y se quedó mirándome un instante.

—¡Policía! —grité.

Se abalanzó hacia la puerta. Lo sujete por un brazo. Vi sus ojos grises sin ninguna expresión frente a los míos y entonces lo sentí, sentí aquel dolor inmenso, oí crujir los huesos de mi nariz, romperse tramo a tramo la estructura de mi cara como si estuviera desplomándose una inmensa catedral. Tumbada en el suelo intenté conciliar aquellos ruidos internos de mi cabeza con la voz que estaba chillando. Era la mujer. Respiré tragando sangre. No debía preocuparme, era la mujer y yo no estaba herida ni muerta, sólo había recibido un puñetazo en el rostro. Un par de sillas habían caído al suelo junto a mí. Me levanté como pude. Inmediatamente se acercaron los dueños del bar. Ella lloraba:

—¡Por Dios!, siéntese, ¿está herida?

Trajo una toalla limpia que enseguida se empapó de sangre. Ninguno de los dos sabía qué hacer. El hombre corrió a servirme una copa de coñac. Cuando me la traía, llegó Garzón.

Hubo exclamaciones e intentos atropellados de explicarle qué había ocurrido. El subinspector se arrodilló frente a mi cara, me miró con sus ojos de lechuza bondadosa:

—¡Joder, Petra, le ha dado bien!

—El tipo se me ha escapado —mascullé.

—Olvide eso ahora, tranquilícese un poco.

En el dispensario me aseguraron que no tenía rota la nariz, sólo el impacto derivado de tan soberano morrón. Pero cuando me miré en el espejo quedé impresionada, un aro violáceo me enmarcaba los ojos. Tuve que pasar tres horas tumbada en una camilla y me pusieron una inyección para que la sangre dejara de manar. El médico dijo: «*Unos cuantos antiinflamatorios y estará igual que antes*». Mientras tanto, Garzón estuvo ocupándose de todo: contactos e información al juez, orden de busca y captura, peinado con guardias por los alrededores de la casa. Vino sin embargo a recogerme a la clínica. Se lo agradecí, aunque no hubiera hecho falta en realidad, podía moverme por mí misma. Me sentía floja y melancólica como una niña recién pasado el sarampión, y sobre todo, estúpida por haber permitido la fuga del violador sin oponerle resistencia. Garzón intentaba tranquilizarme en el coche.

—No ha sido culpa suya. El tipo me vio entrar en el almacén y, por si acaso, se largó al bar. Allí podía tomar tranquilamente una cerveza y regresar después sin levantar sospechas. No sabía que andábamos siguiéndole los pasos tan de cerca. Usted se lo encontró de sopetón, no había gran cosa que hacer, la pilló desprevenida.

—¿Qué le dijo el encargado del almacén?

—Nada especial. Se llama Juan Jardiel y tiene efectivamente un diente ennegrecido. Es formal y trabajador. Le extrañó mucho que estuviéramos buscándole por algún delito. Él apostaría su vida a que no tiene nada que ver con asuntos turbios.

—A lo mejor realmente no es el violador.

Los que viven junto a los sospechosos siempre se niegan a reconocer cualquier punto oscuro. Pero se hace difícil de creer que ese tipo no esté

escondiendo algo. El teléfono del bar, el diente negro, su agresión, la huida...

—¿Por qué le dio al joyero el teléfono del bar?

—Algo corriente, la gente no sabe inventar ni siquiera un teléfono, le dijo el que tenía en la cabeza. En caso de urgencia ahí conocían su nombre y podían darle un recado sin sentido para alguien que no supiera nada del asunto.

—Ya. ¿De verdad cree usted que es el violador?

—¿Quiere presentarle la otra mejilla?

—Intento no prejuzgarlo.

—Juzgar corresponde al juez. Nosotros tenemos que atrapar a ese tipo como si fuera culpable desde que ha nacido.

Me quedé sumida en lo terrible de aquella afirmación, Garzón se inquietó de pronto:

—¿Consiguió verle la cara?

—Un instante. Me llamaron la atención sus ojos grises, sin ningún brillo.

—¿Podría reconocerlo?

—Mirándolo detenidamente, sí, pero en un vagón de metro...

—Con eso ya puede ser suficiente.

Ni siquiera después de haber ofrecido mi rostro al sacrificio fui capaz de grabar los rasgos del tipo en la mente sacando algún beneficio de esa situación. Un desastre. Quizás ahora sí estaba justificado que me quitaran el caso. Intenté sonreírle a Garzón con la boca dolorida. Él, por el contrario, se había movido hábilmente y a toda velocidad. Aparte de haber cumplido con las gestiones judiciales, había ido a casa del presunto violador que, por supuesto, no estaba allí. Me contó su impresión, que no contenía nada extraordinario. La madre de Juan Jardiel era una viuda sin otros hijos, una mujer bastante corriente. Algo curioso, la novia del chico también vivía en el piso, prohijada por la madre desde hacía muchos años. La reacción de ambas frente a lo ocurrido fue de incredulidad, después se cerraron en banda. El registro de la casa no dio ningún resultado. De todos modos,

Garzón las había emplazado para un interrogatorio a fondo al que yo pudiera asistir, no quería ponerse medallas.

—Si se encuentra bien mañana volveremos a esa casa, si no es preferible que se quede descansando.

—¿Descansando? ¡Ni pensarlo! Lo único que me jode es tener que exhibirme con esta cara.

—No está tan mal. Mire, le propongo una cosa, antes de irse a dormir vayamos a tomar una de esas copas que sirve su ex marido. Se sentirá más reconfortada.

Pepe y Hamed se pasaron un buen rato mirándome como se mira la piel abandonada de una serpiente, con curiosidad y repulsión. A aquellas alturas el hematoma debía haberse hecho muy llamativo.

—¡Qué individuo tan salvaje! —dijo Hamed—. Entre los musulmanes pegar a una mujer que no es la propia está considerado un gran delito. La mujer es algo excelso y delicado, como una flor.

Rezongué:

—¡Vaya, otro que se apunta al jardín!

Pepe contemplaba sarcástico mi mal humor, pero había en su boca un gesto bondadoso. Me preguntó de pronto:

—¿Sigues gustándote ser policía?

—Pues claro. ¿Crees que estoy jugando?

Se apartó los pelos de la frente.

—No, no creo eso, pero tú acometes las novedades con gran impulso y luego te vas por otro camino.

Estaba aludiendo a nuestro matrimonio. Me sorprendió, nunca anteriormente había hecho el menor reproche o ironía. Tanto mi advenimiento como mi desaparición de su vida le habían caído encima al modo de hechos bíblicos, y parecía haberlos soportado con hebraica paciencia invocando el nombre de Yahvé.

—Te he llamado varias veces a tu casa pero no estás nunca.

—¿Qué querías?

—Ayudarte a colocar los libros.

—Ahora no tengo tiempo.

—Pensé que te proponías llevar una vida ordenada y sedentaria en tu nueva casa.

—Eso es algo que no debe preocuparte.

Garzón nos interrumpió:

—¿Ha oído, Petra? Hamed dice que ha vuelto esa periodista.

—Es cliente habitual —dijo Hamed.

—No quiero que le digáis nada, sobre todo que ese tipo me ha pegado en la nariz, ¿está claro?

—¡Pero si ya lo sabía! Le preguntó a Pepe cuándo salías del hospital.

—¡Esto es la leche! Empiezo a sentirme perseguida.

—No haga demasiado caso, Petra, ahora todo funciona así.

Encendí un cigarrillo. Hubo un silencio meditativo.

—Hay algo que me preocupa, subinspector... —Garzón sacó de su copa el bigote mojado.—... Verá, cuando el sospechoso se quedó parado frente a mí yo grité: «¡Policía!», ¿cree que eso estuvo bien?

Me miró desconcertado.

—Bueno, no veo qué otra cosa podría gritar.

—¡Oh!, le ruego que me entienda, quiero decir si eso formalmente estuvo bien. No debería haber dicho: «¡Alto en nombre de la ley!».

Garzón estaba por primera vez fuera de juego. Me observó para asegurarse de si hablaba en broma. Pepe terció:

—También hubiera sido correcto: «¡Date preso!», ¿verdad, Fermín?

—¿Y el clásico «Manos arriba»? —dije.

—Eso es más propio de un atracador.

—A mí siempre me ha gustado: «¡Policía, ríndete!» —dijo Hamed.

Garzón no abría la boca. Estaba asombrado comprobando nuestra falta de sentido común, la mía sobre todo.

—Lo que se diga no tiene importancia —balbuceó incómodo.

Yo seguí con la historia.

—¡Sí que la tiene! Las formas siempre son importantes, subinspector. Confiésenos cual es la fórmula que usted ha estado diciendo durante todos estos años.

Dio un trago largo, reflexionó, habló lentamente, incapaz de meterse en la chanza.

—Pues... quizá... quizá lo que decíamos mis compañeros y yo era algo así como: «¡Alto, policía, ni se te ocurra moverte, cabrón!».

Nos reímos los tres de buena gana. Garzón, algo mosqueado, añadió:

—Pero cualquier otra cosa hubiera podido servir.

Al día siguiente, como era de esperar, toda la prensa reflejaba la huida del presunto violador. Con lujo de detalles. Debo confesar que, como no había leído los informes oficiales de mi compañero, me enteré de algunas cosas por medio de aquellos nefastos artículos de sucesos, a golpe de pura filtración. El sospechoso resultó ser un joven de orden. Su familia era sencilla pero no sufría ahogos económicos. La madre, viuda desde tiempo remoto, trabajaba como encargada de limpieza en un ambulatorio de la Seguridad Social. Juan Jardiel acudía a su trabajo normalmente, no frecuentaba ambientes marginales, no consumía drogas ni alcohol, ni siquiera fumaba. En definitiva, nada parecía dibujar en él un perfil delictivo. Sin embargo, los periodistas se hacían eco de su agresión y su huida y ponían un interrogante sobre los motivos que le habían impulsado a obrar así. Algo tenía que ocultar cuando burlaba a la policía, pero ¿qué podía ser tratándose de un muchacho tan intachable? Yo estaba en las antípodas de ese razonamiento. Los rasgos del sospechoso, el hecho de ser hijo de viuda y tener una novia de niñez metida en la familia, eran tremendamente significativos a mi modo de ver. Demasiada presión femenina, demasiados deberes. Su actitud intachable, tan inmaculada, me confirmaba esa impresión negativa. ¿A qué se reducía la vida de aquel muchacho? Trabajo diario, vuelta a casa, una novia que es medio hermana a la cual difícilmente puede verse con ilusión de enamorado... y la responsabilidad que los hijos de madres viudas parecen destilar frente al mundo. Eso no genera necesariamente un violador, pero existía la base familiar neurotizante que yo había estado buscando y era seguro que... ¿Era seguro? Ya no. Había perdido buena parte de mi fuerza inicial. Me

encontraba considerablemente acobardada. No era miedo por la agresión de la que había sido objeto, pero ver la cara de aquel joven me había devuelto a una inesperada realidad. Hasta el momento todo había sido un juego policíaco: pistas, pesquisas, suposiciones y conjeturas. Ni siquiera los estragos en las víctimas me habían hecho apartarme de una sensación abstracta, mental. Pero de repente las teorías habían tomado cuerpo. Había un hombre, estaba vivo, tenía unos ojos vacuos y fríos que se habían fijado en mi rostro.

Intenté dormir. Me dolían los huesos y no encontraba la postura adecuada. Siempre había creído que la reflexión era más dura que la acción para una persona, pero ahora comprobaba que la acción no excluye las preguntas. Te impele hacia delante, pero no evita que caigas en las lagunas que bordean el camino. ¿Era esto lo que siempre había deseado?, ¿me sentía más libre sin la dedicación exclusiva a filosofar? Al menos no existía aburrimiento. ¿Iba a pedir que me adscribieran al Grupo de Homicidios para siempre? Me temblaron ligeramente las piernas cuando recordé que, a la mañana siguiente, debía interrogar a aquellas mujeres, los nexos palpables de Juan Jardiel con el mundo.

¡Pobre Garzón!, le habíamos escandalizado con nuestros comentarios frívolos; él era sin duda el único policía auténtico que asistía esa noche al Efemérides.

9

La vivienda de los Jardiel tenía unos sesenta metros cuadrados. Tres minúsculos dormitorios, un pequeño comedor, la cocina estrecha y un único baño común. Fue la señora Jardiel quien abrió. Se les había dicho a ella y a su hija adoptiva que aquel día no acudieran a trabajar para contestar a nuestras preguntas. Era una mujer alta, fornida, potente, en absoluto una viuda que inspirara compasión. Llevaba puesto un vestido grisáceo y en su pelo, quizá teñido, no había canas. Una permanente floja distribuía los mechones con armonía. Ni un solo músculo de su cara cambió de expresión al recibirnos. Nos hizo pasar seria, pétrea. Observó mi nariz aún hinchada y esbozó un imperceptible gesto ofendido. No mostraba ninguna predisposición a cooperar. Garzón le pidió que nos dejara inspeccionar de nuevo el piso. Accedió de mala gana. Como mi compañero ya lo había registrado fue mostrándome las habitaciones. Primero, la de Juan, aparentemente anodina, aunque a mí me llamó la atención. Nada indicaba que un chico joven durmiera allí. Ni un poster, ni el recorte de un equipo de fútbol clavado con chinchetas en la pared, ninguna señal de identidad. Sólo cuadritos discretos representando paisajes y flores, los mismos que luego comprobé podían verse en el resto de la casa. Una cama estrecha, la mesilla de noche, un exiguo armario empotrado. Abrí algún cajón, pero no había casi nada dentro: un calzador, varios lápices usados, pañuelos de papel, una tarjeta de autobús... Se lo comenté a Garzón y me indicó que el día del registro estaba todo igual.

—Es improbable que se hayan quitado cosas. Supongo que siempre ha estado así.

Entramos después en el dormitorio de la madre. Un gran lecho matrimonial ocupaba casi todo el espacio. Reinaba una aséptica pulcritud. Nada fuera de sitio, ningún síntoma de dejadez. Los mismos cuadritos en las paredes por toda decoración. No había símbolos religiosos ni de ningún otro tipo. Cuando volvimos a salir al pasillo una chica estaba mirándonos, de pie, con las manos caídas a ambos lados del cuerpo. Era Luisa, la novia de Juan. Alta, fuerte, atlética, pelo negro sobre un rostro lleno de resolución y valentía, tal y como ya imaginaba. Saludó brevemente. Su cuarto fue el último que inspeccionamos. Básicamente resultaba idéntico a los demás, sólo un viejo perro de felpa, tumbado sobre la colcha, rompía el desierto de detalles personales.

—Queremos hablar con ustedes.

Fuimos al salón. Nos sentamos en un tresillo floreado. Todo limpio y en orden perfecto. El televisor ostentaba un lugar central. En un mueble librería había algunas fotos enmarcadas que, desde nuestro sitio, no podía distinguir.

—Supongo que ya le habrán preguntado muchas veces si sabe dónde está su hijo en estos momentos.

—Sí, y ya les he dicho que no lo sé. Me gustaría que todos esos policías dejaran de vigilar mi casa. Juan no ha hecho nada.

—¿Sabe entonces por qué se escapó?

—Debió de asustarse.

—¿Por qué?

—Todo el mundo se asusta si la policía va a buscarlo.

—No me parece lógico.

—Pues a mí, sí.

Un primer fuego cruzado indicaba a las claras que la resistencia sería su actitud. Era decidida, fuerte, nada llorosa, y nos hacía culpables de la huida de su hijo.

Continué aun estando segura de que resultaba inútil.

—¿Sabe si andaba metido en algo extraño, sospechoso por lo menos?

—Juan nunca ha hecho nada ilegal.

—¿Tenía problemas personales?

—No.

—¿Advirtió últimamente algún cambio en su carácter?

—No.

Garzón se removió incómodo en su asiento. Empleó para hablar aquel tono contemporizador que yo bien conocía.

—Señora Jardiel, ¿se da cuenta de que si es verdad que su hijo no es culpable de nada, haría usted mejor en cooperar con nosotros?

—No tengo nada en lo que cooperar porque no tengo nada que decir. Mi hijo se asustó porque ustedes lo buscaban sin motivo. Antes no tenía ningún problema, ahora le ha pegado a una policía y ya pueden acusarlo de algo, por eso está escondido o se ha marchado lejos.

Me levanté, me acerqué a la ventana.

—¿Y tú, Luisa, notaste algo raro en él últimamente?

—No.

—¿Vives siempre aquí?

Por primera vez la madre intervino espontáneamente:

—Luisa es hija de mi prima que se mató con su marido en un accidente de coche. Yo la recogí y la crié. Es la novia de Juan y dentro de un mes iban a casarse. Como vería cualquiera, un chico que va a casarse no suele ser un violador.

—¿En qué trabajas?

La mujer volvió a responder por ella.

—Es cajera en un supermercado.

Me volví. Dejé vagar la vista por el pequeño salón claustrofóbico. Mientras aquella gran cariátide protectora estuviera presente la chica no hablaría.

—¿Su hijo lleva reloj? —le espeté.

Me taladró con una mirada furiosa:

—¡Pues claro que lleva reloj!

—¿Y cómo es ese reloj?

—Pues un reloj normal, se lo compré yo.

—¿Siempre compra las cosas de su hijo?

—Sí.

—¿La ropa también?

—Ya le digo que sí.

—¿Sabe que, al parecer, su hijo hizo poner una corona de púas de plata alrededor de ese reloj?

—Eso es una tontería, llevaba un reloj normal, se lo compré yo hace más de cinco años.

—¿No ha visto nunca por su casa otro reloj?

—No.

—¿Está segura, no hay algún lugar en el que su hijo hubiera podido guardarlo?

—No, yo limpio su cuarto y sé lo que tiene en los cajones, no hay ningún reloj.

—Pues hay un relojero que está muy seguro de haber hecho el trabajo de las púas para Juan.

—La gente siempre se equivoca cuando reconoce a los demás en plan forzado.

Anduve hasta el mueble librería. Pedí permiso para mirar las fotos. Me llamó la atención una bastante antigua. Representaba a un hombre de mediana edad, con traje y corbata, sin sonreír.

—¿Era éste su esposo?

—Sí.

Tomé otra foto en mi mano.

—¿Y éste es Juan?

—Usted sabrá, ¿o no lo vio? A lo mejor ni siquiera es él quien le ha pegado.

Era una serpiente dispuesta a atacar en cualquier caso. Sonreí. En realidad me hubiera sido difícil reconocer los rasgos del hombre que me agredió. Curiosamente, todas las fotografías eran de Juan y el marido muerto. Ninguna reproducía a la mujer o a Luisa. La madre me miraba como si en un descuido fuera a ser capaz de robarle algo. De sus ojos manaba una fuerza innegable.

—Tendré que llevarme las fotos de su hijo.

La chica se adelantó:

—No, por favor.

Su brazo fue atenazado por la mujer.

—Déjala.

Se acercó hasta donde yo estaba y sacó las fotografías de sus marcos.

—Quiero que me las devuelvan.

—Desde luego, cuando no las necesitemos.

El descansillo de la escalera olía a comida. Cerraron la puerta a nuestra espalda con un golpe preciso. No había ascensor. Una vez en la calle aspiré aire profundamente.

—Resulta terrible que te odien tanto.

Garzón se puso a mi lado, me tomó del codo y nos dirigimos hacia el coche.

—Pues tendrá que acostumbrarse, siempre es así. ¿Quiere que conduzca yo?

—Se lo ruego.

El viejo joyero se puso a renegar por lo bajo en cuanto nos vio. Garzón le soltó sin más contemplaciones:

—No proteste, si le citamos en comisaría será peor para usted.

Pero el viejo siguió renegando, inaudiblemente esta vez, como si dijera una oración. Le pusimos las fotos delante.

—Es imprescindible que se concentre y nos diga si éste es el chico que vino a traer su reloj para que le pusiera las púas.

Dio ostensibles cabezazos como si lamentara su mala suerte. En aquel momento se arrepentía de haber reconocido aquel trabajo como suyo. Sólo el miedo podía frenar sus pocos deseos de colaboración, pero no parecía sentirlo, era demasiado viejo como para temer una implicación seria en el asunto. Miró las fotografías entornando los ojos.

—Podría ser.

Garzón hizo como si luchara con una inoportuna carraspera.

—No es suficiente con eso. Mírelas detenidamente.

El viejo convulsionó las manos y, de pésimo humor, volvió a barajar las fotos.

—No lo sé. Ya les he dicho que aquí viene gente de todas partes. Mi vista ya no es buena. ¿Cómo voy a acordarme de uno que pasó hace meses?

—Lo que le encargó era muy especial.

—Por eso me acuerdo del trabajo, pero no de él.

Intervine con voz paciente.

—Vamos a ver, me parece normal que no recuerde los detalles de su cara, pero iremos por partes, quizá le sea más fácil. ¿Era así de alto?

—Más o menos.

—¿Así de corpulento?

—No era flaco.

—¿Con pelo corto y ojos de color gris?

—Eso no lo sé. Era joven y tenía un diente negro, ¿quiere que se lo repita? A lo mejor lo que quiere es que me lo invente.

No me inspiraba ninguna piedad que fuera viejo y solitario. Era como un personaje de Dostoevski, quizás inocente, pero ruin y mezquino. Procuré no dejarme llevar por aquella impresión literaria.

—Si un juez lo llama a declarar, ¿le dirá que lo reconoce?

Crispó sus rasgos gastados y, bajo la piel transparente aparecieron gruesas venas hinchadas.

—¡Hombre, eso está bien! A un hijo de la gran puta se le ocurre venir por mi tienda. Le hago un servicio como a cualquier cliente normal y lo que me toca es cargar con un montón de policías y jueces acosándome. No tengo dependientes ni ayudantes de taller, ¿quién me va a pagar el tiempo que pierda?, y las molestias ¿quién me libra de ellas?

—El juez le llamará.

Garzón hizo una nueva intentona antes de salir, aunque tuve la impresión de que sólo se proponía tocarle las narices.

—¿Está seguro de no poder reconocerlo por las fotos?

Obcecado como una mula y al borde del infarto el viejo respondió:

—Ya les he dicho todo lo que sé.

Agradecí salir de aquel viciado garito. Bailábamos un absurdo baile pautado de tipo tropical. Movimientos de brazos y caderas pero los pies fijos en el mismo sitio. Parecía imposible avanzar en aquel maldito caso. Suspiré.

—¿Lo tenemos todo controlado?

El subinspector también suspiró.

—Unidad de vigilancia frente a la casa de Jardiel, teléfono intervenido, orden de busca y captura transmitida a todas las unidades... no creo que se pueda hacer más.

—¿Alguien vigila el bar y el lugar de trabajo?

—Pasan patrullas.

—De acuerdo. Habrá que volver a interrogar a las víctimas, mostrarles las fotos por si hay algo que les llame la atención. No se imagina hasta qué punto me da pereza enfrentarme de nuevo con esas chicas.

—No se preocupe, lo haré yo.

—Se lo agradezco.

—¿Dónde ha quedado aquella mujer de hierro que vapuleaba a los sospechosos?

—Estoy un poco cansada. Además, ya no tengo que aparentar nada frente a usted. ¿O sí?

—Nunca se sabe, sigue siendo una mujer.

Ambos nos reímos con cierta mansedumbre.

—¿Cree que cogeremos a ese tipo, Fermín?

—Supongo.

—Como no es un delincuente de toda la vida tarde o temprano cometerá más errores. El del teléfono es uno, y no será el único.

Garzón encendió un cigarrillo y exhaló humo con el brío de un motor viejo pero bien engrasado.

—No quiero alarmarla, pero ése es un pensamiento corriente que no suele tener fundamento. El ser humano posee más capacidad lógica de la que puede parecer. En realidad, sólo con que conserve un poco la calma, las probabilidades que presenta un delincuente de cometer errores son mínimas.

—Pero ese tipo no sabe adónde ir, debe sentirse acorralado.

—Eso es lo que le sucedería a una mente normal, pero usted está convencida de que ese chico no tiene una mente normal.

—Se comporta de modo patológico. ¿Se ha fijado en la madre?

—¡Todo un carácter! ¿Y la novia?

—Estaba como sonada. Debe ser un buen trauma que a tu chico lo acusen de violación.

—Y sin embargo parecía indiferente, por lo menos distante.

Era verdad. Aunque no resultaba insólito ese proceder. La mente puede digerir o reciclar lo malo, pero lo verdaderamente terrible suele quedar fuera, agazapado, demasiado grande para entrar de pronto en la frágil cueva.

—Se me ocurre algo, subinspector. Esa nueva identificación que deben hacer las víctimas, ¿por qué no intentamos que la presencien la madre y la novia de Juan?

—¡Coño, Petra!, ¿se ha vuelto usted loca? ¿Sabe lo que está diciendo?

—Sé que es una cosa tremenda. Hay posibilidad de escenas y follones, emociones desatadas. Pero a lo mejor esa dichosa novia de Jardiel reacciona, se da cuenta de que su futuro marido ha violado en realidad a esas chicas. Quizá sufra una conmoción, incluso puede llegar a decimos dónde se esconde su novio.

A Garzón aquella sugerencia le llegaba al alma, le complicaba la vida y, sobre todo, rompía el esquema ortodoxo de una investigación. Pero, aun después de nuestra tácita reconciliación y nuevo explícito trato, yo seguía siendo su jefa, y no tenía intención de discutir mis métodos. Se limitó a comentar:

—Usted cree demasiado en la psicología, inspectora. Y yo siempre he pensado que eso es cosa de clases pudientes. Para la gente del pueblo no hay más psicología que el propio interés, el más sencillo y material.

—Entonces, ¿sólo sufren los que no tienen nada para comer?

—No, porque al final se dan cuenta de que, hasta con lo material solucionado, la vida es bastante desastrosa.

—¡Vaya, Garzón!, eso no coincide con su idea positiva de las cosas. ¿Quiere explicármelo?

—¡Ni hablar! Es usted quien me hace meterme en filosofías. No digo más que chorradas. Si de verdad quiere hacer eso tan arriesgado en los interrogatorios será mejor que nos marchemos a dormir.

Dormir. Personalmente, ni lo intenté. Estaba demasiado capturada por los acontecimientos como para meterme en la cama. Me serví una copa, puse música sinfónica y apoyé los pies sobre un puf. Miré las estanterías a medio llenar, las paredes. Mis señas de identidad estaban presentes: litografías de Chagall, libros de leyes y novelas, alguna pequeña reproducción de primitivos flamencos, discos de Beethoven, de Chopin, jazz, recuerdos de otros tiempos, objetos de artesanía sin valor... Rasgos indicativos de que una persona con su carácter, su pasado, sus manías vivía allí. Recordé la casa de los Jardiel. Había algo angustioso en ella: el falso lustre brillante de los grandes muebles, la disposición regular y simétrica de los cuadritos de flores diseminados por todo el piso. Un tremendo aire unificador, nadie de los que allí vivían había marcado su territorio, había hecho muescas de su personalidad, todos se movían en el espacio reducido bajo aquel anodino gusto más propio de un hotel barato. Los paños cuidadosamente doblados en la cocina, el soporte del papel higiénico en el lavabo, una tapa de inodoro con funda de lunares. Imaginé la existencia que allí se llevaría. Desayunos en la pequeña mesa de la cocina, con la madre probablemente en bata, presidiendo la primera comida de la jornada, como presidiría las otras. Siempre bajo la impresión de su gesto adusto. Orden y aseo parecían las consignas. Cada uno desaparecía camino de su trabajo y después volver, cenar, velada frente al televisor. Los pasillos barridos, lavado de la ropa. Como en un hormiguero, obligaciones cumplidas dentro de una organización perfecta. Cualquier veleidad personal quedaba fuera. Sí, podía ser, sentirse como en la plaqueta de un microscopio, observado por su madre. Un joven sometido a una férrea disciplina despersonalizadora podía llegar a estallar, dedicarse a ser diferente y aun opuesto en otra parte,

incluso vengarse de un elemento femenino tan totalizador. Y escoger chicas débiles para hacerlo, demasiado temeroso de la ciclópea figura materna. ¿Un desencadenante? Aquel matrimonio cercano que tenía rasgos *contra natura*. También contaban los misterios viscosos de la relación entre madre e hijo, los vericuetos oscuros, de difícil deducción.

Estaba cansada. Necesitaba apartar de mi mente todo aquel asunto antes de caer en el sueño. Fui a calentarme un vaso de leche y, al pasar por el recibidor, lo vi, era un sobre colado bajo la puerta, una carta. Ni se me pasó por la cabeza que pudiera tratarse de algo ajeno al caso. Lo tomé entre mis manos como si fuera un pájaro que pudiera asustarse. Me senté en la cocina para abrirlo. No tenía duda de que aquello era una confesión, una pista segura, una delación. Pero era una nota de Hugo. ¡Dios Santo!, ¿no podía usar el teléfono como los demás mortales, el servicio de correos, las mensajerías privadas, al menos un fax? No, él debía dejar constancia de su excepcionalidad y métodos distinguidos.

Querida Petra:

He pasado por aquí y, obviamente no estabas. Te ruego que hagas mañana un hueco en tus obligaciones policiales para almorzar conmigo. Tendré mucho gusto en presentarte a mi nueva esposa que asistirá a la comida, al tiempo que te hago entrega de tu parte económica en nuestra última gestión común. Da tu conformidad por teléfono a mi secretaria y ella te concretará hora y lugar.

Cada vez su estilo me recordaba más al de los guardias de comisaría. Tuve que echar mano de todos mis recursos budistas para encajar la noticia. Era evidente que se resistía a renunciar al último acto de la representación teatral. Necesitaba un redoble de timbales, el coro desmelenado, el público puesto en pie. Su flamante esposa. ¿Cómo podía su flamante esposa prestarse a una cosa así? ¡Y un almuerzo! Podía haber sido un desayuno, una merienda, una socorrida taza de té. Pero no, sería una larga comida con

aperitivo, pausa en el centro y digestivo final. Una tortura. ¿Qué pretendía con aquello? Quería que me sintiera culpable por los restos, que aprendiera de su glorioso *savoir faire*. Así es como se hacen las cosas, Petra, nada de largarse por las buenas, carretera y manta. Hay que pensar, intentar no herir a quien nos ama, calma, conocimiento, sosiego. Pensé en negarle mi asistencia. Pero estaba el problema de siempre, no podía. En el fondo seguía temiéndole, temiendo ver mi desastrosa imagen grabada en sus ojos. La culpabilidad. Y yo. La locura de quien lo cambia todo por nada. ¿Adónde vas, Petra?, ¿qué va a ser de ti?

Fermín Garzón no pudo ponerse al teléfono porque no estaba. «*Nunca llega antes de la una*», me dijo su patrona, «*pero me ha dado un número donde puede localizarlo*». Reconocí al instante el número del Efemérides. Allí estaba, por supuesto, feliz entre la gente de mi segundo ex esposo, ¡Dios sabría el motivo!, quizás era un alma extraviada, quizá Pepe le recordaba a su hijo ganado para la Ciencia en Estados Unidos.

—Mire, subinspector, le agradeceré que mañana haga solo los interrogatorios y las gestiones de la primera hora de la tarde. Voy a comer con alguien y quizá me retrase.

—¡Vaya!, la cuidan ¿eh, inspectora?

Debía llevar una copa de más.

—Sí, pero le aseguro que no es una ocasión de placer. Como con un amigo y su esposa.

—Entonces, ¿por qué no me invita a mí también?

Las copas de más debían ser dos.

—No sé...

—Ir desemparejada a una comida es afrentoso para una mujer.

Estaba bromeando, debí haberlo imaginado. Sin embargo, una débil luz se había abierto en mi horizonte.

—Oiga, Garzón, ¿sabe que con lo que está diciendo podría hacerme un favor grande?

—Estoy siempre a su disposición —dijo poniéndose serio de pronto.

—De verdad, ¿por qué no me acompaña a esa comida?

—Delo por hecho.

Una locura, una ridiculez. Por supuesto Garzón no sabía a qué estaba prestándose, desconocía por completo el meollo de la cuestión. Invitarlo a compartir mesa y manteles con mi primer ex esposo y su esposa actual era casi un lío de vodevil. Probablemente demasiado para él. Se había pasado muchas horas preguntándose por qué yo me había casado y descasado repetidamente y ahora yo me proponía introducirlo en otro compartimento de mi privacidad que quizás iba a suponerle un buen manojo más de interrogantes. Demasiado para él. Pero había dicho sí, ¿qué otra cosa podía hacer después de marcarse el anticipado farol caduco de «*me pongo a su disposición*»?

Valió la pena asistir a aquella comida con Garzón, ¡desde luego que sí!, aunque sólo hubiera sido para ver la cara que puso Hugo al vernos aparecer. Y ésa fue la razón menos importante. El restaurante donde me citó era lujoso, de elegancia fría e intemporal. Gruesos manteles blancos, vajilla de porcelana, camareros presentes y ausentes como muertos queridos. No quise mirar demasiado a mi heredera en el corazón de Hugo, pero enseguida recibí una primera y fiable impresión: media melena lisa, ojos ligeramente maquillados, vestido de cuello redondo, pequeño collar... una mujer discreta, discreta en el hablar, discreta en el vestir. Justo el tipo de mujer que hubiera debido ser yo. Hugo se mostraba orgulloso a su lado, pero estaba violento. Ella también. Todos estábamos violentos menos mi compañero, el ilustre Fermín. A él se le veía contento, como si aquella situación fuera la más natural. Era un especialista en ex maridos, había que reconocerlo de una vez por todas.

Escogimos el menú y empezamos a comer entre charla intrascendente. Hugo se mostraba amable, pero cuando su mirada se dirigía hacia mí, veía titilar el sarcasmo en sus ojos como el resplandor de una vela. Su nueva esposa no parecía sentir la menor curiosidad por mi persona, o simplemente llevaba tan lejos su grado de civilización que aparentaba estar muy por encima de cualquier interés. Hablamos de los inconvenientes de la vida urbana, de la intrincabilidad de los aparcamientos subterráneos, de platos típicos regionales, de viajar en avión. Nada íntimo, ninguna incidencia en la vida privada o el recuerdo conyugal. Garzón estaba en su salsa, charlaba,

bebía, comía con el apetito acostumbrado y ofrecía a la concurrencia su pinta más curiosa: traje oscuro, camisa rayada y un espantoso corbatín de lunares violeta que nunca antes le había visto. Pensé que había adquirido aquella gracia para departir sobre temas banales durante las cenas de la pensión. Era probable que cada noche compartiera la mesa con personas casi desconocidas con las que, como ahora, tampoco presentaba ningún punto en común. Hugo sin embargo, estaba a ojos vista fascinado por él. Le prestaba atención cuidadosa, observaba sus gestos, su modo de hablar y supongo que se preguntaba a cada instante qué pintaba un tipo como aquel en una comida familiar. Yo me sentía feliz, la presencia de mi guripa había disuelto como por ensalmo cualquier posible tensión. Estaba actuando como los niños que, en previsión de una bronca paterna, se presentan a la cita comprometida con un amigo. De cualquier manera Hugo podía ver cumplido su objetivo: demostrarme que estaba casado con una exitosa profesional, bella y aparente. Todo le funcionaba a la perfección, se movía en ambientes sofisticados, su vida era próspera y normal. En cuanto a mí, me presentaba acompañada de un poli pueblerino con corbatín, mis días se desarrollaban entre las sordideces de mi horrible profesión y ni siquiera en eso parecía haber demostrado excesiva brillantez. Ergo, la equivocada era yo. ¿Y cuál era la equivocación? Haber roto nuestro matrimonio, nuestra vida prometedora, el pecado original.

A los postres, y como era inevitable, afloró la acritud. Hugo se puso mordaz porque, por mucho que se hubiera propuesto no sobreactuar y dar réplicas moderadas, un tercer acto final con posibilidades de lucimiento, era demasiada tentación. Rebuscó en su cartera.

—Pido disculpas, pero Petra y yo hemos de hablar de negocios. —Se volvió hacia mí—. Porque todos los presentes saben que hemos estado casados, ¿o no?

La nueva esposa, que se llamaba Gloria, se echó a reír suavemente. Garzón se puso a observar el asunto sin ningún embarazo, sorbiendo café como si estuviera en el Efemérides.

—¿Usted está casado, Fermín?

—Soy viudo.

—¿Y no ha vuelto a casarse?

—No.

—Pues hace mal. El segundo matrimonio es el único prudente para un hombre. Uno aprende en primeras ocasiones, luego compara, sabe apreciar mejor. Es fabuloso, créame.

Yo estaba allí, con una sonrisa mecánica clavada en la boca, preguntándome de qué manera saldría de aquello sin humillarme. Hugo continuaba su representación escénica, cada vez más seguro. Su mujer lo contemplaba con la alarma algo falsa que se tiene frente a un niño mimado y adorado que no sabemos por dónde va a salirnos.

—Se tiene la oportunidad de comprobar que uno sigue siendo como era, y que sin embargo nada se hunde, todo va bien. Señal, pensamos, de que no fue tan tremendo nuestro error. Y con alguien al lado que de verdad nos ama se produce una especie de floración, un renacimiento. Cásese de nuevo, en serio, es una experiencia deliciosa, amigo Fermín.

Garzón sonreía con su mejor pinta de guardia urbano de los años cincuenta, rodeado en plena calle de obsequios de Navidad.

—Pero Petra no quiere casarse conmigo, Hugo, y no se me ocurre que pueda encontrar una mujer mejor. No tengo mucha suerte.

Todos sonreíamos, y la sonrisa de Hugo era tan apretada que temí empezar a ver sangre manando por las comisuras de sus labios. ¡*Chapeau*, mi querido subinspector!, años y años de comer bocadillos choriceros en oscuros despachos oficiales y ahora se descolgaba con una salida a lo Oscar Wilde. Mi corazón le estaría siempre agradecido por aquella *boutade*. Hugo aparentaba condescendencia, pero lo conocía lo suficiente como para saber que se encontraba molesto. ¿Quién le había dado vela a aquel ridículo hombrecillo? ¿Cómo se atrevía a deslucir su digna escena final? Así era su ex mujer, incapaz de cualquier solemnidad, apareciendo con bufones en la corte del rey. Mordió el aire de nuevo:

—¿Sabía usted que, antes de convertirse en policía, Petra fue una abogada de prestigio? Tenía por delante una carrera brillantísima, era conspicua, inteligente, dedicada. No voy a ser yo quien le niegue sus méritos. Mi sorpresa es que una persona tan sofisticada como ella haya

podido reciclarse con tanta facilidad, si es que lo ha hecho. Porque Petra era sofisticada, ¿sabe usted? En ningún caso me propongo deslucir sus aureolas populistas, pero lo cierto es que Petra siempre insistía en vestirse para cenar, no podía irse a la cama sin oír a Beethoven, frecuentaba las mejores tiendas, no hablaba con gente que considerara vulgar o poco interesante intelectualmente, no entraba en la cocina para no ensuciarse las manos, practicaba la danza, hablaba dos semitonos más bajo que el resto de contertulios, formaba parte de algún club...

Garzón hizo balancear en su copa el anís que había pedido.

—Como policía tampoco lo hace mal. Tendría que verla metida en faena. Se mueve entre putas y matones como si nada. Y de los interrogatorios a tipos malcarados y violadores para qué le voy a decir. Lo cierto es que, desde mi punto de vista a veces va demasiado lejos. El otro día puso en pelotas a un pobre ratero, en pelota picada. Lo tuvo allí más de una hora, mirándole las bolas fijamente, no hizo falta más, el tío por poco se muere. Se rajó, ¡vaya si se rajó! Y con los sospechosos tiene una lengua venenosa, escupe sapos a la mínima. Creo que es una experiencia fuerte verla trabajar.

Hugo se quedó mirándome con el asco pintado en la cara.

—¿Es verdad? —preguntó.

Y yo, soltando una clara y única carcajada llena de alegría salvaje me limité a exclamar:

—¡Sí!

Gloria tenía la mirada clavada en las migajas de pan que había sobre el mantel. Hugo estaba encarnado. Sacó varios papeles de su portafolios.

—Sería conveniente que me firmaras estos recibos, certifican que te hago entrega del dinero, es el proceso legal.

Los firmé y tomé el cheque bancario que me tendía. Lo guardé en mi bolso, impasible. Pagó la cuenta. Reinaba un silencio absoluto. Gloria puso cara de auténtico alivio cuando vio incorporarse a su marido.

—Dadas las circunstancias, Petra, es mejor que no volvamos a vernos nunca más.

—Eso es exactamente lo que quiero yo también —me oí decir.

Hubo apretones de manos circunstanciales, pero Hugo se apartó visiblemente de mí y no hizo aquel simple gesto amistoso. Entre nosotros siempre continuaría mediando su odio, un odio público y notorio como lo fue mi abandono.

El subinspector y yo esperamos a que hubieran salido para levantarnos. Anduvimos sin hablar por la calle. Refrescaba. La incidencia de los últimos rayos de sol era nula.

—Quizá no hubiera debido... —se interrumpió Garzón.

Continué caminando en silencio.

—A lo mejor yo...

Me paré. Lo miré gravemente a los ojos. Estaba preocupado y temeroso como un niño. Entonces exploté. Una risa convulsionante me recorrió el cuerpo saliéndome del pecho. No podía atajarla, reía. Las piernas me flaqueaban.

—¡Ah, Fermín!

Él sonreía, descolocado pero contento.

—¡Bueno, Petra, pare ya, la gente está mirándonos!

Pero yo no quería parar de reírme, era presa de un ataque liberador. Conseguí andar muy despacio. Los dientes de Garzón llegaban de oreja a oreja.

—Verá, pensé, ¿por qué hemos de demostrar siempre que somos maravillosos?, ¡qué más da! ¿Por qué Petra ha de ser discreta, buena, refinada y todas esas cosas positivas? Quizá no hace falta tanto, ¿por qué no ser también un poco desagradable? Eso es lo que pensé.

Estaba encantado de haberse atrevido a un acto semejante. Logré serenarme:

—Siento haberle metido en algo así. Creí que Hugo había organizado esta comida para demostrar que su nueva mujer era perfecta, pero ya ve que también quería lanzar algunas piedras contra mi tejado.

—¿Y eso le importa?

—Supongo que acabó haciéndome creer que su modo de ver las cosas era el único aceptable.

—Siempre nos descornamos para que los demás piensen bien sobre nosotros, es absurdo.

—Sí, lo es. Pero verás, después de la visión que ha dado de mí a Hugo creo que ya puedo despreocuparme por eso.

—Le repito que lo siento, he ido demasiado lejos.

—No, ha estado bien, quizás haya roto usted el maleficio. Pero pasemos a lo sustancial. ¿Ha visto este papelito?

—Tres millones de pesetas es un buen pico.

—¿Necesita dinero para algo? Si quiere puedo prestarle.

—Tengo pocas necesidades, con lo que gano vivo bien.

—Bueno, pues una de estas noches iremos a celebrarlo. ¿Qué le apetece?

—Una buena cena.

—Eso por descontado, pero haremos algo más. ¿Sabe qué se me ocurre? Iremos al Liceo a ver ópera o ballet. ¿Le parece?

—Las entradas son muy caras.

—Recuerde los tres millones.

—¿De verdad haría eso por mí?

—No me gusta la ópera pero lo haré.

Se quedó mirándome con gesto agradecido. Seguimos caminando en silencio. De repente una luz de malicia se encendió en sus ojos.

—¿En serio practicaba la danza?

—¡Oh, vamos, Garzón!

—Hubiera dado algo por verla vestida con tutú.

—¡Váyase al carajo!

Una vez de vuelta a comisaría, todo el caso momentáneamente olvidado, se precipitó de nuevo sobre mi mente. Garzón me había convencido, no interrogaría a las víctimas en presencia de la familia Jardiel, demasiado terrible. Sin embargo, la sospecha de que Luisa conocía el paradero de su novio no me dejaba tranquila. Opté por una solución híbrida. Mientras Garzón se dedicaba a las tres chicas y les mostraba las fotos de

Juan con vistas a una improbable identificación, yo me entrevistaría a solas con Luisa y le enseñaría otras fotos, todas las que los forenses habían tomado de Sonia, Patricia, Salomé y Cristina después de haber sido violadas. El material era bastante interesante, había imágenes de las chicas con el brazo marcado, primeros planos donde resaltaban todos los alfilerazos de la flor. Vendas, regueros de sangre. Podrían servir. Quizá mi confianza en que el corazón de Luisa se ablandaría era excesiva. Cabía incluso la posibilidad de que, viendo aquella realidad tan desnuda, se generara en ella un sentimiento de odio contra las víctimas, un rechazo frontal. También era posible que desconociera el paradero de Jardiel, pero la tranquilidad que emanaba de su rostro me alentaba a creer que sabía dónde se hallaba, quizá de algún modo hasta habían logrado entrevistarse. Haría todo lo que estuviera en mi mano para forzar su emotividad. Algo me indicaba que existía en ella un lado frágil, humano, franqueable, todo lo contrario de aquella férrea muralla que rodeaba a su madre adoptiva. En cualquier caso, conseguir hablarle a solas, lejos de la influencia paralizadora de la otra mujer, era imprescindible. Por ello utilicé una citación oficial aparatosa para llamarla a declarar, especificando que era únicamente ella quien nos interesaba como testimonio.

A las siete de la tarde me anunciaron que la chica había llegado. Venía asustada y llena de sospechas. Se sentó. Sin que mediara entre nosotras ni una palabra empecé a pasarle las fotos. Había estado colocándolas según una gradación psicológica que me pareció adecuada, las más impactantes primero. La miraba a la cara con toda atención para poder atisbar cualquier cambio. Le temblaban las manos de modo que las fotografías se agitaban levemente en el aire. Las observaba, deteniéndose a veces. Tenía pintados en el rostro el horror, la repugnancia, el miedo a la verdad. Comenzó a hacer lentos gestos de negación con la cabeza. Tragaba saliva, hipnotizada por las imágenes, mortalmente seria.

—Él no ha hecho ninguna de estas cosas —acertó a decir.

—Todo parece indicar que sí.

—No ha sido él.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque lo sé.

—¿Te lo ha dicho él mismo?

Se calló. Tomé asiento frente a su silla.

—Quizá lo que ocurre es que quieres creer en su inocencia.

—Juan no es capaz de algo así. Si le hubiera dado la gana hubiera podido acostarse conmigo, viviendo juntos hemos tenido muchas ocasiones, pero nunca me tocó. Quería que estuviéramos casados. Lo han educado muy recto y tiene sentido de la moral.

Suspiré.

—Eso no prueba nada, incluso puede llegar a indicar lo contrario. Obligado a tener siempre una conducta intachable se desfogó de esa manera terrible.

—No.

—¿Es dura su madre con vosotros?

—Nos ha educado bien. No soporta a la gente que hace lo que le da la gana, a los jóvenes que se portan como animales, a los que beben alcohol y se drogan.

—Y esa educación ¿no ha sido demasiado rígida?

—No. Es una mujer buena y trabajadora, nos ha enseñado a tener moral y dignidad, a que nadie pueda decir nada de nosotros.

—¿Y qué piensa Juan de eso?

—Le parece bien. A Juan y a mí nos repatea la gente viciosa, nos dan asco los que no saben cumplir con sus obligaciones.

—¿Eso también os lo han enseñado?

Se quedó silenciosa. Miró hacia todos los rincones del despacho, se estrujó las manos. Abrió la boca como para decir algo y luego la cerró. Frunció un ceño espeso y obcecado.

—Anda usted completamente equivocada... —dijo de pronto—. ¿Mi madre no le ha contado nada de nuestra familia?

—Sé que tus padres murieron en un accidente y ella se hizo cargo de ti.

—Pues no es verdad.

Se me aceleró el pulso.

—¿No es verdad?

—No. El padre de Juan no murió, ni mi madre tampoco. Se largaron juntos un buen día y si te he visto no me acuerdo. La madre de Juan me recogió y nos sacó a los dos adelante.

—¿Y tu padre?

—No quiso saber nada de mí, decía que un hombre solo no puede vivir con una niña. Dejó que la madre de Juan me llevara con ella. Ella le dijo: «*No volverás a verla más, después no se te ocurra venir a reclamar que eres su padre*». Pero no ha vuelto nunca, ni siquiera se ha interesado por mi salud. Ya puede ver si esa mujer es buena o no, y si nos ha tratado bien. Y puede darse cuenta también de qué opinamos Juan y yo sobre la gente que no tiene moral.

Tuve que cerrar la boca para que no se me desencajara por completo. ¡Gran historia!, un raro híbrido entre Eugène Sue y Sigmund Freud. Aquella desgraciada no era consciente de que cuantos más argumentos exculpatorios me proporcionaba, más marcaba un círculo de sospecha sobre su novio-hermano.

—¿Por qué la madre de Juan mantiene todo eso oculto y dice que es viuda? ¿Por qué ha inventado ese cuento de tus padres y el accidente?

—¿Qué quiere, que todo el mundo sepa de quién somos hijos? ¡A quién le importa! La he oído decir mil veces que aunque seamos gente sencilla tenemos tanto derecho a nuestro honor como el primero.

—¿No habéis vuelto a saber nada de tu madre, o del padre de Juan?

—Ya le he dicho que no hemos vuelto a saber nada de nadie, y si se hubieran metido en nuestras vidas, mi nueva madre los hubiera echado a los dos.

—Entiendo.

—Ahora ya sabe por qué Juan no puede haber hecho esas cosas horribles a las chicas.

—Y ¿por qué ha huido?

—No lo sé.

Guardé silencio. Su cara se había contraído en un rictus ofendido.

—Tengo una última pregunta que hacerte, pero quiero que pienses bien antes de contestar, quiero que pienses en lo que puede convenirle a Juan en

estas circunstancias, sobre todo si es cierta su inocencia. Luisa, ¿tú sabes dónde se encuentra ahora?

Ni siquiera hizo una pausa.

—No —contestó.

—¿Estás segura?

—Es la verdad.

—De acuerdo, puedes marcharte, pero si llegas a establecer contacto con él, dile por su bien que se entregue.

No respondió.

Antes de volver a casa quise entrevistarme con Garzón. Ardía en deseos de hacerlo partícipe del folletín. Llegó cansado tras haber estado interrogando de nuevo a las víctimas. Arrojó su gabardina sobre el perchero y se derrumbó en un asiento.

—¿Han reconocido algo de Jardiel?

—Nada.

—¿Ni siquiera el tipo, la complexión?

—Sólo saben decir no. Toda la tarde currelando sin ningún resultado.

Encima una de ellas se ha echado a llorar.

—¿Salomé?

—Sí. Se apartaba de mí como si yo fuera un monstruo.

—A esa chica le costará superar el trauma.

—Y por supuesto falta el testimonio de la que han mandado a Estados Unidos.

—Me pregunto si el padre tenía derecho legal a quitarla de en medio.

—A mí ya no me hable de derechos legales, estoy reventado.

Dejó caer los hombros desmayadamente. Para animarlo le conté lo que Luisa me había confesado. Pensé que se entusiasmaría con aquel terrible melodrama, pero se quedó inerte como un paquete abandonado en una terminal de autobús.

—¿No le parece importante?

—Supongo que sí.

—¿Sabe lo que significa estar sometido durante parte de la infancia y toda la juventud a un clima continuado de dogmatismo moral?

—Imagino que yo mismo debo haber sido víctima de él.

—¡No es comparable! Esos muchachos han vivido en un universo hermético, viciado, lleno de odio, de sentimientos de vergüenza, de culpabilidad, de venganza. Se les ha enseñado a ocultar la verdad y a detestar a quienes los trajeron al mundo. Es terrible, es... un perfecto caldo de cultivo para cualquier patología mental. De ahí podría salir con toda facilidad un violador.

—Con lo que se demostraría algo que yo siempre he pensado, y es que los asuntos de coño vienen a su vez de otros asuntos de coño.

Di un respingo.

—Pero ¿qué dice, Garzón?

Me miró, inocentemente sorprendido.

—Usted dijo que no le importaba oír tacos.

—Pero eso es una impertinencia y una vulgaridad impropia de usted.

Se puso muy serio y malhumorado como un crío. Renegó entre dientes:

—No es nada sencillo saber lo que es pertinente y lo que no lo es.

Me levanté y cogí el bolso.

—Parece que ha tenido usted una mala tarde. Ya nos veremos mañana.

Estaba más enfadada por la indiferencia de Garzón hacia mis averiguaciones que por la malsonancia en sí. Era difícil hacerle comprender que cuadrando el perfil psíquico de un violador, el caso podía considerarse resuelto. Pero los motivos psicológicos eran poco contundentes para él. Hubiera comprendido mejor que un tipo violara por simple maldad, por sexo. En cualquier caso, aquella deformación familiar que a mí me iluminaba las cosas como un rayo de luz, no significaba para el subinspector más que un asunto de coños. Alabadas fueran las mentalidades primarias. Y todo ello pocas horas después de haberse comportado como un caballero andante frente a Hugo. No hay nada peor que seguir conviviendo con un héroe después de perpetrada su heroicidad.

Entré en mi casa de franco mal humor. Busqué en la nevera algo para comer. Las provisiones empezaban a escasear y pensé que debería hacer

algo para evitarlo, pero no aquella noche. Aquella noche sólo necesitaba dormir. Sin embargo, a las doce me despertó el teléfono. Reconocí una voz estropeada por la vida.

—Al habla Fermín Garzón.

—¿Qué ocurre, le han cogido?

—No es eso, sólo quería decirle que lo siento sinceramente.

—¿Cómo?

—Ya sabe, lo que dije antes, lo del asunto de..., en fin, ha sido una tontería y debería haberme dado cuenta de que iba a sentarle mal. Pero ¿sabe lo que me ocurre?, pues que cada vez me cuesta más darme cuenta de que estoy con una mujer.

—Gracias, eso es muy halagador, pero no sé cómo tomármelo.

—Tómeselo bien. ¿Estaba dormida?

—Sí.

—Pues ahora ya tengo dos razones para pedirle perdón.

—Olvídelo, volveré a dormirme enseguida.

—Buenas noches, inspectora, mañana la veré.

Me acurruqué en la almohada y apagué la luz. De pronto me acometieron unas incontenibles ganas de reír. Y reí, moviendo rítmicamente el colchón. Era la primera vez que reía de ese modo, en la cama, sola, en medio de una total oscuridad.

Durante la semana siguiente continuó la búsqueda de Juan Jardiel. A pesar de tener tantas unidades alertadas a nuestro servicio no había ni rastro del presunto violador. Los periodistas permanecían al acecho, sin olvidar el caso. Yo daba rodeos antes de llegar a comisaría y hacía lo mismo de vuelta a casa, sin perder nunca la sensación de que estaban siguiéndome. Con el faro de alarma social aún encendido, no podía permitirme el lujo de enviar a ninguno de los informadores al infierno. Pepe, por su parte, me ponía al corriente de las visitas de la periodista televisiva al Efemérides. No parecía importarle demasiado que se paseara por allí. Llegué a sospechar que le divertía, que alentaba aquella presencia intermitente fingiendo saber. Yo

estaba estática, dándole vueltas continuamente a los datos que teníamos. Pensaba, como si pensar por sí mismo fuera a hacernos avanzar en la investigación. Garzón no seguía mi ejemplo, se movía, acompañaba a algunas patrullas mientras buscaban, se entrevistaba con el juez. Andaba como siempre metido en sus contactos con confidentes, tras aquel alijo misterioso del que ni a mí me informaba por no quebrantar el secreto profesional. Admiraba su capacidad para la acción.

Una mañana fui al banco para ingresar mis tres millones. Ése sería el último dinero inesperado que iba a llover sobre mí, de modo que pensé hacerlo durar, el último esplendor del pasado proyectaría su sombra benefactora aún durante un tiempo. Pero el ahorro comenzaría después de haber cumplido mis promesas con Garzón. Fui al Liceo y compré entradas para *Aida*. Cuando se lo comuniqué a mi compañero por teléfono quedó emocionado y concretamos una cita para el día siguiente.

Era una noche helada de febrero. Habíamos acordado encontrarnos en las Ramblas. Cuando llegó Garzón, tuve que mirarlo dos veces para estar segura de que era él. Estaba vestido con un traje tan compacto como la armadura de un caballero medieval, gris oscuro, surcado de rayitas blanco lechoso, camisa amarilla, corbata azul traspasada por un alfiler de perla y, en el ojal, una minúscula insignia de la policía. Resultaba impactante, como un *capo* de la mafia en un día de boda. Tenía el pelo cuidadosamente engominado, peinado hacia atrás, y el bigote colocado en orden de cepillo como una lustrosa foca rescatada por Greenpeace. Yo me había encasquetado mi sastre negro de las ocasiones y el collarcito de oro, así que, a su lado, quedaba un tanto deslucida, víctima de cierta desvaída discreción.

Estaba nervioso como un niño, loco ante aquella posibilidad de ver ópera, entrar en el Liceo, pasearse por lo que para él parecía ser casi un santuario. Me preguntaba por qué en aquella mente tan cartesiana entraba la imagen rutilante de la ópera como una mitología decisiva. Hizo que sacara las entradas del bolso y se las mostrara. Me rogó que, al final de la noche, se las entregara para guardarlas como recuerdo.

—Le habrán costado una pasta —dijo.

Yo le comenté que él hubiera podido ir al Liceo cuando hubiera querido, porque no era tanto el dinero como para no gastárselo llegada la ocasión.

—Nunca hubiera ido solo. Me impone demasiado ese lugar que no es el mío, hubiera estado todo el rato temiendo hacer el ridículo, cometer alguna incorrección. Tampoco hubiera sido capaz de tomar la decisión de gastar dinero en algo tan poco necesario.

—No tiene que rendir cuentas a nadie.

—Es verdad, pero después de pasarse tantos años cumpliendo con el deber, uno queda imposibilitado para hacer lo que le da la gana.

Me eché a reír. El subinspector era certero y sentencioso como un santón. Había algo ciertamente mágico en él, una especie de potencia positiva capaz de avasallar cualquier incertidumbre. Pero aquella noche estaba especialmente brillante y profundo.

Cuando entramos en el teatro, cogimos los programas de mano y nos paseamos por el majestuoso *hall*, Garzón se encontraba en algún séptimo cielo insondable del que emergían radiaciones y haces de luz. Literalmente refulgía y si lo hubieran colgado del techo hubiera parecido una lámpara más. Estaba reconcentrado en sí mismo, avaricioso de cada momento, atesorador, ni siquiera se fijaba en otras personas, su trance era privado, un transporte feliz. Susurraba frases inconexas: «... *años y años de lujo, armonías y reservados, Mariona Rebull...*». Me costaba creer que el lustre ancestral de la burguesía catalana fuera el motivo de su embeleso, pero no le hice ninguna pregunta y lo dejé disfrutar. Durante la representación estuvo también tocado por la gracia, aunque no más que al pasear por los salones, escalinatas y *foyer*. En los entreactos no me habló, no se atrevió a fumar ni un cigarrillo. Reconozco que la ópera nunca ha sido mi pasión, pero tuve que verla con tanta ausencia de distracciones que llegué a una concentración total.

A la salida Garzón flotaba en el aire húmedo de mar, tenía los ojos levemente velados. Seguía sin decir palabra, ahuecado y místico, sin notar el frío que mordía los huesos.

—¿Le ha gustado, Fermín?

—Ha sido inolvidable.

Los elegantes espectadores empezaban a mezclarse con la gente que paseaba por las Ramblas. Caminábamos sin rumbo fijo.

—¿No piensa hablar en toda la noche?

Despertó de su sueño.

—Perdóneme. He sido una mala compañía, un aburrido, pero estaba tan metido en el espectáculo. Tengo que estarle agradecido, Petra, gracias a usted...

—No se ponga solemne y dígame dónde le apetece cenar.

—Donde usted quiera, quizá la emoción no me deje comer.

—Estoy segura de que lo superará.

Lo superó, y comió con enorme apetito: aguacates rellenos de gambas y chuletitas de cordero lechal. Pedí una botella de cava que, antes de que hubieran servido el postre, se acabó. Encargué otra sin que Garzón protestara. Entraba bien, hacía bailar los pensamientos sobre un cojín efervescente.

—¿Se da cuenta, Petra? La felicidad debe ser algo así.

—¿Ópera y champán?

—No exactamente. Me refiero a que debe ser magnífico haber heredado de tus antepasados tanta finura y dinero que ya no sea necesario preguntarse si es lícito disfrutar de los placeres.

—A nadie le está vedado disfrutar.

—Yo debo pertenecer a la octava o novena generación de esclavos, siempre se me ha indicado el valor de las cosas, siempre el deber, siempre trabajar para pagar lo poco que tengo. Cuando la cosa viene de atrás es mejor.

—Se supone que usted hubiera podido variar su suerte.

—Y puede que sea verdad, pero ¿para qué me hubiera servido descornarme si mi madre no habla francés? Eso ya no tiene remedio. Lo vi una vez en una película, el colmo de la clase es que tu madre hable francés.

—Es usted la hostia, Garzón.

—Salvadas las distancias, puede que lo sea.

Nos reímos de buena gana. Él rellenó las copas alegremente, vació la suya de un trago.

—Vámonos, la nuestra es la única mesa que queda con gente, me siento culpable por eso. Ya ve que me siento culpable por todo, también cuando me extralimito disfrutando de algo ¿Qué le parece si tomamos una copa en otro sitio? Esta vez la invito yo.

Atravesamos el restaurante ante la mirada extrañada de los camareros. Obviamente no formábamos la pareja ideal. Una vez en la calle el subinspector se libró a toda serie de fantasías humorísticas. Ambos estábamos achispados.

—¿Se imagina, Petra, que ahora nos encontráramos con el violador? Yo me arrojaría sobre él, le haría una llave de judo y le obligaría a morder el polvo. «¡Atrás, cabrón...! —le diría—: ...no te atrevas a tocar de nuevo a esta dama!». Entonces usted saltaría a su vez sobre mí y respondería, ofendida: «¡Garzón!, ¿aún no se ha enterado de que es humillante intentar salvar a una mujer?».

Estaba sembrado, Garzón, y un poco borracho también.

—Luego el inspector jefe nos felicitaría: «*Muy bien, muchachos, un policía debe estar siempre alerta, incluso después de haber visto Aida en el Liceo*».

Se reía como un bendito.

Entramos en un local donde sonaba una suave música de jazz. Garzón pidió un coñac doble, se serenó.

—Nunca he entendido el jazz, es una música para intelectuales.

Dejamos fluir en silencio el chorro lánguido de un cuarteto clásico, punteo de piano, zumbido de bajo...

—Hábleme de la culpa, Garzón.

—¿De la culpa?

—Sí, de ésa que siente cuando se extralimita. Se le borró la sonrisa, bebió coñac.

—Es una vieja historia, Petra.

Se frotó los ojos enrojecidos por el humo del tabaco. Suspiró.

—Mi madre era muy religiosa. Me enseñó que nunca debía sentir demasiado placer. *«Cuando te comas un buen trozo de carne, piensa que hay gente que no tiene nada que llevarse a la boca —me decía—: Cuando estés calentito en la cama acuérdate de los que no tienen donde dormir.»* Siempre cosas por el estilo, y si le contestaba: *«Madre, no conozco a ningún necesitado»*, saltaba como si le hubieran picado y contestaba: *«¡Pues los hay!, aunque sea muy lejos, en el Perú. En el mismo momento en que a ti se te deshace una onza de chocolate en la boca, en ése mismo momento, un niño pobre está muriéndose de hambre, en ese instante, dando el último suspiro, entregando el alma a Dios»*.

Apartó sus ojos cansinos de su recuerdo y los fijó en mí.

—¡Qué barbaridad! —dije por decir algo.

—Pues ya ve. Lo malo era que yo no podía hacer nada por aquellos batallones de hambrientos que llegaban hasta Perú. Pero daba igual, la merienda ya no me sentaba bien. A veces tiraba el chocolate a una cloaca con vistas a que, cuando el niño de turno expirara, a mí me cogiera comiendo sólo pan. Creo que por eso me hice policía, para ayudar a los más débiles. Y luego, lo que son las cosas, me he pasado toda la vida jodiéndolos y enviándolos a chirona. Porque casi siempre son los más débiles o los más pobres los que cometen delitos ¿o no?

—Supongo que así es.

—Y no era sólo la merienda o el calorcito de la cama lo que me echaba en cara, luego estaba todo lo demás: las diversiones, los amigos. Hasta me casé con la mujer que más me convenía espiritualmente, y no con una que me gustara de verdad.

—Pero usted ha sido muy feliz con su mujer.

Se quedó callado un momento. Apuró el coñac y pidió otro al camarero. Cuando se lo trajeron dio a la copa un trago vehemente que era casi un mordisco.

—Eso he querido pensar siempre para no volverme loco. Pero mi mujer era igual que mi madre, o peor, porque con mi madre no tenía que compartir la cama y con ella sí. Sus manías de limpieza, su beatería, su estupidez, sus remilgos. A saber por qué siempre le fui fiel. No se podía hacer el amor en

viernes, ni en Cuaresma, ni por Navidad, porque era indecoroso estar haciendo «esas cosas» mientras nacía nuestro Salvador. Y cuando la operaron de los ovarios y no pudo tener más hijos, entonces argumentaba: «¿Para qué Fermín, para qué vamos a estar juntos si Dios ya no nos quiere como marido y mujer?». No se imagina lo que es para un hombre aún joven y fuerte acostarse bien afeitado, con pijama limpio y agua de colonia para recibir siempre la misma respuesta.

Me miraba sin verme. Supe que no debía decirle nada, sólo dejar que hablara.

—Luego llegaba a comisaría y me veía metido en aquel ambiente de miseria mental. Los compañeros bromeando con las putas que a veces deteníamos. Las cenas de homenaje cuando alguno se jubilaba, todos borrachos en la mesa, muertos de risa, operando de fimosis a una salchicha. Eso ha sido mi vida, Petra, poca cosa. Así que ahora, cuando sería el momento de sentirme a gusto con mis recuerdos, sólo pensar en ellos me pone a parir.

—Tiene usted a su hijo.

—¿A mi hijo? Cuando fui a verle a Nueva York no sabía qué hacer conmigo. Me presentaba a gente que sólo hablaba inglés. Al cabo de quince días se le notaba que andaba loco porque me fuera y le dejara libre el sofá de su pequeño apartamento. Sólo tenía amigos raros, gente con quien yo no hubiera podido estar ni cinco minutos. Ahora apenas me escribe. A lo mejor también está traumatizado por la educación que le dio su madre, como yo, como usted dice que le pasa a ese violador que perseguimos.

Estaba abotagado, pálido, con las facciones desencajadas y las ojeras violáceas. Había bebido y hablado demasiado, le afloraba todo el cansancio de la noche, de la semana, de la vida quizá.

—No piense que es el único que está solo, Fermín. Yo también lo estoy, tantos errores... cambios bruscos, proyectos súbitos, matrimonios fracasados... Todo el mundo está solo, pero las cosas son así, si vives tienes que ir trampeando. Además, da igual que decidas ingresar en la Trapa o irte a una isla desierta, no hay descanso, al final acabas cabreándote con el padre prior o te molestan los graznidos de los pajarracos que hay en el

cocotero bajo el que has decidido dormir. Lo importante es la paz interior, y la paz interior nadie sabe cómo se consigue.

Se quedó sonado como un viejo boxeador.

—Habla usted bien —dijo—. Se nota que ha estudiado.

Nos quedamos vacíos y exhaustos, silenciosos.

—¿Quiere que nos marchemos, Fermín?

—¿Cree que el Efemérides estará abierto?

—A estas horas... no sé. ¿Va a beber más?, no estoy segura de que le convenga.

—Es muy tarde, tiene razón, habrá que irse a la cama.

Al levantarse se tambaleó. Yo no me encontraba en un estado mucho más sereno, pero intenté trepar por la cresta de la ola alcohólica que se cernía sobre mí. Salimos a la noche gélida. Se calló la música de jazz. Lo prudente hubiera sido tomar un taxi, pero no se veía ninguno. Me puse yo al volante y Garzón se sentó pesadamente a mi lado. Lo llevé a su pensión. Miraba fijamente a través del parabrisas. Cuando llegamos parecía no reconocer el lugar. Le sacudí el brazo suavemente.

—¿Se encuentra bien, subinspector, quiere que demos una vuelta antes de entrar en su casa?

Salió de su sopor insomne.

—No, estoy bien. Muchas gracias por esta noche estupenda.

—Buenas noches, Fermín.

Lo vi alejarse hacia la puerta de la pensión, grueso bajo su traje armado, imposible cuadratura del círculo. Luego metí primera sin demasiado convencimiento de llegar salva a casa. Pero llegué. Al entrar, el silencio de las habitaciones me pareció un refugio de paz. Me tendí en la cama vestida, incluso con abrigo, y pensé que lo más práctico sería dormir de esa manera. Un segundo después de tomar tan valiente decisión sonó el teléfono.

—Por fin la localizamos, inspectora.

Estaba tan confusa, me costaba tanto entender, que de ese momento sólo recuerdo haber permanecido muy quieta, asintiendo con la cabeza como un niño que no sabe hablarle al auricular. Cuando colgué, es curioso, lo único

que me preocupaba era cómo avisar a Garzón sin que su patrona pusiera el grito en el cielo. Pero era inevitable que se cabreara y se cabreó.

—Es un grave asunto policial —articulé como excusa.

—Espérese.

Dos minutos más tarde oí la voz de mi compañero.

—¿Subinspector? Soy Petra Delicado. Lamento molestarle en estas circunstancias, pero no he tenido otro remedio. Han encontrado a Juan Jardiel, muerto en un callejón. Al parecer alguien lo ha asesinado.

Esperé oír una fuerte exclamación, un balbuceo de sorpresa, un exhabrupto de resaca, una maldición, un retruécano, pero lo único que llegó a mis oídos fue un lacónico y desapasionado: ¡Vaya por Dios!

OceanofPDF.com

10

Lo habían encontrado sobre las once de la noche, tirado en una calleja cercana a su casa, con varios navajazos en la parte izquierda del cuello y el pecho. Era el primer cuerpo muerto violentamente que veía, era incluso mi primer cadáver en general. Lo observé con frialdad, intentando que mis ojos traslucieran reacciones profesionales, pero hubiera deseado alejarme de allí.

La escena se hallaba llena de guardias. El comisario estaba también.

—Mal asunto, ¿no, Petra?

—¿Cómo fue?

—Le atacaron por delante y no hay indicios de lucha.

—Cogido por sorpresa.

—Eso parece.

—Por delante y por sorpresa. Curioso ¿verdad? Debía ser alguien que lo conocía, ¿qué piensa usted?

—Alguien debió citarlo aquí. Es un buen sitio para que nadie le oyera gritar, si es que gritó.

—¿Cómo relaciona esto con el caso?

—No lo sé. Es pronto para hacer conjeturas. Vamos a ver qué pruebas se obtienen del cadáver, haremos una lista de sospechosos y... ¿quién lo identificó?

—Uno de los guardias, con las fotos que usted les había facilitado.

—Buen trabajo.

—La policía, generalmente, funciona bien. ¿Cree que es el mismo hombre que la atacó?

—Sí, sin duda lo es.

Nadie le había cerrado los ojos. Volví a mirarlos y reconocí aquella gran profundidad vacía, eran casi tan inexpresivos en la muerte como en vida.

—¿Dónde está su compañero Garzón?

—Con el juez.

Entonces el comisario atisbó mi atuendo festivo bajo el abrigo y dibujó una sonrisa burlona.

—Se ha puesto muy elegante, ¿no será para recibir a los periodistas? Allí, tras el cordón policial hay una auténtica nube. Supongo que están esperándola.

—Señor, por favor, le ruego que hable usted personalmente con el juez y le pida que declare secreto este asunto.

Se echó a reír.

—¡No sea novata, Petra! Nosotros siempre intentamos que los casos se declaren secretos, pero los jueces hacen lo que quieren. Tendremos que acostumbrarnos a vivir entre periodistas, no hay más gaitas.

Se alejó con un andar atlético bastante estudiado.

—¡Manténgame informado!, y si requieren ayuda, díganlo. Supongo que aún podré rapiñar un poco más de personal suplementario.

Me acuclillé ante el cadáver. Ahora sí podía escudriñarlo tranquilamente. Era patético, sus grandes ojos abiertos hacia el cielo oscuro. La sangre coagulada sobre las heridas parecía un informe montón de posos de café. Despatarrado, los brazos abiertos en cruz. Acerqué una mano temblorosa y, sin apenas tocarlo, levanté su labio superior. Apareció a la vista el diente ennegrecido. Lo solté con repugnancia y quedó ligeramente arremangado. Una espantosa sonrisa. Me volví, superé el instinto de marcharme y regresé junto al cuerpo muerto. Con cuidado de no tocarlo miré en su muñeca. Llevaba reloj, un reloj aparentemente convencional. Cuando el cadáver fuera oficialmente levantado podría estudiarlo, rastrear en él detalles significativos. En cualquier caso, parecía evidente que no tenía incorporado el artilugio de marcar chicas. El hecho de que no lo

llevara puesto descartaba la posibilidad de que alguien le hubiera matado repeliendo un intento de agresión. Pero ¿había en realidad algo que debiera considerarse descartable? Podía haber intentado violar a una chica sin intención de marcarla esta vez. ¡Aunque era tan difícil creerlo!, un tipo acosado por la policía, solo, desequilibrado, ¿cómo hubiera sido capaz de cometer un nuevo delito? A no ser que se tratara de un intento de despistar y alejar de sí el rastreo policial. Quizá la frialdad que desde el principio le habíamos supuesto era aún mayor de lo que imaginábamos, quizá con toda premeditación había dejado de lucir el fatídico reloj de púas para violar a otra chica, quizás ésta se resistió, llevaba un cuchillo encima, le asestó las puñaladas, después se asustó y se fue sin dar cuenta a la policía.

—Demasiado complicado —dijo Garzón.

—Quién sabe, *mon ami*, quién sabe —le contesté sin ningún convencimiento.

Dos días después tuvimos el informe pericial del forense. En efecto no había existido violencia previa a la muerte. El asesino, fuera quien fuese, no le había dado golpes o arañazos. La víctima no se defendió. Fuera quien fuese, se puso delante de Juan, o estaba hablando con él, y sin aviso, le atacó. Ninguna contraofensiva, de un modo increíble fue sorprendido y se dejó matar. Cinco puñaladas de profundidad media demostraban que se había tratado de un ataque cargado de decisión.

—Tiene que haber sido una venganza —afirmé.

—O bien alguien que conocía desde hace tiempo su secreto y, de pronto, por algún motivo que no sabemos, lo asesinó.

Estudiamos largamente el reloj que el muerto llevaba. Era vulgar, nuevo, uno de esos relojes que pueden comprarse por dos o tres mil pesetas en cualquier parte. Garzón dedujo enseguida que acababa de adquirirlo con la intención de enterrar para siempre el recuerdo de las púas.

—De ese modo, si lo atrapaban, no sería llevando esa prueba inculpatoria. Reflexioné.

—Hay algo que no me cuadra. En primer lugar, no es lógico que un tipo culpable prevea las circunstancias atenuantes en caso de captura. Además,

aun suponiendo que hubiera tirado el reloj de las púas a una cloaca, ¿por qué tenía puesto un reloj tan nuevo?

—¡Porque lo compró para sustituirlo!

—Eso significaría que habitualmente usaba todo el tiempo el de las púas, lo cual no creo en absoluto. Entonces, ¿dónde está el que llevaba cada día? Su madre dijo que le había regalado uno años atrás, por lo cual es imposible que se trate de éste, completamente nuevo. Y bien, entonces ¿dónde está ese reloj, el suyo, el de siempre? ¿Por qué no lo llevaba en el momento del asesinato?

—No querría que le identificaran con ninguno de sus relojes.

—Eso es absurdo, Garzón.

—En un caso de pánico la mente no siempre funciona a pleno rendimiento. Debió creer que llevar un reloj nuevo le evitaría peligros.

Negué distraídamente con la cabeza, suspiré:

—¿Ha ido la familia a identificarlo?

—Sí.

—¿Y?

—Un drama, ya puede imaginarse.

—Me lo imagino.

—Pero no un drama tan trágico como yo pensaba. La verdad es que tanto la madre como la novia de Juan estaban más agresivas que tristes.

—¿Agresivas?

—Aún llorando, no han parado de decir que la responsable de la muerte de Juan es usted.

—Eso también me lo imaginaba. Es un razonamiento fácil, yo le señalé como culpable sin tener pruebas definitivas y ahora alguien se lo ha cargado por ser el violador. Estaba segura de que se harían esa composición de lugar, es la que más les conviene. ¿Y el relojero, ha venido ya para identificar el cadáver?

—Aún no. Ha dicho que no vendrá hasta que no cierre la tienda.

—¡Vaya huevos!

—También dijo que él era un trabajador, y que la policía no puede disponer por las buenas de su persona.

—¡Viejo cabrón!

Tuvimos que esperar en el depósito casi dos horas hasta que al joyero le dio por aparecer. Me sentía furiosa. Llegó, como siempre, enfurruñado y cascarrabias. Llevaba encasquetada una gran gorra de pata de gallo que ni siquiera se quitó como detalle de respeto al muerto. Llamamos al encargado y nos abrió el cajón frigorífico. Miró al interior con cara de asco.

—¿Es éste el chico a quien vio?

Lo observaba como si fuera una de tantas basuras esparcidas por el mundo.

—Puede ser.

—Examínelo con detenimiento.

Se volvió, crispando su boca fruncida mientras hablaba:

—Oiga, se lo dije con las fotos y se lo diré veinte veces más. Soy viejo, veo a mucha gente y no puedo acordarme de todo el mundo. Creo que está muy claro.

Me acerqué a él presa de un gran nerviosismo.

—Óigame usted a mí, desde que le vi por primera vez no ha hecho usted más que poner dificultades. Ahora estamos tratando un asesinato, entiéndalo. Si se niega a colaborar voy a encargarme personalmente de que le marquen la cara a hostias, hablo en serio, por más viejo que sea.

Se asustó. Replegó el cuerpo como una babosa. Miró a Garzón pidiendo clemencia.

—¡Míreme a mí! —chillé—. Y después mire al muerto y diga de una puta vez si es para quien hizo el encargo.

Titubeó aún. Lo cogí del brazo y lo empujé poniéndolo frente al cadáver de Jardiel. Temblaba.

—Sí, guarda parecido, sí. El que vino tenía el pelo de ese color, y la cara, sí, creo que es él.

Levanté el labio del muerto y le mostré el diente oscuro.

—Sí, lo es, seguro que es él.

—De acuerdo, puede marcharse.

Se largó lo más rápido que pudo. Garzón me miraba con ironía.

—Ha vuelto a salir la fiera que lleva dentro, ¿no, inspectora?

—Y lo malo es que esta vez ha sido de verdad y no para impresionarlo a usted. Tendré que empezar a preocuparme.

—¿Por qué la exalta tanto ese honrado comerciante?

—¡Al carajo los honrados comerciantes!

—Si no me equivoco está seriamente enfadada.

—¡Y cómo le parece que puedo estar! ¿Qué más puede ocurrir? Tenemos prácticamente acorralado al culpable y se nos escabulle en las mismísimas narices. Una semana más tarde lo matan y no hay ni un jodido indicio de quién ha sido o por qué motivos lo ha hecho. ¿Cree que es como para reírse?

—Vayamos a tomar un café.

Salimos del deprimente depósito. Agradecí el olor denso y cotidiano del café, las risas de la gente.

—¿Sabe lo que le digo, Fermín? Que si ahora nos quitaran el caso nos lo tendríamos bien merecido.

—¿Miedo a hacer el ridículo?

Di un trago amargo a mi taza.

—Lleva razón, acaban de matar a un hombre y lo único que siento es que me toquen el honorcillo profesional.

—¿Qué otra cosa puede hacer?

—No sé, sentir pena, conmiseración, o alegrarme porque ya no habrá más violaciones, cualquier cosa menos preocuparme por mi jefe. El oficio de policía es cruel.

—Todos lo son, la crueldad está dentro de nuestras almas.

—¡Bien, subinspector, apúntese un tanto poético! Y larguémonos enseguida, no tenemos tiempo para perderlo en bares.

—¿Adónde quiere ir?

—A casa de los Jardiel. Quiero que identifiquen el reloj que Juan llevaba puesto cuando lo asesinaron.

—Si lo prefiere voy yo solo.

—No, iré también. ¿Teme que me agredan?

—Sería muy raro, pero aún sin agresiones, puede resultar desagradable.

—Y usted pretende preservarme de la dura realidad. No sé si darle las gracias o cabrearme.

Salió detrás de mí, emitiendo un cloqueo característico, reía, renegaba quizá, no quise volverme para saberlo.

La claustrofobia frente al piso de los Jardiel me acometió mucho antes de entrar, en las escaleras pintadas de verde oscuro, oyendo filtrarse voces y ruidos desde el interior de las viviendas. Se incrementó cuando la madre de Juan abrió la puerta, nos dejó pasar. Pude ver de nuevo aquel orden gélido y limpio, la banalidad impersonal de los cuadros y muebles. Así debía ser el orgullo de la gente humilde, poder vivir en el caos y no hacerlo, ser pulcro, organizado, que ni una mota de polvo escapara al férreo control. De ahí debía partir su sentido de la dignidad.

Contra lo que esperaba, la mujer me miraba sin rastro de odio, sin huellas de haber llorado, sin ninguna expresión.

—¿Cuándo van a devolverme a mi hijo para enterrarlo?

—En cuanto completen la autopsia y los estudios, la avisarán.

—Y ustedes ¿qué quieren?

Saqué el reloj hallado en el cuerpo del muerto, se lo mostré:

—¿Es éste el reloj que le regaló usted a su hijo, señora?

Lo tomó con la punta de los dedos, como si le diera reparo tocarlo. Sus pestañas cortas y gastadas aletearon en un gesto de extrañeza.

—No, no es éste, nunca había visto antes este reloj. El que yo le regalé estaba ya muy viejo.

—¿Puede asegurarlo?

—Sí.

—¿Está su hija en casa?

Torció el gesto.

—No quiero que la molesten, está todo el rato llorando.

Garzón intervino.

—Sólo será un segundo.

La mujer se violentó, se acercó a mí.

—¿Es que nunca tienen bastante? Me he pasado la vida trabajando. De la noche a la mañana me encontré sin marido, con un hijo y una niña más. Nadie ha tenido que decir nada de nosotros. Ellos han ido a la escuela, han llevado ropa limpia, han comido caliente y no les ha faltado de nada. Nunca hemos dado que hablar. Y ahora la gente nos mira por el barrio, en el trabajo. Por su culpa han matado a mi hijo y todo el mundo piensa que era un criminal, un violador. Dejen tranquila a la chica, lárguense.

El subinspector se interpuso entre ambas. Sin duda temía que mi acción fuera violenta.

—Lo comprendemos, señora; pero las cosas no pueden explicarse de esa manera, no son así. Llame a su hija para que hablemos con ella, se lo ruego.

Apretó las mandíbulas y salió de la sala. Volvió tras un instante con la chica. Tenía los ojos encarnados por el llanto, la cara desdibujada, la nariz palpitante. Sin mediar ni una palabra le puse delante el reloj.

—¿Es éste el reloj de Juan? —pregunté.

Lo miró décimas de segundo y asintió con la cabeza. La madre se le encaró.

—¿Cómo que es el reloj de Juan?

—Yo se lo regalé hace más o menos un mes.

La mujer estaba absorta en la chica.

—¿Por qué?

—Por nada, se me ocurrió. El que usted le había regalado estaba ya muy viejo, madre. Después él me compró esto.

Se llevó la mano al cuello y sacó del jersey un minúsculo corazoncito de oro colgando de una cadena. La mujer la miraba como si no comprendiera.

—¿Y por qué no me dijisteis nada?

—Nos daba miedo que le supiera mal, madre, como el otro se lo regaló usted... Pero ya sabe que los novios se regalan cosas, todos lo hacen. Como no faltaba mucho para Navidad pensábamos decírselo entonces. Fue un capricho.

La madre apretó los dientes y la observó con dureza. Asistíamos mudos a la escena. Yo devoraba los gestos de ambos rostros. De pronto, la mujer se

volvió hacia nosotros y cortó tajante.

—¿Quieren algo más?

Negué. Nos dirigimos a la salida por el angosto pasillo. Cuando íbamos a abrir la puerta oímos de nuevo aquella voz fuerte y seca:

—Voy a salir en televisión, me han invitado a un programa. Explicaré delante de todo el mundo que ustedes tienen la culpa del asesinato de mi hijo, que él era inocente. Diré que no quiero que sean ustedes los que investiguen sino otros policías, pediré que los echen. Ya lo saben.

Me volví.

—¿Le pagan por aparecer en ese programa, señora Jardiel?

—A usted eso no le importa.

—Por supuesto que no, sólo quería saber si va a sacar tajada de la muerte de su hijo.

—¡Lárguense!

Garzón estaba asustado, debió creer que me preparaba para una refriega, me empujaba suavemente para que saliera de una vez. Cuando alcanzamos la calle lo miré.

—Todo un carácter, ¿ha visto? Los tenía perfectamente controlados, una esclavitud. Y luego es usted capaz de negarme la influencia psicológica. Si mi madre hubiera sido así, hasta yo hubiera podido salir violadora.

Resopló sacando las llaves del coche.

—¡Calle, por Dios, deje de decir despropósitos!

Mientras conducía me eché a reír. ¡Dichoso Garzón!, duro e insensible como una piedra, pero remiso a las peleas, a los enfrentamientos verbales, partidario de la coexistencia pacífica y la indiferencia.

—¿De qué se ríe, ya se le ha pasado el mal humor?

—No, pero si me dejara llevar por mis humores podría hacer algo grave, por ejemplo atacarlo a usted.

Me miró como si fuera una niña incomprensible y consentida.

—¿Sabe qué vamos a hacer, Fermín? Por una vez montaremos la investigación como en las películas americanas...

En su cara había paciencia y una cierta retranca.

—... Iremos a mi casa, prepararemos algo de comida y pondremos un pizarrín en la pared.

—¿Y? —preguntó.

—Y reflexionaremos, reflexionaremos hasta que estemos medio muertos.

No hablaba en broma. Fuimos a casa. Puse la calefacción. Lo primero que hizo Garzón fue mirar los geranios. No prodigó comentarios sobre su falta de actividad biológica. Mi propia casa me resultó tan ajena como un refugio nuclear o una plataforma petrolífera. Saqué dos bases de pizza del congelador y encendí el horno. Garzón se arrimó a la mesa de la cocina tímidamente. Lo increpé.

—¡Venga, Fermín, no se quede mirándome! Tendrá que ayudarme un poco si quiere cenar. Actúe como si estuviera en su cocina.

—Usted ya sabe que no tengo cocina. Como de bar y ceno en la pensión. Desde que se murió mi mujer... Además, nunca he tenido gracia para guisar. Algunos compañeros saben hacer paellas, barbacoas, pero yo...

—Abra ese armario y saque lo que encuentre, y también mire en la nevera. Usted va echando en su pizza lo que le apetezca y yo hago lo mismo con la mía.

—¿Todo mezclado?

—Quedará bien. ¿Quiere ponerse un delantal para no mancharse el traje o lo considera humillante?

Me sonrió. Le indiqué el cajón donde podía encontrar uno y fui a la sala porque el teléfono estaba sonando. Volví al cabo de un instante.

—Era Pepe, pretendía venir. Le he dicho que ni se le ocurra aparecer ahora.

Garzón estaba liado abriendo una lata de anchoas.

—Es usted dura.

—¿Por qué?

—A él quizá le gustaría no romper del todo sus vínculos.

—¡Ah, no! Vendría cuando estuviera deprimido, cuando le dolieran las muelas, cuando quisiera comer. Tiene cierta tendencia a dejarse cuidar por mujeres mayores. ¡Ni hablar!, hay que proyectar la vista hacia el futuro, nunca hacia el pasado. Pásame el salami.

—Aunque las mujeres se hayan liberado siguen siendo tan duras como ya lo eran antes.

—¿Usted cree? ¡Curiosa interpretación!

Seguimos colocando los ingredientes de nuestras pizzas. La del subinspector presentaba ya un montículo abultado. Había mezclado cosas inverosímiles: anchoas y queso gorgonzola, lonchitas de jamón, alcaparras, atún. Se quedó mirando su obra.

—¿Cree que un poco de chorizo combinaría?

—¡Adelante, póngaselo!

Comimos en la cocina regándonos con dos buenas cervezas. Garzón parecía encantado, hambriento como siempre.

—Nunca pensé que fuera tan fácil cocinar.

—Debería salir de esa pensión, buscarse un apartamento. En su propia casa se encontraría más libre.

—¡Es todo tan complicado! La cocina, la ropa, la compra...

—Hay lavanderías, supermercados, congeladores, platos preparados...

Engulló un hilo de parmesano con docilidad. Era como si estuviera enumerándole los trabajos de Hércules y las plagas de Egipto al mismo tiempo. Se veía incapacitado para los primeros y no se resignaba a que las segundas cayeran sobre su cabeza destrozando su tranquilidad.

Preparé un litro de café y nos pusimos al trabajo. Coloqué el pizarrín sobre la estantería y, a modo indicativo, escribí en la parte superior: «*Caso Jardiel*» y debajo: «*Primera posibilidad*». Convinimos en que había que considerar, aunque fuera para descartarlo, que el asesinato había sido la autodefensa frente a una agresión. El subinspector garabateó los inconvenientes:

- *No había signos de lucha.*
- *Faltaba el reloj de las púas.*

- *Era improbable que una chica fuera armada.*
- *Sin signos de lucha era casi imposible que le hubiera arrebatado la navaja al violador.*
- *Era extraño que la presunta chica no hubiera acudido a la policía después.*
- *Una chica de la complexión física habitual en las víctimas no hubiera tenido fuerza para apuñalarlo tan profundamente.*

Señalé a Garzón con la tiza en plan profesoral.

—Si Juan Jardiel ha sido cazado indefenso, cabe pensar que su agresor fuera alguien conocido ante quien no era necesario ponerse en guardia.

—Digamos que si no era conocido, al menos era alguien que le había dado una cita allí —dijo Garzón.

—Bien, entonces entraríamos en la hipótesis de una venganza. Aunque le advierto que la cosa presenta sus puntos flacos. Por ejemplo: ¿qué vengador o vengadora podía saber el paradero de un prófugo a quien la policía está buscando? ¿De qué modo tomó contacto con él?

—Podría tratarse de alguien de su mundo. Un ajuste de cuentas.

¿Un ajuste de cuentas? No veía el motivo. Jardiel no pertenecía a los bajos fondos ni al círculo de la droga. Era ridículo pensar que tenía una segunda vida encaminada en ese sentido, nada nos permitía sospecharlo.

—No, subinspector, la razón de la muerte de Jardiel hay que centrarla en las violaciones, no existe otro móvil.

—En ese caso se impone una lista de sospechosos.

Pero la lista sería corta. ¿Quién podía desear la muerte de Juan? Elevamos dos favoritos a sospechosos de primera categoría: Salomé y el señor Masderius. Salomé había sido la víctima más esquiva, la más enigmática y, probablemente, la que lo había pasado peor. Masderius, con su actitud beligerante y despechada se hacía acreedor a un rango preferente. Sin embargo, la pregunta seguía siendo la misma en cualquiera de los dos casos: ¿cómo hubieran logrado localizar al violador?

—Salomé pudo establecer contacto con él por medio de gente joven, amigos de amigos. Chicos que, no desconfiando de ella como lo hacen de la

policía, hubieran podido darle datos.

—¿No siendo del mismo barrio? Me sorprendería, Fermín; pero de acuerdo, admitámoslo como hipótesis de trabajo. Sin embargo, ¿piensa de verdad que Salomé querría cargarse a ese tipo?

—Ambos hemos coincidido en ella como preferente cuando buscábamos sospechosos. Es una chica rara, reservada, que en los interrogatorios reaccionó mal. ¿Quién sabe si tras su aspecto contenido no hay violencia? Imagíneselo así: ella piensa que la policía no anda por buen camino en las investigaciones. Conoce a alguien del barrio de Juan y pregunta, o quizás hace que pregunte un amigo, incluso un novio. La policía es una organización lenta, institucional y pesada, los jóvenes conocen atajos y sistemas. Bien, ese novio, amigo o ella misma localiza a Juan, lo engaña y lo lleva hasta el callejón donde...

—¿Tiene Salomé algún novio?

—No lo sé, habrá que averiguarlo. Deberíamos apuntarlo en las gestiones pendientes.

Un gran cuadro iba organizándose en el pizarrín. Mientras tanto, le dábamos inmoderadamente al café. ¿Y el señor Masderius, cómo coño había localizado el señor Masderius a Juan? Los inconvenientes que planteaba Garzón tenían plena lógica. Nadie podía imaginar que hubiera entre ellos el más mínimo terreno común, algún posible nexo. Nos quedamos mirando el aire, o mejor el humo.

—Pudo contratar un detective privado —dije.

Garzón me miró con asombro:

—¡Coño, no lo había pensado!, aunque eso sería admitir que un detective puede encontrar lo que a nosotros se nos escapa.

Había rozado su fibra profesional.

—Usted mismo acaba de decir que la organización policial es muy aparatosa, a veces funciona mejor la guerra de guerrillas.

Se sirvió más café sin acabar de mostrarse convencido.

—Investigaré lo del detective.

Lo apuntó sobre una pizarra casi llena. Aquel sistema de reflexión continuada resultaba clarificador, pero no había servido para determinar una

hipótesis de peso. Incluso la de Masderius era endeble. Un hombre del *establishment*, profesional de éxito, convenientemente adinerado, con una reputación... Se me hacía difícil imaginarlo apuñalando violadores en la oscuridad. Y sin embargo, había estado tan fuera de sí, había intentado de un modo tan concienzudo borrar los rastros de la violación de su hija... quizás había decidido ir un poco más allá en la limpieza del pasado. Podía incluso no sólo haber contratado a un detective, sino ampliar el trato a un asesino profesional que se encargara de hacer desaparecer a Jardiel. Matar a un tipo sin mancharse las manos es algo que puede hacerse con escalofriante facilidad.

Empecé a notar los primeros síntomas de la borrachera de café. El corazón se me aceleraba de vez en cuando con ligeros galopes, las manos me hormigueaban y tenía la boca amarga. Eran las dos de la mañana. Me dejé caer hacia atrás en el sofá. Nos quedamos en silencio. Miré mis pies, algo hinchados.

—A no ser que... —dijo Garzón.

Estaba demasiado cansada como para preguntarle. Se calló. Luego reemprendió la frase con renovado ímpetu.

—... a no ser, Petra, que nos hayamos equivocado por completo. Escúcheme con atención.

Se puso de pie y empezó a dar rápidos paseos por la sala. Después volvió al punto de origen y se me encaró. Sus ojos proyectaban una mirada intensa, algo demente. Entonces entre paradas, reflexiones, titubeos y arranques briosos empezó a elaborar una nueva y compleja teoría. Pensaba que Juan Jardiel no era el violador. Serios indicios le hacían creer que, en realidad, se limitaba a encubrir a alguien, incluso que le ayudaba a llevar a cabo sus planes. Tenía en mente a un amigo, un *alter ego*, un tipo depravado como él, sólo que mucho más valiente, más lanzado, más astuto. Ése sería el auténtico violador. Utilizó a Jardiel, le encargó que fuera a un joyero y pusiera las púas en torno al reloj, así él jamás podría ser identificado. Cada vez que ese hombre cometía una violación se reunía después con Juan y le contaba cómo se había desarrollado su fechoría. Juan, un tipo apocado y sin carácter, castrado por su madre, disfrutaba así de un

morboso placer y se convertía en cómplice, de modo que el auténtico violador aseguraba su silencio. Hasta que el círculo de evidencias se estrechó sobre Juan e hizo que se pusiera nervioso. Todo coincidía según el subinspector, el día que íbamos a cazarlo y se escabulló de su trabajo, se dirigió directamente al bar para usar el teléfono, para ponerse en contacto con el hombre fantasma y, asustado, pedirle instrucciones, informarlo de que la policía lo buscaba. Pero se topó conmigo y frustré la maniobra. De cualquier modo, después de huir fue a casa del fantasma, quien lo había escondido durante todo el tiempo que estuvo prófugo. Hasta que vio que, aun ejerciendo tan gran influencia sobre Juan, no lograba quitárselo de encima y estaba constituyendo una amenaza. Entonces puso en práctica la segunda parte de su perfecto plan. Le tiende una trampa, lo cita en un callejón con cualquier pretexto, quizá prometiéndole que iba a ayudarlo a irse del país, y ¡zas!, lo liquida a puñaladas. Por eso el muerto no intentó defenderse. Libre de peligros y de sospechas ha proporcionado a la policía al violador que buscaba y puede seguir con su vida habitual cualquiera que ésta sea.

Me miró, aún obnubilado por su propia capacidad de deducción. Mis pestañas superiores no se habían atrevido a juntarse con las inferiores ni un instante durante las conclusiones.

—¡Cojones, Garzón! ¿Por qué no es usted aún comisario?

—Porque no tengo estudios.

—Ni falta que le hacen.

—Dígame qué le parece mi teoría.

—Pues... es toda una teoría, realmente. Pero, verás, tiene un punto débil. Si lo que usted dice es cierto y el fantasma ha querido librarse de responsabilidades, ¿cómo explicamos que el cadáver de Juan apareciera sin el reloj de marcar chicas? ¿Por qué no se lo puso el auténtico violador en la muñeca para que fuera hallado con él? Eso lo señalaría ya sin ninguna duda: *«Éste es el culpable y ésta es su arma»*. Entonces el hombre fantasma hubiera podido largarse tranquilo a casa, sería un crimen perfecto que no dejaría resquicio para ninguna exculpación.

—Está usted obsesionada con los relojes.

—Conteste, Garzón, ¿cómo cuadra eso en su teoría?

—En fin, Petra, no todo plan alcanza la perfección. Quizás el fantasma se olvidó de cogerlo el día en que habían quedado, tal vez no se le ocurrió...

—¿A un tío tan perspicaz?

—Quizás es que va a necesitar ese artilugio de nuevo.

—¿Para otras violaciones?

—Podría ser.

—¡Oh, vamos, Garzón, eso es absurdo! Primero es capaz de buscar un cómplice para que recaigan sobre él todas las sospechas, incluso arriesgándose a que éste le falle y se vaya de la lengua. Lo mata para borrar cualquier posibilidad de que su nombre aflore y luego, a pecho descubierto, comete una nueva violación. Hay algún engranaje que chirría, no puede ser así.

—Fue usted quien desde el principio creyó en la personalidad de un loco para realizar estos delitos. Que sea muy inteligente no quiere decir que esté menos mochales. Imagínese, no sólo es un degenerado sino que le gusta jugar, demostrar que su mente va por delante de la policía, incluso pueden ocurrírsele más estrategias como la de Juan Jardiel.

—No sé, Garzón, el reto del psicópata astuto, parece cosa de películas.

—Pero, dígame, en definitiva nada sabemos de él, si decidiera cometer más violaciones ¿por dónde empezaríamos a buscarlo? Toda la parte preparatoria del delito ha sido llevada a cabo por otro y ese otro está muerto. Es todo un jaque, sería como empezar otra vez. Puede que se sienta tentado.

—Usted quiere volverme tarumba, Garzón, nada de todo eso tiene la más mínima prueba que lo avale.

—¿Cómo encontrar pruebas contra alguien que uno no se ha dedicado a buscar?

—Es usted como un guionista de Hollywood.

—¿Sería capaz de desestimar de un plumazo ese camino?

Estaba eufórico. Enunciar la teoría en voz alta no le había quitado a sus ojos credibilidad como suele suceder, al contrario, después de haberla

perfilado creía en ella con más pasión. Sería el café. Intenté parecer convencida para contentarle.

—No lo descartaría de un plumazo, por supuesto que no, es en efecto otra posibilidad. Sólo digo que deberíamos partir de realidades más tangibles.

Me encontraba asombrada por aquella salida de Garzón. No se puede partir de prototipos, es falaz. El policía cazurro, experimentado, incapaz de escapar de la evidencia más cartesiana, elabora de repente una imaginativa teoría con los cimientos de aire. Pero, tal y como acababa de decirle, era otra posibilidad, ¿por qué no concederle un lugar en la reserva a aquel fantasma surgido de la nada?

Borramos la pizarra de las deliberaciones porque había que empezar a resumir. Las conclusiones no eran novedosas, nos conducían a acometer interrogatorios ya realizados anteriormente. Era necesario hablar de nuevo con las chicas, en especial con Salomé, interesarse por los amigos que frecuentaba, hacer presión. Luego estaba Masderius, al que había que investigar en relación con la posible contratación de un detective. Me invadió la sensación de no salir de un círculo cerrado. Quizá Garzón estaba en lo cierto, quizás el epicentro del caso siempre había estado fuera de allí.

—Fermín, creo que está usted más capacitado para localizar al supuesto detective de Masderius. ¿Querrá encargarse de eso?

—¿Y mi teoría?, ¿no vamos a investigar al fantasma?

—Si quiere yo haré averiguaciones sobre los amigos de Juan.

—Me parece bien. Aunque ya sabemos que nunca tuvo muchos amigos.

—Habrà alguno por donde podamos empezar a seguir las huellas del hombre misterioso, si es que existió.

—Cada vez estoy más convencido de que existió.

Miré con simpatía su nariz de planta carnosa, estaba anhelante y exaltada, presta a ejecutar un rastreo de cazador.

—¿Queda más café? —preguntó fresco como si acabara de llegar.

Por la mañana, antes de que hubiera salido de casa, llamó Pepe. Quería saber si había visto la televisión. Lo que contó cuando le dije que no, de ninguna manera me cogía por sorpresa. Había tenido serios anuncios de los que no me permitía dudar. La madre de Juan había aparecido en el programa que seguía el caso, expresándose al parecer con claridad descarnada. Mi figura y la del subinspector salían tocadas del trance. Luisa sólo figuró en un segundo término.

—Abrió poco la boca, y siempre para decir que su novio no era el violador. Estaba obsesionada por eso: no era el violador. La madre fue más explícita, os acusó de haber provocado la muerte de Juan. Sonaba verosímil, lo hizo bien. A estas alturas todo el mundo debe odiaros a ti y a Garzón.

—Supongo que llevó a cabo lo que se llama un análisis imparcial. ¿Tienes eso grabado?

—Sí.

—Pasaremos a verlo cualquier rato.

En aquel momento hubiera debido sentirme acosada, puesta en jaque por los medios de comunicación, pero por algún mecanismo interno de defensa, no me sentía protagonista de esa parte del folletín. ¿Los paladines del bien convertidos en inductores de asesinato? ¡Demasiado burdo! Por otra parte, me reventaba pensar en aquella avispada periodista yendo a husmear al Efemérides, siguiéndonos en la sombra, instigando la conspiración sensiblera. Aunque ¿qué importaba un poco más de odio? El papel de bruja era en el fondo divertido. Los presuntos defensores del pueblo se convertían en sus enemigos. Nunca se me hubiera ocurrido pensar que, para entrar en la marginalidad con todos los honores, sólo era necesario ponerse del lado de la ley.

De todos aquellos declarados odiadores quien más nos detestaba era el señor Masderius. El taladro silencioso de su aborrecimiento penetraba en la piel mucho antes de estar en su presencia. Procuraba no mirarlo nunca directamente a los ojos porque enseguida me asaltaba la terrible sensación de estar queriendo ser borrada del mundo. Al saber que deseaba interrogarlo me mandó a hablar con su abogado «mi actual portavoz», y cuando le comuniqué que la policía no actuaba por testimonio interpuesto, se cabreó.

Pero no tuvo más remedio que recibirme, citándome en su despacho profesional. Supongo que pretendía lograr un cierto efecto intimidatorio al verlo instalado en su reino. Yo llevaba el ánimo sereno, pero en cuanto empecé a hablar con él, mi ánimo se alteró. ¡Se comportaba con tanta superioridad! Me hizo esperar más de diez minutos sentada frente a él antes de decidirse a levantar la vista de los papeles que había sobre su mesa. Por fin me miró con un rictus híbrido de irritación y asco.

—¿Y bien?

Le pregunté si se había enterado de la muerte de Juan. Me respondió que sí. Le pregunté dónde estaba ese día a la hora del crimen. Abrió una gruesa agenda y buscó.

—Tenía una reunión de trabajo con el personal del despacho.

—¿Todo el personal?

—Era una reunión general de fin de trimestre.

—Comprendo.

—¿Sospechan de mí?

—Todas las posibilidades deben ser barajadas.

Sonrió estirando monstruosamente de todos sus músculos faciales.

—¿De verdad creen que lo he matado yo?

—Cualquiera que tenga motivos puede ser el asesino.

Cerró un cajón de golpe.

—¿Cómo se atreve a venir aquí con la pretensión de intimidarme? ¿No se ha dado cuenta de dónde está? Esto no es un barrio bajo donde esté usted haciendo una redada de putas, yo soy un profesional de prestigio, no pertenezco al mundo en el que usted se mueve, no me dedico a ir dando navajazos por ahí, tengo algo que perder, lay que estar ciego para no darse cuenta.

Sentí estallar cristales en mi mente. Archeé el cuerpo sobre su mesa.

—Señor Masderius, para el asesinato no hay clase social, aunque estuviera usted reunido con cien personas, su inocencia no está probada. He visto caer coartadas más redondas.

—¡Salga de aquí!

Había perdido el control, su índice colérico me señalaba la puerta. Está echándome a la calle, pensé, y me di cuenta de que nunca hasta entonces, en todos los días de mi vida, alguien me había echado de ningún lugar.

—Le aseguro, señor Masderius, que si ha asesinado a Juan Jardiel voy a encargarme personalmente de que lo pague. A lo mejor va a enfrentarse con un destino peor que el de las putas en las redadas.

—¡Salga de aquí!

Estaba blanco, paralizado por la rabia, con los ojos perdidos en la indignación y la incredulidad. Me levanté y salí con toda la arrogancia y la parsimonia posibles. Mi dignidad estaba sufriendo un buen golpe. Mientras caminaba por aquel impresionante edificio de oficinas, entre mamparas de cristal y madera, se apoderó de mí un salvaje deseo de venganza, de matar. Sí, cualquiera podía hacerlo, matar, y no por un casual arrebatado de ira, sino por la convicción tajante de que nada cambiaría en el mundo si de él desapareciera una nueva alimaña. Masderius, el violador... no estaba mal pensado dejar que se exterminaran unos a otros, fuera de lo que se denomina ridículamente como «el imperio de la ley».

Aún me temblaba ligeramente el pulso cuando llegué al Efemérides. Estaba Garzón. Veían el vídeo injurioso que nos ponía a parir. Le pedí una cerveza a Hamed y me la bebí a tragos largos. En el televisor hablaba la madre de Juan, con una permanente recién hecha.

—Es acojonante, ¿verdad?, las violan, o matan a sus hijos, pero todas van a la peluquería para salir por la tele.

Garzón me chistó, se encontraba abstraído en el programa, fumando.

—¿Puede alguien apagar eso, por favor?

Se quedaron mirándome, atónitos. Pepe se acercó al aparato y le bajó el volumen por completo.

—¿Vienes de mal talante? —dijo.

—Todo esto es una puta mierda.

Pepe emitió un silbido.

—Intuyo que la cosa está mal.

Garzón se puso a mi lado sin soltar un tanque de cerveza en el que mojaba el bigote.

—Le convendría oír lo que dice. Fundamentalmente se mete con usted. Considera que una mujer no debería estar encargada de investigar una violación.

—¿Ah no?, ¿por qué?

—Porque pone demasiada emotividad, se deja llevar por los sentimientos de las víctimas, y debe encontrar un culpable como sea, aunque éste sea falso. No tiene un pelo de tonta, la tal señora.

—A lo mejor hasta está usted de acuerdo con ella.

—Yo no he dicho eso, sólo digo que tiene gracia para razonar. ¿Qué le pasa, por qué viene tan agresiva?

—Acabo de tener una bronca con Masderius.

—¿Cree que valía la pena? Es un hombre influyente. A lo mejor esta vez sí nos quitan el caso.

—Da igual, ¿o es que le ha tomado gusto a revolcarse en la basura? ¡Que nos lo quiten, tanto mejor!

—Pero yo había creído que usted...

—¿Que tenía mi profesionalidad empeñada en esto, mi sentido del ridículo, mi conciencia femenina? Pues no, Garzón, estoy hasta los cojones de todo este guiso en el que las víctimas se comportan como cabrones. Por mí el violador puede follarse a las once mil vírgenes, me da igual.

Hamed fruncía los ojos, sufriendo como siempre que yo utilizaba un modo crudo de hablar. Pepe me miró, jugueteando con el mando a distancia.

—Petra, ha estado aquí Ana Lozano, la directora del programa. Quiere darte una oportunidad para que te defiendas y des tus razones en la tele. Creo que deberías aceptar. Me parece que te conviene, que podrías atajar tantas habladurías y descréditos.

—¿Quieres hacerme un favor, Pepe, querido? Cuando aparezca por aquí de nuevo esa zorra dile que si vuelve a ponerse en mi camino se arrepentirá.

—Petra, sé razonable.

—Ya lo soy.

Garzón abrió mucho los ojos.

—¿Va a dimitir?

Me tragué de golpe la cerveza que quedaba.

—¡Y una leche, voy a dimitir!

Fui hasta la puerta del bar dejando tras de mí a un trío pasmado.

—¡Oh, buen Dios! —le oí decir a Hamed.

—¡Calla, no la liemos más! —respondió Garzón entre dientes.

Por lo visto los tres estaban de acuerdo en que yo era insoportable. Aquello me hizo gracia, era halagador, daba ánimos para seguir.

Preferí interrogar a Salomé estando las dos solas. Garzón continuaba intentando averiguar si había tenido algún medio para saber dónde se encontraba Juan Jardiel. Cuando la vi esperé encontrar alguna expresión especial en su cara, pero ésta era aún un cuarto cerrado. ¿Qué podía preguntarle en realidad?

—Te has enterado de que han matado a ese chico, Juan.

—Sí.

—Nos preguntábamos si sabes algo de eso.

—No.

La hipótesis de que fuera ella la asesina se me desplomó en aquel instante. Una chica que ha sido violada, que adopta una postura entre el resentimiento y la aceptación fatal, no tiene el perfil de una culpable. Me sentí culpable yo. Quizás Ana Lozano tenía razón y estaba dejándome llevar por mi subjetividad de mujer. Debía ser rigurosa.

—¿Dónde estabas cuando mataron a Jardiel, sobre las ocho o las nueve?

—No lo sé, dando un paseo.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Paseas sola a esas horas?

—A veces, cuando salgo de trabajar. Si vuelvo enseguida a casa mi madre quiere que la ayude. Así descanso un rato.

—¿Y no tienes amigos que te acompañen?

—A esas horas, no. Cada uno anda en su rollo.

Simple, comprensible, encajando en un conjunto verosímil como una pieza más.

—¿Te vio alguien mientras paseabas?

—No lo sé.

—Y tú, ¿viste a alguien más o menos conocido que pudiera ahora identificarte?

—Creo que no.

—¿No pasaste por delante de una tienda habitual, un bar, un futbolín, no saludaste a ningún amigo?

—No.

Y, por otra parte, era una coartada tan poco firme, tan frágil, desapareja e inconsistente como un zapato viejo en un vertedero. Tenía el flequillo revuelto, los ojos cansados, llevaba una blusa negra abrochada hasta el cuello. Me despreciaba.

—¿Van a decir que lo he matado yo?

—Alguien tuvo que hacerlo.

—¿El cadáver estaba marcado?

—No, ¿por qué preguntas eso?

—Porque si el cadáver no estaba marcado nunca hubiera podido hacerlo yo, yo le hubiera marcado como él me hizo a mí, pero en la cara.

Se levantó la manga y me enseñó la piel. Permanecía allí la marca de la flor, seca, arrugada en los bordes, con una coloración pergaminosa. Sentí que me estremecía. Rogué a Dios que fuera Masderius quien se hubiera cargado al culpable y no aquella chica. Mi propio pensamiento me horrorizó.

—¿Alguien te dijo dónde estaba escondido Juan?

—No.

—¿Lo mató alguno de tus amigos por ti?

—No.

—Si hubieras sabido dónde estaba, ¿hubieras ido a por él?

Se quedó pensando intensamente, hubo un gesto de asco en su boca.

—No lo sé.

Si no necesitaba defenderse con ardor era buena señal. Además, ella estaba en lo cierto, el ataque de una víctima hubiera debido ser más sañudo, más vengativo, y sobre el cadáver de Juan no había existido crueldad, justo las puñaladas que habían podido matarlo.

Le pregunté en qué consistía su trabajo. Acudía a una fábrica de confección, corsetería y lencería. Ella cosía a máquina las copas de los sostenes. Ocho horas diarias. No hacía nada más, sólo ensamblaba las piezas que bajo sus manos adquirían la forma de semiglobos. Muy duro. Tras el taller, su madre debía encargarle pelar patatas para la cena. Claro que lavar cabezas no era algo mucho más divertido, o ayudar a fregar cacharros a una madre despótica y vulgar que llega cansada después del trabajo. Ninguna, ninguna de las tres víctimas pudo matar al violador, hacía tiempo que les habían robado el orgullo necesario para hacerlo, el rapto de individualismo imprescindible para matar. Y la cuarta víctima quedaba también descartada porque estaba en Nueva York, quizá tan secuestrada por su vida diaria como las otras. Sin embargo, el impasible relato de Salomé conservaba aún una minúscula rebeldía interior que tal vez acabaría con ella. Su pasiva revuelta consistía en aquel pertinaz: «*Me da igual*» que utilizó también como despedida.

—Si no puedes probar que estabas paseando a la hora del asesinato, no voy a asegurarte que te encuentres libre de más interrogatorios. Probablemente tendríamos que presentarte al juez.

—Me da igual —respondió.

Garzón había llegado a la misma conclusión que yo después de los interrogatorios a Sonia y Patricia; ninguna de las dos podía ser culpable. En su caso, la dilucidación fue más fácil, ambas tenían coartadas comprobables y era descabellado pensar que hubieran contratado a un asesino profesional. ¿Un amigo había hecho el trabajo por ellas? Algo demasiado gordo como para convertirlo en un favor de amistad. El subinspector atendió a mis exposiciones sobre Salomé y, a pesar de la endeblez de su declaración, coincidió conmigo en que no era la asesina. Con sorpresa advertí que evitaba reprocharme mi subjetividad, quizá porque, en el fondo, él también estaba dejándose llevar por la ausencia de método. Sólo que su subjetividad y la mía tenían bien poco que ver. Yo esgrimía la dignidad femenina doblegada durante siglos como imposibilidad de una reacción violenta y él volvía a la carga con el pedestal y la flor. ¿Cómo una mujer, un ser etéreo, fuera del sustrato oscuro de este mundo, podía ser capaz de asesinar por

venganza? Seguía empeñado en buscar a su hombre, el violador fantasmal del cual Jardiel había sido sólo cómplice y juguete roto finalmente.

—He podido saber que le vieron con un amigo no identificado en los últimos tiempos, un tipo más o menos de su edad, quizás un poco menor.

—Pudo ser cualquiera.

—No tenía muchos amigos, más bien ninguno.

—Pero hablar con alguien no significa gran cosa.

—Estoy interrogando absolutamente a todos los tipos con los que tuvo la más mínima relación.

—Pero, ¿y Masderius?

—Descuide, no lo he olvidado. Sólo que cuando se trata de detectives privados la indagación se hace mucho más complicada. Se escabullen como anguilas en una red. Pero, si contrató a uno, lo sabremos. Confíe en mí. Recuerde que tengo experiencia en este tipo de búsquedas callejeras.

—¿Sigue con lo de la Guardia Civil?

—Lo tengo casi solucionado. El alijo aparecerá en breve.

—¿De dónde saca tiempo para todo?

—No es muy agradable estar en la pensión. ¡Y usted quiere mandarme a un apartamento!, si me instalara bien, el trabajo se resentiría.

Garzón, ¿quién lo entendía?, de pronto tan contento. Orgulloso con su vida desordenada, majestuoso como Enrique VIII frente a un pollo, mandando a la Torre de Londres, con la mano grasienta, a los contrabandistas de Chesterfield. No quise quitarle la ilusión, pero había hablado con el comisario. Me sugirió prudencia en todos los pasos que diéramos. Seguíamos contando con su confianza, pero si desde instancias superiores llegaba alguna petición de relevo, él no tendría más remedio que obedecer. ¿Lo comprendía? Le dije que sí, ya no estábamos en condiciones de andar exigiendo. Si las cosas seguían por aquel camino, pronto nuestra cabeza sería más valiosa que la de Jack el Destripador. Nos hallábamos a punto de lograr una cota bastante absoluta: la profunda y total enemistad del mundo entero. En aquella historia donde víctimas y verdugos se confundían, no contábamos ni con un solo apoyo reconfortante. Únicamente recordaba el gesto amistoso de aquella mujer que me dio coñac en el bar,

después de haber recibido el puñetazo de Juan Jardiel. Quizás hubiera que ofrecer la otra mejilla, o aparecer de una vez por todas en televisión, jurando que los policías también sabíamos llorar y arrepentimos. En ese instante de mis tristes pensamientos el cigarrillo sin filtro se me deshizo un poco en la boca, lo cual me dio una excusa perfecta para escupir.

OceanofPDF.com

11

La apariencia razonable de los acontecimientos hizo que no me quedara más remedio que ordenar la detención de Salomé. Contaba con una coartada demasiado débil para la magnitud del dedo acusador. Obraban también en su contra los informes del psicólogo y de la asistente social. Salomé había sido tachada de tener un carácter esquivo, una actitud poco colaboradora y de estar envuelta en una indiferencia fatalista impropia de su edad. Según el informe, el perfil no permitía dejar de sospechar un acto violento entre sus reacciones. El aislamiento autosuficiente del que hacía gala se consideraba como un rasgo cínico, una desconfianza genérica contra la sociedad. A mí lo que me parecía cínico eran todos aquellos circunloquios abundantes en conceptos abstractos, demasiado parecidos a charlas de café. ¡Por supuesto que desconfiaba de la sociedad! Era lo sano, lo lógico. Todo desde su nacimiento había formado parte de una máquina atenazante. Estaba coartada en su libertad, en sus posibilidades de realización, fregaba suelos, cosía sostenes, aguantaba a una familia que no veía en ella más que dos manos trabajadoras. En plena juventud había sido violada y, por presiones, había sido exhibida impudicamente en televisión. Fue la única que se mostró remisa y no participó de buen grado en aquel inmundo carrusel. Su actitud era en realidad la única posible, la única elegante, conservaba escondido su dolor y sentía desprecio por todos, agresividad, que no está aún prohibida por la ley. Pero una cosa era mi

explicación personal de lo sucedido, y otra bien distinta el imperativo general de la investigación.

De cualquier modo, sería difícil hacer de la sospecha técnica una acusación real, por más que la teoría policial imperara. ¿Cómo pensábamos probar que Salomé había sido capaz de localizar a Juan Jardiel? Aparecía una y otra vez la teoría del amigo o novio interpuesto que, en un contexto juvenil, se mueve con más facilidad que la policía y puede encontrar una pista que conduzca al violador. Y luego estaba Garzón, empeñado en su fantasma, en salir de lo que hasta el momento habían sido las fronteras del caso. Yo, sin embargo, me hundía en la sensación pertinaz de que las partes del rompecabezas se hallaban todas frente a nuestros ojos, desde donde proyectábamos la mirada de un niño lelo hacia un conjunto que, simplemente, no sabíamos armar. Quizá faltaba una pieza, quizá dos, pero había material suficiente como para que el dibujo empezara a tomar forma. Una mancha del test de Rorschach pendiente de la sabia interpretación con la que no atinábamos.

La fianza de Salomé se fijó en medio millón de pesetas que la familia no pensaba pagar. Hice un planteamiento más o menos riguroso, lo pensé, recapacité y finalmente las pagué yo, iniciando una dicotomía inquietante entre mi yo íntimo y mi yo profesional. Garzón se puso furioso cuando se lo dije. Le pareció un acto desmesurado, un arrebató de sensibilidad. Me advirtió de que no tardaría mucho en arrepentirme.

—¿Piensa implicarse así en todos los casos que lleve?

—En cuanto salgamos de este embrollo no pienso aceptar ningún otro caso.

—Ha hecho usted eso porque es una chica, ¿no es cierto?, solidaridad femenina y todo lo demás.

—Lo he hecho porque, en el fondo, no creo que sea culpable por más que me vea obligada a señalarla como sospechosa.

—De acuerdo, pero pagarle la fianza...

—No es justo que siga puteada después de todo lo que ha sufrido. Además, ¿no habíamos quedado en que, para usted, la mujer es una flor?

—Cada flor tiene su jardinero.

—Hay flores, Garzón, que salen en las cunetas sin simientes ni cuidados. Nadie las riega, nadie se fija en ellas. Sólo reciben la bendición de la lluvia, el sol...

Se quedó callado. Sacó sus cigarrillos, abstraído.

—Eso ha sido poético. Lo digo en serio, de verdad, sigo pensando que habla usted bien.

—Soy abogada, ¿recuerda?

—Pero pagar la fianza...

Aquella noche Garzón y yo cenamos juntos en un bar. Estaba melancólico. Por fin confesó que era su cumpleaños. Intenté ser efusiva al felicitarlo, pero eso no logró sacarlo de un evidente marasmo interior. No mostraba ganas de conversar, engullía un plato de tortellini con la misma concentración con que Einstein debía pergeñar sus teorías. Fui respetuosa dedicándome a la pasta, dejándolo en paz, hasta que mi mente regurgitó el caso con toda su carga obsesiva.

—Subinspector, tenemos que volver a barajar las piezas del juego. Le propongo otra sesión reflexiva con pizarrín. Estoy convencida de que hay algo que no vemos, que se nos está escapando aun teniéndolo delante, como una transparencia.

Ante mi total desconcierto, Garzón respondió:

—¿Sabe qué me regalaba mi esposa cada cumpleaños?

Tenía sus ojos de hipopótamo resfriado clavados en mí.

—Ropa interior —dijo, como si eso fuera lo más trágico que un hombre puede soportar—. Calcetines, calzoncillos, camisetas... justo lo necesario para pasar el año convenientemente vestido por dentro. ¿Se da cuenta? Ni una colonia, ni una sorpresa... nada, calcetines que siempre oscilaban entre el negro y el marrón. Un cumpleaños tras otro, siempre así.

Se me paró la comida en el gaznate. Comprendí que mi compañero iba a tener un ataque de emotividad.

—Un hombre sensible como yo. Cuando estaba usted diciendo lo de las flores, de cuneta, pensé en mí mismo.

Se me hacía difícil imaginar a un hombre tan rotundo si no era en la tesitura de clavel reventón. Sin embargo, su sentimiento de soledad no era

gracioso.

—Veo que la vida se me ha escapado de las manos del modo más estúpido. Y de eso me he dado más cuenta desde que la conozco a usted.

Intuí que la pasta iba a sentarme mal.

—Pero, Fermín, yo...

—Usted se ha movido, Petra, ha corrido tras el amor verdadero, se ha casado dos veces, se ha divorciado, ha cambiado de profesión, ha estudiado, ha reflexionado sobre sus conflictos y problemas... a lo mejor hasta ha ido al psiquiatra.

Aquello me cogió por sorpresa.

—¿Al psiquiatra?... pues no, pero ¿eso le parece deseable?

—¡Por supuesto que sí! Si yo hubiera tenido un psiquiatra que me escuchara, ahora mi vida figuraría en algún sitio: en sus archivos, en una ficha, en la mente del tipo, ¡en fin, no se hubiera evaporado como un charco!

—¿El psiquiatra como testigo? ¡Ésa sí que es una visión policial!

—No se burle, hablo en serio.

—¡Discúlpeme, Garzón!, pero no me acostumbro a que sea usted tan insólito, percibe las cosas desde un punto de vista poco corriente.

—Es un triste consuelo.

Pedimos café. ¡Si el subinspector hubiera sabido que lo que me gustaba de él era su carácter monolítico, su sentido del deber, su univocidad! Pero las paredes sobre las que yo pretendía apoyarme siempre se derrumbaban como los muros de Jericó. No podía perdonarle que se me pusiera en plan de angustia vital, no era su papel, para todo tipo de depresiones y cambios violentos contaba conmigo misma. ¿Por qué demonio debía ser contagiosa mi actitud? Como no tenía ganas de pasarme la noche lloriqueando, lo increpé en mi estilo más coloquial.

—¡Déjese de hostias, Fermín! La vida que de verdad cuenta es la que aún no ha pasado, la que está por delante.

Anonadada por el sonido de mi propia vulgaridad proseguí con los ánimos intentando devolverlo a la ortodoxia detectivesca.

—Piense en el caso tan complicado que llevamos entre manos. Sin su experiencia nunca podremos resolverlo, y eso demuestra que su pasado resulta valioso, que está ahí, dejó un poso residual, nunca se evaporó.

Me dirigió una mirada sin lustre. Estaba cansado. Tenía algo del gladiador sentenciado por el emperador.

—Tomemos una copita de *grappa* y dígame qué tiene previsto para mañana.

—La previsión es para esta misma noche, pero no es necesario que me acompañe, iré solo.

Había quedado citado en una sala de juegos recreativos con unos cuantos muchachos que conocían a Juan. Seguíamos tras la estela del fantasma.

La copita de *grappa* fue lo único que me proporcionó cierto calor cuando salimos a la noche manchada de lluvia. Mi compañero seguía mustio como una lechuga comprada anteayer. En silencio llegamos a los horribles recreativos indicados con neón. Allí nos esperaban cuatro muchachos. Tenían la pinta zafia y granujienta que no proporciona el delito sino la falta de educación. Se reían y se daban codazos. Garzón los interpeló sin mucho garbo:

—¿Cuándo venía por aquí Jardiel?

—Cuando le dejaba su mamá.

—¿Y cuándo era eso?

—A ratos perdidos, se escapaba a veces después del trabajo, pero enseguida tenía que ir a casa a fichar.

—Su madre tiene muy mala hostia. Un día estábamos echando una partida a los futbolines y se presentó aquí.

—¿Le armó un follón?

—No, le pegaba una mirada y ya era bastante.

—¿Y a él le sabía mal? ¿Os decía algo contra su madre? —intervine por primera vez.

Me miraron como a una estúpida mosca.

—¿Y ésta quién es? —le preguntó el más joven a Garzón.

—Mi jefa, la inspectora Delicado.

Sus miradas, ahora burlonas, se concentraron en mí. Volví a preguntar.

—No, eso son cosas de cada uno. Nosotros no éramos sus amigos, ¿comprende?, ni le aguantábamos la polla cuando iba a mear.

Se rieron los tres. Afortunadamente la tasa de melancolía en la sangre le impidió al subinspector contestar por mí a la provocación, y pude seguir impasible.

—¿Se veía últimamente con algún hombre en especial?

—¿Quiere decir si era maricón? pues ¿no hemos quedado en que violaba?

De nuevo explotaron en carcajadas. Miré hacia el final de sus largas piernas, allí estaban sus pies, grandes, casi deformes, enfundados en espantoso calzado deportivo. Creo que fue más por la desgraciada impresión estética que sufrí que por ningún otro motivo, pero el caso es que salté.

—No tengo tiempo para perderlo en gilipolleces. Si habéis quedado con nosotros para hablar, hablad de una vez.

—Nosotros no somos delincuentes —dijo uno de ellos encarándose reivindicativamente con Garzón.

—Hacer perder a la policía tiempo de una investigación es delito. Así que si me da la gana puedo llevaros a comisaría de donde puede que enseguida salgáis, aunque os aseguro que con unas hostias de más.

Quedaron serios, miraron a Garzón, éste se encogió de hombros, sonrió. El más joven volvió a hablar.

—Últimamente Juan estaba a veces con un tío nuevo por aquí. Creo que es uno que se dedica a vender revistas pornográficas de esas raras.

—¿Dónde vive?

—No lo sé, ya le digo que es nuevo por aquí.

—¿Hay algún bar donde podamos encontrarlo?

—Algunos días va por el Diamond Pub.

—Ha sido un placer.

Nos alejamos sin mirarlos. Garzón me susurró:

—Ha mejorado usted mucho en cuanto a lo del punto de violencia necesaria.

—Todo es empezar.

Siguiendo con nuestra ronda nocturna llegamos al Diamond Pub. Mi compañero se movía con soltura infinita en aquellos lugares infectos. Habló con el dueño. Era un hombre mayor, con cara de haber pasado por todas las etapas de un descenso al infierno. Se mostró cordial. Puso dos whiskies invitación de la casa sobre el mostrador ¿Un tipo que vendía revistas pornográficas? *Connais pas*. Era de esperar algo así. Sin embargo, se explayó en una cháchara inútil sobre algunos de sus parroquianos. Nada interesante. Aparentemente quería colaborar. Le dijimos que andábamos tras la pista de un violador. No se mostró conmovido, el mundo era así, los jóvenes también. Él ya no se extrañaba de nada. Apuramos el whisky y dijimos adiós.

Al salir, un muchacho se puso a nuestra altura. Quería hablar, pero no iba a hacerlo delante del pub. Quedamos con él dos calles más abajo. Nos siguió desde lejos.

—Déjelo que se explique, no le pregunte nada —dijo Garzón.

—Yo sé quién es el tipo que andan buscando, les he oído en el bar. Sé también dónde vive. Pero no pienso decir mi nombre.

—Adelante, está bien.

Cantó una dirección que mi compañero anotó inmediatamente.

—No me gustan los tipos que violan.

Asentí. Se alejó mirando hacia todos lados.

—Ya lo tengo, vámonos.

Cogimos el coche. Comprendí que Garzón se proponía entrar en acción.

—Son las tres de la mañana —le recordé.

—Tanto mejor, quizás esté en casa.

Había recuperado los ánimos tras el bajón de la ropa interior. Yo estaba ligeramente sobrecogida, aquello resultaba nuevo para mí. Interrogar a sospechosos en comisaría no era lo mismo que atrapar a un pornógrafo en su guarida, con nocturnidad. Garzón murmuraba para sí mismo.

—Antes, hubiéramos tenido que ir antes por ahí.

Me di cuenta por su nerviosismo de que estaba convencido de estar dando los últimos pasos hacia el final. A mí me parecía que todo estaba

coincidiendo demasiado bien. En una sola jugada perfecta caían en nuestras manos asesino y violador. Una carambola excesiva para ser verdad.

Fuimos a parar a un barrio periférico donde yo no había puesto nunca los pies. Garzón aparcó el coche y me cogió del brazo para subir a un edificio alto y destartado que no tenía ascensor. Llamamos a una puerta despintada en el quinto piso, pero nadie respondió. Volvió a pulsar el timbre y, esta vez, oímos unas zapatillas cansinas deslizándose hacia nosotros y el cerrojo por fin se descorrió. Teníamos ante nosotros a un individuo muy joven, alto, atlético. Garzón se identificó y el muchacho soltó enseguida:

—No hago nada ilegal.

—Tienes pornografía aquí —dijo mi compañero.

—Eso está permitido.

—Quizás haya que comprobar de qué tipo es. ¿Tienes vídeos de niños, asesinatos, torturas?

—Le juro que no. Es todo material artístico, puedo enseñárselo si quiere.

—Déjanos entrar.

Se hizo a un lado. Nos encontramos en una pequeña sala llena de estanterías que contenían rollos de papel.

—Son pósters —dijo el tipo.

En los espacios vacíos de la pared se veían láminas con escenas casi alucinatorias: una serpiente enroscada al cuerpo desnudo de una mujer, rubíes incandescentes en los ojos de ambas. Un enano peludo, puesto de espaldas, practicando una felación a la estatua clásica de un efebo. Garzón se quedó mirando las imágenes, bastante sorprendido.

—¿Eso es lo que tienes aquí?

—Ya se lo he dicho, es arte pop.

Garzón se sentó en un sofá lleno de cojines mugrientos.

—¿De qué conoces a Juan Jardiel?

—¿A quién?

—Sabes perfectamente de quién te estoy hablando.

—No, no lo sé.

Saqué los cigarrillos del bolso, le ofrecí a Garzón. Me hizo una seña de intervención en el interrogatorio, pero yo negué; quería que fuera él quien continuara.

—Te han visto con él, varias veces en los últimos tiempos, así que es inútil que intentes negarlo.

—Por aquí vienen muchos tipos para comprar material, luego es posible que nos veamos en los bares, pero eso no quiere decir que los conozca.

—El que yo te digo es un poco especial. Estaba acusado de violación y acaban de cargárselo.

—No sé de qué me habla.

—Está bien. ¿Dónde estabas el día veinticinco entre la una y las tres de la mañana?

—Pues, no sé... aquí supongo, a esa hora siempre estoy aquí.

—¿Se puede comprobar?

—Ahora mismo si quiere, mi novia vive conmigo.

Se internó en un pasillo oscuro y al cabo de un instante volvió trayendo de la mano a una chica soñolienta. No debía tener más de quince años. Estaba vestida con bragas y camiseta, su carne era blanca como la cera y tenía un hermoso cabello renacentista.

—Diles dónde estás siempre tú —le ordenó el joven.

—Aquí —respondió ella mirándonos temerosamente.

—¿Siempre, continuamente? —se impacientó Garzón.

—Sí, con él.

Se arrimó a su pareja que le pasó la mano sobre los hombros, protegiéndola.

—Ya lo ven.

—Sí, ya lo vemos. —Garzón se volvió hacia mí—. Inspectora, sugiero que avise a una patrulla y vaya en busca de una orden de detención. ¿Le parece? Mientras eso llega yo voy a quedarme aquí con estos muchachos.

Sentí un alivio infinito al abandonar aquel lugar. Hice todo lo que mi subordinado me mandó y después volví a casa. Sentía auténtica necesidad de limpiar mi piel de efluvios canallescios y mi mente de imágenes. Dejé que la bañera se llenara por completo y eché sales de almizcle. Quedé

sumergida y muy quieta. ¿Habíamos llegado a un desenlace? Garzón creía tener al violador, un individuo absolutamente astuto y sibilino, un degenerado que urde un plan paralelo a sus fechorías para cargar a otro con la culpa. Alguien capaz de robar la voluntad al cómplice y llevarlo poco a poco a implicarse en su juego de perdición. Luego, matarlo. Me costaba mucho descubrir a ese monstruo en el joven que acabábamos de detener. Y aquella chica de la camiseta... ¿era ésa la compañera de un retorcido violador? Difícil de opinar, porque quizá no es necesario que los monstruos tengan dos cabezas o lengua bífida y puede que hasta les cedieras el sitio con gusto en un autobús.

Pero había un montón de cosas sin sentido en todo aquello, ¿por qué aquel tipo del bar había negado conocer a Juan Jardiel? Claro que, según Garzón, negarse por principio a colaborar con la policía es lo normal. Él esperaba poder retener a ese chico en comisaría lo suficiente como para hacer que hablara. De lo contrario, eran mínimas las pruebas que podíamos esgrimir contra él. No, nadie que duerma al lado de una chica en camiseta puede ser un violador. Las pesquisas de Garzón nos desviaban, pero yo no encontraba nada lo suficientemente sólido como para llevarlo a rectificar.

A la mañana siguiente llegué pronto a comisaría pero, naturalmente, Garzón ya estaba allí.

—¿Interrogando al sospechoso? —le pregunté a un guardia.

—No, creo que habla por teléfono —respondió.

Me senté en la sala de juntas, encendí un cigarrillo y suspiré, pero antes de que hubiera puesto mi cerebro en el punto laboral, irrumpió Garzón como acompañado de las furias y cerró la puerta con un fuerte golpe tras de sí. Venía alterado, con las mejillas encarnadas y flojo el nudo de la corbata.

—Petra, quizás usted llevaba razón —soltó.

—¿Qué quiere decir?

Empezó a resollar.

—Serénese, subinspector.

Se sentó, tomó un cigarrillo del bolsillo de la camisa y lo encendió.

—¡Joder, Garzón, serénese pero diga algo de una vez!

—He localizado al detective privado que contrató Masderius.

—¡No!

Asintió con gravedad. El detective era un tipejo de pocas luces que trabajaba en una pequeña agencia de la Barceloneta. Nada especial, uno de esos establecimientos de escaso fuste dedicado a la búsqueda de infidelidades para divorcios y de impagados para futuros miembros de una sociedad. Era obvio que Masderius había preferido la discreción. Difícilmente alguien iba a relacionarlo con un lugar así. Pero Garzón era un sabueso de instinto impagable, capaz de cobrar la pieza antes de que la hubiera alcanzado el perdigón.

—Muy buen trabajo, felicidades subinspector, ha dado en el clavo.

Por lo visto, al tipo le había costado bastante reconocer la verdad. Había empezado a darle a la matraca con la protección al anonimato del cliente, hasta que mi compañero tuvo que amenazarlo con la acusación de encubrir un asesinato para que entrara en razones. Lo hizo por fin, claro e inapelable: el señor Masderius lo había contratado para localizar a Juan Jardiel. Desgraciadamente, según aseguraba, no lo localizó. ¿Y qué hubiera pasado si llega a encontrarlo? preguntó Fermín. «*Naturalmente lo hubiera denunciado a la policía*», respondió el muy cretino. Por supuesto, el director de su agencia se empleó a fondo en desmarcarse de él. ¿El señor Masderius? Ése era un caso que había tomado su empleado sin autorización previa. Lo dejó con el culo al aire, como siempre suele suceder.

Garzón se había presentado pitando en comisaría y había citado a Masderius para un interrogatorio inmediato, pero sus prisas fueron inútiles, obviamente el dueño de la agencia le avisó, y cuando se presentó ante nosotros lo hizo ya con su abogado.

Noté en la cara del arquitecto una pátina de miedo que no había tenido hasta entonces. En cuanto el abogado abrió la boca comprendí que se proponía no dejarlo decir ni una palabra.

—A la hora del asesinato mi cliente se hallaba en su club, jugando un partido de tenis con su colega Pedro Pifarré. Pueden ustedes comprobarlo inmediatamente.

—Supongo que no es necesario —contesté.

—¿Entonces...?

—Del mismo modo que usted, señor Masderius, ha contratado a alguien para encontrar a Jardiel, es posible que hubiera ampliado sus encargos a algún asesino profesional.

Siguió contestando el abogado por él.

—Eso está por demostrar, del mismo modo que habrá que saber si la declaración del detective ha sido lograda con intimidación.

—¿Va a intentar comprar al testigo para que se retracte?

El abogado expandió sus untuosas plumas de pavo real.

—¿Usted sabe quién es el señor Masderius?

—Sé que es alguien que contrató a un detective privado al margen de la investigación policial.

Masderius intervino ante la mirada alarmada de su defensor.

—¿La investigación policial?, ¡no me haga reír!, han sido ustedes incapaces de aclarar nada, ¡pura ineptitud! Así es como funciona todo en este país: la sanidad, el comercio, correos...

—Debo entender que, para paliar la ineficacia oficial, tuvo usted que recurrir a la iniciativa privada.

El abogado terció:

—Mi cliente no ha dicho tal cosa.

Puso una mano sobre el brazo de Masderius. Continué.

—Con esa manera de pensar debe dolerle mucho pagar sus impuestos, señor Masderius.

El abogado me miró con aire conspicuo.

—Lamento no entender.

—A Al Capone lo cazaron así, no pagaba sus impuestos y fue encarcelado por esa razón.

Masderius se erizó como un gato acorralado:

—¡No toleraré semejantes injurias!

—Es lógico, señor Masderius, no debe ofenderle, una vez que se empieza a delinquir...

La mano del abogado se posó sobre el segundo brazo de Masderius, lo hubiera amordazado si hubiera podido.

—Inspectora Delicado, usted sabe bien que mi cliente es un hombre con muchas obligaciones, no podemos perder el tiempo en *boutades*.

—Por supuesto que lo sé, yo también soy abogada, reconozco enseguida cuál es el calibre de ocupación de una persona. Sin embargo, debo advertirle que su cliente se ha metido en un lío. Voy a pasarle el resultado de las investigaciones al juez y él dictaminará.

Salieron casi sin decir adiós. Cuando Masderius pasó junto a mí, noté que estaba desencajado, nervioso, próximo a un ataque.

Garzón me miró.

—Muy bien, inspectora, muy bien. Está claro que yo sirvo para interrogatorios en los bajos fondos, pero cuando hay que hacer frente a cosas de altura...

—No se minusvalore, Garzón, ¿quién encontró y logró que cantara el detective? Por cierto, ¿cómo lo logró?

—Por medios rupestres, lo acojoné.

Sonreí.

—Digamos que formamos un equipo equilibrado.

—Muy bueno lo de Al Capone. ¿Cómo se le ocurrió? Masderius se puso a morir.

—Puras ganas de joder. Además, acabo de descubrir que es positivo poner en los interrogatorios un pequeño toque surrealista.

—¡Un equipo cojonudo, tiene usted razón!

—No cante victoria, Garzón, este caso es un lío de la hostia que no hace más que enfollonarse cada vez más.

—No desespere, al final veremos la luz.

—¿Un fogonazo en los ojos le parece esclarecedor?

—Es usted pesimista.

—¿Por qué no aplica al caso esas maravillosas dotes de deducción? ¡Estaría ya resuelto!

Se rió bonachonamente frente a mis ironías.

—¡Al Capone, hay que ver!

Su panza gelatinosa se agitaba como un budín de York. Sentí una enorme corriente de simpatía hacia él y luego de pronto me quedé helada. ¿Era aquel hombre mi hermano, mi amigo, mi cómplice? ¿Acaso no había existido en su vida profesional un lado oscuro, viciado, siniestro? Noches de interrogatorios brutales en comisaría, represión, golpes a los detenidos, humillaciones, abuso de poder ¿Había sido acaso un alma benéfica que levitaba por los pasillos sin rozar la podredumbre? Era preciso borrar esa imagen si pretendía continuar aquella investigación.

—¿Tomamos una copa? —atajé.

Fuimos al Efemérides donde Hamed nos obsequió con dos cócteles de nombre: «*Dócil oasis*». Era el día de descanso semanal, pero disfrutábamos de bula como clientes. De cualquier modo, duró poco la impresión de palmeras frondosas porque, Pepe se empeñó en poner la televisión.

—Hacen el programa de Ana Lozano.

—¡Te lo ruego, apágalo!

—¡Pero si sois la atracción principal! Hace semanas que no se ocupan más que de vosotros.

Me reí, ¡qué más daba a fin de cuentas! Mi risa, desgraciadamente, tardó tan poco en verse sofocada, como un fuego de sartén. Salomé fue la primera imagen que llegó a nuestros ojos. Era una entrevista en solitario, a todo bombo y platillo. Algo natural, ¿por qué no sacar un poco de pasta como los otros? Contestaba con cara de tragar sapos vivos, pero lo hacía. Una y otra vez, entregando porciones de dignidad a Ana Lozano.

—¿Ha sido todo esto muy duro para ti?

Se quedó absorta en sus manos vacías y quietas.

—Muchas veces me he arrepentido de haberlo denunciado.

Aquello era lo peor que hubiera podido decir, el último de los eslabones que me ataba al cuello una cadena llamada depresión. Me sentía como un desgraciado naufrago de Delacroix elevando los brazos al cielo. Era demasiado para mí, no podía llegar hasta el final.

—Apágalo, Pepe.

Garzón me miró con cara rencorosa.

—¿Se da cuenta, Petra? Ni siquiera ha mencionado que usted pagó su fianza.

—Se arrepiente de haber puesto el caso en manos de la policía. Si de verdad piensa eso ¿por qué iba a estarme agradecida?

Salí del bar andando despacio. Era un atardecer tornasolado y calmo. ¿Cuándo podría volver a pasear, mezclarme entre la gente sin prisas, permitirle a mi mente vagar sobre imágenes inocuas, dejar de barajar aquellos elementos obsesionantes? Paré temiendo pasarme, estaba en Muntaner. Mis pasos me habían llevado hasta allí casi inconscientemente. Levanté la vista, en el despacho de Masderius la luz se hallaba aún encendida. Cuando en el ascensor apreté el botón del quinto piso, sólo tenía una aspiración: que su secretaria se hubiera marchado. Era lo suficientemente tarde como para que eso fuera posible. Quizá por una única vez desde que nací, Dios estaba de mi parte y fue el propio Masderius quien abrió. Se quedó pasmado, paralizado por el horror de verme, pero no me cerró la puerta en las narices.

—Sabe perfectamente que si no es en presencia de mi abogado no voy a hablar.

—Un error.

El uno frente al otro, yo en silencio. Estaba cansado.

—Señor Masderius, estoy convencida de que no ha sido usted quien mató a ese chico. Déjeme pasar, enseguida me iré.

Contra toda previsión, me franqueó el paso. Se internó en su despacho, le seguí. Se sentó, me hizo un gesto con la mano para que hiciera lo mismo.

—Piénselo bien. Si sigue negando que contrató a ese detective, las evidencias se amontonarán sobre usted convirtiéndose en sospechas. Después será difícil rectificar sin incurrir en contradicciones. Cada vez será más complicado, créame.

Bajó la cabeza, se quitó las gafas montadas en oro y empezó a masajear sus párpados en ademán derrotado. Luego mantuvo los dedos apretados sobre los ojos y empezó a hablar.

—Sí, yo lo contraté. Pretendía que encontrara a Jardiel antes que la policía, pero no lo encontró.

—¿Cómo pudo ocurrírsele una cosa así?

—Quería darle de palos, incluso castrarlo, no sé... luego abandonarlo sin sentido delante de una comisaría.

—Pero, usted es un hombre civilizado, Masderius, no puedo comprender...

Levantó la cara violentamente.

—¿Qué puede saber usted? Desde que violaron a mi hija no he podido dormir, no trabajo, no como, es una obsesión. Pensé que cuando Cristina estuviera lejos me sentiría mejor, pero no ha funcionado. Es inútil, mi vida ya no es la misma ni volverá a serlo nunca más. ¿Cree que me ha consolado que ese pobre diablo esté muerto? Le juro que no, sigo despertándome a media noche y sé que aquello ocurrió, ocurrió realmente.

—Pero la vida...

Se pasó la mano desmayadamente por el pelo.

—No me hable de la vida, se lo ruego.

Quedamos en silencio. Nunca había visto a nadie tan profundamente abatido, tan exhausto.

—Es posible que, una vez localizado ese tipo, no hubiera sido capaz de tocarlo. Pero, al menos, pagando al detective hacía algo ¿comprende?, no me quedaba mano sobre mano, desesperándome.

Un hombre de acción. Y ahora, si un psiquiatra no lo atendía pronto, no tardaría mucho en romperse.

—Señor Masderius, si alguna vez le cita el juez, díglele exactamente lo mismo que acaba de contarme, se lo aconsejo.

—Yo no lo maté.

—Le creo.

Me puse en pie e hizo un tímido ademán de acompañarme.

—Déjelo, sabré salir.

Quedó hundido en su sillón de cuero color cereza. Cuando alcancé la puerta oí que decía:

—Ahora nadie podrá probar definitivamente que era el auténtico violador y no pagará públicamente su delito.

No respondí, quizá llevaba razón. En cualquier caso era ridículo hacer promesas de cumplimiento del deber a un hombre descorazonado.

Una vez en casa, tuve serios problemas para encontrar algo comestible. Cuando todo se hubiera acabado, haría una gran compra, una compra monstruosa capaz de mantenerme viva durante una glaciación: verduras frescas, cereales, quesos de veinte países, una pata de lechón, docenas de huevos de codorniz y pan, montones de pan: pan moreno, pan blanco, pan inglés... Como la despensa de un buque al comienzo de travesía. Pero, por el momento, me conformaría con un paquete de galletas y una taza de té. Era ya noche cerrada, salí al jardín. Encendí la luz para regar los cadáveres de geranio y, de repente, me fijé bien. Tuve que ponerme de rodillas para estar segura de que no era una falsa apreciación, pero no, allí, en uno de aquellos tallos hirsutos se veía: pequeños abultamientos verdes, yemas que pugnaban por brotar. Entré corriendo en la casa y llamé a Garzón.

—¿Qué ocurre, Petra?

—Son los geranios, subinspector, no estaban muertos, empiezan a verdear, usted logró revivirlos.

—¡Hostias, qué susto me ha dado, creí que había pasado alguna desgracia más!

—Perdone, lleva razón, no he debido molestarle por una tontería. ¿Qué estaba haciendo?

—Cenar.

—Lo siento mucho, disculpe, fue un arretrato infantil.

—No se preocupe demasiado, la patrona no se ha esmerado hoy: judías verdes aguadas y una tortilla pequeña.

—¡Búsquese un apartamento, libérese!, verá cómo encuentra la manera de hacerse comidas deliciosas.

—Quizás, inspectora, quizás.

Abrumada por el calibre de mi mentira y envidiando las judías de Garzón, me metí en la cama muerta de sueño. No hubiera podido permanecer despierta ni un segundo más, me convertí en un leño en cuanto caí.

A las cinco de la mañana un timbre me despertó. Dormía tan intensamente que, al coger el aparato, mi voz se negaba a salir de la garganta.

—¿Inspectora Delicado? La llamo de comisaría. Siento despertarla pero el comisario ordena que se presente inmediatamente en la siguiente dirección. ¿Tiene algo a mano para apuntarla?

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé. Las órdenes son avisarla a usted y al subinspector Garzón. Escriba, voy a dictarle.

Mientras conducía, un rosario de posibilidades lúgubres se desgranaba frente a mí. Estaba desorientada. Sin embargo, sentía un extraño palpito que se destacaba sobre cualquier pensamiento lógico: se había suicidado Masderius. Pese a mi primer convencimiento, sí era culpable de haberse cargado a Jardiel. Incapaz de encarar públicamente el crimen cometido, viéndose arrinconado por las pruebas, lleno de culpabilidad, lo más digno era quitarse de en medio. De ese modo, el doble caso quedaría resuelto por vía de su propia fuerza destructiva, Garzón y yo no habríamos hecho entonces más que correr como cazadores tras piezas que cobrábamos siempre muertas.

Desde lejos vi los coches celulares, las barreras móviles, policías que se movían en el amanecer. Acercándome más distinguí al comisario y la silueta rotunda de Garzón. Aparqué el coche y bajé. Fue entonces cuando descubrí el bulto tapado con una manta que había en el suelo. Era claramente el contorno de un cadáver, ¿Masderius?

—Buenos días, señores. ¿Qué ha pasado?

Garzón tenía los ojos borrosos por el sueño o el estupor. El comisario me miró gravemente.

—Ya ve, Petra, de ésta no salimos, otro asesinato.

—¿Quién es?

—Salomé, la primera chica que violaron.

Noté cómo la sangre se quedaba quieta en todo mi cuerpo, sin fuerza para circular.

—Le dieron un fuerte golpe en la cabeza y luego la degollaron. Terrible, ¿no es cierto?

—No logro entender...

—Pues espere, aún no he acabado. Tenía las faldas subidas y las bragas arrancadas.

—¿Una violación?

—Una violación y el mismo violador.

—¿Cómo dice?

—Lo que oye, compruébelo usted misma.

Se agachó y apartó la manta del cuerpo exánime. Allí estaba Salomé, blanca y frágil como una muñeca rota, con el cuello torcido y una gran mancha negra que se extendía hacia abajo por toda su ropa. Tragué saliva con dificultad. El comisario tomó su brazo y enfocó con una linterna hacia un punto concreto. Allí, junto a una marca antigua y reseca, había una nueva flor, tumefacta, sangrante, idéntica a la grabada meses atrás. Miré a Garzón, que seguía sin decir palabra. Me devolvió la mirada, grave y flemático.

El comisario dijo que no era necesario que nos quedáramos hasta el levantamiento legal, pero quería hablarnos. Fuimos a tomar un café a un bar que acababa de abrir. Buscó una mesa apartada.

—Señores, ya ven cómo están las cosas. Este caso se complica cada vez más. Naturalmente, ni se me pasa por la cabeza relevarlos a estas alturas. Al contrario, renuevo mi confianza en ustedes, creo que están haciéndolo bien. Sin embargo, las circunstancias me obligan a tomar una decisión a la que suelo ser contrario. Verán, he pensado en pedir ayuda a otra comisaría.

—¿Cree que es necesario? —pregunté.

—Mire, Petra, los acontecimientos han tomado una seriación que va a ser interpretada de la siguiente manera por la sociedad: la policía sigue la

pista a un violador hasta que, aparentemente, da con él. Lo señala frente a todo el mundo con el índice y dice: «*Aquí está*». Eso provoca que alguien tenga un sujeto contra quien descargar sus iras vengativas, de modo que va y lo asesina. Muy bien, pero da la casualidad de que el auténtico violador no era Jardiel, sino un tipo X que está libre y asiste alborozado a esta ceremonia de la confusión. Por supuesto tal individuo está completamente loco y decide poner en jaque a la policía de la que ya se ha burlado. Riza el rizo, ahora violará de nuevo a las mismas víctimas por segunda vez, y no sólo eso sino que, encima, las asesinará. Suena lógico, ¿no les parece? Es como si fuera la propia policía quien ha liado los hilos y propiciado los delitos.

—Todo eso no es más que apariencia.

—Una apariencia que no podemos permitirnos. Hay que hacer algo aunque sea de cara a la opinión pública.

—Pero antes de pedir ayuda a otra comisaría... —empezó a decir Garzón. El comisario lo interrumpió con voz decidida.

—Lo siento, Garzón, la ayuda ya está pedida. Mañana nos envían un inspector desde la jefatura de Gerona. Creo saber quién es, un hombre joven muy competente, un primer espada que les vendrá bien como refuerzo.

—¿Y el mando?

—Será conjunto con la inspectora Delicado, como es natural.

En buena lógica aquello hubiera debido preguntarlo yo, pero no me sentía con ánimos de andar preocupada por mis galones. En realidad, el comisario había sido muy comprensivo con nosotros y aun era de agradecer que, en vez de enviarnos un primer espada, no nos hubiera destinado directamente a las armas del picador.

Mandé que se prestara vigilancia y protección a las otras dos chicas violadas. Si aquel extraño juego continuaba, ellas eran el próximo objetivo. Garzón presentaba el aspecto de un hombre derrotado.

—¿Tenemos tiempo para un café? —preguntó.

—Ahora no, subinspector. Van a hacer inmediatamente la autopsia del cuerpo de Salomé. Quiero estar allí en cuanto haya datos.

Media hora más tarde estábamos en un pasillo del Instituto Anatómico Forense. Nos sentamos en un banco a esperar. A lo lejos se oían los ruidos del tráfico. Allí reinaba un silencio espeso. Me anegó una oleada de tristeza, Salomé, un ratón más que desaparecía de aquella ciudad. Una vida corta y absurda, miserable.

—Me recuerda el día que esperábamos en el hospital —dijo Garzón.

—Horrible, ¿verdad?, es como si estuviéramos siempre en el principio.

—No, ahora es mucho peor.

—Al menos logramos tener a tres personas inculpadas a la vez. Por cierto, ¿soltó al violador fantasma?

—Aún está en la cárcel por sospechoso.

—¿No ha ido nadie a verle, nadie le ha reclamado?

—No sé. La verdad es que me había olvidado de él. Habrá que dejarlo marchar, no ha podido hacer esto estando encerrado.

Un ruido metálico salió de alguna parte, quizás una pieza del instrumental al entrechocar. Era trágico. Las vísceras, la sangre, y sin embargo, no podía permitirme el lujo de pensar en aquella muchacha, o en la muerte. Mi mente seguía dándole vueltas a la ordenación racional de las piezas, como en un juego intelectual. ¿Cómo? y ¿quién? Y si Jardiel no era el violador, ¿por qué el testimonio de su diente negro, y para qué huir? Miré a Garzón, se había dormido. No recordaba cuándo había sido la última noche en que dormí bien, sin sueños, sin sobresaltos, sin tener la sensación de que aquellos alarmantes telefonazos en medio del silencio iban a producirse de un momento a otro. La cabeza del subinspector se vencía hacia delante de vez en cuando. Había entreabierto la boca y el aire producía un rasgueo al pasar por sus dientes. Nunca lo había visto tan cansado, abandonado a su cuerpo gordo y feo. ¿Cuánto le faltaba para jubilarse? Quizás acabara sus días en un asilo, contando a otros ancianos que se había pasado la vida participando en misiones de alto riesgo, de máxima discreción. ¿Y yo? Puede que a mí me aguardara idéntico destino, al fin y al cabo estaba tan sola como él. Y bien, si así era, resultaría más

fácil empezar a encararlo con humildad. Estiré las piernas, apoyé la cabeza contra la pared, y me puse a dormitar arropada en mi abrigo.

El forense nos encontró sumidos en un impúdico sopor. Cuando por fin pude reanimarme, el pobre carraspeaba ya de modo preocupante para la salud de su garganta.

—Comprendo que no hay mucho que hacer aquí —dijo diplomáticamente brindándonos una salida airosa.

—Hay paz —contesté arreándole seguidamente un codazo al subinspector.

—Si les parece bien, voy a hacer que les pasen a máquina el informe de la autopsia. No tardará mucho.

—¿Ha encontrado algo?

Se retiró los cabellos de la frente. El olor del desinfectante se mezcló con su loción de afeitar.

—Bueno, es curioso... ha sido violada por penetración de un objeto de contornos lisos. No hay desgarros, ni brutalidad, sólo la introducción limpia de ese objeto. Creo estar en circunstancias de asegurar que ese objeto le fue introducido en la vagina después de muerta. Los tejidos estaban completamente relajados, con lo que, prácticamente, no existió fricción.

—¡Bueno, eso sí es una novedad! ¿Y la marca, doctor, era igual que la anterior?

—Estoy convencido de que sí, exactamente igual, también igual a las fotografías que me han facilitado en comisaría. En fin, si no estuvo hecha con el mismo objeto, cosa que es imposible de determinar, el nuevo objeto era un calco del que siempre había utilizado el violador.

—Interesante. ¿No hubo signos de lucha?

—Me sorprende, pero no, no los hubo.

—¿Por qué le sorprende?

—A veces, la muerte de una muchacha atacada con intención de violación es consecuencia del fracaso del intento. Si el violador es impotente, o sufre un fiasco en el acto, es corriente que haga recaer su frustración sobre la víctima, llegando incluso a matarla. Hablamos de individuos muy desequilibrados, por supuesto, como el que ustedes buscan.

—Si se trata del mismo hombre, ha demostrado en las otras ocasiones no ser impotente.

—Pero hubiera podido estar culpabilizado, asustado.

—¿Cree que si fuera un hombre asustado se atrevería a violar a una víctima de meses atrás? Me cuesta creerlo.

—Cuando se trata de individuos muy locos cualquier cosa es posible, inspectora.

—Sí, supongo que sí.

Se alejó con paso atlético por el pasillo. Garzón se rascaba insistentemente los ojos.

—Ahora sí es momento de tomar un café —le dije.

Mojábamos churritos en nuestras tazas y por el aire se extendía el murmullo agradable de las conversaciones, en contraste con aquel lugar de muerte del que acabábamos de salir. Sin embargo, yo no podía dejar de pensar. Muerta, violada con un objeto después. ¿Por qué? ¿Le había visto esta vez la cara y tuvo que cargársela? Pero aún así, ¿por qué la violó de ese modo? No obtuve ninguna explicación convincente.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Garzón cuando logró tener la boca vacía de churros.

—No lo sé, le juro que no lo sé. Este asunto del objeto...

—Me refiero al inspector de Gerona.

—¿Y qué quiere que haga?

—¿Va a tolerarlo?

—No le entiendo, Garzón.

—Pensé que protestaría porque nos lo pongan. La verdad, ahora que nosotros nos hemos chupado la peor parte llega ese tío y... ¡zas! se planta aquí para ver lo que pesca. Además, tiene el mismo grado que usted, de modo que intentará mandar más y pisarle terreno.

—Bueno, no importa demasiado.

Se quedó mirándome sin entender ni una sola palabra.

—Pero... ¡usted es una mujer!

Me eché a reír.

—Sí, eso ya lo sabía.

—¿Y no piensa hacer nada, presentar un escrito, demostrar que usted sola puede apañárselas?

—No, no pienso hacer nada.

Dio un trago concienzudo al café. Me divertía, Garzón había pensado que contaba con mis reivindicaciones habituales para resolver su problema de competitividad. Pero no, no contaba, al fin y al cabo yo no estaba resultando muy brillante como policía, aunque fuera una mujer.

OceanofPDF.com

12

Garzón me dejó frente a comisaría. Abrí la puerta del coche y bajé. Él se dirigía a darle suelta a su «fantasma», ni por tenencia ilícita de pornografía podía retenerlo más. Di cuatro pasos por la acera y entonces aquel envoltorio humano se precipitó contra mí. No podía verle la cara mientras me zarandeaba por las solapas, pero por su voz aguda y el pelo que se agitaba en el aire, me di cuenta de que era una mujer. «*¡No era él!, ¡no era él!*», chillaba. Intenté rechazarla hacia atrás para saber de quién se trataba. A duras penas lo logré: «*¡No era él!, ¡no era él!*». Luisa, la novia de Jardiel, se agitaba sin dejar de sacudirme con gran fuerza. Los dos guardias que estaban en la puerta de comisaría se dirigieron hacia nosotras, pero había alguien más en la escena, una cámara grababa a distancia prudente. «*¡Usted lo acusó, pero él nunca habría violado a nadie, ahora se ha visto que no era él!*» Los guardias la separaron, pero seguía vociferando: «*¡Asesina!, usted lo ha matado, ¡él no era culpable!*». Una pequeña nube de curiosos se había congregado a nuestro alrededor. Alguien me tomó del brazo, era Garzón.

—Vamos para adentro, inspectora, por aquí.

Me dejé llevar, estaba demasiado desconcertada como para hacer algo coherente por mí misma. Uno de los guardias se acercó:

—¿Detenemos a la chica, inspectora?

—No, déjenla marchar.

En el interior de comisaría Garzón fue a la máquina a buscarme un café.

—Lo vi todo desde el coche, estaba esperándola, pero no me dio tiempo de llegar. ¿Se encuentra bien?

—Sí, no se preocupe, estoy bien. Y la cámara, ¿de dónde salió?

—Le juro que no lo sé, me fijé sólo en la chica, aparté el coche hacia la acera y cuando me acerqué ya estaban allí. No puedo explicarme de dónde habían salido en tan poco tiempo; sin duda la cosa estaba preparada y también la esperaban. Eran dos periodistas.

—De todos modos, como siempre andan siguiéndonos, pudo ser casualidad.

—¿De verdad se encuentra bien?

—Se lo aseguro, vaya a sus cosas, márchese.

—No salga de comisaría sin que yo haya vuelto, es mejor que estemos juntos si estos numeritos tienen que repetirse.

—Dudo que se repitan.

Se fue un poco remiso. Yo tuve que sonreír todo el tiempo y demostrar que la cosa no me había afectado lo más mínimo; lo cual, por supuesto, no era en absoluto así. Notaba el corazón acelerado y un gran calor en el rostro, las manos me temblaban. Pero hubo que seguir disimulando porque uno de los guardias tomó el turno de Garzón.

—¿Quiere un poco de agua, inspectora? ¡Vaya histérica!, ¿eh?

—En fin, ya se sabe. ¿Hay alguna novedad?

—El comisario me dio esta nota para usted.

La puse sobre la mesa para evitar que el papel temblara al ritmo de mi pulso. «*El inspector de Gerona llega mañana. Le he pasado el expediente del caso para que cuando se incorpore cuente con la máxima información.*»

El guardia seguía parado delante de mí.

—¿Algo más?

—Sí, inspectora, una chica joven quiere hablar con usted. A mí no me ha parecido sospechosa, la verdad, pero si quiere me quedo delante cuando entre.

—¡No, por Dios, no será necesario!, espere cinco minutos y hágala pasar.

Carraspeé, ahuequé las manos delante de la cara y empecé a aspirar profundamente mi propio aliento, eso tranquilizaría la respiración. Bien, intentaría pensar un instante. Masderius libre bajo fianza. El juez no le creyó, no contó a su favor la nueva violación. Naturalmente, eran cosas distintas, aunque Jardiel no fuera culpable quien se lo cargó no estaba al corriente, mataba pensando quitar de en medio al auténtico violador. Por eso Luisa me zarandeaba en la puerta, aunque hubiera podido hacerlo cuando apareció su novio asesinado... pero entonces ella también estaba convencida de su culpabilidad. Terrible, aun muerto sigue pendiendo sobre ti el juicio que te hace culpable o inocente, aun fuera de este mundo sus conceptos te persiguen hasta el infierno.

Llamaron a la puerta del despacho. Había logrado tranquilizarme. Mi voz salió firme:

—¡Pase!

Una chica muy joven se hallaba frente a mí, una chica desconocida que, por el momento, no parecía traer intenciones de agredirme.

—¿Cómo está? —dijo.

—Bien, ¿quién es usted?

—¿No se acuerda de mí?

Levanté las cejas, la observé con detenimiento.

—Lo siento, no.

—Soy Esther Sánchez, me vio usted la otra noche, cuando se llevaron a mi novio.

La imagen de la chica delgada en camiseta se me representó ahora con claridad.

—Sí, por supuesto, ya sé quién es.

—Hace varios días que está detenido y él no ha hecho nada, de verdad, puedo demostrarlo.

Hubiera podido decirle que en aquel mismo instante Garzón liberaba a su novio no lejos de allí, pero algo me retuvo, quería oírla hablar, saber en qué fundaba su tono seguro.

—Siéntese.

Sentada parecía aún más infantil.

—Nadie ha ido a verlo, ni a pedir que lo suelten. Su padre no se ha interesado en absoluto por él, ni ha abierto el pico. Es un cabrón. Emilio, mi novio, no quiere que diga nada, él es capaz de aguantar lo que le echen, a lo mejor hasta que lo acusen de asesinato, pero yo no. Al principio me callé, pero ya lleva muchos días metido en la cárcel, se acabó.

Apretaba los puños inofensivos sobre mi mesa.

—¿Qué tiene que decirme?

—Emilio es medio hermano de Juan Jardiel.

La respiración que había conseguido tranquilizar se me aceleró de nuevo.

—¿Cómo?

—Es la verdad. Son hijos del mismo padre. No sé si está usted en el ajo pero el padre de Juan se largó con otra y dejó plantada a su mujer, la madre de Juan. Unos años después tuvieron un hijo, que es Emilio. ¿Me sigue?

—Creo que sí.

—Juan veía a su padre de tapadillo, sin que su madre se enterara. Lo quería mucho, tenía mucha confianza con él. A Emilio también lo veía. Pero el padre es un cabrón, no se ha preocupado por ninguno de los dos. A Emilio casi lo echó de casa, tuvo que buscarse la vida con los pósters porno; no es por decirlo, pero gracias a que me encontró a mí y los dos juntos tiramos.

—¿Y la madre de Emilio?

—Se murió.

—¿Por qué Emilio no lleva el mismo apellido que Juan?

—No estaba legalizado, su padre ni siquiera lo reconoció, lleva los apellidos de su madre.

—Ya.

Mi mente echaba humo, localizaba datos, los contrastaba, intentaba almacenarlos como un ordenador disciplinado.

—Hable con su padre, él sabe todas las cosas de Juan, seguro que le contará historias interesantes. Yo ya me he cansado de protegerlo. Emilio nunca tuvo nada que ver con su hermano, ni siquiera le caía bien. Decía que

no era justo que su padre lo prefiriera, que llevara su apellido, que se pasara las horas muertas hablando con él.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Tiene un bar, el Diamond Pub, está...

—Sí, ya sé dónde está.

Cuando le dije que volviera a casa porque yo personalmente haría que soltaran a Emilio, no me creía. Estaba demasiado escarmentada como para pensar que algo en su vida podía ser fácil. Y llevaba razón, aun no habiéndome dicho nada de todo aquello, su novio hubiera sido liberado exactamente igual. Sólo se trataba de haber esperado. Ahora, hechas las cosas de aquel modo, tendría que soportar sus recriminaciones por haber delatado al padre misterioso. Hay gente que en realidad nunca tiene suerte.

Pedí a dos guardias que me acompañaran y puse rumbo al Diamond Pub. Perder un minuto en aquellas circunstancias podía ser fatal para mí, necesitaba saber. Recordaba perfectamente al tipo esquinado que nos despistó, su cara impenetrable, su aparente cordialidad. No debía hacerme reproches a mí misma, hubiera sido una heroicidad impropia de humanos reconocer en aquel hombre la imagen fotográfica que conservaba la madre de Juan; no tenían nada que ver, sólo la corpulencia, quizá la firmeza de los ojos.

Estaba tras la barra, y únicamente tuve que mirarlo un instante para saber que me había reconocido.

—¿Qué tal, Jardiel?

—¿Cómo dice?

—Ahórreme tiempo, por favor, usted es Ricardo Jardiel.

Se puso a fregar platos bastante flemático. Me miró con actitud achulada.

—Muy bien... ¿y?

—Escondió a su hijo Juan cuando huyó de nosotros, ¿no es cierto?

—Mi hijo está muerto.

—Y a lo mejor usted sabe quién lo mató.

—¿Está loca?

Había levantado la voz. Varios chicos que jugaban al billar se quedaron mirándonos.

—Acompáñeme a comisaría, tendrá que declarar. No me obligue a llamar a los guardias.

Se metió en la cocina y salió con una mujer bastante más joven.

—Quédate al frente, enseguida volveré.

Antes de entrar en el despacho pregunté por Garzón. Dejé orden de que se personara en el interrogatorio en cuanto volviera.

Ricardo Jardiel no estaba nervioso, preguntó si podía fumar. Tenía el aspecto de un hombre endurecido, curtido a los cuatro vientos, orgulloso. Me senté frente a él y le di un cigarrillo.

—Le voy a ser muy franca, Jardiel, las cosas están mal. Piense bien lo que va a decirme y procure que sea todo cierto. Si se contradice puede caerle cualquier acusación: violación, asesinato, cualquier cosa.

—Yo no he hecho nada y lo saben. Puedo probarlo, además. ¿Creen que no tengo suficientes testigos con todos los clientes de mi negocio? Nunca me muevo de allí.

—Está bien, entonces no tiene nada que temer. Hábleme de su hijo Juan.

—¿De Juan? No lo había visto desde que dejé a su madre. Hace un par de años alguien debió decirle dónde encontrarme y se presentó en el bar. Charlamos. Me hizo gracia eso de toparme con un hijo de repente.

—Pero usted tuvo otro con su segunda mujer.

—¿Emilio? ¿Le ha dicho él que yo era el padre de Juan?

—No. Hábleme de Juan.

—¿Qué puedo decirle? Tampoco sé gran cosa, era buen chaval. Vivía acoquinado por la zorra de su madre. Venía por aquí, tomaba una cerveza... Toda la vida oyendo que yo era un cabrón, hubiera podido tomarme odio, pero no fue así.

—¿Usted le daba consejos?

—¿Qué?

—Entiéndame, ¿le decía que se librara de su madre?

—Supongo que alguna vez se lo diría.

—No se ponga a la defensiva, Jardiel. Le repito que es mejor que suelte lo que sabe.

—Bueno, se lo decía, sí, le decía que no estuviera aguantándola toda la vida, que no se casara con la chica que ella le había buscado. Es normal que se lo dijera, ¿o no?

—Es normal cualquier cosa que usted hiciera por salvar a su hijo, quiero que lo entienda muy bien, incluso que lo escondiera en su casa cuando andaba huido. Ningún juez iba a condenarlo por eso.

—Yo no sabía que era un violador.

—O sea que lo escondió.

—No he dicho que lo escondiera. Mire, que yo sea el padre de ese chico no es más que una casualidad, pregúntele a su madre lo que quiera, al fin y al cabo es ella quien lo educó. Yo no sé nada, y por lo tanto no voy a decir nada. ¿Quién sabe si era o no era el violador? Se ha llevado el secreto a la tumba.

—Puede que no. ¿Por qué me ocultó quién era usted cuando estuvimos la otra vez en su bar?

—¡Y a quién le interesa meterse en líos!

—Está bien, puede irse.

Se quedó estupefacto.

—¿Puedo irme ya?

—Si no sabe nada...

Se levantó. No parecía en absoluto convencido de aquel desenlace tan fácil. Pero ¿qué podía hacer yo? Aquel tipo era duro de pelar, no hablaría si pensaba que todas las pruebas habían desaparecido con su hijo. En la puerta esperaba Garzón. Me miró con un interrogante. Fui a recoger mi abrigo.

—¿Ya ha soltado a ese chico?

—Sí.

—¿Hace cuánto?

—Una hora.

—Supongo que estará en su casa, vamos a verlo.

En el coche puse en antecedentes al subinspector. Estaba subyugado.

—Estamos muy cerca, Petra, lo presiento.

—No cante victoria, hay un montón de preguntas que aún no tienen contestación, un montón de delitos que se acumulan esperando un culpable.

—Por lo menos ahora está abierto un camino.

Emilio estaba en su casa. Cuando abrió la puerta su rostro expresó cansancio, curiosidad, exasperación.

—¿Y ahora qué coño quieren?

—Tu padre ha confesado la verdad.

Salió la chica de la camiseta, había llorado, se puso junto a él.

—Pues muy bien, ¿y a mí que me cuentan?

—Deja de hacerte el gracioso y vámonos. Esta vez no vas a salir con tantas facilidades.

Su novia se le aferró a las mangas de la camisa.

—¿Qué es lo que he hecho?

—Esconder a tu hermano Juan Jardiel cuando la policía lo buscaba. Sabías perfectamente que era el violador, él te lo dijo.

—¡No es verdad! Mi padre no ha dicho eso.

—Oye, no perdamos más tiempo, ya se lo contarás al juez.

La chica se adelantó.

—No, no se lo van a llevar, no ha hecho nada malo.

Él la retuvo por el brazo.

—¡Cállate!

—No, no me voy a callar, si ya te has enfadado conmigo porque he hablado una vez, da igual que vuelva a hacerlo.

—¡Si te hubieras callado!

—Estarías en la cárcel aún. ¿Crees que tu padre va a hacer algo por sacarte?, no es más que un cerdo.

Garzón y yo asistíamos silenciosos a la escena. Nada se podía añadir para afianzar la treta, o funcionaba o dábamos media vuelta.

—Tú sabes que es verdad lo que digo, un cabrón; se arriesgó escondiendo a tu hermano, pero no ha sido capaz de pasarse por la cárcel a verte, o pagar tu fianza.

Emilio bajó los ojos. La chica se volvió hacia mí.

—Su padre sabía perfectamente lo que había hecho Juan, sabía por qué lo buscaban. Lo metió en el almacén de las bebidas, y si no lo hubieran matado le hubiera dado dinero para irse al extranjero, tenía mala conciencia y quería ayudarlo.

Hubo un silencio crispado.

—Tú sabes que es verdad, Emilio, hasta parecía que le gustara que Juan hubiera sido capaz de violar y armar tanto revuelo.

—No sabes lo que dices, cállate —dijo en voz baja.

—Será mejor que declares eso ante el juez, Emilio, mejor para ti, para tu padre, para todos.

Procuraba que mi voz sonara dulce. La chica me miró:

—¿Y una vez que haya declarado, lo dejarán volver a casa?

—Creo que sí.

Suspiré a fondo, había funcionado. Llevé a los chicos hasta el juzgado y Garzón partió en busca de una orden de detención para Ricardo Jardiel.

Nos encontramos para comer. Garzón estaba nervioso.

—¿Cuándo interrogaremos a ese pájaro?

—Déjelo unas horas en conserva, quiero que se lo piense bien, que vea el berenjenal en el que se ha metido. Además, no vamos a andarnos con historias. Le plantaremos delante de los morros una copia de la declaración de Emilio. Si queremos que cante, ha de verse las cosas muy negras.

—¿Y no cree que sería suficiente con decírselo? Así ganábamos tiempo.

—¡Vaya prisa le ha entrado! ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—Sí, usted no es hombre de precipitaciones. ¿Qué demonios le pasa?

—¡Joder, Petra, de tanto investigar se le va a quedar la deformación! Lo único que pasa es que ya ha llegado el inspector de Gerona. Esta tarde tenemos que entrevistarnos con él. Se ha pasado toda la mañana estudiando los informes.

—¡Vaya!, y usted quiere que en dos horas resolvamos el caso y cuando nos encontremos le digamos: *voilà*, primer espada, ha llegado usted tarde!

Remoloneó como si mis palabras le parecieran una tontería.

—¿Va a contárselo, Petra?

—¿El qué?

—Nuestras últimas averiguaciones, lo del padre de Jardiel.

—¿Está usted de broma? ¡Desde luego que sí!

Partió de mal talante, una albóndiga.

—Yo, que conste, no pienso obedecer órdenes directas tuyas. Aquí, desde el principio, usted ha sido la jefa. Así que si decide mandarme algo...

—¡Tranquilícese, Fermín!, por lo menos es un hombre. ¡Imagínese que llegan a enviarnos a otra mujer!

Me miró con ojos rencorosos.

—Eso ya es mala leche, reconózcalo.

Bueno, pensé, aunque no logremos resolver este maldito caso, la experiencia habrá sido positiva tanto para Garzón como para mí. Los dos habíamos aprendido cosas, nuestro compañerismo era genuino, carente de cualquier afectación. Él llegó a comprender que una mujer podía mandarle en el trabajo sin caer necesariamente en un descrédito y yo... yo había estado mucho más equivocada que él y, por tanto, mi cambio era mayor. Había ganado humildad. La inmersión en el mundo miserable del delito, la falta de lucimiento de aquel oficio... ciertamente ya no me sentía con ánimos de abroncar funcionarias, desnudar sospechosos o ponerme reivindicativa con los mandos. Me daba cuenta de que las dificultades de ser policía exceden a las meramente planteadas por la discriminación de la mujer. Pero ahora resultaba que este cambio, a Garzón no le hacía ni pizca de gracia.

—Así que no piensa oponerse a que otro jefe se inmiscuya —insistió.

—Olvídese, Fermín, todo parece indicar que en vez de resolver el caso en un tiempo razonable hemos contribuido a que se complicara.

—Pero si ya casi lo tenemos en el bote.

—¿Ah, sí? Explíqueme cómo.

—Juan Jardiel era el violador y Masderius lo mató.

—De acuerdo, ¿y quién volvió a violar y asesinó a Salomé?

—¡Recoño, y yo cómo voy a saberlo!

—Demos un poco más de tiempo al tiempo. Es posible que ese inspector nos ayude. Por cierto, ¿sabe su nombre?

—Ramón García del Mazo, un nombre ridículo.

Me eché a reír.

—Le invito a tomar un café en el Efemérides. Hasta las cuatro no tendremos la declaración de Emilio. ¿Qué le parece?

Le parecía mal, pero aceptó. ¿Por qué demonios a aquellas alturas se había vuelto tan remiso a la autoridad? ¿Una toma de conciencia tardía de los planteamientos individualistas?

En el Efemérides había un rato de tranquilidad; Pepe y Hamed estaban comiendo mano a mano, así que pasamos y nos sentamos con ellos a la mesa en espera de que fuera el momento de servir el café. Tragaban un guisado exótico de cordero con hojas de menta al que no pudo resistirse el subinspector.

—Sólo un poquito para probar, acabamos de comer.

Observé admirada cómo era capaz de reciclarse en asuntos gastronómicos, hasta qué punto disfrutaba con la comida ¡Dichoso él! Siempre tenía un último recurso vital al que aferrarse.

—¿Cómo va el caso? —preguntó Hamed.

—Bueno, vosotros sabréis qué dice la televisión.

—Sí, te vimos el otro día, no resultabas muy favorecida en las imágenes.

—Es verdad, no sabía que estaban siguiéndome con una cámara. Desde entonces escojo bien el modelo antes de salir de casa.

—No estaban siguiéndote —dijo Pepe muy serio.

—¿Y tú cómo te has enterado de eso?

—Me lo dijo Ana. Esa chica, Luisa, la novia de Juan Jardiel, la llamó diciéndole que iba a montarte un numerito, le pidió que estuviera allí y lo filmara.

—¿Ella se lo pidió?

—Sí, tenía mucho interés en recalcar que su novio no había sido el culpable.

—Quizá se equivocaba después de todo.

—Y entonces, ¿por qué han violado a otra chica después, con la marca y todo exactamente igual? Jardiel ya no pudo hacerlo.

—No lo sé, Pepe, y aunque lo supiera, supongo que te das cuenta de que no podría hablar de eso, en especial sabiendo que Ana Lozano sigue siendo una habitual de este bar. ¿Aún nos espía en la sombra?

Pepe levantó del plato sus bonitos ojos castaños y me los clavó.

—¿No crees que estás desarrollando un síndrome persecutorio? Ana Lozano viene por aquí, pero eso no significa que ande tras tus pasos, quizá no eres tan importante.

¿Pepe agrediéndome? Aquello era nuevo para mí, un hito, una excepción, casi para celebrarlo.

—Puede que lleves razón, tengo el síndrome del zorro en una cacería.

Se levantó Hamed.

—Voy a hacer unos té aromáticos.

—A esa chica parece importarle muchísimo que todo el mundo sepa que Jardiel no era un violador, le importa casi más que verlo muerto como un perro.

—Por lo menos así salva su honor —dijo Hamed desde la cocina.

—¿Qué has dicho? —pregunté.

Salió llevando una tetera de cobre que humeaba.

—Lo único que queda de un muerto es el honor.

—Mentalidad oriental —dijo el subinspector preparando una taza.

—Quizá —puntalicé.

Nos concentramos en la bebida. Finos piñones subían y bajaban entre el líquido.

—Delicioso té al gusto árabe —saboreó Garzón.

—Puede que Oriente y Occidente no estén tan lejanos —comenté pensativa.

—¿Filosofas? —preguntó Pepe, irónico.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Tu tendencia natural a filosofar sin muchos motivos.

Estaba admirada, un nuevo rechazazo, ¿qué había ocurrido? Garzón me miró de soslayo, sonrió.

—Inspectora, ¿no cree que ya es tarde?

En el coche no podía dejar de pensar en lo que había sucedido. Mi compañero enseguida lo notó:

—¿Hay algo que le preocupa?

—¿Se ha fijado qué agresivo estaba Pepe contra mí?

Agitó la cabeza, flemático.

—Quizás eso es sano.

—¿Sano, por qué?

—Usted hace tiempo que resolvió su historia con él, quizás ahora haya llegado su momento.

Encendí un cigarrillo.

—Vamos, Garzón, si lo que quiere insinuar es que está saliendo con Ana Lozano me parece evidente, pero esa relación no le ayudará a resolver nada.

—¿Está segura?

—¡Esa periodista tiene la misma edad que yo!

—No todo el mundo es como usted, los hay que repiten modelo.

—En cualquier caso, no es motivo para reaccionar de ese modo.

—Es una primera fase belicosa, ya se le pasará.

Me quedé observándolo mientras conducía. Era como un cofre cerrado, pero el brillo del oro salía por las comisuras de sus labios.

—Usted se lo aconsejó, ¿verdad?, usted le aconsejó que aprendiera a ser duro conmigo.

—Yo no le he aconsejado nada, pero somos amigos, ¿recuerda? y por tanto hemos hablado de muchísimas cosas.

Cabeceé con sorpresa, como si descubriera que aquella carne de sardina era en realidad puro salmón.

—La hostia, Garzón, es usted la hostia, de verdad.

Se reía encantado.

—Ha conseguido algo que para mí había sido imposible: librarme de la estela de todos mis maridos.

—¿Está enfadada?

—¡Le aseguro que no! ¡Me siento agradecida!

A Garzón mi sorpresa le daba años de vida, había dejado de sentirse un palurdo provinciano y ahuecaba sus nuevas plumas de pavo real experto en sentimientos urbanos.

—Ya hemos llegado. —Bajó, llegó hasta mi portezuela con paso crecientemente escorado—: Las damas, primero —dijo lleno de orgullo.

—La hostia en verso, Fermín, hablo en serio.

La declaración de Emilio nos esperaba, firmada, rubricada: su padre había dado cobijo a Juan Jardiel cuando era prófugo de la justicia. La empuñé satisfecha. Aquel trozo de papel era la única arma que podíamos esgrimir para que el hombre hablara.

—¿Han traído ya a Ricardo Jardiel?

—Está en el despacho 20, inspectora.

—¿Quiere que me quede fuera? —preguntó Garzón.

Hice un signo negativo con la cabeza. No me parecía que Jardiel fuera un tipo a quien pudiera influir positiva o negativamente la presencia de nadie. No me equivoqué, ni siquiera miró a mi compañero. Su aire despectivo no había variado a pesar del encarcelamiento cautelar. Las añagazas psicológicas no servirían con él, únicamente se avendría a reconocer aquello que no pudiera negar por evidente. Ir al grano me parecía imprescindible. Le puse la declaración ante los ojos. La leyó. Sólo estando muy atenta a los movimientos de su rostro me fue posible darme cuenta de la contracción de sus mandíbulas. Dejó caer el papel. Me miró sin perder la calma.

—Muy bien, ¿y?

—Ahora ya no volverá a negar que usted escondió a su hijo.

—Bueno, no podía hacer otra cosa, era mi hijo, no lo negaré. Pueden acusarme de eso.

—Podemos acusarlo de algunas cosas más. Usted sabía que su hijo era el violador que andábamos buscando.

—No.

—Emilio así lo afirma.

—Se lo imaginará. ¿Qué puede saber él?, ni siquiera lo vio. Además si ha dicho eso ¿por qué no figura en su declaración?

—Oiga, es infantil, ¿por qué pensaba que su hijo estaba siendo perseguido, por haberse saltado un semáforo?

Tenía las respuestas bien preparadas, en ningún momento se mostraba nervioso.

—Usted sabe que soy dueño de un bar. Allí van muchos chicos, hablo con ellos, los conozco bien. Los chicos de hoy en día tienen muchos problemas, a veces patinazos con la justicia, por consumo de drogas, por cualquier cosa. Mi hijo se presentó y me dijo que tenía un problema, no le pregunté cuál.

Me levanté, di unas zancadas por la habitación.

—Es increíble, Jardiel. Me parece lógico que no tenga ganas de cargar con una acusación de encubrimiento, pero lo más acojonante es que no haga nada por ayudar a descubrir quién se cargó a Juan.

—Juan está muerto.

—Ésa es una gran verdad, una verdad casi tan grande como que usted es el violador y asesinó a su propio hijo.

De reojo vi que Garzón hacía un ademán casi imperceptible de sorpresa. Jardiel se llevó las manos a la cabeza con aire de burla.

—Sí, y también maté a Kennedy.

Era necesario hacer uso de toda mi teatralidad. Sonreí cínicamente:

—Ríase cuanto quiera, cuanto más mejor. Para que su disfrute sea completo le voy a contar por fin toda la acusación que el juez está fraguando contra usted. ¿Preparado?

Levantó mucho las cejas para que cualquier expresión de su rostro quedara anulada.

—Usted, Ricardo Jardiel, ha sido desde el principio el violador. Nadie duda que su personalidad es más fuerte que la de su hijo; probablemente

ejerció en los últimos tiempos un enorme influjo sobre él. Su hijo Juan sabía que usted violaba a esas jóvenes y las marcaba, usted se lo contaba, y lo utilizaba. Le mandó a preparar el reloj especial con las púas, de modo que, llegado el caso, el relojero sólo pudiera reconocerlo a él. Pero su hijo empezó a ponerse nervioso cuando vio que el círculo de sospechas se cerraba en torno a él. Fue a pedirle protección y usted lo escondió en el almacén de las bebidas. Naturalmente aquel no era un plan que pudiera durar, de modo que le prometió a su hijo una fuerte cantidad de dinero para sacarlo clandestinamente del país. Una cantidad de la que, por desgracia, usted no dispone ni dispondrá jamás, así que hizo lo único que podía hacer para quitárselo de en medio: lo mató. Después, ha vuelto a violar porque, naturalmente, es usted un enfermo, Jardiel, un loco que no merecería más que compasión si no fuera porque es tan peligroso.

Garzón me observaba admirado por la resurrección repentina de su teoría aplicada al interfecto. La cara de Jardiel había ido poniéndose blanca; sin embargo, a pesar de haber sufrido esa primera conmoción, dijo aparentando tranquilidad:

—Usted puede inventarse las historias que le dé la gana, pero cuando mataron a Juan yo estaba sirviendo cervezas. A ver cómo piensa probar sus fantasías.

—Su hijo Emilio ha declarado que usted se sentía orgulloso hablando sobre las violaciones de Juan. Eso le ha interesado al juez. También ha declarado que usted iba a pagarle la huida al extranjero. Es como si se hubiera encargado a conciencia de hacerlo testigo de evidencias falsas. Ha vuelto a interesarle al juez. Las piezas casan perfectamente. Sobre todo porque su hijo Emilio ha acabado declarando que usted se quedó tan fresco al enterarse de que habían asesinado a Juan. Y no queda ahí la cosa, lo último que ha dicho es que el reloj con el que las chicas eran marcadas está en su poder.

—No he leído ninguna de esas cosas en su declaración.

—Hay una segunda declaración. Tampoco en la que ha leído figuran datos como que usted alentaba a su hijo en sus presuntas fechorías, o que lo

escondía en el almacén de las bebidas o que pensaba facilitarle la huida, y sin embargo, ya ve cómo yo he llegado a saberlas.

Ahora sí estaba tocado, mi florete había llegado a su cuerpo. Veríamos hasta qué punto era profunda la herida.

—Piénselo bien, Jardiel, las cosas están muy graves. Mañana volverán a traerlo a comisaría, será nuestro último interrogatorio, el siguiente se lo hará el juez, bajo acusación formal. Piense lo que le conviene declarar antes de que sea tarde.

Me levanté, Garzón me siguió. Salimos al pasillo y tras dar cuatro pasos mi compañero no pudo contener su curiosidad.

—No entiendo nada, inspectora. ¿De verdad Emilio ha confesado que su padre tiene el reloj?

—No, no ha dicho tal cosa, pero pienso que Jardiel se lo ha tragado. Le di a Emilio una declaración incompleta para firmar, faltaban muchos datos de los que nos facilitó, pensé que en nuestro poder esos datos podían ser más útiles y elásticos, incluir alguna mentira que también pasara por verdad.

—Genial, inspectora, genial.

—No me halague, la teoría del violador fantasma la parió usted, yo sólo la he usado con otros fines.

—Me quito el sombrero.

—Pues póngaselo otra vez, si este tío recupera la serenidad que ha perdido un instante y piensa las cosas con detenimiento, mañana pedirá que le enseñemos la segunda declaración y entonces...

—Dios está con nosotros, Petra, no lo hará.

—Dios no anda en estos líos, Fermín, para manifestarse escogería asuntos de más relumbrón, se le aparecería a Ana Lozano mostrando el camino y ella le haría una entrevista en la tele.

A las cinco en punto estábamos en el despacho del comisario, García del Mazo ya había llegado. Era un individuo más o menos de mi edad, no muy alto, con un bigotito recortado al hilo de su fino labio superior. Estaba

serio, petriforme y, si desde su cara emitía alguna señal de comunicación, reconozco que mis receptores no se hallaban preparados para recogerla. Se hicieron las presentaciones pertinentes, a las que Coronas intentó dar un sesgo cordial. Luego puso los puntos sobre las íes.

—No quiero hacer caer sobre sus hombros responsabilidades añadidas, pero ya saben que este caso está teniendo un seguimiento público excepcional, de modo que les insto a que intenten solucionarlo cuanto antes. Naturalmente, el mando entre los dos inspectores será conjunto. ¿Hay alguna pregunta?

Callamos los tres. En cuanto nos dejó solos García del Mazo intentó sonreír.

—Todos los jefes hablan igual, deben recibir cursillos de oratoria.

Intenté sonreír yo también.

—¿Ha leído los informes?

—Háblame de tú, me llamo Ramón.

Asentí.

—Y yo Petra.

Garzón guardó un silencio absoluto y mi nuevo compañero tampoco le preguntó.

—Los he leído. Si me permitís mi parecer, creo que están bien, sólo que se hallan poco tipificados, adolecen de una cierta dispersión. No habéis sido muy sistemáticos, ¿me equivoco?

—Me temo que estás en lo cierto, hemos ido a remolque de los acontecimientos, dando bastantes bandazos.

—Eso sucede muchas veces, no te preocupes demasiado.

Garzón se removió inquieto.

—Bueno, supongo que aún puede introducirse la ayuda del ordenador, los bancos de datos policiales de los que habéis hecho poco uso.

—Hay novedades de última hora que no se han reportado todavía, si quieres te informo.

Le conté toda la historia del interrogatorio a Ricardo Jardiel. Daba cabezadas afirmativas sin variar para nada la expresión de sus facciones. No parecía impresionado ni mi revelación tenía visos de ser crucial.

—Muy bien, sigue por ahí, aunque... el máximo rendimiento que puede derivarse de ese interrogatorio es que el padre afirme que Juan era el violador. Lo cual puede ser verdad o incluso no serlo. La pregunta es ¿quién lo mató?, porque es obvio que el asesino de ese chico es el violador posterior e incluso puede que el inicial, y, por supuesto, el asesino de Salomé.

Hablaba con seguridad, tan despacio que el interlocutor se veía impelido a creer en sus razonamientos, o al menos a seguir sus explicaciones como si contuvieran algo nuevo.

—Hay un punto que, a mi modo de ver, habéis dejado peligrosamente suelto.

El subinspector y yo nos miramos por el rabillo del ojo con aire culpable, cogidos en falta.

—Se trata de la muerte de Salomé. Nadie se ha ocupado de seguir los últimos movimientos de su vida, las posibles personas que conoció, los cambios que introdujo en sus costumbres.

Garzón intervino.

—Yo pasé por su casa y me dijeron que hacía lo mismo de siempre con los mismos horarios.

—No es suficiente, subinspector... —no le había incluido en los beneficios del tuteo—... ¿qué puede saber la familia de las andanzas de una chica joven? ¿No han pensado que es demasiada casualidad que se escogiera de nuevo a una misma víctima?, ¿qué significado tiene eso?, ¿sólo un reto burlesco hacia la policía? ¡No estamos en una serie televisiva!

Empezó a molestarme su tonillo profesoral, pero llevaba razón, por todos los demonios del averno, aquel tecnócrata de picha corta llevaba razón.

—No te preocupes, Petra, yo voy a investigar por esa vía, tú sigue con lo de Jardiel, y usted subinspector, introdúzcase por vía de ordenador en las listas de individuos con reincidencia en delitos.

—Acudir a las listas de sospechosos fue el primer paso que dimos, sin muchos resultados —se dio Garzón el gustazo de decir.

—Pero yo le hablo de tipos reincidentes, llamativamente reincidentes, me atrevería a decir. Esas listas de datos existen en la sección informática, de hecho el banco de datos de Barcelona es muy completo.

Garzón se puso serio.

—Lo haré, inspector, a sus órdenes.

Conocía su gélido estilo de obediencia oficial. Aquel tipo estaba repateándole las tripas.

García del Mazo consultó unas notas que llevaba en la mano.

—Vamos a ver... ¿qué me faltaba por decirles? ¡Ah, sí! —adoptó un timbre casual—... hay una cuestión de método con la que disiento también. Se trata de las relaciones con la prensa. ¡Señores, por favor, estamos en el siglo veinte, muy pronto el veintiuno! ¿Por qué negarse a cal y canto a hacer declaraciones? Eso no puede ser, se han creado en nuestro cuerpo departamentos especiales para las relaciones exteriores. Está absolutamente demostrado que los impedimentos hacia los periodistas no hacen más que dificultar nuestra labor. Es una cuestión muy sencilla de solucionar, se escoge un portavoz policial y se da una rueda de prensa de vez en cuando. Eso es todo. ¿Decir algo sustancial? No es necesario, sólo rasgos generales que aplaquen la curiosidad del público. Así se cuida nuestra imagen y se aborta la excesiva especulación.

Me miró sonriendo, comprensivo.

—Ya sé que no apruebas eso —añadió.

—Bueno, pero ahora ya somos dos en mando colegiado, así que si tienes las cosas tan claras será mejor que te encargues de hacerlo.

—Si no te importa lo haré, a no ser que prefieras encargarte tú.

—Adelante, creo que te mueves por los departamentos con más soltura que yo.

Hizo un gesto unificador con las manos.

—En cuanto a métodos, me parece conveniente que hagamos dos reuniones al día: una por la mañana y otra por la noche.

Saltó Garzón:

—¿Dos reuniones?, ¿con qué fin?

—La reunión es un fin en sí misma, una herramienta de trabajo, una base para el intercambio de ideas, de hipótesis.

—¿Y si no tenemos nada que intercambiar?

—Le contaré que en Estados Unidos, subinspector, se hizo la experiencia de meter a todos los directivos de una empresa durante un año dos horas diarias en una habitación. No había motivo justificado, ni orden del día, ni temas concretos que tratar y, lo que es más curioso, nadie lideraba el encuentro. Y, ¿saben qué ocurrió? Al cabo de ese período de tiempo la empresa había incrementado las ventas en un cuarenta por ciento, la organización interna se había optimizado y todos los elementos potenciables de entre los empleados habían conseguido más responsabilidad. ¿Qué le parece? Por supuesto parece ser que hubo días en los que aquellos hombres estaban callados durante minutos enteros, cercanos a desesperarse, sin saber qué hacer; pero al final, siempre se encontraba un cabo del que tirar; por él se llegaba a la madeja.

—Jugarían a los chinos —dijo Garzón.

García del Mazo esbozó una sonrisa indulgente.

—Quizá.

Se despidió con la afabilidad justa que correspondía a la ocasión y salió por la puerta, pimpante. Llevaba un traje bien cortado, azul oscuro, una corbata estampada de minúsculos estribos de montar.

—¡Vaya pájaro! —exclamó Garzón—. Un moderno y eficaz, a éstos me los conozco como si los hubiera parido.

—Hará carrera. ¿Tomamos una cerveza, Fermín?

Cruzamos la calle en silencio. Mi compañero estaba aparejando la cuadriga de demonios que iba a llevárselo a toda carrera. Yo esperaba filosóficamente verlo convertido en auriga, pasar junto a mí a más castaña que el carro de Ben-Hur. No se hizo esperar.

—Se ha bajado usted los pantalones, ¿no, Petra?

—¿Eso le ha parecido?

—Puede estar bien segura. Tanto mando colegiado y tanta hostia, tanta reivindicación feminista y el copón y ahora resulta que a todo le dice que sí.

—Había cosas en las que llevaba razón.

—¿En lo de la prensa también?

—No sé de qué se queja, usted siempre ha opinado lo mismo que él afirma.

—¿Y qué importa lo que yo opine? La jefa es usted.

—Es eso lo único que le duele, ¿verdad?, el jodido mando, el poder. Realmente hay que ser un hombre para pensar así.

—Mire, yo ya no pienso nada, no me pagan para pensar, pero está claro que un tipo no puede presentarse avasallando en un caso en el que hace meses que trabajan otros currantes.

—Déjese alguna vez la armadura en casa.

Se tragó la cerveza de un sorbo, estaba enfadado, había sufrido una decepción en cuanto a mi principio de autoridad.

—Me voy, Petra. Ya intercambiaremos ideas en alguna reunión.

—Dele mis recuerdos a Pepe, y algún buen consejo...

Ahora sí estaba cabreado, hincaba los pies en el suelo para caminar. Pedí una segunda cerveza. No investigar a Salomé después de su asesinato había sido un fallo notable, y no debía ser el último que habíamos cometido. Emperrarse en seguir con aquel caso cuando habíamos tenido ocasión de abandonarlo había constituido un acto irresponsable. Noté que el peso de la atmósfera aumentaba sobre mi cabeza. La obstinación en impedir más contactos con los periodistas era también prueba de una mentalidad infantil que, García del Mazo llevaba razón, había perjudicado al desarrollo de los hechos. Y las improvisaciones... Aceleré la ingestión de la segunda cerveza porque advertí la necesidad de una tercera. Claro que aquel tipo era engreído, desagradable, teorizante y trepador, pero era un auténtico profesional de la nueva hornada, había dicho cosas sensatas. Me estremecí sin embargo ante la posibilidad de tener dos reuniones diarias con él y Garzón, animadversiones calladas sofocando el aire, como si a la salida nos esperara el ángel exterminador con su espada flamígera.

De pronto, entró un guardia de comisaría en La jarra de oro, vino hacia mí.

—Inspectora Delicado, la llaman de los calabozos de la jefatura superior.

Inspiré profundamente, el efecto del alcohol se disipó.

—¿Está el subinspector Garzón en comisaría?

—No, salió con usted y no ha vuelto a entrar.

—Intente localizarlo y dígame que venga.

Yo estaba segura y al fin sucedió. El funcionario me dijo que Ricardo Jardiel quería declarar de nuevo.

—Está bien, tráiganlo inmediatamente.

Llegó en menos de una hora y, en cuanto lo tuve delante, supe que un proceso de desmoronamiento se había producido en él, la incertidumbre había podido con su frío cinismo despectivo.

—Está bien, Jardiel, volvamos a empezar. Un buen día llegó Juan y le dijo que la policía estaba tras sus pasos. Usted lo acogió y lo escondió en su almacén pensando que nadie iba a relacionarlos y que estaría seguro. Hasta ahí sí habíamos llegado. Ahora viene la primera pregunta: ¿sabía usted que su hijo era el violador?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

Se parapetó tras sus manos abriendo desaforadamente los ojos.

—Pare el carro, me lo contó ese mismo día.

—No le creo.

—Se lo juro por Dios.

—¡Venga, no me joda, jurar por Dios a estas alturas. Usted estaba enterado cada vez que él hacía una de las suyas, le reía las gracias y a lo mejor hasta lo animaba para que siguiera!

—¿Cree que estoy loco? A Juan lo han cogido muerto, pero podían haberlo cogido vivo, ¿por qué iba a arriesgarme a que la policía me acusara de cómplice?

—Porque disfrutaba con las actividades de su hijo.

—No soy un viejo asqueroso, puedo disfrutar de otras maneras.

—Pero lo que pueda sucederle a las mujeres le tiene sin cuidado. Abandonó a la madre de Juan, a la de Emilio y abandonará a la que tiene ahora cuando se canse.

—La madre de Emilio murió.

—Pero usted ya le había hecho la vida imposible y la había dejado mucho antes.

—¿También Emilio le contó eso?

—No, eso lo he deducido yo sola.

Se frotó la nariz, le temblaban las manos. Explotando su sentimiento de culpa quizá llegaríamos a alguna parte. Perfecto, una buena constatación, hasta las alimañas tienen ese maldito sentimiento metido en alguna parte. Suspiré, le di un cigarrillo.

—¿Juan le entregó el reloj con el que marcaba a las chicas?

—¡No!

—Pero se lo enseñó.

Dudó un instante.

—Sí, me lo enseñó.

—¿Y usted dejó que se lo enseñara?

—No entiendo qué quiere decir. Se plantó delante de mí y me dijo: «*Mira, he llevado esto veinte veces en tus narices*». Luego lo abrió y pude ver lo que llevaba dentro.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—Describa el reloj.

—Creí que ya sabían cómo era el reloj.

—Describalo.

—Era un reloj normal, bastante viejo, aparentemente no se notaba nada, pero la esfera iba encastrada en otra esfera de reloj rodeada de púas. Supongo que cuando atacaba a una chica quitaba la esfera de arriba, luego volvía a ponerla y ya llevaba un reloj normal.

—Muy ingenioso, su hijo, comprendo que estuviera usted orgulloso con sus andanzas.

—¡Yo no estaba orgulloso de él!, pero le debía el favor de esconderlo. De todas maneras ya le dije que no podía quedarse toda la vida allí.

—Le ofreció sacarlo de España.

—Él tenía ya quien le ayudara.

—¿Quién?

—Le juro que no lo sé, pero quien fuera resultó ser la misma persona que se lo cargó.

—Explíqueme eso.

—Juan llamó por teléfono, quedó con alguien, fue para esa cita y ya no volvió. Me enteré al día siguiente por la radio de que lo habían asesinado.

—¿No le dijo a quién había llamado?

—No, se lo aseguro, es la verdad.

—¿Llevaba puesto el reloj de las púas cuando se marchó?

—Sí.

—¿Está seguro?

—Sí. Me fijé, le dije que sería mejor que no anduviera por la calle con eso encima, pero no me hizo caso. Estaba loco, esa zorra de su madre lo enloqueció. Yo no soy ningún monstruo, ¿comprende? Tuve mis razones para abandonarla, y a la siguiente también, ésa era una mujer débil, insoportable, cuando nos separamos fue a implorar a su hija que se vieran algún día y ni ella quiso hacerlo. ¿Por qué iba a ser yo un santo si no lo son los demás?

—Yo no estoy aquí para juzgar su vida, Jardiel, usted sabrá lo que ha hecho. Espero por su bien que no me haya mentido.

—No soy un violador, ni el cómplice de un violador, lo único que hice fue echar una mano a mi hijo.

Me levanté, recogí mi bolso.

—Se equivocó de ocasión, quizá si le hubiera ayudado antes, a su hijo le hubiera servido de algo.

Salí del despacho tan excitada que ni siquiera sabía qué debía hacer. Di varios pasos por el corredor, retrocedí hacia un guardia:

—¿Ha localizado al subinspector Garzón?

—No hay quien lo encuentre, inspectora, ni en su pensión, ni en el bar donde a veces lo llamo...

—De acuerdo. Y el inspector García del Mazo, ¿sabe dónde está?

—Me parece que pasó hacia...

Le puse una mano en el brazo.

—Déjelo, no tiene importancia, mañana lo veré.

Cualquier intento de encontrar a Garzón antes de la cena hubiera resultado infructuoso, y a del Mazo podían darle mucha morcilla, de modo que volví a casa. Necesitaba extinguir con descanso y una copa el fuego que empezaba a devorar mi cerebro.

Conduje por instinto, sin fijarme, fue casi una sorpresa encontrarme frente a la casa. Ni siquiera se me ocurrió preparar alguna cosa para comer.

Dejé caer mi cuerpo sobre el sofá en cuanto me hube servido una margarita bien fuerte de tequila. Así que las cosas tomaban un nuevo rumbo, ¿esclarecedor? Muy despacio, me dije a mí misma, hay que ir muy despacio esta vez, nada de movimientos precipitados o conclusiones fáciles. ¿Dónde demonio se habría metido aquel inoportuno de Garzón?

OceanofPDF.com

13

Me desperté con un dolor muy agudo en el cuello, las piernas hormigueantes, el sobresalto crispándome todos los músculos. Miré el reloj, ¡fantástico!, era una buena manera de iniciar el nuevo rumbo para el caso. Cogí el teléfono.

—¿Sánchez?, póngame con el subinspector Garzón.

—Está reunido con el inspector García del Mazo.

—Da igual, dígame que es urgente.

Al cabo de un instante oí la voz algodonosa de mi compañero.

—¿Dónde se ha metido, Petra? Estábamos esperándola para la reunión.

—Quiero que venga inmediatamente a mi casa para una sesión de estudio.

—¿Y García del Mazo?

—Póngale una excusa y salga de ahí.

—¿Y el mando colegiado?

—Pueden darle por el saco al mando colegiado.

—Estaba seguro de que acabaría reaccionando. Le diré que ha habido una emergencia en lo del alijo. Será una mentira menor, anoche estuve con ello hasta la madrugada.

—Por eso no pude encontrarle.

—¿Y usted, cómo no ha venido aún por aquí?

—Me he dormido, Garzón, me he dormido. ¿Es que tiene que enterarse de todo?

Tardó menos de una hora en comparecer. No se le veía intrigado en exceso por la premura de la convocatoria.

—¿Haremos hoy una pizza? —preguntó.

—No está la cosa para pizzas.

—¿Y el pizarrín?

—Tampoco habrá pizarrín. Tenemos que tener todas las posibilidades en la cabeza, Garzón, encarnarlas ahí, grabarlas a fuego y, si descartamos alguna, extirparla con toda seguridad y enterrarla definitivamente.

Me miró algo alterado, era obvio que aquella mañana no le apetecía tomarse tan a pecho la realidad; debía tener hambre y aquella dialéctica sangrienta sin duda le pareció desmesurada. Aunque, naturalmente, cuando le hube contado el interrogatorio de Ricardo Jardiel, se quedó boquiabierto frente al as de mi manga.

—Adiós a los fantasmas, Fermín, Juan Jardiel sí era el violador.

—Y entonces... ¿qué me dice de su muerte, y de la última violación, y de la muerte de Salomé?

—Vayamos por partes. ¿Por qué no se sienta?

Pidió permiso para quitarse la chaqueta y aflojarse la corbata. Se rascó el bigotón con el índice y luego lo blandió en el aire mientras hablaba.

—La cosa es que la persona con la que había quedado citado lo asesinó y le quitó el reloj.

—Eso es.

—Alguien que quería vengarse de él.

—Pongamos que sí.

—Y si le quitó el reloj fue con la intención de seguir haciendo víctimas y marcarlas exactamente con el mismo instrumento.

—Así parece.

—Pero, ¿quién coño?... ¿Masderius?

—Puedo imaginarme a Masderius contratando a un detective, incluso podría representármelo matando a Juan Jardiel, pero de ninguna manera lo creo capaz de violar y asesinar a una joven.

—Es verdad, no tiene sentido.

Garzón se levantó, fue a mirar los geranios, se paseó arriba y abajo, nervioso.

—Quizá no debemos descartar la hipótesis de que haya dos personas implicadas en esto: el asesino de Jardiel y el asesino de la chica. En cuanto al reloj...

—Nada de hipótesis, Garzón, esta vez nada de hipótesis. Repasemos los hechos desde el principio. ¿Quiere que hagamos una pizza?

—Déjese de pizzas, Petra, no es el momento.

Nos colocamos el uno frente al otro. Abrí las manos como en un ofertorio:

—Violan a cuatro chicas. Las marcan con una extraña flor en el brazo. Por un testigo localizamos al presunto violador y se nos escapa. Días más tarde aparece muerto. Poco tiempo después encontramos a la que había sido la primera víctima, de nuevo violada igual que la vez anterior y ahora asesinada.

—No enteramente igual a la vez anterior, la segunda violación no fue natural sino provocada por un objeto.

—Exacto. En último lugar contamos con un nuevo y fiable testimonio que nos asegura que Juan sí era el violador. Sorpresa total. ¿Por qué sorpresa total? La seriación de los hechos nos había llevado a dar a Juan por inocente.

—Hubo otra violación tras su muerte y no se le encontró encima el reloj de las púas. Eran suficientes razones para creerlo libre de culpa.

—Cierto, no se le encontró el reloj de las marcas, pero no sólo eso, sino que, además, su muñeca no estaba desnuda. Encontrar su muñeca desnuda hubiera podido hacernos suponer que alguien había robado el artefacto. Pero no, el cadáver llevaba un reloj.

—Uno muy corriente que le había regalado su novia.

Quedé en silencio.

—Un reloj del cual su maniática e hiperabsorbente madre desconocía la existencia.

—Un detalle que se le escapó.

—Ya ve que hubo más detalles que se le escaparon, como que Juan visitara de tapadillo a su padre desde hacía tiempo. Sin embargo, si el padre nos dijo que el chico llevaba puesto el reloj de púas cuando salió de su bar, ¿por qué demonio el cadáver tenía puesto el otro?

—A lo mejor llevaba los dos.

—No, nadie lleva dos relojes si quiere evitar preguntas embarazosas. Estoy segura de que fue el asesino quien le quitó el reloj de las marcas y puso el otro en su lugar.

—Y ¿de dónde podía el asesino sacar un reloj que la propia novia de Juan identificó?

—Ésa es una buena pregunta.

—¿Cree que la chica mintió deseando encubrir a su novio?

—Mire, Garzón, sólo creo que la persona que lo mató deseaba que Juan Jardiel pareciera inocente. Así que le quitó el reloj inculpatario, le puso uno cualquiera y, para que nadie se quedara con dudas, violó y marcó de nuevo.

Garzón se rascó los arranques del pelo en la frente.

—¿Y quién podía querer exculparlo y matarlo a la vez? Además, el reloj hallado no era uno cualquiera, sino el que su novia le regaló.

—El que su novia *dijo* haberle regalado.

Quedamos en silencio. Garzón sacudió la cabeza como si hubiera masticado un limón.

—Creo que ya sé cuál va a ser nuestro próximo paso.

—¿Sí?

—Interrogar a Luisa.

—¡Se equivoca!, nuestro próximo paso será hacernos por fin esa condenada pizza. No hay que precipitarse esta vez, hemos de calibrar si interrogamos a Luisa por las buenas o si...

Sonó el teléfono. Descolgué, asentí, asentí... los ojos redondos de Garzón clavados en mis más mínimos gestos estaban poniéndome nerviosa. Colgué.

—Era García del Mazo, nos espera para que comamos juntos en La jarra de oro.

—¿Por qué no lo ha mandado al infierno?

—Calma, Fermín.

—¿Va a contarle algo?

—Sólo el testimonio de Ricardo Jardiel, ni una palabra de nuestras deducciones.

—¡Ah, no, ni hablar, no le diga nada en absoluto!

—¿Y el mando colegiado?

—A mí también me la suda el mando colegiado; no puede llegar este tío al final del caso y apuntarse una medallita.

—Le aseguro que, aunque ese tipo se apunte nuestros tantos, el caso lo resolveremos nosotros.

—Así no va a ascender en la puta vida.

—¿Y quién le ha dicho que quiero ascender?

Salimos a la calle poniéndonos las gabardinas.

—No se altere demasiado por el cambio de planes, Garzón, lo de la pizza estaba difícil, sólo me quedan aceitunas...

—Una pizza de olivas con aceite crudo no hubiera estado mal.

—Estoy segura de que tiene aptitudes culinarias de las que usted mismo ha vivido ignorante.

Gruñó y puso primera, estaba de mal humor.

La comida se hizo eterna. García del Mazo discurseaba sobre la importancia del factor humano unido a la tecnología dentro de la praxis policial. Pensé que, en el fondo, era un buen tipo, ni siquiera se había enfadado por nuestra inasistencia a la primera reunión. Era incluso simpático, sólo que había llegado en un mal momento, interrumpía, dilataba el proceso de investigación. Estaba convencida de que nos hallábamos casi al final de nuestro caso y me molestaba tener que darle explicaciones, llevarlo prendido como un broche a lo largo de las pesquisas que nos quedaran por hacer. Garzón miraba a su nuevo jefe colegiado con ojos criminales mientras yo tenía dificultades para seguir sus palabras. No podía dejar de darle vueltas: sólo a una persona podía interesarle la pública rehabilitación de Jardiel, y esa rehabilitación llevaba necesariamente

implícita la muerte. Cuando logré prestar de nuevo atención a García del Mazo éste estaba diciendo:

—Lo del padre de Juan es muy importante, muchachos. Voy a interrogarlo yo también para ver si lo pillo en contradicciones, ¿quién sabe si no está dándonos alguna pista falsa!, ese individuo es muy sospechoso. Por otro lado, voy a pedir que nos hagan un dibujo del doble reloj en el ordenador. Quedan perfectos, lo hacen también para los retratos robot. Cuando uno lleva una investigación hay que pedir muchas cosas, solicitar datos a todos los departamentos, incordiar, exigir, de lo contrario te toman por un inepto.

Garzón me miró. Yo sonreí.

—Se nota que tienes experiencia en las cosas internas, Ramón.

Me miró con el orgullo saliéndole por los poros de la nariz.

—Te aseguro que, a estas alturas, a mí ya nadie me coge en un renuncio.

—Este tío es un gilipollas —dijo el subinspector Garzón a la salida del bar.

—Déjese de hostilidades y vayamos a lo nuestro. ¿Qué hora es?

—Las cinco menos cuarto.

—Pues habrá que esperar hasta que cierren las tiendas.

Llegamos al supermercado donde Luisa trabajaba. Garzón aparcó lo suficientemente lejos como para poder controlar la puerta sin que nadie se percatara de nuestra presencia. Encendimos la radio y nos dedicamos a lo que secularmente se dedica la policía mientras aguarda: fumar. Yo arrancaba a mi cigarrillo pequeñas nubes estratificadas mientras que mi compañero se envolvía todo él en cúmulos algodonosos. A las ocho menos cinco salieron los últimos clientes del establecimiento y a las ocho bajaron la verja. Media hora más tarde, por una puerta secundaria, desfiló todo el personal. Luisa iba sola, con el paso moroso de quien no tiene prisa por llegar a su casa.

—Ahí está —dijo Garzón.

La vimos alejarse, evanescente como una pincelada en un cuadro.

—¿Y cómo ésa chica ha podido matar a nadie?

Asentí en silencio, estaba completamente absorta en las pisadas de Luisa, elásticas, largas. Estuve pendiente de su silueta hasta que dejé de ver su abrigo pardo.

—¿Ha pensado en eso, Petra?

—Lo he pensado.

Todo iba bien. El encargado era el último en marchar y mientras buscaba las llaves, Garzón y yo bajamos del coche, fuimos rápidamente hasta él. Nos dimos a conocer como policías.

—¿Trabaja con ustedes Luisa López?

—Acaba de marcharse.

—Verá, ella nos dijo que guardaba una prueba aquí, habíamos quedado pero... se nos ha hecho un poco tarde. ¿No le ha dejado nada para nosotros?

—No.

—¿Tiene usted alguna idea de dónde puede tener ella sus cosas?

—Cada empleado tiene un armario para la ropa, pero si ella no está...

Sonreí:

—No nos haga ir a buscar una orden de registro, será sólo un momento.

Apartó el cuerpo, nos dejó pasar, estaba serio y desconfiado. Nos llevó hasta la parte trasera del local, internándonos por un corredor lleno de cajas. Al final, se abría una sala cuadrada bastante grande, donde se alineaban varios armarios metálicos junto a enseres de limpieza.

—Creo que el suyo es el doce.

—¿Tiene duplicado de la llave?

Desapareció, cada vez más mosqueado, y volvió al cabo de un instante trayendo un manojo de llaves. Buscó una, me la dio.

—¿Le importaría dejarnos solos? Acabamos enseguida.

La prevención podía notarse alrededor de su cabeza, como un aura. Se alejó de mala gana. Miré a Garzón.

—¿Procedemos?

Sus ojos eran los de un niño ante el desenlace de un cuento. Asintió. En cuanto abrí la puerta un fuerte olor a colonia barata se extendió hasta nuestras narices. Garzón, embebido, se me había pegado a la espalda,

mirando por encima de mi hombro. Notaba su aliento resollante como el de un buey. Colgado de una percha estaba el uniforme de Luisa, una chaqueta azul. En el suelo se veían varios botecitos cosméticos, una toalla, una diadema y un montón de hojas de periódico cuidadosamente dobladas.

—Mire a ver qué dicen esos periódicos.

—Un momento, Fermín.

Pero era inútil demandar calma, los normalmente morigerados ritmos de Garzón se habían inflamado ante la inmediatez. Comprendí que se sentía como el manipulador de una marioneta demasiado lenta. Retrocedí un paso y lo invité:

—Siga usted.

No lo pensó, se lanzó sobre los papeles y empezó a hojear. Aquellas páginas contenían información sobre el caso, algo muy lógico que no aportaba evidencias. En la parte inferior había un cajoncito sobre el que se lanzó a hurgar. Sacó dos bombones envueltos en colores brillantes, un espejo, un peine.

—Aquí no hay nada.

Extrajo el cajón por completo y metió la mano en la oquedad. Tras un momento de palpaciones la sacó y en ella llevaba un pequeño hatillo hecho con pañuelos. Lo puso frente a mis ojos y, poco a poco, con cuidado de no tocar lo que había dentro, lo desenvolvió. Allí estaba, el condenado reloj, la máquina de marcar flores, el arma del violador.

—¿Ha visto, Petra? —preguntó inútilmente Garzón con la voz insegura.

Se advertía perfectamente cómo una esfera estaba inserta en un círculo de púas, pero no debíamos manipularlo antes de que fuera inspeccionado por los expertos. Al tomar contacto con aquel instrumento sentí placer, curiosidad, un momento después me produjo un horror desmedido. Algo abstracto se materializaba, tomaba existencia real. Habíamos estado jugando con las piezas de un puzzle truculento, pero ahora las teníamos cerca. Aquellas púas horadaron piel, hicieron manar sangre, se hincaron en brazos indefensos. De pronto, una fuerte voz sonó detrás de nosotros:

—¡Quietos!, ¿qué hacéis ahí?

Me volví, al borde de la histeria. Eran dos guardias de la policía nacional.

—¿Qué coño buscáis?

—Tranquilos, compañeros —dijo Garzón.

El encargado había avisado a la policía. Completamente normal, nuestro comportamiento fue tan sospechoso que no le dejamos otra alternativa. Hubo que identificarse, darles explicaciones someras. Sentí pánico de que a aquel hombre se le hubiera ocurrido alertar también a Luisa. Pedimos a los guardias que nos acompañaran hasta su casa como refuerzo para efectuar la detención. Subieron a su coche celular y nos siguieron. Al volante, Garzón se preguntaba:

—¡Dios Santo!, parece evidente que esa chica es culpable, pero ¿de qué?

—No podemos saberlo aún, pero todo indica que se cargó a Juan. Nadie sino ella podía saber dónde estaba, quitarle el reloj.

—¿Y la violación posterior?

—Va usted demasiado deprisa, habrá que detenerla, interrogarla.

En su caletre de noble elefante simultaneaba la conducción con las amargas deducciones:

—Matar a su propio novio, a su hermano, ¿de veras cree que se atrevió?

—Es una tipa dura, ¿recuerda lo que nos dijo Ricardo Jardiel? Ni siquiera quiso recibir a su verdadera madre, darle la posibilidad de perdonarla.

Cabeceó con efusión escandalizada y filosófica frente al mal:

—¡El ser humano, qué complicación!

Llegamos al piso de los Jardiel. Luisa no se había fugado, ella misma abrió la puerta. Su expresión no mostró nada especial, pero un segundo después vio a los guardias detrás de nosotros y sus ojos traslucieron una cierta reserva.

—Luisa, tienes que acompañarnos a comisaría.

—¿Por qué?

Garzón echó mano al bolsillo, sacó el pequeño amasijo de pañuelos, lo puso frente a ella.

—Hemos encontrado esto en tu armario del supermercado.

Bajó la vista, se le tiñó la cara de un rojo suave.

—Voy a por un abrigo.

En ese momento salió la señora Jardiel. Nos miró de modo desabrido.

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—Luisa tiene que venir con nosotros para prestar declaración.

La chica pasó por su lado sin hablar.

—¿Declarar a estas horas? ¡Ni lo piensen!, vamos a cenar. ¿Es que no se han metido bastante en nuestra vida?

—Es algo grave, señora, tiene que venir.

Salió Luisa de nuevo, cargando bajo el brazo un abrigo oscuro.

—¿Y tú adónde vas?

—Voy con ellos, madre, luego volveré.

—Tú no te mueves de aquí.

Hubo un instante de paralización. La mujer sujetaba a su hija adoptiva por un brazo, ésta levantó la cabeza y se encaró con ella.

—Déjeme, madre, tengo que marcharme —dijo hablando bajo.

Garzón la impulsó suavemente por la espalda, cruzaron el umbral. Di un paso al frente.

—La avisaremos desde comisaría cuando pueda venir a ver a su hija.

Me taladraba con ojos encendidos.

—Escupo en usted —dijo, y lanzó a mis pies un salivazo. Asentí con amargura, di media vuelta, eché andar. Un portazo sonó haciendo retumbar aquel espacio miserable de la escalera. Bajé los peldaños de dos en dos, como si huyera del infierno. Estirpes malditas, culpabilidades que nunca saldrían a la luz. Aquella mujer, como un gran árbol, había proyectado una densa sombra a su alrededor bajo la cual nunca daba el sol y todo estaba podrido.

No tuve más remedio que comunicarle a García del Mazo que habíamos detenido a la chica. Enseguida convocó una reunión previa al interrogatorio. Garzón estaba furioso. Estuvo aleccionándonos sobre la conveniencia de pasarle un test psicológico a la detenida. Lo importante de ese método no eran las consecuencias que los psicólogos pudieran sacar sobre los rasgos de su personalidad, sino el tiempo que transcurría mientras el individuo estaba resolviéndolo. Parecía probado que era un período crucial para desbaratar posibles estrategias urdidas en el último momento por el encausado, mientras daba además ocasión al policía para prepararse y abordar el asunto sin prejuicios derivados de la euforia por haberlo detenido.

Luisa tardó dos horas en contestar a preguntas como: ¿Qué haría usted en caso de naufragio? Mientras, los peritos estudiaban las huellas impresas en el reloj. Se daba por descontado que García del Mazo asistiría con nosotros al interrogatorio. Cuando lo supo el subinspector Garzón, el color de su cara se puso como un camaleón en un charco de sangre.

—¡Es inaudito!, no tiene ningún derecho a meterse ahora.

—Déjelo, Fermín, el final aún no está claro.

Me miró, sulfurado, apiadándose de mi inocencia.

En cuanto vi a Luisa me pareció que en aquel breve tiempo había adelgazado. Su cuerpo robusto estaba encogido y, bajo los ojos indiferentes, se dibujaban semicírculos oscuros. García del Mazo me hizo un gesto significativo, algo así como *«está acabada, no se resistirá»*. Tomó la iniciativa.

—No hace falta que te diga que de nada te servirá negar las evidencias, es mejor que nos cuentes la verdad, pronto y claramente. ¿Quieres un cigarrillo?

Luisa negó con la cabeza. Parecía serena bajo su aspecto desmoronado.

—Los peritos han comprobado que el reloj que tenías en la taquilla es el mismo que se utilizó para marcar a las chicas violadas. ¿Por qué estaba en tu poder?

—Alguien me lo dio.

—¿Quién?

—El hombre que las violó.

—¿Tú sabes quién es?

—Sí, el mismo que mató a Juan.

—Dinos su nombre.

—No lo sé, un tipo al que Juan conocía.

—¿Y te dio el reloj a ti?

—Me lo mandó.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Quién era ese hombre?

—No lo sé.

—Pero sí sabes que era el auténtico violador y que mató a Juan.

—Me llamó por teléfono y lo dijo.

—¿Esperas que nos creamos todo eso?

—Es la verdad.

García del Mazo se volvió hacia nosotros, hizo un gesto de fastidio. Me acerqué a Luisa y le pregunté.

—¿Sabías que Juan había vuelto a tomar contacto con su padre, que iba a verlo y que pasaban ratos en un bar?

—No.

—¿Sabías que...

—Con usted no quiero hablar. Usted tiene la culpa de todo, de que lo acusaran, de que lo mataran.

—No te engañes, la culpa sólo la tiene quien violó, quien mató, nadie más.

—Con usted no quiero hablar, si está usted delante no diré ni una palabra.

García del Mazo terció:

—La inspectora Delicado...

Lo interrumpí.

—Déjalo, si el problema es mi presencia me iré.

Garzón hizo ademán de salir tras de mí, pero el inspector lo atajó:

—Quédese Garzón, a lo mejor necesito alguna cosa.

Mi compañero puso cara de mártir y me miró melancólicamente mientras me iba.

Me senté en el pasillo. ¿Estaba Luisa encubriendo a alguien? Fantasma familiares, obsesivos, sucios, alimentando con sus efigies muertas el odio de toda una vida. Un caso para el gran padre Freud. Me acerqué al guardia de servicio.

—¿Ha venido la madre de la detenida?

—No, inspectora.

—¿Ha llamado o preguntado por ella?

—Voy a mirar, pero creo que no.

Volvió al cabo de un momento.

—No, no ha tomado contacto con comisaría.

—Está bien. Cuando salgan los inspectores del interrogatorio, dígales que he ido a unas diligencias.

Se cuadró con un movimiento rápido mientras yo me alejaba avergonzada por ser el objeto de tanta marcialidad.

La señora Jardiel me recibió mal, lo cual no era una novedad, pero al menos me dejó entrar en su casa, me invitó a sentarme en el salón. Ni una sola pregunta salió de sus labios.

—Su hija va a ser acusada de asesinato.

No hubo la menor reacción.

—Del asesinato de Juan Jardiel.

—¿Ha confesado ella eso?

—Va a confesar. Le hemos encontrado entre sus cosas el reloj que utilizaba el violador. Juan era el violador; ella, como venganza, lo mató.

—¿Y la violación que hubo después, y la otra muerte?

—Eso se está investigando. Mis compañeros la interrogan desde hace rato, yo he preferido venir aquí.

—¿Para qué?

—¿Sabía usted que Juan estaba en contacto con su ex marido?

La piedra impenetrable de su rostro se agrietó por las comisuras de los labios.

—¿Sabía usted que él averiguó dónde estaba su padre? Se presentó en su bar, se dio a conocer. Iba a menudo a verlo, charlaban, se tenían cariño. Cuando buscábamos a su hijo fue su ex marido quien lo escondió.

—Eso no es verdad.

—Sí es verdad; Ricardo Jardiel ha estado detenido, lo interrogué anteayer, él me contó todas esas cosas. Ahora se enfrenta a una acusación de obstrucción a la justicia y complicidad por haber dado ayuda a un prófugo.

Se apretó las manos en el regazo. Se levantó y abandonó la habitación. Volvió al cabo de un rato con una caja metálica. Se sentó, la abrió, estaba llena de fotos. Fue echándomelas encima una a una. Fotos de Luisa y Juan cuando eran pequeños. Dos niños altos y tristes, con ropas desgarradas, zapatos pesados. Posando el uno junto al otro en un balcón. Juan solo, erguido y despistado, un poco patético, con la mirada perdida en un lugar entre la sonrisa y el miedo. Los dos juntos de nuevo, en la plaza de Cataluña, rodeados de palomas que les picoteaban las manos y la cabeza. Figuras desangeladas y dóciles, dejando caer el disparo de la cámara sobre ellos, resignados y atónitos. Nunca cazados de improviso en una escena gozosa de juego. Sentí pena, pobres de ellos, pobres de todos nosotros, heredando generación tras generación los odios y el pecado, trasmitiéndolos después sin más consciencia que el propio horror. Puso una ampliación frente a mi cara. Era Luisa vestida con un aparatoso traje de primera comunión.

—Nunca les faltó de nada, jamás. Me he descornado, ¿comprende?, descornado por ellos, sin ayuda, sin protestar, sin contarle mis penas ni a las vecinas para que nadie tuviera que compadecernos. Toda la vida así, toda la vida.

Su voz era seca y potente, sin una vacilación, sin un sollozo.

—Pero al final las cosas son como son. Él es hijo de un cabrón, ella de una puta, ¿qué se puede esperar? Siempre supe que algo así pasaría. Cada día cuando me despertaba me preguntaba si era aquel el momento en que se destaparían de verdad. ¿Que él ha violado? No me extraña. ¿Que ella lo mató? Supongo que es muy capaz. Yo no quiero saber nada, ¿comprende?,

hice lo que pude, tengo la conciencia bien limpia. Ahora es como si los dos se hubieran muerto.

—Acompáñeme a comisaría, señora Jardiel. Es conveniente que hable con su hija.

—No tengo ninguna hija.

—¿No va a verla siquiera una vez?

Agrió su gesto terrible, reflexionó.

—Sí, una vez sí. Después no me lo pida más.

Fue lo último que dijo. Durante todo el trayecto hasta comisaría estuvo callada, parapetada en su abrigo gastado que olía a polvo. Pregunté al guardia si mis compañeros estaban aún interrogando a la sospechosa.

—El inspector García del Mazo acaba de salir. El subinspector Garzón está con la chica, creo que firmando su declaración de hoy.

Entré en el despacho, hice un aparte con Garzón.

—¿Ha dicho algo nuevo?

—Ni una palabra.

—Localice inmediatamente a García del Mazo y vengan los dos. Creo que puede pasar algo importante. Hizo gesto de marcharse.

—Subinspector... no tenga demasiada prisa en localizarlo. ¿Me comprende?

Asintió, salió. Luisa estaba sentada en su silla, ni siquiera nos miraba. Hice llamar a su madre. En cuanto la vio sus rasgos se aflojaron, pero no dijo nada. Se encararon la una a la otra.

—Hola madre, ¿cómo está?

Había incertidumbre en su voz, miedo, demanda de cariño.

—Tú has matado a Juan, ¿verdad?

Los ojos de Luisa se abrieron al pánico.

—No, no haga caso de lo que le digan, yo no fui.

—Lo has matado porque era un cerdo, ¿verdad?

—¡No!

—Pues has hecho muy bien, ahora sólo falta que te mueras tú. He venido para decirte que no se te ocurra llamarme, ni volver por casa, ni

ponerte delante de mí. Es una lástima que todo el pan con que os alimenté no se lo hubiera dado a los perros. No tengo nada más que decirte.

Me miró:

—¿Puedo marcharme ya?

Asentí. Tenía el pulso acelerado y hacía esfuerzos para que no se me desbocara la respiración. Salió dando un portazo. Luisa se sentó. Encendí un cigarrillo luchando con mi mano. Era el momento de atacar.

—Ya ves cómo están las cosas, Luisa.

Tenía los hombros hundidos, la mirada fija en el suelo.

—Usted le ha dicho...

—Yo no le he dicho nada, ¿pero no te das cuenta? El juez te va a acusar de asesinato, con las pruebas que tiene es más que suficiente, igual que Juan, van a acusarle de violación. ¿Crees que las cosas no van a salir a la luz aunque tú no hables?

Me pareció ver que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Tu madre sabe lo del reloj, ¿es que no te parece bastante prueba el reloj? ¿Piensas de verdad que alguien va a creerse la historia del hombre desconocido? ¡Por Dios, Luisa, vuelve a la realidad, se ha descubierto el pastel, métete eso en la cabeza! ¡Se acabó!

Las lágrimas empezaron a resbalarle por la cara.

—Tu madre lo sabe, yo lo sé, todos sabemos que mataste a Juan, lo único que falta por saber es si alguien te ayudó, y si ese alguien violó y se cargó después a Salomé.

Se tapó la cara con las manos. Yo echaba de menos a Garzón.

—Tú quieres mucho a tu madre, ¿verdad Luisa?

Afloró el primer sollozo.

—La quieres y sabes que es muy importante para ella la reputación, ¿no es cierto? Así que cuando supiste que Juan era un violador perseguido por la policía te horrorizaste. ¿Cómo había podido hacer una cosa así? Luego él te llamó desde su escondite y tú decidiste matarlo. Era la única manera de salvar su honor y proteger a tu madre de aquella pesadilla. Quedaste con él por teléfono. Era inútil que te jurara que era inocente. Tú sospechabas en parte su perversión, habías visto a veces pornografía bien escondida en su

cuarto, sabías que era raro, que estaba reprimido. Te fue fácil apuñalarlo, ¿cómo había caído tan bajo? Después le quitaste el reloj de las púas y lo sustituiste por uno nuevo que acababas de comprar. Primer paso para demostrar ante la opinión pública que él no era culpable. El segundo fue matar y violar a Salomé, así quedaba alejada de él cualquier sombra de sospecha. ¿Quién te ayudó, Luisa?

Sacó la cara de detrás de sus manos. Me asusté, el llanto contenido había hecho que sus facciones se hincharan, enrojecieran.

—Fui yo sola —musitó.

Las palabras salían de su garganta lentas y claras.

—La tenía que matar para que no pudiera hablar.

—¿Y la violaste?

—Después de matarla, sí, con un pomo grande de puerta que compré en una ferretería.

—Pero ¿por qué justamente esa chica, por qué no otra cualquiera, escogida al azar?

Ahora estaba distraída, miraba hacia la puerta. Repetí la pregunta.

—Me daba igual, y de ésa ya tenía todos los detalles, la tele dijo a qué hora la violaron, dónde vivía, qué camino hacía cada noche. ¿Para qué buscar más?

Estremecedor, como todo lo simple, lo que parece tan evidente que podría haberse evitado. Quedamos en silencio, las dos con los ojos fijos en el mismo lugar, el suelo gastado de la sala.

—Tendrás que repetir esta declaración, Luisa, y contestar a todas las preguntas que te haga el juez.

—¿Me condenarán a muerte?

—No existe la pena de muerte en este país.

—Bien, entonces iré a la cárcel.

—Te juzgarán.

—En la cárcel estaré bien.

No lloraba, no accionaba, dejó de hablar, quedó investida de una indiferencia casi catatónica. Me levanté despacio, salí. En ese momento llegaban Garzón y García del Mazo.

—¿Cómo han tardado tanto?

Garzón gesticulaba histriónicamente.

—Ha sido ridículo, de verdad, media hora jugando al escondite detrás del inspector. ¿Yo lo buscaba en archivos?, él acababa de marchar, ¿salía a tomar un café? en ese instante nos cruzábamos. ¡Creí que no nos encontraríamos en la vida!

García del Mazo no lo escuchaba.

—¿Qué ha sucedido? —me preguntó.

—Luisa acaba de confesar.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Hice venir a su madre, fue muy dura con ella, por fin se derrumbó.

—¡Magnífico!, ¿está ahí?

—Tómale tú declaración escrita, yo no he entrado en detalles.

Se precipitó hacia el interior del despacho. Garzón y yo nos quedamos solos. Me dirigí hacia un banco, me dejé caer.

—¿Se encuentra mal, Petra?

—Deme un cigarrillo, me he dejado los míos dentro. Buscó su paquete solícitamente, me lo encendió.

—Perfecto, Garzón, ha tardado usted el tiempo necesario para darle verosimilitud.

—Petra, yo ya sabía que usted...

Dejó la frase ahí, no veía la necesidad de hacer más esfuerzos para agradecerme la obstrucción a García del Mazo.

—Así que confesó.

—Confesó. Ella mató a Juan Jardiel, a Salomé.

—¿Y la violación?

—La violó con un pomo de puerta.

—¿Sólo por venganza?

—Y por salvar el honor.

—¿El honor de quién?

—De todos, Fermín, de su madre, de Juan, el suyo propio, el honor no es un concepto individual, salpica a todo el mundo, exactamente igual que la corrupción.

Asentía, pensando intensamente. Me apreté los ojos con los dedos, estaba mareada, demasiado tabaco, demasiado café, demasiado cansancio.

—¿Le ocurre algo?

—No sé, la vida es tan fea... todo es tan miserable...

Puso su manaza de oso pardo sobre mi espalda y empezó a darme palmaditas incongruentes.

—Consuélese, Petra... —decía—... siempre ha sido así.

Era un triste consuelo. Dejé caer mi cabeza sobre su hombro, y, como llevaba una americana con refuerzos muy gruesos, me sentí mejor.

OceanofPDF.com

14

Hubo interrogatorios de todo tipo, el del psiquiatra resultó el más esclarecedor. La declararon responsable de sus actos, sin posibles atenuantes de enajenación, pero su caso se consideró psicológicamente complicado. Una experiencia traumática como el abandono de sus padres en la infancia hubiera sido suficiente como para dejarla seriamente tocada, pero luego vino todo lo peor. Su madre adoptiva allanó el camino hacia un carácter rozando lo patológico. El dominio total de una mujer dura y amargada, llena de odio. Los continuos recordatorios de que era una niña recogida, proveniente del pecado, hija de la mujer que había causado en parte la desgracia de aquella casa. La educación castrante, basada en el miedo, en la culpabilidad. Las represiones sexuales, la falta absoluta de ternura. Y a su lado, Juan. Se creó entre ellos un sentimiento de complicidad, de cariño, y en ambos una deificación de la figura materna, un acatamiento de sus principios como única salvación de la culpa que tenían impresa. Contradicciones terribles con sus auténticos deseos, con las pulsaciones naturales de la vida. Siempre, según el psiquiatra, Jardiel violaba a las chicas llevado del típico odio no confesado hacia su madre, que se derramaba contra todo el sexo femenino. Las marcaba intentando dejar en ellas su sello, su influencia, él que no estaba autorizado ni a exhibir una fotografía en la pared de su habitación. En su caso lo patológico había penetrado más profundamente. Se trataba de un psicótico que, con toda seguridad, hubiera sido declarado no responsable de sus actos por el juez.

El comisario nos felicitó.

—¡Caso cerrado! —dijo frotándose las manos—. ¡Y no estaba nada fácil, ésa es la verdad! Descubrir que una mujer comete una violación no es tema de todos los días. Entre los tres han formado un equipo muy bueno.

—Gracias, señor... pero quiero que quede constancia de que el caso lo hemos resuelto el subinspector Garzón y yo solos, sin necesidad de ayudas foráneas.

—Soy consciente de ello —dijo muy serio.

Entró García del Mazo y todos guardamos silencio, estaba pictórico, feliz.

—Antes de volver a Gerona quiero que cenemos juntos. Porque no queda ningún último fleco por cortar, ¿no es cierto, compañeros?

—Creo que no. El juez ha dejado en libertad sin cargos a todos los sospechosos.

—Entonces podemos considerarnos satisfechos. ¡Caso cerrado! Y con los periodistas, ¿qué vamos a hacer?, habrá que convocar una rueda de prensa. Claro que, después de la polémica que este caso ha despertado, no podemos mandar un portavoz a secas, pienso que te corresponde comparecer a ti, Petra.

—¿A mí?, ¡ni hablar!, he estado negándome a colaborar todo el tiempo por una cuestión de principios, y ahora que el asunto está resuelto me lanzo al estrellato. No, no quiero que nadie piense que busco el aplauso.

—Entonces... tendré que hacerlo yo. ¿Hay algún inconveniente?

—Me parece bien.

El comisario me miró con ironía. Por supuesto a García del Mazo ni siquiera se le ocurrió ofrecerle a Garzón aquella posibilidad de hablar al público. Nunca se había visto que un marinero diera conferencias de prensa cuando podía hacerlo el patrón.

Pasamos el resto del día descansando, o al menos eso era lo que hubiéramos debido hacer, pero resultaba muy difícil encontrar un poco de solaz con mi compañero rezongando y maldiciendo. Que García del Mazo apareciera victorioso frente al cuarto poder era más de lo que podía soportar.

—Lo sabía, sabía que este tío iba a acabar plantándose las medallas que no le corresponden.

La historia de las medallas era una auténtica obsesión. Inútilmente yo bromeaba, ponía en cuestión las medallas, su utilidad, hacía jocosas listas de ellas: medallas que héroes renqueantes exhiben en los desfiles treinta años después, medallas olímpicas, de concurso canino, del corazón de Jesús. No le hacía ninguna gracia, seguía pensando que yo hubiera debido rehabilitar mi honor públicamente usando el mismo medio que me lo robó. Pero todos aquellos reproches no fueron más que un murmullo de agua manando comparado con lo de más tarde. Cuando García del Mazo hubo celebrado la rueda de prensa vino la catarata, el torrente, la corriente indómita, el maremoto, el geiser, el aluvión.

La sección de sucesos de todos los periódicos fue más o menos unánime en sus conclusiones. Algunos lo decían sin ambages, otros sólo lo insinuaban al trasluz. El caso se había resuelto tras la entrada en el equipo investigador de un inspector de Gerona, un hombre preparado, de métodos modernos, un auténtico profesional. Faltaría a la verdad si dijera que con sus declaraciones García del Mazo alentó semejante deducción, pero también es cierto que nada hizo por negarla, le venía muy bien. De la noche a la mañana se convirtió en un personaje popular, concedió entrevistas, se dejó fotografiar, gozó de sus instantes de gloria.

Ana Lozano montó un follón considerable en su programa. Con la ayuda de actores hizo una reconstrucción dramatizada de los hechos que yo me negué a ver. Pero Garzón me dijo que no faltaba detalle, todo muy verosímil, muy cuidado, una obra de arte en el terreno de la crónica negra.

Por fin el juez, para preservar la intimidad de la acusada, decretó el secreto sumarial. Todo el mundo descansó. Luisa empezó a recibir ayuda psiquiátrica en la cárcel. Estaba cayendo en una depresión acelerada. Fue inútil que el facultativo encargado de su caso rogara a su madre adoptiva que acudiera a visitarla. «*Jamás lo haré*», contestó una digna señora Jardiel encerrada en su casa, amargada, envejecida de pronto. Una historia sórdida, triste, estancada, de aire viciado, oscuridad.

García del Mazo volvió a Gerona. Nunca llegó a celebrarse la propuesta cena de confraternidad. Yo me reintegré a mi grupo y, despistada por completo, intenté recordar cuál era el sistema de trabajo, que me parecía ahora lejano, casi borrado. Sin embargo, el juez o el grupo de Homicidios nos reclamaba a Garzón y a mí de vez en cuando, para aportar más detalles, precisiones, para ampliar la redacción del sumario.

A pesar de haber visto acallados los ecos de la prensa, mi compañero continuaba cabreado y batallador, francamente insoportable. Un día me harté.

—¡Basta, Fermín!, me tiene usted hasta los cojones con todo este asunto. No importa quién se haya apuntado los méritos. Para nada necesito que me restituyan el honor, ya ve a qué extremos puede llegarse por culpa del jodido honor. Si quiere usted adornarse el historial no tiene más que pasarse por las bolas la resolución del juez y dar su propia rueda de prensa. Ahí pone usted todas las cosas en su lugar, pero a mí ni me mencione, ¿entendido?

—¡Lástima que ahora guarde toda su furia para mí!

Estaba seriamente enfadado. Dio media vuelta y se largó sin despedirse. Al día siguiente me llamó por teléfono al servicio de documentación.

—¿Qué hace a la salida, inspectora?

—¿Qué me propone?

—Tomar una cervecita en La jarra de oro.

—Allí estaré.

No mencionó las intemperancias de nuestro último encuentro, pero no estaba del todo normal, había sustituido la vehemencia reivindicativa por un desánimo cínico de corte existencialista.

—Todo es basura —me dijo en cuanto sacó los labios de la cerveza.

—¿Todo, qué?

—La policía, el deber, el trabajo, todo.

—¡Bah, olvídense de esta historia, pronto las cosas volverán a la normalidad!

—Petra.

—¿Sí?

—Hay algo que debo decirle.

—Adelante, le escucho.

—Aquí en la barra, no. Vayamos a aquella mesa apartada.

Transporté mi jarra preguntándome qué mosca le habría picado ahora a aquel gran buey. Nos sentamos, me miró.

—Se trata del alijo.

Puse cara de no comprender.

—El alijo de tabaco, ¿no recuerda?

Asentí.

—De confidente en confidente he llegado hasta el meollo de la operación. Sé dónde están las cargas, cómo operan, con quién contactan.

—¡Eso es magnífico!, no esperaba menos de usted.

—Ahora viene lo que tengo que decirle. Me ofrecen dinero por mi silencio, y no sé qué hacer.

Estaba asombrada.

—¿Mucho dinero?

—Un buen montón.

Bebí un sorbo, crucé las manos sobre la mesa.

—Acéptelo, Garzón. Como usted acaba de decir, eso del deber no es más que un engaño.

—Quedarme callado y seguir en la policía queda descartado, no sería capaz. La vergüenza que caería sobre mí si llegara a saberse no me dejaría vivir. El tema es largarse, coger el dinero y cruzar la frontera, empezar de nuevo en otro sitio, creo que la cantidad da para eso.

—No me parece mala idea. Coja el dinero, márchese. Vaya a los Estados Unidos junto a su hijo.

—¡Ah, no, ¿qué pinto yo allí?! A no ser que... a no ser que usted se venga conmigo, Petra.

Alguien hizo retumbar en mí el sonido de un gong.

—¿Yo?

—Usted habla inglés, y le gusta cambiar. Podríamos montar un bar para hispanos, parecido al de Pepe y Hamed. No estoy haciéndole ninguna proposición amorosa, Petra, no me atrevería, cada uno viviría en su

apartamento. Pero los dos somos seres solitarios, nos compenetrarnos bien, acabaríamos agradeciendo el uno la compañía del otro.

Sonreí, me aparté el pelo de la cara, resoplé.

—¡Me ha cogido por sorpresa, no sé qué decirle!... es complicado. Verá, con este maldito caso acabo de darme un buen baño de realidad. En estos momentos sólo deseo una vida ordenada, regar los geranios, estar sola. Los pequeños detalles cotidianos empiezan a parecerme un privilegio. Creo que, por una vez, no deseo cambiar los propósitos que había hecho, ahora más que nunca los veo acertados, pienso que no me equivoqué. No, hoy por hoy, seguiré como estoy, Fermín.

Un buen chorro de cerveza bajó en tromba por su gaznate.

—La comprendo.

—Y usted, ¿va a atreverse?

—Tendré que pensarlo seriamente, no puedo demorarlo más.

Nos quedamos embarazosamente callados.

—Le agradezco de verdad lo que me ha propuesto.

Hizo gestos de restar importancia.

—Hablo en serio. Y quiero que sepa que es usted un hombre estupendo, un compañero perfecto, un auténtico sol. Pero yo no haría más que complicarle la existencia.

—¡Eso es lo que he estado deseando toda mi vida, un poco de complicación!

—Hágame caso, inténtelo solo, Fermín, seguro que tendrá suerte.

Soltó una carcajada imprevista.

—Quizá lo haga, ¡qué carajo!, antes de una semana tomaré una resolución. A lo mejor monto un chiringuito de paellas debajo de la estatua de la Libertad.

Se limpió los gruesos labios, almohadillados y caseros como cojines de sillón.

Aquel mismo sábado Pepe y Hamed nos invitaron a cenar en el Efemérides, y cuando el trasiego de clientes se hubo tranquilizado, se

sentaron en nuestra mesa para tomar el postre y el té. Estaban muy impresionados por la resolución del caso. Hubo brindis y felicitaciones, comentarios. Hamed sentía miedo de que todas las mujeres se sintieran impulsadas por aquella historia a salvar por sí mismas su honor y el de sus hombres. Podía tratarse de una hecatombe si ocurría, porque la mujer es inflexible en sus decisiones y no se arrepiente jamás.

—De modo que la mujer ya no te parece una flor.

—Para mí siempre lo será, al menos mientras tenga fe en el amor y la ternura.

—El amor tampoco estaba aquí claro —comenté—. Es ambiguo, enfermizo. El amor entre Luisa y Juan, ¿de qué tipo era, apasionado, fraternal? El amor entre Juan y su madre, ¿sentimientos incestuosos soterrados, amor-odio?, la gratitud de Luisa hacia su madre adoptiva, ¿no implica venganza encubierta el haber matado a su hijo?

—Un asunto morboso.

—Malsano. ¿Por qué pensáis si no que interesó tanto a la prensa?

—Eso es demasiado decir —Pepe estaba picado.

—Por cierto, ¿qué tal está tu amiga periodista?

—Perfectamente. Me mudo a su casa la semana que viene.

—¡Vaya, eso está muy bien!, ¿por mucho tiempo?

—Sin plazo fijo, quizá para siempre.

—¡Magnífico, felicidades!

Me miraba con desconfianza. Intervino Garzón:

—¡Un brindis por eso!

Mi antes tierno ex esposo estaba desafiante. Le sonreí comprensiva, había llegado a la conclusión de que equivocarse es al fin y al cabo lo único que puede hacer el ser humano con cierta libertad. Probablemente se equivocaba pensando que sería feliz con aquella mujer, como volvería a equivocarme yo, como se equivocaría Garzón, como se había equivocado Hamed pensando que todo lo femenino era puro y etéreo.

—Brindemos por las flores —propuse—. Aunque tengan espinas —añadí.

A la salida Garzón estaba pensativo. Me acompañó a casa. Se puso solemne.

—Bien, Petra, a lo mejor la despedida de hoy es definitiva. De este fin de semana no puede pasar mi decisión. Si el lunes va usted a comisaría y no estoy... Quiero que sepa que ha sido un placer trabajar con usted, que he aprendido cosas sobre las mujeres, que... en fin, ¿para qué extenderme más? usted ya comprende lo que quiero decirle.

—Fermín, si es la despedida, ¿por qué no me tutea por una vez?

—Eso no me lo pida, jamás. Mientras los dos seamos policías usted es una inspectora y yo un subinspector.

—Está bien, déjelo. Le deseo que tenga mucha suerte, que sea feliz. Escribame alguna carta, cuénteme qué tal le va, felicítame al menos por Navidades.

—Descuide, lo haré.

Le di un beso en la cara carnosa, que olía a talco como el trasero de un niño. Salí del coche y, sin volverme, oí cómo se alejaba calle abajo. Garzón era un buen hombre, tenía el corazón sincero de un perro pastor. Deseé que, allí donde fuera, encontrara un poco de paz en la que vivir.

Pasé el domingo completo trabajando en tareas domésticas. Mi casa era como una región devastada, o como un territorio colonizado aún sin habitar. Abrillanté el parqué, limpié los cristales, coloqué mis libros (Pepe ya no lo haría) y busqué en el directorio telefónico el número de alguna empresa que viniera una vez por semana a ocuparse de mi hogar. Me organicé, justo como hubiera debido hacerlo meses atrás. Pero la vida está llena de paréntesis, o mejor sería decir que, entre un propósito y su realización, puede existir un prolongado lapsus intermedio.

Regué el jardín. Los geranios estaban llenos de brotes fuertes que eclosionarían con toda su intensidad en cuanto llegara la primavera. Me derrumbé en el sofá, estaba cansada, la mente perezosa y errática. Los placeres de la vida cotidiana, un poco de sedentarismo reconfortante. Encendí el televisor, un desfile de modelos en París. Chicas largas como

espingardas andando con elegancia sobre una alfombra roja. Cabellos brillantes. Miré por la ventana, se estaba bien allí. Cuando cayera la noche me prepararía un té. Podía felicitarme a partir de ahora por que la dureza del mundo no me azotara cada mañana al despertarme. La realidad está formada por muchas caras del mismo prisma, pero no hay motivo para pretender abarcarlas siempre. No pensar en crímenes ni violaciones a no ser en un plano teórico, y, sobre todo, olvidar a la legión de jóvenes que lavan cabezas, reparten paquetes o fabrican tuercas en algún lugar oscuro de la ciudad. Días plácidos y parecidos entre sí, esta vez cualquier cambio sería para peor. Pensé que el mal no es sino una materia más formada de locura, incultura, miseria moral, dolor acumulado, pobreza heredada, dureza, orfandad interior. En la pantalla una maniquí lucía un vestido riquísimo de inspiración oriental. Pensé que estaba bien, por muy injusto que fuera, era consolador que una mujer pudiera alguna vez sentirse una emperatriz.

Dormí bien. El teléfono no sonó inquietando la madrugada. Pude despertarme oyendo el timbrado del reloj. Desayuné y salí a trabajar, justo lo que suele hacerse en un mundo corriente. En el departamento de documentación había muchos papeles acumulados. Me di cuenta de que había perdido la costumbre de aplicar un método por culpa de haber pasado tanto tiempo siguiendo el zigzag de los hechos. Sería necesario recomenzar. Clasifiqué, organicé, pero a las diez de la mañana no podía aguantar más la curiosidad, ¿se habría largado Garzón? Podía hacer una pausa y tomar un café.

Recorrí los tortuosos pasillos de comisaría y llegué hasta las instalaciones del grupo de Homicidios. Busqué en el despacho de los interrogatorios, en la sala de juntas, en la antesala del comisario. De pronto, pensé en los archivos, abrí la puerta y... allí estaba Garzón, le habían puesto una mesa de despacho entre los grandes muebles de archivadores.

—¡Fermín! ¿Qué demonio está haciendo en esta habitación?

—Me han dado un despacho provisional.

Lo miré directamente a los ojos.

—¿Ha triunfado el deber?

—Ya ve, aquí estoy.

—Eso está bien.

—No esté tan segura, quizá dentro de unos meses me arrepienta.

—Me preguntaba si tendría tiempo de tomar un café.

—¡Por supuesto que sí!

Se levantó como un rayo, se puso la cumplida americana y se apartó para dejarme pasar.

Cruzamos la calle hasta La jarra de oro, el guardia de la puerta nos saludó, ya estaba acostumbrado a vernos juntos.

—Esto del café a las diez deberíamos hacerlo todos los días —dijo Garzón—. Además, el desayuno de la pensión es horrible y yo a estas horas ya tengo un hambre canina.

—Lo que tiene que hacer es buscarse un apartamento, Fermín, no me cansaré de repetírselo. Eso de las pensiones ya no se lleva.

Se echó a reír.

—¡Ahora sí que me ha dado una buena razón! Sí, sí, tendré que empezar a pensarlo muy en serio, estar anticuado me fastidia. ¿Quiere usted leche con el café?

Dio la orden al camarero con su voz de Júpiter tonante. Miré el traje a rayas que llevaba, la panza sobresaliendo por el pantalón, y comprendí que, aunque nunca llegáramos a tutearnos, habíamos sentado los cimientos de una larga y hermosa amistad.

Barcelona, 29 de noviembre de 1994